
Destinados
A ESTAR JUNTOS
SARAH NOEM


Destinados
A ESTAR JUNTOS
SARAH NOEM

Destinados a estar juntos

Sarah Noem

Nina Osborne creía tenerlo todo: un matrimonio construido sobre la confianza, una hija adulta y una vida tranquila y acomodada.

Hasta que un simple dibujo infantil encontrado en el coche de su marido hizo añicos la ilusión en la que llevaba años viviendo.

Su marido tiene un hijo ilegítimo y, en silencio, ha estado vaciando las cuentas familiares mientras prepara el divorcio.

Ahora Nina debe proteger todo lo que le pertenece por derecho.

Pero ¿cómo luchar contra un hombre que conoce cada uno de tus miedos?

Jasper Garth es un cirujano cardiotorácico con una reputación impecable.

Frío. Impecable. Intocable.

Es el hombre al que Nina ha odiado, temido y evitado durante años.

El mismo que una vez le causó un dolor insoportable.

Jasper ha pasado la vida enterrando su culpa y manteniendo bajo llave el secreto más oscuro de su existencia.

Una sola palabra imprudente podría destruir todo lo que ha construido.

Es la última persona que debería acercarse a ella… y la última en quien debería confiar.

Pero cuando el mundo cuidadosamente construido de Nina se derrumba, Jasper se convierte en el único capaz de ayudarla.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida, copiada ni utilizada de ninguna forma sin el permiso previo y por escrito de la autora.

© 2025 Sarah Noem

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59

EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

—Frank, me llevo tu coche —dijo Nina al pasar junto a su marido mientras miraba el reloj. Iba con retraso.

—¿Qué le pasa al tuyo? —preguntó Frank, dando un sorbo a su café de la mañana.

—En el taller. Te lo dije. Prometieron que estaría listo el martes. ¿Ibas a salir hoy?

—No, hoy descanso. Las llaves están en la repisa junto a la puerta de entrada.

—Gracias. Vuelvo en un par de horas. Y llama a Daphne, a ver cómo está. Te has olvidado por completo de tu hija —añadió Nina mientras se calzaba los tacones, cogía las llaves y salía de casa a toda prisa.

Dos meses antes, dos mujeres nuevas se habían unido a su clase de yoga y, de algún modo, habían terminado haciéndose amigas. Ahora, todos los domingos se reunían para tomar café, intercambiar chismes y, a veces, ir de compras juntas. Nina lo necesitaba de verdad. Sus amigas de siempre se habían dispersado por distintas ciudades tras casarse, y ella nunca había sido muy sociable, lo que le dificultaba hacer nuevas amistades.

Nina se sentó al volante del todoterreno de su marido y ajustó el asiento.

Llegó rápido al restaurante, bajó el parasol para dejar allí las gafas de sol —siempre las perdía— y, de pronto, una hoja doblada se deslizó y cayó sobre su regazo.

La desplegó. Era un dibujo infantil. ¿En serio? ¿Frank llevaba todavía dibujos antiguos de Daphne? Daphne ya tenía dieciocho años. Sin embargo, aquel dibujo parecía algo que alguien había conservado con cuidado durante mucho tiempo.

Nina esbozó una leve sonrisa. Sí, eso era muy propio de Frank. Amaba a su hija más que a nada en el mundo. Y también mimaba a Nina constantemente.

Volvió a doblar la hoja y, de repente, se quedó helada. En el reverso, con una letra pulcra, se leían las palabras:

" Ethan Osborne. Clase de los Conejitos ".

¿Ethan? ¿Quién era Ethan? ¿Por qué ese niño tenía el mismo apellido que ellos? ¿Y qué hacía ese dibujo en el coche de su marido? No tenían sobrinos ni ahijados llamados Ethan.

Nina arrugó el papel, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda.

Volvió a mirar el dibujo. Una mano infantil había trazado un sol, una casita y tres personas: un hombre, una mujer y un niño. Nina tragó saliva. Sin saber por qué, sintió que la ansiedad le oprimía el pecho.

Empujó la hoja de vuelta al lugar de donde había caído, como si ese gesto físico pudiera ahuyentar la creciente marea de confusión, miedo y rabia. Sí, rabia. ¿Contra qué? ¿Contra quién? ¿Contra Frank? Aún no sabía nada. Podía ser cualquier cosa. Tenía que serlo.

El teléfono vibró en su bolsillo y el zumbido la devolvió a la realidad. Nina intentó calmarse, se secó con rapidez las palmas sudorosas en los vaqueros y miró la pantalla. Nadine.

—¿Hola? —la voz de Nina sonó tensa, y en su cabeza ya desfilaban todas aquellas historias sobre maridos infieles que había leído alguna vez en foros. Pero eso era imposible. Completamente absurdo. Frank no hacía otra cosa que trabajar y cuidar de ella y de su hija.

—¿Dónde estás? Ya pedimos sin ti —dijo Nadine con tono alegre y despreocupado, como si nada extraño o aterrador existiera en el mundo—. ¿Llegas tarde?

—Ya estoy aquí. En un minuto entro.

Nina salió del coche con las rodillas temblándole. Solo necesitaba tranquilizarse. Inspiró hondo y trató de recomponerse.

Decidió que se ocuparía de aquello más tarde. Al final, le preguntaría directamente a Frank qué era ese dibujo. Tenía que ser algo tonto. Entonces, ¿por qué se había alterado tanto?

Nina entró en el restaurante todavía sacudida y confusa. Pero en cuanto vio a las chicas, sus sospechas absurdas pasaron a un segundo plano.

Vivian hablaba por teléfono y, al verla, saludó a Nina con un gesto de cabeza. Nadine, en cambio, le dio un beso en la mejilla de inmediato.

—¿Tienes libre una horita después? Necesito elegir un vestido para la boda de mi hermana —preguntó Nadine.

—Claro. Hoy no tengo planes —respondió Nina.

Abrió el menú y pasó las páginas rápidamente.

Vivian guardó el teléfono en el bolso, alzó la vista hacia Nina y sonrió.

—¿Cómo estás? No viniste a yoga el jueves. ¿Pasó algo? —preguntó.

Vivian era diez años más joven que Nina, pero esa diferencia de edad nunca se notaba cuando conversaban.

Era alta y esbelta, con el cabello rubio y largo, la piel clara, unas pecas apenas visibles sobre la nariz y unos enormes ojos grises que siempre brillaban con picardía. Vivian irradiaba calma y seguridad, de ese tipo que atrae a la gente sin esfuerzo.

Incluso con un niño pequeño, se las arreglaba para hacerlo todo. Y siempre lucía espectacular y con mucho estilo. Nina incluso le había pedido el contacto de su estilista para que la ayudara a reorganizar su propio armario.

—Estoy bien —dijo Nina, intentando devolver la ligereza habitual a su voz—. Frank y yo fuimos a ver a sus padres y luego pasamos un día en las montañas, en el spa de unos amigos.

—¿Ah, sí? ¿En cuál?

—SpaPark Panorama.

—Es un sitio estupendo. Estuve allí a principios de año. Ideal para ir en familia. A mi hijo le encantó tanto que no quería irse —comentó Vivian con entusiasmo.

Y Nina se sorprendió sintiendo una pequeña punzada de envidia. Daphne ya había crecido. Ese tipo de viajes ya no le interesaban.

Su hija acababa de empezar el primer año de Economía, había elegido una universidad en otra ciudad y se había independizado.

—Sí, una pena que Frank estuviera ocupado y que solo estuviéramos de paso —dijo Nina con una sonrisa forzada.

—Entonces, ¿qué hacemos después del café? —preguntó Vivian, tamborileando suavemente con los dedos sobre la mesa.

Su manicura, como siempre, era perfecta, y su atuendo parecía sencillo pero caro. Ese día llevaba unos pantalones beige y una blusa

blanca metida por la cintura que realzaba su figura diminuta.

—Nadine quiere buscar un vestido —Nina señaló a su amiga—. Y yo la acompaño.

—Me parece bien —asintió Vivian—. Yo también me apunto a ir de compras. Además, mi marido hoy me ha transferido dinero a la cuenta. Ayer estaba un poco molesta con él. Nunca tiene tiempo para mí, siempre está de viaje. Y hoy apareció un mensajero con un ramo precioso de rosas y, de paso, una buena suma en la cuenta. Mensaje recibido —rió, con los ojos brillantes de felicidad.

En ese momento sonó el teléfono de Vivian. Lo sacó rápidamente del bolso y les lanzó una mirada de disculpa.

—Perdón, chicas. Un segundo.

Se apartó de la mesa y habló en voz baja. Cuando regresó, volvió a guardar el teléfono en el bolso. Sus ojos se entrecerraron ligeramente y una fina arruga apareció en su frente.

—Lo siento, tengo que irme —dijo mientras se ponía el abrigo—. Acaba de llamar la niñera. Ethan ha vomitado.

—Pobrecito —murmuró Nadine.

—Tengo que correr. No os aburráis sin mí. Nos vemos el martes.

Nina asintió, pero el nombre volvió a resonar en su cabeza. Ethan. La coincidencia la golpeó casi de forma física.

Vivian se despidió, dejó unos billetes sobre la mesa para pagar el café sin esperar el cambio y se apresuró hacia la salida.

—Siempre es así con ella. Un caos constante. Y aun así consigue pasar tiempo con su hijo, ir a salones de belleza, entrenar, ir a yoga y quedar con nosotras para tomar café. Es una locura —dijo Nina—. ¿Sabes? Vivian me contó que su marido es increíblemente atento. Adora a su hijo y ni siquiera le permite volver a trabajar desde que nació el bebé. ¿Te imaginas? Le regaló un coche por su cumpleaños y un apartamento como inversión para su hijo. Ese tipo de hombres ya casi no existe. Cualquier mujer soñaría con algo así.

Suspiró con una leve sonrisa. Todo parecía tan perfecto. Y la propia Vivian siempre se mostraba tan serena y segura, como una mujer que realmente tenía un apoyo firme a su lado.

—¿Marido? —Nadine resopló, se inclinó hacia ella y susurró—. No tiene marido. Está liada con un tipo rico y casado. Tuvo un hijo con

él para que no se fuera a ningún lado. Solo que él tampoco es tonto. No tiene ninguna prisa por divorciarse. Dicen que las acciones de la empresa están a nombre de su esposa, no de él. Por eso se queda. Y Vivian ya está desesperada, intentando averiguar cómo hacer que la elija a ella.

Nina se quedó paralizada con la taza en la mano, mirando a Nadine con incredulidad. Había demasiadas coincidencias. Tres días antes Frank había mencionado algo sobre transferir acciones. En ese momento no le había dado importancia. ¿Qué sabía ella de sus negocios, al fin y al cabo? Y ahora estaba el dibujo infantil en su coche, firmado con el nombre del hijo de Vivian.

Era imposible. Una tontería. Frank nunca le había dado un solo motivo para dudar de él.

Al ver su reacción, Nadine se apresuró a añadir:

—¿Por qué me miras así? —frunció el ceño—. Sí, la situación es fea, pero Vivian eligió esa vida. Dinero, regalos, un hijo. Lo tiene todo.

—¿Estás absolutamente segura de que no tiene marido? —preguntó Nina en voz baja; su propia voz le sonó extraña—. Me ha contado tantas cosas sobre su esposo… Su tarta de cerezas favorita, los regalos, todo eso. Constantemente.

Nina no juzgaba su elección, pero aun así no lograba encajarlo en su cabeza. La imagen de la vida perfecta de Vivian se estaba desmoronando ante sus ojos. Siempre había parecido demasiado correcta para una historia así.

—Claro que estoy segura —dijo Nadine, recostándose en la silla—. No me lo he sacado de la nada. Cuando añadí a Vivian en Instagram vi que teníamos contactos en común. Le pregunté a Marina por ella. Resulta que Marina es su prima. Y la propia Vivian ha metido la pata un par de veces delante de mí. Siempre está aterrada de perderse una llamada, susurrando en los vestuarios, igual que hoy. ¿De verdad crees que su hijo se puso enfermo de repente? —sonrió con sorna—. Toda su vida gira en torno a ese hombre. Él la colma de regalos, pero vive con otra mujer. Esa es su historia de amor. A Vivian la aprecio como amiga, pero como mujer no puedo respetarla. No se destruye la familia de otra persona.

Nina guardó silencio, aferrándose a la taza que de pronto se había vuelto insoportablemente caliente. Sus pensamientos corrían sin orden ni tregua. Era absurdo siquiera imaginar que su marido y su amiga pudieran ser amantes. No tenía sentido. Vivian nunca se atrevería a acercarse tanto si fuera verdad.

¿O sí?

—¿Nina? —llamó Nadine en voz baja—. ¿Estás bien? Te veo rara.

—Estoy bien —respondió Nina, restándole importancia con un gesto, aunque otra oleada de ansiedad le subió por dentro.

Fragmentos sueltos cruzaron por su mente. Ethan. Acciones. Esposa. Amante. Necesitaba desesperadamente que todo fuera una coincidencia. Frank no podía haber hecho algo así. Simplemente no era ese tipo de hombre.

Entonces, ¿por qué todo encajaba tan perfectamente?

Nina dejó la taza sobre la mesa, mientras un vacío sordo se expandía en su pecho. Nadine seguía hablando, pero las palabras le llegaban como a través del agua.

Tenía que averiguarlo. Saberlo. Comprobarlo. Y cuanto antes.

El corazón se le encogió con un presentimiento nauseabundo. De pronto Nina comprendió que tenía que irse. Ahora mismo. Volver a casa. Con Frank. Solo su presencia podía tranquilizarla y desmontar aquella cadena aterradora de coincidencias.

Se levantó de golpe, casi volcando la taza, y esbozó una sonrisa de disculpa.

—Nadine, lo siento, tengo que irme. He olvidado por completo que cogí el coche de Frank. Le prometí que volvería antes de las tres. Tiene que salir a hacer un recado.

Nadine alzó las cejas, sorprendida.

—Vaya. Apenas te has terminado el café y ya sales corriendo. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —dijo Nina deprisa, cogiendo el bolso y la chaqueta, intentando parecer tranquila—. Se me ha ido completamente la noción del tiempo.

—De acuerdo, ve. Pero la próxima vez, el café corre de tu cuenta —bromeó Nadine, aunque una chispa de desconcierto cruzó su mirada.

Nina asintió, dejó un billete sobre la mesa y se dirigió a la salida, sintiéndose al límite, como si algo dentro de ella estuviera a punto de romperse por fin. No deseaba otra cosa que llegar a casa lo más rápido posible, bajo la protección de Frank. Su calma y su seguridad siempre la habían reconfortado.

CAPÍTULO 2

Nina condujo de regreso a casa sin poder creer lo que había pasado por su cabeza. ¿Cómo había podido siquiera sospechar que su marido tuviera una aventura con Vivian? Era un disparate absoluto.

Ese tipo de cosas no pasaban. ¿Verdad? No en su vida.

Se sentía estúpida, celosa, desconfiada. El asco hacia sí misma era casi insoportable. Y, sin embargo, algo dentro de ella se negaba a soltarlo. Su intuición nunca le había fallado.

Nina metió el coche en la entrada y entró en casa.

Estaba vacía.

El silencio resultaba ensordecedor. Frank solía tener música puesta o la televisión murmurando de fondo. Ahora no había nada. Entró en la sala de estar, dejó el bolso sobre el sofá y miró alrededor.

—¿Frank? —llamó, pero solo obtuvo silencio como respuesta.

Subió las escaleras y revisó el dormitorio. Vacío. Su ropa cómoda estaba cuidadosamente doblada sobre la cama, pero Frank no estaba. Qué extraño.

Nina sacó el teléfono y lo llamó. El tono sonó una y otra vez, pero no contestó. Volvió a intentarlo. Y otra vez más. La llamada fue directamente al buzón de voz.

Algo se le tensó desagradablemente por dentro.

Eso no era normal. Frank nunca ignoraba sus llamadas. Incluso si estaba ocupado, siempre le devolvía la llamada a los pocos minutos. Y ahora no había nada.

Bajó el teléfono y se rodeó el cuerpo con los brazos.

Algo iba mal.

Las palabras de Nadine resonaron en su mente.

«No tiene marido…»

La ansiedad le oprimió el pecho. Le costaba respirar. Nina se dijo que estaba inventando una conspiración donde no la había. Pero,

pensándolo bien, Vivian siempre había hecho preguntas sobre su vida familiar. Especialmente sobre su relación con su marido. En aquel momento Nina no le había dado importancia. Charla trivial. Conversaciones típicas entre mujeres.

No podía ser Vivian.

Pero si todo estaba bien, ¿por qué se sentía tan inquieta? ¿Por qué Frank no respondía?

Y de pronto una idea la golpeó: tenía que revisar su despacho.

Nunca había entrado allí. Frank no se lo prohibía, pero siempre parecía proteger ese espacio. Decía que había documentos de trabajo, nada interesante.

Pero ahora… ¿y si justamente allí era donde escondía algo?

Nina casi corrió por el pasillo y empujó la puerta.

Todo estaba en perfecto orden. Estanterías llenas de libros, carpetas alineadas con pulcritud, su portátil sobre el escritorio, cerrado.

Empezó a buscar: apartó papeles, revisó cajones, abrió armarios. El corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas.

Pero no había nada. Ni un solo indicio de algo sospechoso.

—Maldita sea… —murmuró, dejándose caer al suelo en medio del despacho.

Los nervios le fallaron. La desesperación le llenó el pecho y, de pronto, todo le resultó absurdamente gracioso.

De verdad había perdido el juicio: sentada allí, revolviendo las cosas de su marido, sospechando de una aventura ridícula. Se estaba volviendo completamente paranoica.

Entonces, ¿por qué la ansiedad no la dejaba en paz?

Se sentó en la sala de estar, mirando fijamente la pantalla del televisor, donde se sucedían escenas de alguna película que ni siquiera podía oír. La tensión seguía ardiendo dentro de ella, pero ya no era tan asfixiante como antes. Nina estaba agotada.

Casi a las dos de la madrugada, la puerta principal se cerró de golpe.

Giró la cabeza al instante. El corazón se le encogió, pero Nina intentó parecer tranquila.

Frank entró en la sala y alzó ligeramente las cejas, sorprendido al verla.

—¿Por qué no estás dormida? —preguntó con voz suave. Se quitó la chaqueta y la dejó caer sobre el sillón.

Nina se encogió de hombros, levantó la taza de café ya frío y dio un pequeño sorbo.

—No puedo dormirme sin ti —dijo en voz baja.

—¿En serio? —sonrió con ironía mientras se acercaba—. ¿Estás bien, Nina? Normalmente duermes en el otro dormitorio y aprovechas cualquier ocasión para escaparte. Y hoy resulta que no puedes conciliar el sueño.

Ella se tensó.

Tenía razón.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella, intentando que su voz sonara despreocupada mientras observaba atentamente su rostro—. Te llamé. No contestabas. Me preocupé. Pensé que te había pasado algo.

Frank se estiró, bostezó y se pasó una mano por el cabello.

—Los chicos me invitaron de repente a jugar al golf. Fue una partida tardía, fuera de la ciudad.

Se comportaba con absoluta normalidad: relajado, un poco cansado, pero satisfecho. No había tensión en su voz. Nina buscó en vano en su cara algún rastro de mentira. Y volvió a sentirse estúpida.

—Dejé el teléfono en el vestuario y me olvidé por completo de él. Luego subimos al bar del club de golf. Ni siquiera me di cuenta de cómo se me pasó el tiempo. Y hay casi una hora de camino hasta aquí, por eso llegué tan tarde.

Ella lo miró, esperando que la ansiedad volviera a apretarle el pecho. Pero en lugar de eso, se sintió más ligera.

Golf. Sí, eso encajaba perfectamente con Frank.

Asintió y dio otro sorbo al café frío.

—Entiendo —exhaló.

Así que realmente se había alterado por nada.

—¿Te vas a acostar? —preguntó él.

—Sí. En cinco minutos.

Frank asintió y se dirigió al dormitorio. Nina se relajó. Dios, las cosas que había imaginado. Si se lo contara a alguien, se reirían de ella.

Se mordió el labio y lo observó alejarse. Caminaba con calma y seguridad, sin el menor atisbo de culpa. Si tuviera algo que ocultar, probablemente se comportaría de otra manera.

Nina negó con la cabeza, intentando expulsar de una vez por todas aquellas sospechas absurdas.

Se levantó, tomó la taza vacía de la mesa y apagó el televisor. Eso era todo. A la cama. Al día siguiente tenía una jornada completa en el centro benéfico. Necesitaba estar descansada.

Pero justo cuando iba a entrar en el dormitorio, su mirada se deslizó hacia la chaqueta de Frank, tirada descuidadamente sobre el sillón.

Y de pronto algo se le tensó por dentro.

Los bolsillos.

Sus dedos se movieron solos. Dudó, como si esperara que Frank saliera y la sorprendiera en el acto. Pero desde el dormitorio llegaba el sonido del agua corriendo. Ya estaba en la ducha.

Nina ni siquiera entendía por qué estaba haciendo aquello. Ahora estaba tranquila, ¿no?

Pero algo en su interior seguía sin aquietarse.

Con cuidado, deslizó la mano en el bolsillo de la chaqueta y casi de inmediato sintió el tacto de un papel.

El pulso se le disparó. Lo sacó y, al mirarlo, un escalofrío helado le recorrió la espalda.

Era el tíquet de un bar.

Pero no del bar del club de golf.

Era de un hotel de cinco estrellas, en pleno centro de la ciudad.

CAPÍTULO 3

Al día siguiente, Nina tenía un turno completo en el centro benéfico. Llevaba años haciendo voluntariado allí. Tal vez era su manera de expiar el pasado.

Era un centro infantil para niños de familias problemáticas, para aquellos que se habían quedado temporalmente sin padres y para los que simplemente necesitaban cuidado y atención. Nina iba allí todas las semanas: pasaba tiempo con ellos, organizaba actividades creativas, les leía libros. Le gustaba sentirse útil.

En la entrada se cruzó con Stella Reed, la esposa de un concejal municipal. Stella estaba construyendo con esmero su imagen pública, interpretando el papel de esposa atenta y compasiva de un futuro candidato a la alcaldía. Allí todo el mundo la adoraba, aunque Nina estaba casi segura de que, una vez terminada la campaña, Stella desaparecería sin dejar rastro.

—Nina, querida, qué alegría verte —dijo Stella con calidez, besándola en la mejilla.

Nina le devolvió la sonrisa. Dejando a un lado sus prejuicios, Stella no era una mala persona.

—¿Qué tal tu fin de semana? —preguntó Nina mientras caminaban hacia la sala de juegos. Era una simple charla trivial para mantener la conversación. Pero, al oírla, los ojos de Stella destellaron con una irritación repentina.

—¿Te lo puedes creer? Ayer el señor Black organizó una fiesta y alquiló todo el club de golf —puso los ojos en blanco y agitó la mano con fastidio—. Yo estaba a punto de ir a jugar y no me dejaron entrar. ¿Te imaginas?

Nina se detuvo en seco. El corazón le dio un vuelco.

—Espera… ¿cómo que no te dejaron entrar? —preguntó, esforzándose por mantener la voz firme.

—Cerraron el club por un evento privado. Y yo pago una cuota mensual enorme. No tenían ningún derecho —espetó Stella,

cruzándose de brazos.

Las palabras de Frank de la noche anterior cruzaron la mente de Nina como un relámpago.

«Jugamos al golf fuera de la ciudad…»

Y, enseguida, apareció ante sus ojos aquel maldito tíquet encontrado en su chaqueta.

—Pero mi marido estuvo jugando al golf ayer —dijo Nina despacio, intentando asimilar lo que acababa de oír.

En la ciudad solo había un club de golf del nivel adecuado para hombres como el marido de Stella y Frank. Eran socios desde hacía cinco años. Al principio a Frank el golf le había dado igual, pero de pronto se había aficionado: compró todo el equipo, pagó la cuota anual y empezó a ir varias veces por semana después del trabajo para desconectar.

Stella parpadeó y luego negó con la cabeza con una breve risa incrédula.

—Nina, debes de estar equivocada. Si Black alquiló el club, no había nadie ajeno allí. Tu marido no pudo haber estado jugando.

Un frío profundo recorrió la espalda de Nina. Frank le había mentido.

—¿Estás segura de que el club estaba completamente cerrado? — su voz sonó tranquila, aunque por dentro todo se le tensaba.

Stella resopló, molesta, y se apartó un mechón suelto detrás de la oreja.

—Completamente segura. Puedes preguntarle a cualquiera — arrugó la nariz con irritación—. Estaba tan enfadada que llamé al administrador y monté un escándalo. ¿Sabes qué me dijeron? " Lo sentimos, estamos celebrando un evento privado y ni siquiera los socios tienen acceso. Mañana abriremos a partir de las ocho de la mañana y con gusto le ofreceremos tres consumiciones gratuitas después de su partida".

Nina guardó silencio, ordenando frenéticamente las posibilidades en su cabeza. Tal vez habían ido a otro club de golf. Poco probable. Solo existía ese dentro de la ciudad, y el más cercano fuera de ella estaba a tres horas en coche. De haber sido así, Frank habría llegado al amanecer.

—Nina, ¿te pasa algo? —Stella entrecerró los ojos, observándola con atención.

—Nada —respondió Nina con rapidez, forzando una sonrisa—. Solo me resulta extraño.

—Bueno, tu marido podría haberte dicho cualquier cosa. Tal vez ni siquiera estaba jugando al golf —Stella arrugó la nariz—. No todos los hombres rinden cuentas a sus esposas de cada paso que dan. A lo mejor se fue a beber con los amigos a algún club de striptease y te contó lo del golf. No le des tantas vueltas. A veces todos lo hacen.

Nina no respondió, aunque todo dentro de ella se rebelaba. Frank siempre le decía exactamente adónde iba, incluso si solo quedaba con amigos. No era un hombre que mintiera por nimiedades. Su relación siempre se había basado en la confianza.

Pasó el resto del día en el centro, pero se sentía como sumergida en una niebla silenciosa. Normalmente, Nina adoraba ese tiempo. Los niños corrían a su alrededor, reían, le contaban sus historias. Pero aquel día, mientras cumplía mecánicamente con sus tareas, sus pensamientos estaban muy lejos de la ruidosa sala de juegos.

El tíquet que había encontrado en la chaqueta de Frank no dejaba de aparecer en su mente. Era de un bar del centro, no del club de golf. Y marcaba las siete de la tarde.

¿Por qué había mentido?

Por el momento, aún podía obligarse a verlo como una coincidencia. Tal vez de verdad habían jugado en otro sitio y luego habían ido a un bar. Pero entonces, ¿por qué no se lo había dicho? Nina siempre había creído que Frank nunca le mentía.

***

Durante todo el camino de regreso a casa, Nina no dejó de darle vueltas a su conversación con Stella. Cuanto más la analizaba, más crecía la ansiedad en su interior.

Llevaban tantos años juntos… Le estaba infinitamente agradecida por haberse quedado. A veces incluso se sentía culpable por no poder ser la esposa que creía que él merecía. No era fácil convivir con ella. Ataques de pánico, episodios depresivos. Había momentos

en los que le resultaba difícil dejarlo acercarse. Pero Frank sabía en qué se metía. Sabía lo que le había ocurrido en el pasado. Sabía que heridas así no desaparecen sin más.

¿De verdad Frank podía haber…? No. No podía ser verdad. No quería creerlo. Pero ya no podía fingir que aquellas coincidencias no significaban nada.

Necesitaba tiempo para comprender del todo qué estaba ocurriendo realmente. Y ya sabía por dónde empezar.

En cuanto llegó a casa, Nina se encerró en el baño y sacó el teléfono. Deslizó el dedo por la lista de contactos hasta encontrar el número que buscaba.

Robert Stanfield.

Había trabajado durante muchos años para su padre, llevaba todos los asuntos legales de la empresa y había sido el asesor jurídico de mayor confianza de la familia. Tras la muerte de su padre, casi sin decir palabra, pasó a asesorar a Frank. En aquel momento había parecido lo más lógico. A Nina nunca le había interesado el negocio familiar y sabía que su padre acabaría dejándoselo a Frank. Ella siempre se había mantenido al margen.

Pero ahora todo era distinto.

Nina inspiró hondo y pulsó la tecla de llamada.

—¿Nina? —Robert contestó casi de inmediato. Su voz, como siempre, sonaba tranquila y amable—. Qué gusto oírte.

—Buenas tardes, Robert —dijo ella, forzando su voz a mantenerse firme, aunque los dedos se le tensaron alrededor del teléfono—. Siento molestarle, pero es urgente.

—Por supuesto. Te escucho.

—Quisiera… paralizar la transferencia de las acciones a Frank —dijo con toda la firmeza que pudo, temiendo que la voz le temblara.

Al otro lado hubo una breve pausa.

—Perdona, Nina, ¿he oído bien? ¿Paralizarla?

—Sí —confirmó, sintiendo cómo se le cerraba el pecho.

No tenía intención de compartir sus sospechas con él. Además, la corroía el miedo de que pudiera estar en deuda con Frank. Habían trabajado codo con codo durante años junto a su padre. Y ella siempre había sido solo la hija. Y luego, la esposa.

—¿Ha pasado algo? —su voz se suavizó, casi preocupada.

Siempre la había tratado con afecto, casi como a una hija. Le vino a la mente el recuerdo de él llevándole chocolate cuando era niña, entrando en el despacho de su padre con documentos. Nina se sintió un poco más tranquila. ¿Cómo había podido dudar de él?

—No, claro que no —respondió deprisa—. Solo necesito tiempo para pensarlo.

—Nina, ¿estás segura? Frank no se va a alegrar cuando se entere. Y ha estado inusualmente insistente en cerrar este asunto. Lo más probable es que vuelva a insistir en el tema mañana o pasado mañana.

—Precisamente por eso —dijo en voz baja—. Por favor, no se lo diga todavía. Al menos durante unos días.

Esta vez la pausa fue más larga, un segundo de más.

—De acuerdo. Me encargaré de ello —dijo por fin—. Pero si algo no va bien, sabes que puedes confiar en mí.

Parecía haber entendido que algo no iba bien entre ella y Frank. Nina sintió un poco de vergüenza por su impulsividad, por sus sospechas.

—Gracias, Robert —murmuró.

Colgó la llamada, con el peso asentándose sobre sus hombros.

Ahora tenía un poco de tiempo.

La verdadera pregunta era si sería suficiente para descubrir la verdad… y qué clase de tormenta desataría Frank cuando se enterara de que había cambiado de opinión sobre cederle las acciones de la empresa.

CAPÍTULO 4

Nina caminaba de un lado a otro por la casa, incapaz de quedarse quieta. Por más veces que se repitiera que todo eran solo conjeturas, que se había alterado sin motivo, la ansiedad no cedía.

Le temblaban las manos, el corazón le latía con tanta fuerza que los golpes sordos resonaban en sus oídos.

Se dejó caer en un sillón y se cubrió el rostro con las manos.

—Dios, Nina, has perdido completamente la cabeza —murmuró contra las palmas.

Tenía que ser paranoia. Tal vez de verdad necesitaba volver con su terapeuta. Había pasado demasiado tiempo desde la última visita.

Y entonces recordó la caja de seguridad.

Frank la había abierto varios años atrás, después de otra auditoría en la empresa. Nina tenía acceso a ella. Nunca había ido ni una sola vez. No le había importado.

Pero ahora…

Nina miró el reloj. El banco aún estaba abierto. Si Frank ocultaba algo, ¿qué probabilidades había de que estuviera allí? Era su única oportunidad clara.

No podía acceder a la caja fuerte de su despacho. Y él podía tener mil escondites distintos. Pero la caja de seguridad… Si ella estuviera en su lugar, ahí sería exactamente donde guardaría algo realmente comprometedor.

El corazón le golpeaba con fuerza el pecho mientras cogía el bolso y las llaves. Condujo rápido, sin prestar apenas atención a las normas de tráfico. Un solo pensamiento giraba sin parar en su cabeza.

«Esto es solo paranoia, Nina. No encontrarás nada. Frank es solo un tipo normal que salió con sus amigos, bebió, le mintió a su mujer… y ya está.»

Entonces, ¿por qué estaba tan aterrada?

En el banco se acercó al mostrador y dio el número de la caja. Un trámite rutinario. Tras comprobar su autorización, nadie hizo preguntas.

—Por cierto —añadió la empleada con una sonrisa educada—, su autorización vence en una semana. Su marido no la ha renovado.

El pulso de Nina se disparó.

—¿No la ha renovado? —preguntó, obligándose a mantener la calma.

—No —asintió la chica—. Así que, si desea conservar el acceso, tendrá que hablarlo con él.

Nina forzó una sonrisa.

—Lo haré —dijo, guardando su identificación en el bolso.

La condujeron a una pequeña sala privada con una puerta pesada y la dejaron sola.

Colocaron una caja metálica delante de ella.

Dudó un segundo.

Aún estaba a tiempo de echarse atrás. Lo que estaba haciendo era ruin. Hurgar en busca de algo contra un marido que no le había dado ni una sola razón para desconfiar en veinte años. Debería haberle estado agradecida. Por su paciencia. Por lo bien que la trataba. Por haberse casado con ella, en primer lugar. Había aceptado a una chica dañada, rota, protegiéndola a ella —y a la familia— del escándalo.

Pero algo dentro de ella no la dejaba parar.

Nina introdujo la llave, la giró, sacó la caja y se quedó paralizada.

Todo parecía… normal.

Había fajos de dinero en efectivo encima, sujetos con bandas del banco. Debajo, carpetas con documentos. Incluso dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. Las cosas habituales que la gente guardaba en una caja de seguridad. Nada ilegal.

Siguió revisando los papeles. Y entonces encontró lo último que esperaba ver.

Un certificado de nacimiento.

No el de su hija.

Nina se quedó completamente inmóvil, como si la hubieran golpeado. Despacio, como en un sueño, tomó el documento entre

las manos.

Nombre del niño: Ethan Osborne.

El aire se le escapó de los pulmones.

No podía creer lo que veía. El corazón empezó a latirle desbocado, un pitido agudo le llenó los oídos. Siguió leyendo.

Madre: Vivian Hayes.

Nina se aferró al borde de la mesa para no desplomarse.

No podía ser verdad. Pero los documentos no mentían. Vivian. La misma Vivian que le sonreía con tanta dulzura, que hablaba de su supuesto marido amoroso. Era la amante de su marido. Y tenían un hijo.

Nina soltó una risa amarga.

No le cabía en la cabeza. ¿Sabía Vivian que Nina era la esposa legal de Frank? Claro que debía saberlo. O, como mínimo, ya lo habría descubierto. Si todo aquello era cierto, entonces debía de haberse cansado de esperar a que Frank dejara a su mujer y había decidido investigar la situación por su cuenta. Ver si él le mentía. Medir a su rival. O algo completamente distinto. ¿Quién sabía qué pasaba por la cabeza de esa serpiente? ¿Cómo se podía sonreír a una mujer con cuyo marido te estabas acostando?

¿Por qué no decir la verdad? ¿Por qué esconderse, mentir, alargarlo todo en lugar de marcharse en paz? Su hija ya era adulta. Ya no había necesidad de mantener una familia unida por un niño.

Pero Nina ya conocía la respuesta.

Era demasiado evidente.

Todo giraba en torno a la maldita empresa. La empresa que generaba millones. Frank había clavado los dientes en ella y no pensaba soltarlos.

Nina siguió revisando los documentos.

Le había comprado un coche a Vivian. Había adquirido un apartamento para su hijo de cara al futuro. Todo financiado con su herencia. Eso era lo que más la enfurecía.

Toda esa ropa de diseñador, los salones de belleza, las vacaciones de Vivian, la niñera privada para su hijo. Cada céntimo había salido de su dinero.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

Nina pasó las hojas una tras otra. Copias de contratos. Extractos. Él lo había guardado todo. Eso confirmaba por completo la verdad. Su marido tenía una segunda familia y la mantenía con generosidad.

No podía respirar. El pecho le ardía. Cerró los ojos con fuerza, pero el certificado de nacimiento seguía flotando ante ella. Ethan. El niño que había dibujado aquel mismo dibujo que su marido había conservado con tanto cuidado en el coche.

La cabeza le daba vueltas. El nombre de su marido en la línea de " padre " se grabó con nitidez en su mente.

Hacía apenas unas horas se habría reído en la cara de cualquiera que se atreviera a decirle que Frank llevaba una doble vida. Y ahora tenía la prueba en las manos. Literalmente.

¿Y ahora qué? ¿Qué le quedaba por hacer?

Nina se obligó a respirar de forma más regular. No podía montar un escándalo en ese momento.

Así que Nadine tenía razón. Y si aquel " mujeriego casado " que mantenía a Vivian realmente se estaba preparando para un divorcio, ¿significaba eso que Frank pensaba dejar a Nina sin nada?

Un escalofrío helado le recorrió la espalda. Aquello ya no era solo una traición. Era un plan calculado.

Él sabía que la empresa le había llegado a ella como herencia. Eso significaba que, en un divorcio, no tenía ningún derecho sobre ella. Por eso la había estado presionando, convenciéndola, diciéndole que así todo sería más sencillo.

«Simplifiquemos todo, Nina. Traspásame las acciones».

Y ella… ella casi había aceptado.

El calor le inundó el cuerpo. No tenía ni idea de qué hacer. No había nadie a quien pudiera pedir ayuda. Frank tenía toda la autoridad, no ella. Había pasado veinte años trabajando junto a su padre, tejiendo una red de contactos, construyendo una reputación. Y ella… ella no era nadie.

La lujosa casa en las afueras, los apartamentos, las propiedades de lujo en el extranjero se habían comprado durante los años de matrimonio. ¿Qué garantías tenía de que él no lo hubiera vendido ya todo mediante operaciones ficticias? ¿Y si el dinero de sus cuentas ya hubiera sido desviado a paraísos fiscales hacía tiempo?

Si le permitía despojarla de todo, si él se quedaba con las acciones, ella se quedaría sin nada. Fue una revelación devastadora, nauseabunda.

Él no quería un simple divorcio. Lo quería todo.

Nina se obligó a respirar más despacio. El pánico no la salvaría ahora.

Volvió a colocar con cuidado los documentos en la caja de seguridad, fotografiando antes cada una de las páginas. Las necesitaría más adelante.

Mientras Frank creyera que todo estaba bajo control, mientras pensara que ella no sabía nada, aún tenía tiempo para prepararse para el divorcio.

¿Había pensado siquiera en su hija? ¿Había decidido echarla también de su vida con las manos vacías, igual que a Nina? ¿Qué pasaba por su cabeza?

Y aquella traidora, Vivian… ¡Y pensar que había confiado en la mujer a la que había dejado entrar en su vida!

CAPÍTULO 5

Nina salió del banco. Aún le zumbaban los oídos y un vacío paralizante se le asentó en el pecho.

Sabía que debería sentir ira, rabia, furia, pero por dentro solo había entumecimiento.

Subió al coche, pero no tocó el volante. Pasó un segundo. Luego dos. Luego diez. Se quedó allí sentada, mirando un punto fijo, intentando entender qué se suponía que debía hacer a continuación.

Sabía que no podía volver a casa ahora mismo. No estaba preparada para verlo. No podía mirar a Frank a los ojos, ni sentarse a la misma mesa fingiendo que no sabía nada. Necesitaba tiempo.

Nina escribió un mensaje rápidamente:

«Frank, he ido a visitar a Daphne. Hace dos semanas que no la veo y tenía ganas de estar con ella. No me esperes esta noche.»

Enviado.

Se lo creería. Siempre había estado increíblemente unida a su hija, y todavía no se acostumbraba al hecho de que Daphne llevara tres meses viviendo en otra ciudad.

La respuesta llegó casi de inmediato:

«De acuerdo. Dale recuerdos de mi parte.»

Nina soltó un breve suspiro amargo.

Ahora venía la parte más difícil.

Marcó el número de su hija y se llevó el teléfono a la oreja. El corazón le latía como si estuviera a punto de hacer algo terrible.

—¡Mamá, hola! —respondió Daphne al instante. Había tanta ligereza en su voz que algo dentro de Nina se le contrajo dolorosamente. Su hija no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo en su familia en ese momento. Y Nina deseaba con todas sus fuerzas que permaneciera en esa ignorancia feliz el mayor tiempo posible. Daphne era lo único que le quedaba.

Nina forzó una sonrisa en la voz, intentando sonar natural.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? ¿Cómo va la universidad?

—Ay, mamá, ni me preguntes. Estudiar para mis primeros exámenes finales me está matando —rió Daphne, y a Nina se le cerró la garganta.

Su hija estaba allí, en otra ciudad, viviendo su propia vida, creyendo que todo estaba bien entre sus padres. Y el mundo de Nina se estaba derrumbando pieza a pieza.

—Podrás con ello —dijo Nina, intentando sonar animada—. Eres muy lista.

—Gracias —bostezó Daphne—. ¿Y por qué llamas?

Nina tragó saliva, luchando por no dejar que la voz revelara lo mal que se sentía.

—Solo quería oírte.

—Qué bonito. Pero raro. ¿Ha pasado algo?

—No, no —respondió Nina deprisa—. Escucha, quería pedirte un favor. Si papá llama, dile que estoy contigo.

Al otro lado hubo una breve pausa.

—Eh… ¿por qué? —preguntó Daphne, confundida.

—Quiero darle una sorpresa —mintió Nina, rogando que su hija no notara el vacío en sus palabras.

—Mmm. Sospechoso —Nina casi podía verla entrecerrar los ojos. Daphne se parecía tanto a Frank, incluso en los gestos—. Está bien, mamá. Una sorpresa es una sorpresa.

—Gracias, cariño —sonrió Nina, aunque ya le ardían los ojos por las lágrimas.

Daphne siguió hablando de otras cosas, y Nina escuchó su voz sintiendo que el corazón se le estaba desgarrando literalmente.

Se despidieron. Nina colgó deprisa, incapaz de aguantar más.

Se cubrió el rostro con las manos, sentada en el coche, y se dio exactamente cinco segundos. Se secó las lágrimas. Respiró hondo. Encendió el navegador.

Necesitaba tiempo para ordenar todo aquello.

Nina condujo hasta un hotel de lujo. Durante unos días se escondería allí de su marido y trazaría un plan. Consultaría con abogados; la claridad llegaría después.

Al final, no era el fin del mundo. Todo podría haber sido catastrófico si hubiera descubierto la verdad demasiado tarde. Al menos había detenido la transferencia de las acciones, y la empresa seguiría siendo suya pasara lo que pasara. Eso significaba que tendría dinero.

Y Frank podía irse directamente con su Vivian.

De pronto se sorprendió a sí misma con un pensamiento extraño. Nunca había estado locamente enamorada de Frank. No era ese tipo de mujer que miraba a su marido con ojos de enamorada, que se estremecía con un solo roce. Habían sido socios, más que nada. Amigos. Dos personas que habían compartido muchos años de vida y criado a una hija maravillosa. Nina había creído que entre ellos había comprensión, estabilidad, una base sólida como una roca. Él lo sabía todo sobre ella. Y ella, al parecer, no sabía absolutamente nada sobre él.

Ni siquiera había sospechado que durante todos esos años él hubiera llevado una doble vida, ocultando otra familia y, posiblemente, preparando un divorcio no por desesperación, sino para dejarla sin nada.

Qué bajeza.

Nina entró en el aparcamiento subterráneo del hotel, apagó el motor y se quedó sentada en la oscuridad unos minutos más, apoyando la frente contra el volante.

No había un solo pensamiento claro en su cabeza. El dolor era insoportable. Había sido traicionada con una crueldad calculada, depredadora.

Y ella… ella lo había hecho todo por él. Le había entregado su vida entera.

Y a sus espaldas, él había construido una segunda familia, había pagado los caprichos de su amante con el dinero de ella y había preparado fríamente un divorcio.

Un escalofrío la recorrió, alternando oleadas de calor y de frío. Había confiado en él por completo y se había equivocado de la peor manera.

Ya en la habitación, lo primero que hizo Nina fue tirar el teléfono sobre la cama y acercarse a la ventana. La ciudad nocturna brillaba

con miles de luces, los coches se deslizaban por las calles, la gente seguía viviendo sus vidas normales, sin saber que la de ella acababa de derrumbarse.

Se presionó las sienes con los dedos, intentando recomponerse.

No podía permitirse perder la cabeza.

Tenía que comprenderlo todo hasta el final antes de dar cualquier paso.

Nina se sentó en la cama, cogió el teléfono y abrió las fotos del banco.

El certificado de nacimiento. Los documentos del apartamento. Fue pasando las imágenes una a una, y con cada nueva foto le costaba más respirar.

Aquello no había sido un accidente. Ni una aventura de una noche fruto del alcohol. Era una vida paralela, mantenida con meticulosidad durante años. Tenía un hijo. Y ella había sido tan ingenua que no había notado nada.

Le empezaron a temblar las manos.

Nina se acercó al minibar, sacó una botella de agua y se quedó inmóvil. ¿Tal vez debería tomar algo más fuerte? Siempre había evitado el alcohol. Incluso el olor le provocaba náuseas. Pero esa noche ya no le importaba.

Durante tantos años había vivido con la certeza de que Frank era su compañero de vida. Tal vez sin una pasión arrebatadora, pero con una base compartida.

Y ahora comprendía que todo ese tiempo había convivido con un desconocido frío y calculador.

Lo había planeado todo desde hacía mucho. Ya no era tan ingenua como para no verlo. Dos años antes, cuando ella había querido comprar un apartamento junto al mar, él había sugerido registrarlo a nombre de su madre. Y Nina no había puesto objeciones. ¿Qué tenía eso de extraño? Llevaban veinte años juntos. ¿Cómo no confiar en tu marido cuando nunca te había dado un solo motivo para desconfiar?

Después empezó a sembrar con suavidad la idea de que necesitaba las acciones de la empresa. Que le resultaba incómodo

ser solo un apoderado en las juntas de accionistas. Al fin y al cabo, él era el director general. Quería más.

¿Y si las acciones hubieran pasado a ser suyas, habría solicitado el divorcio de inmediato? ¿La habría echado simplemente por la puerta?

La ira le latía en la cabeza. Pesada y venenosa.

Nina abrió el teléfono y entró en la cuenta bancaria conjunta.

Su intuición no le había fallado.

El saldo llevaba meses disminuyendo. Vaciado en pequeñas cantidades sistemáticas para no levantar sospechas. Y ella ni siquiera sabía cuánto dinero podía haber sacado ya de la empresa a través de sociedades pantalla.

¿En qué había estado gastando su dinero?

¿En Vivian? ¿En su hijo?

Cómo la odiaba en ese momento.

Pero ahora mismo Nina no podía hacer nada. Necesitaba desesperadamente compartir lo que había descubierto con alguien. Pero sus únicas confidentes eran Vivian, la víbora, y Nadine, la chismosa. ¿Se suponía que debía confiarle algo así a Nadine? Poco probable. Casi mejor pedir otra cita con su terapeuta, solo para tener a alguien con quien realmente pudiera hablar.

¿Por qué le había hecho eso?

Ella lo había hecho todo por él. Frank había llegado a su vida siendo nadie. Un tipo corriente, con ambición, pero sin contactos ni oportunidades reales. Habían sido ella y su padre quienes lo habían convertido en lo que era. Un hombre rico y respetado.

Ella lo había apoyado mientras construía su carrera, había confiado en él, se había mantenido al margen de los asuntos de la empresa porque siempre había creído que él entendía los negocios mucho mejor de lo que ella jamás podría.

¿Dónde estaría él sin ella?

Y entonces otro pensamiento la golpeó.

El suelo pareció desaparecer bajo sus pies.

Nina cerró los ojos, intentando ahuyentarlo. No. No quería pensar en todo lo que había sacrificado por Frank. Dolía demasiado.

Le costaba respirar. Agarró el teléfono y tomó una decisión. Necesitaba pruebas. Tenía que verlo todo con sus propios ojos. Porque su mente aún se negaba a creer que Vivian —precisamente Vivian— y su marido, tan atento y cariñoso, pudieran traicionarla de esa manera.

Le temblaba la mano cuando escribió en el chat del grupo:

«Chicas, me voy de la ciudad por una semana. No me esperéis en yoga.»

Vivian tenía que saber que Nina no estaba en la ciudad. Lo más probable era que Frank fuera directamente a verla. Que pasara tiempo con ella, convencido de que Nina no sospechaba nada.

La propia Nina no entendía del todo por qué necesitaba hacer esto. Tal vez quería asegurarse de que era real. De que él era realmente capaz de algo así.

O quizá solo quería que el dolor de la traición lo quemara todo dentro de ella hasta reducirlo a cenizas, de una vez por todas.

Cerró los ojos, intentando calmarse, pero no sirvió de nada.

Si hubiera podido, habría irrumpido en casa en ese mismo momento. Le habría arrojado a la cara una copia del certificado de nacimiento de Ethan, lo habría acusado de infidelidad y habría pedido el divorcio en el acto. Pero no podía actuar por impulso. No tenía idea de en qué estado estaban ahora mismo sus asuntos. Tal vez él ya había desviado la mitad de los activos. Necesitaba paciencia. Y necesitaba esperar las respuestas de los abogados.

***

Nina estaba sentada en la cama de la habitación del hotel, mirando fijamente el teléfono sin ver nada, cuando su atención se detuvo en una publicación de Vivian en redes sociales.

Una foto del balneario al que ella y Frank habían ido juntos varias veces. Nina reconoció al instante el lujoso vestíbulo con sus candelabros dorados, los sofás de un blanco impecable y los ventanales panorámicos con vistas al bosque.

El texto bajo la foto decía:

«Un día en familia ♥ »

Nina se estremeció.

Tal vez no significaba nada. Tal vez Vivian solo estaba descansando. Pero Nina ya sabía que no era una coincidencia. Frank había dicho que hoy tenía una reunión. Y si realmente estaba con ella…

Una mezcla ardiente de rabia y asco le prendió fuego en el pecho.

Agarró las llaves del coche. De camino al hotel se detuvo en una tienda y compró unas gafas de sol oscuras y un sombrero. Se recogió el pelo en un moño bajo y tirante. Lo último que necesitaba en ese momento era que la reconocieran.

Tenía que verlo con sus propios ojos. Su mente aún se negaba a aceptar que aquello fuera real.

Tardó alrededor de una hora en llegar al hotel.

Se sentó en el vestíbulo, pidió un té y fingió que simplemente estaba esperando a alguien.

Nina pensó que se quedaría allí una eternidad, pero no pasaron ni cinco minutos cuando aparecieron.

Frank, con pantalones oscuros y una camisa con el cuello desabrochado, caminaba despacio, con naturalidad, como un hombre que no tiene nada que ocultar. En su rostro había una sonrisa tranquila, satisfecha.

Se le veía feliz. Y eso fue lo peor. Peor que el dolor. Peor que la traición. Estaba feliz… sin ella.

Al principio Nina ni siquiera reparó en el niño. Frank lo llevaba de la mano, y Nina lo comprendió de inmediato. Era su hijo. No había ninguna duda.

Vio cómo Frank se agachaba ante el niño, le arreglaba la sudadera, le decía algo en voz baja, y el pequeño reía encantado.

Eso la rompió por completo.

Frank rodeó la cintura de Vivian con la mano y la miró con una ternura que Nina no le había visto en mucho tiempo. Vivian, la traidora, irradiaba felicidad desde dentro. No era solo una amante.

Era su mujer.

No se lo había robado. Lo había reclamado hacía mucho tiempo.

Nina empezó a temblar.

Vivian. Esa criatura mentirosa y calculadora que se había ganado su confianza, se había hecho su amiga, le había sonreído, se había

sentado a la misma mesa con ella.

¿Por qué? ¿Para asegurarse de que Nina no sospechara nada? ¿Para comprobar hasta dónde había llegado su plan con Frank? ¿Para medir a su rival? Dios, qué retorcido y enfermizo era todo.

Nina apartó la mirada y apretó la taza de té frío entre las manos, intentando conservar la compostura.

Quería acercarse a ellos y decirlo todo. Exponerlos. Gritar. Pero no podía permitírselo. No podía darle esa satisfacción. No podía permitir que Vivian disfrutara de su humillación.

Los vio salir del vestíbulo. Entonces dejó la taza sobre la mesa y se levantó bruscamente. Todo dentro de ella estaba lleno de ira y, al mismo tiempo, se sentía tan frágil que estaba a punto de echarse a llorar allí mismo.

Dijeran lo que dijeran sobre que nunca había existido un gran amor entre ella y Frank, habían pasado juntos muchos años. Tenían una hija adulta. Planes. Una vida compartida. ¿Y ahora qué? ¿Nada de eso había sido real?

Nina salió del hotel y se metió en el coche. Apretó el volante con fuerza. Imágenes del pasado cruzaron por su mente como ráfagas.

El tiempo se estiró de forma insoportable. Miraba al frente, paralizada, incapaz de obligarse a arrancar el motor.

De pronto, alguien tocó en la ventanilla. Nina se sobresaltó y giró la cabeza bruscamente. Un guardia de seguridad con uniforme estaba de pie junto al coche.

Bajó la ventanilla.

—Buenas noches. Su vehículo no está registrado en el sistema del hotel. Según las normas, si no es huésped solo puede aparcar aquí durante treinta minutos.

Nina parpadeó. Tardó un momento en asimilar las palabras.

—Sí, claro. Me voy de inmediato.

La voz le salió ronca. Se aclaró la garganta, intentando parecer normal, pero el guardia seguía observándola con atención.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Sí —repitió ella—. Perdón. Estaba distraída.

Él frunció ligeramente el ceño, pero no insistió. Se apartó, dejándole espacio para salir.

Nina arrancó el coche, dio marcha atrás con cuidado y salió del aparcamiento. Se incorporó a la autopista; la carretera se desdibujaba a través de las lágrimas. Aceleró hasta que la presión en su interior se volvió insoportable.

Frenó en seco en la primera gasolinera que vio.

Los neumáticos chirriaron contra el asfalto, el coche derrapó ligeramente.

Nina se quedó sentada, respirando con dificultad, mirando fijamente al frente.

Afuera estaba oscuro. Pasaban pocos coches, un cartel de neón parpadeaba sobre el parabrisas. La gasolinera estaba casi vacía. Solo un camión solitario junto a un surtidor, y su conductor estirándose con desgana.

Si todo ya se había ido al infierno, por fin haría aquello que no se había atrevido a hacer durante muchos años: recuperar la única parte de sí misma que había abandonado.

Durante demasiado tiempo había vivido con el miedo de que su secreto saliera a la luz; el miedo a manchar el apellido de su familia y la reputación de su marido. Al fin y al cabo, él la había ayudado tanto en su día, la había apoyado, la había recompuesto pedazo a pedazo. Ella había creído que eso era amor verdadero. Ningún hombre tendría tanta paciencia si no amara de verdad.

Pero el amor se había ido. Como todo en este mundo. Y ahora Frank tenía una nueva pasión. Y ella… ¿había sido alguna vez algo más que un medio para un fin? ¿Le había importado realmente en algún momento?

Sus dedos encontraron solos un número en la lista de contactos. Un número que no marcaba desde hacía muchísimo tiempo.

Leonard Vance. El detective privado en quien confiaba.

El tono de llamada se prolongó de forma dolorosa.

—¿Nina? Cuánto tiempo sin saber de ti —sonó por fin una voz grave al otro lado.

Nina apretó el teléfono con fuerza.

—Hola, Leo. Necesito tu ayuda. Otra vez.

—Te escucho.

—Necesito saber si una chica llamada Lynn vive en la dirección que estoy a punto de enviarte. O mejor dicho… una joven —se corrigió—. Fue adoptada. Es la misma chica que localizaste para mí hace tantos años.

Leonard guardó silencio un instante. Nina oyó el repiqueteo de las teclas.

—Es una petición interesante —comentó.

El pecho de Nina se le cerró, como si alguien le apretara el corazón con un puño.

—Esto es muy importante. El dinero no es un problema —dijo, intentando que no le temblara la voz—. Solo comprueba si vive allí.

Si Leonard se sorprendió, no lo demostró.

—De acuerdo. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—Gracias.

Nina colgó, lanzó el teléfono al asiento del copiloto y cerró los ojos.

Lynn…

Ese nombre removió algo muy profundo dentro de ella.

Dios, cuánto tiempo hacía que no se permitía pensar en eso. Con qué ferocidad se había prohibido a sí misma volver al pasado.

¿Cómo había ocurrido siquiera que se casara con Frank tras solo unos meses de conocerlo?

Entonces era joven y estúpida. Una estudiante de medicina de diecinueve años. Sus padres estaban orgullosos de ella. Toda su vida y un futuro maravilloso se extendían ante sus ojos.

Y luego una sola fiesta dividió su vida en un Antes nítido y un Después devastador.

CAPÍTULO 6

A Nina nunca le habían gustado las fiestas.

La habían educado con severidad, enseñándole que la disciplina, el estudio y el autocontrol eran más importantes que cualquier otra cosa. Después de las clases solía ir directamente a casa, sentarse con sus apuntes y prepararse para el día siguiente.

Pero aquella noche, todo salió mal.

—¿Hablas en serio? Van a estar todos los populares —la animaba su amiga, con los ojos brillantes de emoción—. ¿De verdad quieres quedarte en casa y perderte algo así?

—Tengo que levantarme temprano mañana —protestó Nina. No tenía ningún deseo de verse arrastrada a aquello. Ya sabía que no encajaría allí. Ni siquiera sabía qué hacía la gente en ese tipo de fiestas.

—Dios mío, Nina, solo una vez en tu vida. Te juro que estarán allí los chicos más guapos del campus. Ya va siendo hora de que empieces a salir con alguien. O al menos que aprendas a besar.

Lisa abrió de par en par el armario de Nina y sacó el vestido más corto que tenía. El mismo que Nina nunca se había atrevido a ponerse. Si su padre la veía así, probablemente la echaría de casa. Su amiga la vistió, la maquilló, la convirtió en una muñeca. Nina nunca habría imaginado que pudiera verse de ese modo. Un abrigo largo fue la única forma de pasar frente a sus padres sin que notaran lo provocativo del atuendo.

Así fue como acabó en aquella fiesta. Y así fue como vio por primera vez a Jasper Garth.

Era alto y peligroso, con una mirada depredadora. Los tatuajes asomaban bajo las mangas de su camiseta negra y sostenía un vaso de whisky en la mano. El hijo rico de un alto cargo municipal, un chico para el que no existían las normas.

En el instante en que Nina lo vio, supo que se había metido en un lío. Lo observó toda la noche sin apartar los ojos de él, y él ni siquiera reparó en su presencia.

Bebía como si intentara olvidar algo. Sorbo tras sorbo, vaso tras vaso. Todo en él decía: *No te acerques* .

Y aun así, ella quería hacerlo.

Pero tenía miedo.

Nina nunca había sido una chica atrevida y desinhibida, capaz de hablar con un chico como él sin esfuerzo. Apenas sabía cómo comportarse con los chicos en general, más allá de los que se sentaban con ella en los grupos de estudio y pasaban horas en la biblioteca.

Él parecía peligroso, alguien con quien era mejor no meterse. Su aura oscura la oprimía y la atraía al mismo tiempo. Apartaba a una chica tras otra con desprecio apenas disimulado. Y Nina permanecía en un rincón de la habitación con un refresco en la mano, observándolo mientras mariposas le revoloteaban en el estómago. No tenía ninguna posibilidad. Un chico así no se fijaba en chicas normales, estudiosas. Jasper era un año mayor y en el campus corrían todo tipo de rumores sobre él. Ninguno bueno. Pero ni siquiera eso lograba apagar su fascinación.

Decían que había estado enamorado de una estudiante de primer año y que había rechazado a todas las demás por ella. Pero ahora estaba solo. Y no parecía feliz.

Cuando la fiesta llegó a su fin, Nina decidió que era hora de irse. No tenía sentido quedarse. Jasper no la había mirado ni una sola vez.

Suspiró y fue a buscar a su amiga. Lisa había desaparecido hacía más de media hora, diciendo que iba a por bebidas.

Pero cuando Nina dobló por el pasillo, se topó directamente con él.

Estaba apoyado contra la pared, con la cabeza inclinada. En la mano sostenía una botella de whisky casi vacía. Nina se quedó paralizada. En ese instante, él levantó la mirada y su mundo se puso del revés.

Abrió la boca para decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Las mejillas le ardían, el corazón empezó a latirle con más fuerza, pero no pudo apartar la mirada.

Jasper la miró como si la viera por primera vez —que, en realidad, así era—. Nunca se habían cruzado antes en la universidad.

Había una bruma de embriaguez en sus ojos y algo más. Algo salvaje. Brutal. Implacable.

Y entonces…

La agarró. Con brusquedad, sin previo aviso, sin una palabra. Nina no tuvo tiempo ni de emitir un sonido antes de que la arrastrara al dormitorio más cercano y cerrara la puerta de un portazo.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella, presa del pánico.

La habitación estaba a oscuras. Él seguía sujetándola, respirándole en el cuello. Sus dedos apretaban demasiado fuerte, hasta hacerle daño. El corazón de Nina martilleaba de terror.

—Te vi mirarme toda la noche. Me devorabas con los ojos —dijo con voz ronca—. Igual que las demás, ¿eh, muñeca? ¿Me deseas? Dilo. Me deseas. Puedo darte eso. Ahora mismo.

La música sonaba tan fuerte que nadie oyó su grito. Nina se debatió, intentó soltarse, trató de razonar con él, pero él no la escuchaba. Su aliento olía a whisky, sus dedos se clavaban en sus muñecas con dolor, dejando marcas que luego se convertirían en moratones. No era él mismo. Era ese demonio del que todos hablaban. Un demonio sin piedad, sin freno, sin límites.

Luchó en sus brazos como un animal atrapado, pero él era más fuerte. Mucho más fuerte.

—Suéltame —jadeó, llorando mientras intentaba zafarse.

—Cállate.

Su voz le taladró los oídos, pastosa, ebria, extraña.

—Sois todas iguales. Solo fingís…

La arrojó sobre la cama. Nina se revolvió, le golpeó el pecho, intentó arrastrarse para huir, pero él le aplastó las muñecas y la inmovilizó contra el colchón.

Era virgen. Le suplicó que se detuviera. Pero Jasper parecía completamente fuera de sí.

Cuando todo terminó, Nina yacía en el suelo, hecha un ovillo, temblando de horror.

Ni siquiera oyó de inmediato cómo se abría la puerta.

Desde el umbral, una voz ronca y ahogada pronunció su nombre.

—¿Nina?

Ella se estremeció. Era Frank.

Llegaba tarde después de un turno nocturno. De camino a la fiesta, Nina le había enviado un breve mensaje diciendo que saldría esa noche. Él había prometido salir antes, y ahora la encontraba así.

Se sentó a su lado y le tocó el hombro con cuidado. Nina se sobresaltó como si la hubieran golpeado. Le bastó una mirada para entenderlo todo.

Su rostro quedó vacío, en estado de shock. Luego la rabia se encendió en él. Pero ya era demasiado tarde.

Nina fijó la mirada en un punto mientras el frío se le colaba hasta los huesos.

Frank se quedó a su lado, con las manos temblorosas. No sabía qué hacer con ella. Abajo, la música por fin se había apagado. El monstruo se había ido, dejándola a ella ahogarse en el dolor. Su vestido corto se había convertido en un trapo arrugado.

—Tenemos que llamar al 911.

Ella negó con la cabeza con violencia, sollozando.

—No. Por favor. No.

Su mano quedó suspendida en el aire.

—Lo siento —susurró—. Debería haber estado aquí.

Se culpaba a sí mismo.

Y a Nina le pareció que se siguió culpando durante el resto de su vida.

Probablemente por eso acabó casándose con él. Porque lo sabía todo. Lo sabía todo y aun así no se apartó. Porque la apoyó y volvió una y otra vez, incluso cuando ella no quería verlo.

CAPÍTULO 7

El padre de Nina, tal como era de esperar, acudió a la policía. Pero ¿quiénes eran los Garth… y quién era ella?

Jasper Garth era el hijo de un alto funcionario, un niño de oro al que se le permitía todo y para quien siempre aparecían las personas adecuadas. Y su padre, en aquel entonces, apenas estaba empezando a construir su negocio. No tenía ese tipo de influencia ni de poder.

El caso se cerró discretamente por " falta de pruebas ". La investigación nunca llegó a los tribunales. De manera oficial, él quedó "limpio".

Y Nina…

Quería olvidar. Después de todo lo ocurrido, sufrió una crisis nerviosa y luego una depresión profunda. Durante semanas no salió de casa, no quería ver ni hablar con nadie. No entendía cómo seguir viviendo. Y no entendía por qué el culpable no había sido castigado.

¿Quién era ese Jasper Garth para poder seguir viviendo con tanta calma después de todo, sonriendo, disfrutando de la vida, mientras ella se apagaba por dentro día tras día?

Una vez incluso vino a disculparse. O, mejor dicho, su padre lo arrastró hasta allí. Fue una representación. Nina estaba segura de que no se arrepentía de absolutamente nada.

Aquel día sufrió un colapso total. Verlo cara a cara… no. No estaba preparada para eso.

Pero no había terminado.

Unos meses después, descubrió que estaba embarazada. Demasiado tarde, cuando ya no se podía cambiar nada.

Cuando la prueba mostró dos líneas, perdió por completo el control. Golpeó la mesa con los puños, se arrancó mechones de pelo, gritó contra la almohada y luego se quedó inmóvil.

Dentro de ella crecía un niño al que odiaba con cada fibra de su ser.

Frank estuvo allí. Le tomó las manos y dijo con calma, sin emoción alguna:

—Me haré responsable.

Nina lo miró sin parpadear.

—Nos casaremos. Todo el mundo pensará que el bebé es mío.

Luego añadió:

—Después del parto, renunciarás a la patria potestad. El Estado se hará cargo del bebé y lo enviará al sistema de acogida —dijo Frank con voz neutra—. Y a nuestras familias les diremos que fue un aborto espontáneo.

Sonaba como la solución a todo.

Frank tenía razón.

Permaneció a su lado todo el tiempo. La visitaba, le llevaba los apuntes de la universidad. Era paciente, contenido, tranquilo.

Su padre también apoyó la idea. Ya habían empezado a circular rumores entre los conocidos. Y a Nina ya no le importaba. Solo quería borrar aquella pesadilla de su vida.

Olvidarla.

Pasar página.

Pero cuando soportó horas de parto, cuando el médico, ajeno a todo, dijo:

—Felicidades, ha dado a luz a una niña sana.

Cuando colocaron al bebé sobre su pecho…

Algo dentro de ella tembló.

La niña era pequeña, cálida, viva.

Nina la había odiado durante todo el embarazo. La había odiado cuando se movía dentro de ella, recordándole su existencia. Pero cuando la pequeña abrió los ojos…

Al día siguiente, Nina le dijo a Frank:

—Tal vez… tal vez deberíamos quedárnosla. Nadie sospechará nada. Todo el mundo ya cree que nos casamos por el embarazo y que la niña es tuya.

El rostro de Frank se torció de rabia.

—¿Hablas en serio ahora mismo, Nina? ¿Has perdido la cabeza? Apenas te has recuperado. ¿Quieres verla todos los días y revivir ese día una y otra vez? Nunca estarás bien si ella está cerca. Y yo nunca

acepté criar a esta niña. Tendrás que elegir: o yo o ella. Y tu padre se pondrá furioso cuando se entere de que siquiera lo has sugerido.

A Nina se le hizo un nudo en la garganta.

—Tienes razón… Claro que tienes razón, Frank —dijo en voz baja.

Había hecho su elección hacía mucho tiempo.

Aquella niña era un recordatorio doloroso del hombre cuyo nombre Nina ni siquiera podía pronunciar en sus pensamientos.

¿Cómo había podido siquiera cruzársele por la cabeza quedársela?

Frank le habló entonces con suavidad, casi con ternura, como si estuviera calmando a una niña.

—Sabes, cariño, solo estoy pensando en ti —dijo, tomándola de la mano—. Además, estabas tomando antidepresivos sin saber que estabas embarazada. El bebé podría estar enfermo. O ser mentalmente inestable, con esa carga genética. Te torturarías el resto de tu vida.

—Pero… no parece enferma… —susurró Nina, indefensa.

—Eso es ahora, Nina. Por el bien de nuestra propia felicidad, deja de decir tonterías. Hoy mismo me encargaré de los trámites para que la bebé quede oficialmente en adopción. Y pediré que no vuelvan a traértela. No deberías encariñarte.

Después de eso, todo el mundo los compadeció. Les ofrecían condolencias, palabras de consuelo, lloraban su " p érdida". Ya no había necesidad de fingir. No hacía falta forzar una sonrisa. Podía dejar de ocultar su apatía, su vacío, su depresión. Todo se atribuía al duelo por la pérdida de un hijo.

Pasaron los años.

Nina aprendió a no pensar en el pasado. O, mejor dicho, se obligó a no hacerlo. Cerró ese capítulo de un portazo y fingió que nunca había existido. Se convenció de que había hecho lo correcto. De que no había otra salida.

Pero cuando sostuvo por primera vez a la recién nacida Daphne entre sus brazos… cuando sintió aquellos diminutos dedos aferrarse a los suyos… cuando escuchó el primer llanto de su hija… no pensaba en Daphne. Pensaba en la otra niña.

La que había dejado atrás.

Su primera hija.

¿Dónde estaba?

¿De qué color eran sus ojos? ¿Su pelo? ¿Dormía tranquila por las noches? ¿O lloraba en la oscuridad, sin entender por qué la habían abandonado?

Ese pensamiento se convirtió en una pesadilla.

Al principio fue una inquietud sorda. Luego, un arrepentimiento punzante. Y finalmente, una culpa insoportable.

¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo pudo entregar a su propia hija? Abandonarla como a un gatito callejero. No había excusa. Ni una sola. Ni siquiera las circunstancias de su concepción justificaban enviarla al sistema de acogida. Su familia no era pobre. Podrían haber encontrado otra solución. Podrían haber hallado la manera de quedársela.

Nina la buscó. En secreto, a espaldas de Frank y de sus padres, volvió una y otra vez al hospital, intentando encontrar el más mínimo rastro. Pero ni siquiera sabía adónde habían enviado al bebé. No sabía cómo era su hija y, aunque la hubiera visto en una casa de acogida, no la habría reconocido.

Cuando todo parecía perdido, alguien le sugirió finalmente a un investigador privado. Leonard.

Nina recordaba perfectamente su primer encuentro. Él comprendió de inmediato que no había acudido por algo trivial.

—¿Qué necesita? —preguntó—. Para que lo sepa, no me ocupo de asuntos criminales.

Ella no pudo responder al instante. Se le secaron los labios, la respiración se le cortó. Y entonces dijo en voz alta lo que jamás se habría atrevido a decir delante de su familia.

—Estoy… buscando a una niña. Una hija.

Leonard no pareció sorprendido. Simplemente asintió, anotó los datos y dijo que se pondría en contacto con ella en cuanto supiera algo.

Y lo hizo.

La niña había sido adoptada. La llamaron Lynn.

Un nombre precioso.

Leonard le dio la dirección. Nina se quedó mirando el papel, con las manos temblorosas. Porque la dirección estaba demasiado cerca.

Podría habérsela cruzado por la calle por casualidad. Si al menos hubiera sabido cómo era Lynn.

Durante mucho tiempo, Nina no fue capaz de ir allí. Solo quería una cosa: asegurarse de que la niña estaba bien, de que tenía una familia, de que era querida. Convencerse de que no había cometido un error. De que la niña estaría mejor sin ella. De que nadie descubriría jamás cómo y en qué circunstancias había nacido.

Pero nunca fue.

Tenía demasiado miedo. Comprendía que, si la veía, no podría marcharse. Si se encontraba con su mirada, todo se derrumbaría por completo. No tendría fuerzas para soltarla. Volvería una y otra vez.

No tenía derecho a interferir. No tenía derecho a arruinar la vida de la niña para aliviar su propia culpa.

Nina sabía que Lynn estaba bien, y se obligó a creer que eso debía ser suficiente.

¿Pero lo era?

Si Frank alguna vez se enteraba, montaría en cólera. Ya tenían a Daphne. Una niña dulce y hermosa que entonces apenas había cumplido un año. Acababa de dar sus primeros pasos. Había sanado a Nina después de tantos años de pesadillas. Nina debía pensar en su familia, no perseguir al pasado.

Y dio un paso atrás.

Enterró el recuerdo de Lynn y, con el tiempo, incluso empezó a vivir feliz.

Hasta hace poco…

CAPÍTULO 8

El tiempo se le escurría a Nina entre los dedos como arena. Ya no podía esperar más, no podía quedarse quieta esperando que, de algún modo, todo se arreglara solo. Tenía que actuar.

En cuanto regresó al hotel, se puso en contacto con un abogado y exigió un desglose completo de los bienes gananciales. Necesitaba saber con exactitud qué poseían, qué se había adquirido durante el matrimonio y qué había llegado a ella por herencia. Ahora cada detalle importaba. Cada matiz, por pequeño que fuera, podía decidir su destino.

Pero incluso después de enviar la solicitud, incluso después de que el abogado le asegurara que se ocuparía de todo de inmediato, la ansiedad no disminuyó. Al contrario, creció, la envolvió por completo, le robó el aire de los pulmones. Nina daba vueltas en la cama, incapaz de dormir, incapaz de dejar de pensar.

¿Cómo había podido confiar en un hombre que le había mentido a la cara durante todo ese tiempo?

Si no hubiera sido por un simple accidente —por ese maldito coche en el taller por culpa de un gato callejero que se subía todas las noches y activaba la alarma—, habría seguido viviendo en una dulce ignorancia.

¿Y después qué? ¿Habría esperado Frank a que firmara la cesión de las acciones y todos los documentos… para luego simplemente echarla?

Veinte años de matrimonio. ¿Y nada de eso había significado algo?

Nina se incorporó en la cama, se cubrió el rostro con las manos y se obligó a respirar de manera uniforme. No era momento para emociones. Si quería salvar algo, tenía que pensar, no venirse abajo.

A primera hora de la mañana, el teléfono vibró en la mesilla. Nina lo agarró con tanta brusquedad que casi se le escapó de las manos.

El abogado había enviado la primera parte del informe.

El corazón le latía con fuerza mientras abría el archivo y recorría las páginas.

La casa de campo estaba registrada a nombre de ambos.

El apartamento del centro estaba únicamente a su nombre, comprado antes del matrimonio.

Los inmuebles comerciales pertenecían a la empresa, lo que significaba que, por ahora, Frank no tenía acceso a ellos.

Nina exhaló. Pero era demasiado pronto para relajarse.

La pesadilla comenzaba en la página siguiente.

Tres apartamentos comprados durante el matrimonio y alquilados para obtener ingresos habían sido vendidos hacía seis meses.

Nina leyó la línea varias veces. Comprobó las fechas.

¿Cuándo? ¿Cómo?

Ella nunca había firmado ningún documento autorizando la venta de propiedades. Legalmente, su consentimiento como cónyuge era obligatorio para ese tipo de operaciones.

Una oleada de calor la recorrió, seguida de un frío helador.

A menos que…

Él tenía un poder notarial. Un poder amplio, uno que le otorgaba control total. Incluida la facultad de vender bienes inmuebles.

Maldita sea.

Lo había firmado años atrás sin siquiera leer la letra pequeña.

Tenía que revocarlo de inmediato. ¿Cómo no había pensado antes en eso? Pero ¿incluía realmente el derecho a vender propiedades? Nina no lo sabía. Todo aquello siempre lo había llevado su padre y, tras su muerte, Frank. Ella jamás se había involucrado en esos asuntos. Dirigía el centro benéfico, cuidaba de su hija y por las noches bordaba mientras veía la televisión.

Nina apretó el teléfono con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Se levantó de un salto, se rodeó el cuerpo con los brazos, luchando contra el pánico. No. No iba a permitir que él la llevara a un colapso. No iba a dejar que ganara.

Nina escribió rápidamente un mensaje a Robert Stanfield.

«Necesito reunirme con usted.»

La respuesta llegó casi al instante.

«¿Es urgente?»

«Más de lo que puede imaginar.»

Nina dejó caer el teléfono sobre la cama y cerró los ojos.

***

El despacho de Robert Stanfield recibió a Nina en silencio. La jornada laboral ya había terminado, así que no había riesgo de miradas indiscretas ni de oídos atentos.

—Nina, ¿qué te pasa? —preguntó él cuando ella se dejó caer en la silla frente a su escritorio—. Has solicitado un volumen considerable de documentos. Informes de ingresos de la empresa, pagos de dividendos…

Nina abrió la carpeta, haciendo todo lo posible por mantener el rostro impasible.

—Solo quiero asegurarme de que todo esté bajo control.

—Nunca antes te habías interesado por las finanzas —observó él.

—He decidido que ya era hora.

Robert asintió, aunque Nina alcanzó a percibir la duda en su mirada.

Se inclinó sobre los documentos y sintió cómo la sangre se le retiraba del rostro. Todos sus dividendos habían sido canalizados hacia Frank mediante una orden de transferencia permanente que él había establecido años atrás. Después, el dinero se transfería a la cuenta conjunta. Nina jamás había imaginado lo enormes que eran en realidad las ganancias de la empresa. Pero el informe no mentía.

Lo que más la sacudió fue la diferencia abismal entre las cifras reales y las cantidades que Frank había estado transfiriendo a su cuenta.

Entendía que él gestionara activos, que pudiera invertir, gastar, mover dinero. Pero no a esa escala.

Un poco más de tiempo, y Frank la habría dejado sin nada.

—Quiero congelar cualquier transferencia o venta de mis acciones y revocar todos los poderes notariales. Todos —dijo con firmeza, sin la menor vacilación—. Y quiero que mis dividendos dejen de pasar por Frank de inmediato.

Robert alzó las cejas. Un destello de sorpresa cruzó su mirada.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Guardó silencio unos segundos y luego se inclinó hacia ella.

—¿Está ocurriendo algo entre Frank y tú? ¿Te ha hecho daño?

Nina asintió.

—Sí. Voy a solicitar el divorcio. Pero él no necesita saberlo todavía. Necesito tiempo para poner mis finanzas en orden. De lo contrario, me quitará demasiado.

Robert la observó con atención durante unos segundos y luego asintió despacio.

—De acuerdo. Haré exactamente lo que me pides.

Nina soltó un suspiro profundo.

—Y una cosa más. ¿Puede facilitarme toda la documentación sobre los pagos de los últimos tres años? Antes de eso, mi padre era el accionista y Frank no podía manipular nada. Pero durante estos tres años creo que desvió parte de mis ingresos a través de cuentas de terceros. Quiero usarlo en el juicio. Junto con el hecho de que ese dinero fue destinado a otra mujer.

—Por supuesto. Te enviaré los informes completos mañana por la mañana —respondió Robert con calma, aunque su mirada se agudizó, se volvió más fría.

Parecía querer decir algo más. Tras una breve pausa, finalmente habló:

—¿Estás segura de que puedes manejar esto sola, Nina? —Su voz ya no sonaba como una pregunta. Era una advertencia—. No tienes autoridad real. Ni influencia. Si Frank lo desea, puede asegurarse de que la mayoría de los grandes bufetes de este estado no acepten su caso. Lo siento, pero debes entender la realidad. En este círculo nadie te toma en serio. Todos conocen tus crisis nerviosas y el hecho de que nunca te hayas involucrado en los asuntos de la empresa.

Nina apretó con fuerza la carpeta.

—No me han dado otra opción.

Él asintió, pero la preocupación no desapareció de sus ojos.

—Si Frank sospecha que has empezado a indagar en sus asuntos, no lo dejará pasar.

—Lo sé.

—Es un hombre peligroso, Nina. Y no hablo solo de daño físico, aunque tampoco se puede descartar. Es inteligente, calculador. Si

siente que se le escapa de las manos, hará todo lo posible por impedirlo.

Nina miró los papeles frente a ella, pero en realidad veía otra cosa.

Frank cogiendo de la mano a su hijo. La forma en que miraba a Vivian. Cómo le apartaba el cabello con ternura. ¿Había amado de verdad alguna vez a Nina, o siempre había sido así?

—No permitiré que me deje sin nada —dijo con firmeza, aunque el miedo le apretaba el pecho.

—Entonces me encargaré de ello —respondió Robert—. Intentaré encontrar a alguien dispuesto a enfrentarse al equipo legal de Frank. Pero si algo sale mal, debes decírmelo de inmediato.

—Lo haré —asintió Nina.

Salió del despacho completamente exhausta. La cabeza le zumbaba con cifras, documentos y hechos que acababan de pasarle por encima como una apisonadora.

CAPÍTULO 9

De camino a casa, Nina sintió vibrar el teléfono en el bolsillo. Lo sacó y miró la pantalla.

Frank.

El pecho se le encogió. Durante unos segundos se limitó a mirar ese nombre que antes la llenaba de calidez y que ahora solo despertaba repulsión.

Rechazó la llamada y volvió a concentrarse en la carretera. Giró en el semáforo y el teléfono vibró de nuevo. Esta vez era Leonard.

Nina contestó sin dudarlo.

—¿Encontraste algo?

—Te he enviado la nueva dirección de Lynn.

Nina se quedó inmóvil.

—¿Tan rápido?

—Y su foto —añadió él—. Si necesitas más información, puedo enviarte datos sobre sus padres adoptivos, su escuela, lo que quieras.

Nina cerró los ojos.

Durante tantos años se había repetido que bastaba con saber que Lynn estaba bien. Pero ahora que esa información estaba en sus manos, el miedo la inundó.

Inspiró hondo, aunque el corazón seguía latiéndole demasiado deprisa.

—No —dijo, y la voz la traicionó con un temblor—. Es suficiente.

Se dio cuenta de que no quería profundizar tanto en la vida de Lynn. Pensaba ayudarla a distancia, si alguna vez tenía problemas económicos. Incluso si el divorcio se llevaba la mayor parte de los bienes de Nina, encontraría la manera de cuidarla.

Leonard guardó silencio un par de segundos y luego dijo con tono neutro:

—Entendido. Si cambias de opinión, llámame.

La llamada se cortó.

Durante unos segundos más, Nina sostuvo el teléfono entre las manos. Una notificación brillaba en la pantalla.

Una foto.

Lynn.

Su hija.

El aliento se le quedó atrapado en el pecho, como si hubiera recibido un golpe. Durante años se había convencido de que no necesitaba saber cómo era Lynn, de que bastaba con saber que estaba viva. Ahora ya no estaba tan segura.

En ese momento, no tenía ningún motivo real para no verla. Para ayudarla. Para apoyarla.

Si lo hubiera hecho antes, Frank la habría destruido. Si alguien se hubiera enterado de su pasado, del hijo al que había dado en adopción, habría sido la deshonra de la familia. Habría sido un golpe devastador para su reputación. Hacía tiempo que ya no eran insignificantes. Su padre había levantado la farmacéutica desde cero, y cada paso que daban podía afectar a su posición. Si aquello hubiera salido a la luz entonces, el consejo de administración habría podido obligar a Frank a dejar el cargo de director general.

Pero ahora…

Ahora por fin podía permitirirse hacer lo que quisiera, sin mirar atrás ni atender a las expectativas de nadie más.

Nina se detuvo en el arcén, encendió las luces de emergencia y miró la pantalla.

En la foto había una joven que aparentaba unos dieciocho años. Nina sabía con certeza que tenía casi veintiuno. Esbelta, alta, con el cabello largo y claro que brillaba al sol como oro. Tenía el mismo rostro ovalado que Nina, los mismos pómulos altos, la misma línea suave de la barbilla.

Parecía la hermana menor de Nina.

O su hija…

Solo los ojos eran distintos. Verdes, penetrantes. Exactamente como los de Jasper Garth.

En ese instante, algo dentro de ella se heló por completo. La garganta se le cerró hasta hacerle difícil respirar.

Nina no había querido ver eso.

El rostro de Jasper destelló ante sus ojos: la imagen que había soñado borrar de su memoria. Los pómulos afilados. La mirada fría, perforante. Lo recordaba con una claridad aterradora, como si no hubieran pasado veinte años, como si solo se hubieran separado hacía un par de días. Y ahora veía sus rasgos en su hija.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Sus dedos presionaron el botón de bloqueo sin que se diera cuenta y la pantalla se apagó. Apretó el teléfono contra el pecho, estrujándolo hasta que los dedos se le entumecieron. Las lágrimas le ardían en los ojos, pero no lloró.

Solo necesitaba conducir. A cualquier parte. Con tal de no quedarse quieta. Con tal de no ahogarse en esos pensamientos, de no hundirse más en la espiral de dolor que ya se cerraba a su alrededor.

Nina arrancó el motor y pisó el acelerador a fondo.

La carretera se desdibujaba ante sus ojos. No pensaba en adónde iba. Simplemente aceleraba y seguía el flujo del tráfico hasta que algo dentro de ella la llevó exactamente al lugar al que, en el fondo, había estado dirigiéndose todo el tiempo.

Se detuvo solo cuando se dio cuenta de dónde estaba.

Un barrio tranquilo. Calles estrechas bordeadas de casas adosadas, pequeños jardines cuidados, coches aparcados en filas ordenadas junto a las entradas.

Y una de esas casas era la de Lynn.

Por el aspecto de la zona, el dinero no era un problema para ella. Lo que significaba que la ayuda de Nina no hacía falta. Debería irse. Ahora mismo. Pero no lo hizo.

Nina apagó el motor, pero se quedó dentro del coche. Se limitó a mirar la casa frente a ella. El calor y el frío se enredaban de una forma extraña en su pecho. Durante tantos años había enterrado cualquier pensamiento sobre su hija en lo más profundo de su interior. A veces se había permitido imaginar su encuentro. Pero ahora, sentada en el coche a apenas unos metros, no tenía ni idea de qué hacer.

No sabía si Lynn siquiera quería verla. Y lo más aterrador era pensar qué diría si Lynn la veía primero. No podía decirle la verdad.

¿Fingir ser una pariente lejana? Ridículo. ¿Decir que se había perdido? Igual de absurdo. ¿Y por qué había decidido siquiera que podía encontrarse con ella? Tal vez Lynn vivía en otra ciudad y esa dirección solo figuraba en los registros.

Nina permaneció sentada lo que le pareció una eternidad. El reloj del salpicadero marcaba apenas veinte minutos, pero el tiempo parecía haberse detenido.

No entendía por qué había venido. Qué quería. Qué estaba esperando. No había respuesta.

Cerró los ojos, apoyó la frente contra el volante y respiró con dificultad, intentando calmar el caos en su cabeza. Pero la ansiedad no aflojaba. Sentía una opresión en el pecho. Las sienes le palpitaban.

Nina exhaló con fuerza, apretó el volante, apartó la mirada de la casa y volvió a fijarla en la carretera… y entonces vio una diminuta bola de pelo justo en medio de la calle.

Un gatito. Pequeño, esponjoso, blanco como la nieve, con manchitas oscuras en las orejas.

Estaba acurrucado contra el asfalto, temblando miserablemente. Sus patitas se movían apenas. Tenía frío, probablemente se estaba congelando.

Nina se irguió de golpe. ¿Cómo había acabado allí? El gatito parecía de raza. ¿Se había perdido? ¿Lo habían abandonado? Miró alrededor, pero no había nadie. La calle no era muy transitada, pero si alguien pasaba a toda velocidad, la pequeña criatura no tendría ninguna oportunidad.

Sin pensarlo, Nina abrió la puerta de golpe y salió del coche. El aire frío de la noche le golpeó el rostro. El gatito seguía allí, como si tuviera miedo de moverse. Se acercó despacio, con cuidado, se agachó y extendió las manos.

—Eh, pequeñín… ¿qué haces aquí?

La miró con unos enormes ojos azules y algo en el pecho de Nina se contrajo dolorosamente. Lo tomó con suavidad y sintió el latido frenético de su diminuto corazón.

Y en ese mismo instante, una puerta se cerró de golpe detrás de ella.

Se oyeron pasos. Nina se quedó paralizada. Giró la cabeza lentamente…

Era Lynn.

Estaba en el umbral. Delgada, hermosa, joven, con el cabello claro y largo. Exactamente como en la foto de Leonard. Llevaba unos pantalones de pijama y un jersey abrigado, pero incluso con ropa sencilla se veía sorprendentemente elegante.

Se parecía a Nina de una forma aterradora.

Una oleada de terror recorrió a Nina cuando Lynn la miró directamente. Nina no pudo moverse. Todo dentro de ella se retorció en un nudo helado y apretado. El pecho se le cerró tanto que le costaba respirar. Se quedaron mirándose, y Nina no fue capaz de emitir ni un solo sonido.

Y entonces, con un gruñido, un enorme pastor alemán salió disparado del garaje y se lanzó calle abajo.

—¡Russell! —gritó Lynn, alarmada. De inmediato centró su atención en el perro—. ¡Papá! ¡Russell se ha escapado! ¡Llámalo, a mí no me hace caso!

Papá.

Esa palabra se cerró en la mente de Nina como una trampa. Lynn estaba llamando a alguien su padre.

Un instante después, él apareció.

Un hombre alto, de hombros anchos, salió al jardín. Parecía adueñarse de todo el espacio; incluso el aire se volvió más pesado.

Nina vio su rostro… y su mundo se vino abajo.

Algo dentro de ella se quebró y se congeló al mismo tiempo. El suelo desapareció bajo sus pies. No estaba preparada para esto. Ni siquiera en su peor pesadilla habría imaginado que sería él.

Jasper Garth.

El hombre que había destruido su vida. El hombre al que odiaba con cada fibra de su ser. El hombre que era el padre biológico de Lynn.

Incluso después de todos esos años, a pesar de la edad, de los cambios, de las hebras grises en el cabello, lo reconoció al instante. A personas así no se las olvida. No después de que te destrozan la vida.

Nina no podía moverse.

¿Cómo…? ¿Cómo había ocurrido que su hija hubiera acabado con él?

CAPÍTULO 10

La sangre le martilleaba las sienes a Nina. Una oleada de calor la recorrió… para desplomarse un segundo después en un frío glacial. Esto no podía ser real.

Apretó al gatito con más fuerza. El cuerpecito temblaba entre sus manos, pero era Nina quien sentía que se estaba desmoronando. Tenía que irse. Ahora. Antes de que él la viera. Antes de que sus miradas se cruzaran. Antes de que la realidad la golpeara con aún más fuerza.

Lynn y Jasper estaban ocupados con el perro. Mientras ambos estaban distraídos, Nina se obligó a dar un paso atrás. Luego otro. Corrió hacia el coche, casi tropezando con el bordillo, abrió la puerta de un tirón y la cerró de golpe. Las manos se le aferraron al volante, los dedos blanqueados por la tensión.

No podía respirar. No podía moverse. Incluso intentar acompasar la respiración le resultaba imposible. Nina se inclinó hacia delante, miró a través del parabrisas… y lo vio.

Jasper casi no había cambiado. Alto. Poderoso. Una presencia inquietante de una seguridad temeraria. Cabello oscuro, algo largo, como si llevara un mes sin cortárselo. Una cicatriz reciente le cruzaba el rostro; la herida aún no estaba del todo cerrada. Una camiseta negra ceñida a los hombros anchos, y había salido sin chaqueta pese al frío. Pantalones cargo negros. Botas pesadas.

Se veía exactamente igual que entonces. Como aquella noche. Como en el momento en que le destrozó la vida.

Por más que lo intentó, Nina no pudo apartar la mirada. No sabía si aquello era real o una pesadilla en la que estaba despierta. Jasper agarró con calma al pastor alemán por el collar, lo hizo girar y lo condujo de vuelta al jardín. El perro le obedeció al instante.

Lynn caminaba a su lado. Hablaba, se reía. Estaba feliz. Parecían un padre y una hija cualquiera. Eso estaba acabando con Nina.

La mente le gritaba preguntas. No podía creer lo que estaba viendo. ¿Había siquiera una mínima posibilidad de que Leonard se hubiera equivocado y Lynn no fuera su hija? Eso era posible, ¿no? Mucho más posible que la idea de que su torturador estuviera criando a la niña que ella había abandonado.

Una oleada de horror le recorrió el cuerpo. Temblaba como un cable tenso, cada célula congelada por el miedo y el shock, con la comprensión plena de lo que acababa de presenciar.

Lynn vivía con él. Lynn lo llamaba papá. Ese hombre… el mismo al que había pasado toda su vida intentando olvidar. Y, sin embargo, estaba allí. Y estaba con su hija. Ese monstruo cruel, brutal, amoral.

¿Cómo habían podido entregársela a él? ¿Qué más no sabía? ¿Qué demonios había ocurrido hacía veinte años? ¿Lo sabía Frank? ¿Lo había sabido su padre? ¿Podrían haber puesto a Lynn directamente en sus manos? ¿De qué otra forma habría acabado con él?

La cabeza le daba vueltas. Ya no quedaba nadie a quien preguntar. Su padre había muerto. Y Frank… Frank aún no debía saber que ella había encontrado a Lynn.

Jasper condujo al pastor alemán de vuelta a la casa y cerró la puerta tras ellos, sellando su vida perfecta detrás de muros altos. Debería haber arrancado y marcharse de inmediato. Nunca debió ver esto. Pero no podía moverse. El impacto era demasiado fuerte.

¿Por qué, maldita sea, nunca había preguntado quién había adoptado exactamente a su hija? ¿Por qué le había dicho a Leonard que no le enviara ningún dato personal? Solo la dirección y la foto. Si lo hubiera sabido, lo habría entendido todo al instante. Podría haberse preparado… si es que algo así podía prepararse. Como mínimo, no habría quedado tan destrozada.

Unos minutos después, volvieron a salir, y Nina se quedó clavada en el asiento, incapaz de apartar los ojos de ellos.

Jasper caminaba junto a Lynn. Evidentemente estaban buscando algo, asomándose entre los arbustos. Nina se hundió un poco más en el asiento del conductor. Estaban demasiado cerca de su coche. El corazón le latía con tanta fuerza que creyó que podrían oírlo. Gracias a Dios los cristales eran tintados y no podían verla.

Pero sí podía oírlos.

—Papá, te juro que vi a una mujer de pie con mi gato —la voz de Lynn temblaba de ansiedad.

Nina parpadeó varias veces. ¿Gato?

—¿Estás segura? —preguntó Jasper con calma, y al oír su voz un sudor frío y pegajoso le brotó en la piel.

—¡Sí! No me lo puedo creer. Incluso en un barrio tan bueno te topas con gente así. ¿Cómo pudo robar a Mike?

Nina giró la cabeza de golpe hacia el asiento del copiloto. Enroscado allí, profundamente dormido, estaba el gatito que ella había creído rescatar.

Era el gato de Lynn.

La comprensión la golpeó como un objeto contundente. Dios, ¿en qué clase de pesadilla había caído? Qué absurdo tan cruel, tan ridículo, tan insoportable. Pero salir del coche y devolvérselo estaba más allá de sus fuerzas. No debía ver a Lynn. Y definitivamente no debía ver a Jasper.

Los observó un poco más, casi sin respirar. Lynn caminaba a su lado, mirando el suelo con nerviosismo, incluso comprobando debajo de los coches aparcados. Y Jasper… Jasper estaba tranquilo. Sonreía. Le decía algo.

Desde fuera parecían cercanos. Como un padre y una hija. Como una familia normal. Como si él la quisiera. Como si se ocupara de ella. Como si de verdad fuera un buen padre. Pero Lynn no sabía quién era él en realidad. Ni siquiera podía imaginar de lo que era capaz.

Los dedos de Nina se aferraron al volante mientras las palmas se le enfriaban. El corazón le latía con tanta fuerza que casi no se dio cuenta del momento en que Lynn y Jasper por fin pasaron de largo junto al coche. Él parecía atento. Completamente normal. Pero era una mentira, y Nina lo sabía mejor que nadie. Se quedó inmóvil, apenas atreviéndose a respirar, hasta que finalmente volvieron a entrar en la casa y ella pudo volver a tomar aire.

Unos minutos después, la puerta del garaje se abrió y un todoterreno negro salió. Se fueron. Nina agarró el teléfono y le escribió a Leonard:

«Necesito todo lo que puedas encontrar sobre el padre de Lynn. Todo. Amantes, negocios ilegales, cualquier cosa. Y comprueba si alguna vez ha tenido problemas con la ley».

Bloqueó el teléfono y se quedó allí sentada, mirando al frente sin ver nada, intentando asimilar lo que estaba ocurriendo. Luego volvió a mirar el asiento del copiloto. El gatito seguía durmiendo, hecho una diminuta bola de pelo. Su mirada se suavizó. Era extraño. Aquella criaturita indefensa era el único vínculo frágil entre ella y su hija. Le acarició el pelaje suave con los dedos. Él ronroneó en sueños. No podía simplemente dejarlo allí. Tenía que devolverlo a donde pertenecía.

Nina salió del coche, acunando con cuidado a Mike contra el pecho. No sabía cuál era la forma correcta de hacerlo. ¿Llamar a la puerta y esperar que alguien respondiera? Poco probable. ¿Dejarlo en el porche? Una locura. Se acercó a la casa, pensando en intentar meterlo por debajo de la puerta del garaje. Dejó a Mike en el suelo y susurró:

—Vamos, pequeñín. Métete por ahí. Esa es tu casa.

El gatito parpadeó con cautela, olisqueó sus dedos, pero no se movió.

—Vamos… —lo animó con un pequeño empujón.

Y en ese mismo instante, la puerta lateral de la casa se abrió de golpe. Nina levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Lynn. ¿No se había ido con Jasper? Nina había pensado que ambos se habían marchado. Lynn estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada dura y defensiva.

—¿Así que por fin te ha remordido la conciencia y decidiste devolver el gato? —dijo Lynn—. ¿No es un poco bajo robar la mascota de alguien?

Nina tardó varios segundos en comprender lo que Lynn estaba diciendo. Dios. Ese era su primer encuentro real. No en su imaginación, no en sus pesadillas. Estaba allí. Justo delante de ella. Real. Viva. Y… no le gustaba. Nada de aquello se parecía a lo que Nina había imaginado. Le dio vueltas la cabeza.

Al principio Nina no consiguió decir nada. Luego se obligó a enderezarse, dio unos pasos hacia la puerta y le tendió el gatito.

Lynn lo tomó sin dudar, lo apretó contra el pecho y le acarició el pelaje suave. Mike empezó a ronronear de inmediato, frotando el hocico contra su cuello.

—Lo siento —dijo Nina por fin. La voz se le quebró, se volvió ronca, pero se obligó a continuar—. Lo encontré justo en medio de la calle. Pensé que alguien lo había abandonado.

Lynn seguía mirándola con desconfianza. Nina se apresuró a hablar, temiendo el silencio.

—Luego te vi por la ventana… con… —las palabras se le atascaron en la garganta, pero se forzó a terminar— con ese hombre buscando algo. Y me di cuenta de que era tuyo. No sabía si había alguien en casa, así que pensé que era la única forma de devolverlo.

Lynn no dijo nada. Solo abrazó a Mike con más fuerza, sin dejar de estudiar a Nina con recelo. Nina no sabía qué hacer. No sabía cuánto tiempo más podría mantenerse entera frente a esa chica. Frente a su hija. Frente a la persona a la que debía haber protegido… y había abandonado.

Tenía que irse. Ahora mismo. Antes de complicarlo todo aún más. ¿Quería saber si Lynn estaba bien? Pues lo estaba. Más que bien. Lo único que le quedaba ahora a Nina era darse la vuelta y seguir viviendo.

CAPÍTULO 11

Nina ya se estaba girando para irse, a punto de huir, cuando Lynn la detuvo con una pregunta.

—¿Vives cerca?

En su voz ya no había solo recelo, sino también curiosidad. Nina se quedó paralizada.

—No te había visto antes. ¿Eres nuestra nueva vecina?

Asintió apenas.

—Sí. —Su voz sonó baja y serena, pero por dentro todo le temblaba—. Acabo de mudarme.

Mentía. ¿Pero qué otra opción tenía? ¿Decirle quién era en realidad? ¿Confesar que era la mujer que la había abandonado nada más nacer? Algo se le cerró dolorosamente en el pecho. No podía decirle la verdad.

—Debería irme —forzó las palabras, dándose la vuelta.

Nina no sabía si la estaba mirando mientras se alejaba… pero sentía que sí. Casi corrió hasta el coche, abrió la puerta de un tirón y se dejó caer al volante. Solo cuando dio marcha atrás bruscamente y se alejó a toda velocidad de aquella calle maldita se dio cuenta de cuánto le temblaban las manos.

Nunca debió hacer esto. Nunca. ¿Cómo se suponía que iba a vivir ahora con eso? Con el conocimiento de que había arrojado a su propia hija como a ese gatito.

¿Y Jasper…? Él la había encontrado. La había acogido. La había criado. La había protegido. Le había dado un hogar. Le había dado un padre. Una familia.

Nina la había abandonado. Y él la había aceptado. Entonces, ¿cuál de los dos era realmente el monstruo?

No tenía ni idea de adónde estaba conduciendo. La carretera se ondulaba ante sus ojos. Se saltó giros, no siguió ningún rumbo. Huía del encuentro, de los ojos de Lynn, de su propia traición, que ahora la aplastaba con una fuerza triple.

Cuando por fin frenó, apagó el motor y se dio cuenta de dónde estaba, todo dentro de ella se vino abajo. Estaba en casa. El shock le cerró la garganta. No recordaba cómo había llegado. No recordaba haber elegido ese camino. Pero estaba allí.

Nina subió los escalones, abrió la puerta y entró… para encontrarse con la mirada sorprendida de Frank. Estaba en el recibidor, desabrochándose el reloj, pero al verla se quedó inmóvil.

—¿Nina? —la confusión se coló en su voz—. Pensé que estabas en casa de Daphne.

No sabía qué decir. No sabía cómo explicar por qué estaba allí.

—No me sentía bien —dijo en voz baja, quitándose los zapatos junto a la puerta. Su voz sonó plana, vacía, como si hablara en piloto automático—. Así que volví antes.

Frank la observó con atención. Nina conocía esa mirada. La estaba analizando. Desmenuzando.

—¿Qué quieres decir con que no te sentías bien? —su voz se suavizó, como antes. Eso fue lo que más la asustó—. ¿La cabeza? ¿El corazón? ¿O es uno de tus…?

Ella lo interrumpió.

—Estoy simplemente agotada, Frank.

Él asintió, se desabrochó los puños de la camisa y se arremangó. Parecía tranquilo. Relajado. Como si entre ellos todo fuera perfectamente normal. Como si no fuera el hombre que estaba intentando dejarla sin nada. Verlo era insoportable.

Pasó a su lado sin mirarlo a los ojos y se dirigió al baño. Necesitaba silencio.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Frank en voz baja, siguiéndola—. ¿Quieres que llame a un médico?

—No —espetó ella.

Pero aun así la siguió, como si presintiera que algo no iba bien. Nina encendió la luz del baño y abrió de golpe el botiquín. Buscó con desesperación, las manos temblándole.

Tenía que calmarse. Tenía que controlarse. Antes de que pudiera agarrar el frasco, Frank se lo arrebató de las manos.

—Devuélvemelo. —Se giró hacia él con brusquedad, el aliento entrecortado por la rabia.

Frank estaba frente a ella, el rostro inexpresivo.

—Dámelas, Frank.

No se movió. Solo apretó el envase y la miró de una manera que le erizó la piel.

—¿Estás teniendo otro episodio? —su mirada recorrió su rostro, evaluando cada mínimo detalle.

—Estás exagerando —bufó ella, avanzando hacia él para intentar coger las pastillas, pero él retrocedió con facilidad.

—Estás pálida —dijo en voz baja—. Estás temblando. No voy a quedarme mirando cómo te destruyes así. Déjame llevarte a una clínica. Te pondrán un gotero, ajustarán el tratamiento…

—No. —Negó con la cabeza con brusquedad; levantó demasiado la voz.

—Nina… —se detuvo, se inclinó un poco hacia ella—. No estás bien.

—Solo estoy estresada —respondió con demasiada aspereza, casi histérica.

—¿Estresada por qué?

Apretó la mandíbula. Él la observaba con demasiada fijeza. No podía permitir que viera lo que estaba pasando en realidad. Todavía no.

Dio un paso adelante y esta vez lo miró directamente a los ojos.

—Frank, por favor. Devuélveme las pastillas y sal del baño.

Él la estudió un segundo más, luego asintió. Volvió a colocar las pastillas en el estante, cerró el botiquín y, sin decir una palabra, salió.

Nina esperó hasta que el sonido de sus pasos se perdió por el pasillo. Entonces se apoyó contra el lavabo, cerró los ojos y se obligó a respirar.

***

Nina estaba tumbada en la oscuridad, tirando de la manta hasta la barbilla, fingiendo dormir. Pero eso no detuvo a Frank. Sonó un golpe suave en la puerta y una franja de luz tenue del pasillo se derramó en la habitación.

Apretó los ojos con más fuerza, pero podía sentir su mirada clavada en ella.

—Nina, he llamado a un médico. Va a examinarte.

Se sobresaltó, abrió los ojos de golpe y se incorporó.

—¿Estás loco? —espetó—. ¿Te pedí que hicieras eso? ¿Por una vez puedes dejarme en paz? ¿No tienes nada mejor que hacer hoy?

La voz le temblaba de rabia, pero Frank se mantuvo tranquilo. Estaba de pie a los pies de la cama, con los brazos cruzados, mirándola con esa certeza fría que ella antes había confundido con preocupación.

—Necesitas un médico —dijo con sequedad—. No voy a dejar que vuelvas a caer así.

El pecho se le cerró con dolor.

—No necesito ningún médico —siseó, los dedos cerrándose en puños—. Lo único que necesito es que me dejes en paz.

—Estás teniendo otra crisis, Nina. Necesitas tratamiento.

—Tú… —las manos ya le temblaban, la rabia martilleándole las sienes—. ¿Te das cuenta de que todo esto es por tu culpa?

Ya no podía contenerse. Estaba a punto de arrojarle toda la verdad a la cara allí mismo. Frank exhaló despacio… pero antes de que pudiera decir una palabra más, una segunda figura apareció en el umbral. Un hombre alto, con gafas, entró detrás de Frank con un maletín médico en la mano.

Eso fue todo. Se acabó.

Nina reprimió su irritación. Montar una escena delante de un desconocido era humillante. Decidió guardar silencio.

—Buenas noches —dijo el médico con tono neutro—. No se preocupe, solo la examinaré y le pondré unas vitaminas.

Ella asintió, los puños clavados en las sábanas. Él abrió el maletín, le tomó la presión y el pulso. Procedimientos rutinarios, pero en ese momento cada segundo le crispaba los nervios. Luego sacó una jeringa y una ampolla. Nina frunció el ceño.

—Solo una inyección ligera de vitaminas para aliviar la tensión —explicó, mostrándole la etiqueta.

No discutió. Solo quería que se fueran. El médico introdujo con cuidado la aguja en su brazo. Apenas sintió el pinchazo… pero unos

segundos después, algo empezó a ir mal.

La habitación comenzó a dar vueltas. El pulso se le volvió lento. El aire se volvió espeso, como si se cerrara a su alrededor. Intentó enfocar el rostro de Frank, pero los párpados se le hicieron imposiblemente pesados.

—¿Qué…? —su voz salió apagada, pastosa. Apenas podía mover la lengua.

Se dejó caer lentamente hacia atrás mientras todo en su cabeza empezaba a desvanecerse.

—¿Qué está pasando?

Sintió manos sobre ella. Alguien la recostó y le subió la manta.

—Todo está bien, Nina —la voz de Frank sonó lejana, borrosa—. Descansa un poco. Te sentirás mejor por la mañana.

Intentó levantar la mano, pero no le respondió.

—No… no me siento bien… —susurró.

Y entonces la oscuridad se la tragó por completo.

CAPÍTULO 12

Nina despertó lentamente, abriéndose paso a través de una niebla densa y pegajosa. Le latía la cabeza, el cuerpo le pesaba como si estuviera hecho de plomo y cada movimiento era torpe, como si se moviera bajo el agua. Parpadeó, intentando enfocar. La luz era demasiado brillante, las paredes demasiado blancas. La ansiedad se agitó en su pecho y se extendió por su cuerpo con un escalofrío desagradable. Miró a su alrededor. Una habitación de hospital. Nadie cerca. Solo una cama, una mesilla y una pequeña mesa.

¿Qué demonios había pasado? ¿Por qué estaba en un hospital? ¿No se había… quedado dormida en su propia cama, en casa? Se incorporó de golpe, sintiendo debilidad en las piernas, pero apenas le importó, porque la comprensión le golpeó el pecho con toda su fuerza. Aquello no era un hospital normal. Era una clínica psiquiátrica.

El aliento se le cortó. Un solo pensamiento retumbó en su cabeza: ¿Cómo? ¿Cómo había acabado allí? ¿Cómo se había atrevido Frank a hacerle eso? El miedo la embistió de lleno, el pánico se alzó como una avalancha y se cerró alrededor de su garganta con un agarre de hierro. Nina corrió hacia la puerta y agarró el pomo. Cerrada. Maldita sea. Tiró de él otra vez, intentando forzarla: inútil. No se movía.

Intentó acompasar la respiración. ¿Hasta ese punto había caído Frank? Y entonces… ¿qué había esperado ella? Ya le había demostrado quién era en realidad, ¿por qué le sorprendía ahora? Muy en el fondo, aún parpadeaba una esperanza frágil: que la hubiera enviado allí porque de verdad pensaba que estaba al borde de otra crisis. Pero él sabía que no había tenido ni una sola de verdad en cinco años. Ansiedad, melancolía, pesadillas, episodios depresivos breves de vez en cuando… sí. Pero nada grave. Nunca. Entonces ¿por qué estaba encerrada allí ahora? En un hospital normal no te encerraban así.

Nina empezó a golpear la puerta: primero suavemente, luego con más fuerza, con los puños y las palmas abiertas, los dientes apretados por la rabia y el terror.

—¡Eh! ¡Déjenme salir!

Silencio. Volvió a golpear, ahora con más fuerza, el dolor extendiéndose por las manos. ¿Era ese realmente su plan? ¿Encerrarla en un psiquiátrico mientras él disfrutaba de la vida con Vivian en su casa? No. Alguien empezaría a buscarla. ¿O no? ¿Se daría cuenta alguien siquiera de que había desaparecido?

La idea la hizo estremecerse.

—¡Alguien! ¡Déjenme salir ahora mismo! —la voz se le quebró, la histeria subiendo ante la posibilidad de quedar atrapada allí durante mucho tiempo. Siguió golpeando hasta que la voz se le volvió un graznido ronco. El pánico la devoró por completo. No podía respirar. Tenía que salir de allí. De lo contrario, Frank ganaría.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Le pareció una eternidad. Le ardía la garganta de tanto gritar, los puños le palpitaban de golpear la puerta, pero no podía detenerse. El miedo le roía por dentro, el terror le aplastaba el pecho, robándole el aire. Al final se dejó caer de nuevo en la cama, exhausta.

Y cuando por fin la puerta se abrió, se giró de golpe, esperando ver a Frank. En su lugar, entró un hombre con bata blanca.

—Señora Osborne, por favor, cálmese. —Su voz era uniforme, controlada, pero había acero en su mirada—. Si continúa con este comportamiento, tendré que tomar medidas.

¿Medidas?

Las manos de Nina se cerraron en puños mientras se levantaba de la cama y daba un paso brusco hacia él.

—¡No tienen ningún derecho a retenerme aquí!

El médico suspiró con calma y la miró como si fuera una niña malcriada.

—Está aquí bajo un ingreso no voluntario, señora Osborne.

—¡Está trabajando con mi marido! —la furia bullía en su pecho—. ¡No tiene derecho a mantenerme aquí contra mi voluntad! ¡Los demandaré!

El médico negó despacio con la cabeza y dio otro paso hacia ella.

—¿Una demanda? Señora Osborne, usted tiene un historial médico. —Su voz era nauseabundamente suave.

Nina se quedó helada.

—¿Qué historial médico?

Lo recorrió con la mirada. Por supuesto que estaba compinchado con Frank. Por supuesto. Maldita sea… ni siquiera tenía el teléfono. Sin conexión. ¿Cómo se suponía que iba a salir de allí?

—Fue tratada hace varios años.

—¡Vi a un terapeuta unas cuantas veces! ¡Eso no es lo mismo!

—Tuviste crisis nerviosas graves, depresión, ataques de pánico. Incluso te recetaron medicación, y te ayudó. ¿No es cierto?

No podía respirar. Estaba intentando pintarla como una loca.

—También recibiste tratamiento en varias clínicas. De forma anónima. Tu marido solo quiere lo mejor para ti, señora Osborne.

¿Lo mejor? Frank la había encerrado en un psiquiátrico, ¿y aquel hombre hablaba de su bien?

—Se someterá a un tratamiento. Una semana, quizá dos como máximo. Terapia intravenosa, medicación… y después le daremos el alta. Sí, por supuesto, su estado mejora y se comporta de manera adecuada —le habló como si fuera una niña.

Nina quiso creerle. Quiso creer que aquello era real. Que en una semana saldría de allí, volvería a casa y borraría esta pesadilla. Que Frank no había decidido encerrarla para siempre. Pero algo dentro de ella no se calmaba. Algo iba mal. Lo sentía en cada célula de su cuerpo. Aquello no era solo tratamiento. Era una trampa.

Una semana entera dentro de una jaula de paredes blancas. En completo aislamiento. Una semana… como dentro de una niebla. Tuvo tiempo de sobra para pensar. Para analizar todo lo que había ocurrido. Su vida. Su matrimonio. Todo. El odio hervía en su interior, desgarrándola. La impotencia la devoraba viva.

No podía descansar. Los pensamientos la rompían desde dentro, pero era incapaz de cambiar nada. Pensó que Frank la mantendría allí para siempre. Que rompería su palabra, que una semana se convertiría en un mes, en un año, en toda una vida. Pero la dejó salir. Tal como había prometido.

Nina cruzó las rejas de salida con el corazón martilleándole en el pecho y los dedos helados por la tensión. Él ya la estaba esperando. Un coche negro estaba aparcado en la entrada. Frank estaba de pie junto a él, con las manos en los bolsillos, el rostro lleno de una indiferencia fría y arrogante.

Nina se tensó al acercarse. Esperaba otro golpe. Apretó los puños con dolor, luchando por controlarse. Quería lanzarse sobre él. Despedazarlo por lo que le había hecho. En lugar de eso, subió al coche en silencio.

En cuanto el coche se puso en marcha, algo estalló dentro de ella. Ya no pudo contenerse.

—¿Has perdido completamente la cabeza? —la rabia chisporroteaba en su voz, algo salvaje desgarrándole el pecho.

Frank conducía con calma, sin mirarla ni una sola vez. Eso la empujó aún más al límite.

—¿Cómo pudiste encerrarme en un psiquiátrico? ¿Te das cuenta siquiera de lo que hiciste? ¡Ni siquiera me dejaste llamar a mi hija! ¡Debe de haber estado preocupada!

Frank esbozó una sonrisa leve, torcida, pero no dijo nada. Algo dentro de ella se quebró por completo. Le agarró la manga, intentando obligarlo a mirarla.

—¡Respóndeme, maldita sea!

Entonces él le apresó la muñeca de repente. Sus dedos fuertes se cerraron alrededor de su brazo como acero. Un dolor agudo le recorrió el brazo. Nina se estremeció, pero no apartó la mirada. En los ojos de Frank había una crueldad helada.

—Si no quieres acabar de nuevo allí, baja la voz.

Nina se quedó paralizada. Todo dentro de ella se congeló. Era una amenaza. Una amenaza real. Él podía hacerlo. Podía volver a encerrarla. Hacerla desaparecer si quería. Y nadie vendría a salvarla.

El miedo auténtico se le filtró hasta los huesos, desgarrándola por dentro. Todo ese tiempo había vivido al lado de un hombre peligroso, confiándole su vida, sin darse cuenta de quién era en realidad. Ahora Frank ya no necesitaba fingir, y eso la aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

Sus dedos se aflojaron solos. Apartó la mirada. No volvió a decir una sola palabra hasta que llegaron a casa.

CAPÍTULO 13

Cuando Nina cruzó el umbral de la casa, todo le resultó ajeno. Como si ya no fuera su hogar, no el lugar donde había vivido durante tantos años. Se sentía una extraña allí. Frank se dirigió directamente a su despacho sin decir una palabra, sin siquiera mirarla.

Nina se quedó inmóvil en medio del salón y cerró los ojos. Había cruzado la línea. Ya no había marcha atrás. Aquella noche echaría a Frank Osborne de esa casa. Que se fuera con su amante, con su hijo, con la vida que había estado construyendo a sus espaldas.

Subió al dormitorio y enseguida vio su teléfono. Estaba sobre la mesilla exactamente donde lo había dejado. Completamente descargado, tal como esperaba. Lo conectó al cargador y, mientras se encendía, sintió cómo algo se endurecía dentro de ella: determinación. No podía seguir viviendo en esa red de mentiras. Tragó saliva cuando le vino a la mente el recuerdo de su muñeca atrapada en la mano de él y su voz helada en el coche: «Si no quieres acabar allí otra vez, baja la voz».

El teléfono terminó de encenderse y la pantalla se llenó de notificaciones. Nina llamó primero a Daphne. Dios, llevaba casi dos semanas sin hablar con ella. Daphne contestó casi al instante.

—¿Hola?

—Cariño, hola —intentó sonar animada, aunque todo dentro de ella temblaba—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió Daphne con frialdad, distante—. ¿Y tú?

—Yo… —Nina dudó—. Estoy bien.

—Papá dijo que tuviste otra crisis.

Nina apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. Así que esa era la versión ahora.

—No hubo ninguna crisis —replicó con brusquedad.

Hubo silencio al otro lado, pero Nina percibió la irritación de Daphne.

—Mamá, de verdad deberías cuidar mejor tu salud. A lo mejor tendrías que haberte quedado más tiempo en el hospital. No quiero que un día pierdas el control delante de mi novio o de mis amigos.

El dolor la atravesó al instante. Daphne había sido el sentido de su vida. ¿Y eso era lo que recibía a cambio?

—¿Te avergüenzas de mí, Daphne?

—Mamá… —suspiró Daphne con una irritación gélida—. Solo rezo para que nadie se entere nunca de que mi madre está loca. Por eso me mudé al otro lado del país, mamá. Te llamo luego.

Lo había dicho de verdad. Nina no podía creer que esas palabras hubieran salido de la boca de su hija. El teléfono pesaba como plomo mientras la frase resonaba: «rezo para que nadie se entere nunca de que mi madre está loca».

El teléfono volvió a sonar: Robert Stanfield.

—¡Nina! —su voz era dura, agitada—. ¿Dónde demonios te has metido? ¿Por qué no respondías al teléfono?

—Robert… ¿qué ha pasado?

—Ese bastardo de tu marido hizo una jugada mientras estabas fuera que todavía me revuelve el estómago. Para empezar, solicitó una tutela judicial de emergencia usando un informe médico falsificado que afirma que no eres capaz de gestionar tus propios asuntos. El juez la concedió. Sobre el papel, ya no tienes derecho a tomar decisiones por ti misma, Nina.

—No… eso… eso es imposible.

—Segundo: mientras estabas encerrada en esa clínica, sacó adelante una operación fraudulenta y vendió tus acciones. Ahora pertenecen a cierta Vivian.

—Eso… eso no es verdad —susurró Nina. No podía respirar.

—Tercero, parte de las propiedades ya ha sido vendida. Descubrió que habías congelado la transferencia de las acciones a petición tuya, así que movió todo a mis espaldas… y me despidió. Dijo que soy demasiado viejo y que ya es hora de jubilarme.

Nina no podía procesarlo.

Su vida se estaba derrumbando delante de sus ojos, y Frank la estaba borrando de ella como si fuera un objeto innecesario y gastado. No podía comprender cómo había logrado fingir durante

tantos años ser un hombre cariñoso y fiable. Había interpretado su papel a la perfección hasta el final, esperando el momento adecuado para dar el zarpazo. La muerte de su padre solo había acelerado las cosas y le había ayudado a conseguir exactamente lo que quería.

El corazón le latía con violencia, las piernas apenas la sostenían bajo el peso de la rabia. Nina salió del dormitorio a grandes pasos, abrió de golpe la puerta del despacho de Frank y entró sin llamar. Él estaba sentado tras el escritorio, estudiando unos papeles con calma, sin mostrar la menor sorpresa cuando ella irrumpió en la habitación. Alzó la mirada hacia ella: fría, calculadora. Como si la hubiera estado esperando.

—¿Qué demonios tienes que decir en tu defensa por haberme robado? —espetó ella, con la voz temblando de una rabia que ya no podía contener—. ¿Qué te pasó por la cabeza para vender mi empresa? ¿Nuestras propiedades? ¿Cómo tuviste la sangre fría de falsificar documentos declarándome legalmente incapaz? ¿Dónde está tu maldita conciencia, Frank?

Él dejó el bolígrafo con calma, se inclinó un poco hacia delante y arqueó una ceja.

—Nina, no te pongas histérica.

—¿Que no me ponga histérica? —estuvo a punto de perder el control—. ¿Te das cuenta de que sé lo de tu otra familia, verdad? Sé lo de Vivian. Sé lo de Ethan. Y ¿sabes qué, Frank? —lo miró directamente a los ojos—. Te voy a llevar a los tribunales. Esto es ilegal. No voy a permitir que vivas a lo grande con el dinero de mi padre.

Fue entonces cuando él se levantó. Despacio. Sin romper el contacto visual. Se acercó a ella, su cuerpo imponiéndose, robándole el aire a la habitación.

—Todo es legal, Nina. —Se le cortó la respiración—. Has estado bajo tratamiento psiquiátrico durante veinte años. —Sonrió, pero no había ni un atisbo de calidez en esa sonrisa—. Así que dime… ¿a quién crees que van a creer? ¿A ti o a mí?

—¿Por qué? —susurró ella—. Yo pensé… que me amabas.

Frank esbozó una mueca burlona, negando con la cabeza.

—Ya que hoy es un día de sinceridad, Nina, supongo que es hora de admitirlo. —Se irguió, dando un paso atrás—. Siempre te utilicé. Puse mis ojos en ti en tu primer año de universidad. La hija de una familia rica. Una buena chica. La esposa perfecta para un hombre con ambición. Pero eras demasiado prudente, demasiado reservada. Y entonces —como un regalo del cielo— ocurrió aquella violación. Estabas tan rota, Nina… Solo tuve que ser paciente y hacer el papel del idiota enamorado. Se me daba muy bien, ¿verdad? Pero me cansé. Años humillándome delante de tu preciosa familia, interpretando al marido devoto para que tu padre no sospechara nada. Tenía que hacer lo que fuera para mantener contenta a su única hijita.

No podía respirar. Pero él siguió.

—¿Sabes lo repugnante que fue para mí casarme contigo después de que él te usara? ¿Y ese niño creciendo dentro de ti? Pero decidí usarte para mejorar mi vida, Nina. Y aquí estoy. —Abrió los brazos señalando el despacho—. En la cima. Incluso te estoy agradecido.

—Tú… —la voz se le quebró.

Él sonrió con desprecio.

—Por eso te dejo esta casa. —Asintió hacia la ventana, hacia el jardín perfectamente cuidado que se extendía más allá—. Te transferiré dinero todos los meses.

Lo dijo como si le estuviera haciendo un favor. Como si ella debiera agradecerle su generosidad.

—Y con eso se acaba todo, Nina.

Se dio la vuelta y regresó a su escritorio, como si la conversación hubiera terminado. Como si ella ya hubiera perdido. Como si dejara de existir. Nina lo miró y soltó una risa seca.

—No, Frank. Esto no se ha acabado. —Haría que pagara por cada cosa que le había hecho: por la humillación, por el dolor que acababa de infligirle—. Lamento haber estado ciega tanto tiempo, Frank. Pero no lo dudes: ahora tengo los ojos bien abiertos. Y si crees que has ganado, me temo que te vas a llevar una decepción. Supe hace tiempo que Vivian era tu amante. No debería haber fingido ser mi amiga.

Por primera vez, Frank pareció realmente sorprendido. Así que no sabía nada del doble juego de Vivian.

—He reunido pruebas suficientes para que no solo te echen de la empresa, sino para que acabes en prisión por delitos financieros. Y si me ocurre algo, si alguna vez intentas volver a encerrarme en un psiquiátrico, puedes estar segura de que alguien en quien confío entregará todo al consejo de administración y a las autoridades. Y esa persona no es Robert.

Estaba mintiendo. Por supuesto que no tenía nada de eso. Pero Frank no necesitaba saberlo. Solo necesitaba ganar tiempo. No iba a sacarle ni un dólar más.

—Digamos que nos entendemos, Frank. Y piensa bien cómo vas a explicarle a todo el mundo por qué las acciones de tu esposa acabaron en manos de tu amante… que además resulta ser la madre de tu hijo. No suena muy convincente, ¿verdad? Tienes treinta minutos para salir de esta casa.

Se dio la vuelta y salió del despacho hecha una furia. Subió corriendo al ático, medio esperando que Frank la siguiera. Después de todo lo que había hecho, ahora le tenía un miedo real. ¿Y si decidía matarla? El pensamiento le recorrió la espalda como un frío venenoso.

Escuchó cada sonido de la casa. Y por fin oyó el coche de Frank salir del camino de entrada. La tensión cedió al fin, pero su respiración no. El corazón seguía desbocado, los pulmones le ardían. Lo que había dicho solo la protegería durante un tiempo.

¿Y después… qué se suponía que debía hacer?

CAPÍTULO 14

Después de la confesión de Frank —de que para él no había sido más que una herramienta— y de la forma en que la había despojado de todo, Nina estaba completamente destrozada. Antes había tenido una fortaleza: su padre y su marido. Había vivido tras un muro de piedra, convencida de que nada podía amenazarla. Y ahora estaba de pie entre las ruinas de su propia vida.

«Solo te utilicé». La voz de Frank, indiferente, se repetía en su mente. Se estaba ahogando. El sueño no llegaba. ¿Cómo iba a llegar, si su vida era una mentira?

Necesitaba hacer algo. Pero antes de decidir qué, ya estaba de pie, poniéndose una bata sobre el pijama y agarrando las llaves del coche. Ni siquiera sabía adónde iba; solo quería despejar la cabeza. La casa estaba demasiado silenciosa. Y, de pronto, llegó ante la casa de Lynn.

Se quedó dentro del coche con los faros apagados, mirando las ventanas oscuras. Tal vez porque Jasper Garth había sido su punto de partida. Su primer error. Tal vez porque, de no haber sido por él, no habría acabado en este infierno. Pensó en cómo sería su vida si aquella noche fatídica con Jasper nunca hubiera ocurrido... o si hubiera terminado viviendo en paz junto a Lynn. Y entonces, un pensamiento la atravesó: ¿y Daphne? Si no fuera por Frank, Daphne nunca habría nacido.

Nina apoyó la cabeza contra el respaldo. Tenía que irse. Había sido una estupidez venir. Sus dedos rozaron el botón de encendido justo cuando unos faros la cegaron. Un taxi se detuvo frente a la casa y Lynn bajó.

Eran casi las dos de la madrugada. Lynn parecía agotada, hurgando en el bolso en busca de las llaves. Pero entonces, un todoterreno negro se detuvo unos metros más atrás. Lynn no lo notó. Tenía la cabeza baja.

Un presentimiento inquietante le erizó la piel a Nina. En cuanto el taxi se marchó, la puerta del todoterreno se abrió de golpe y dos hombres bajaron. Altos, corpulentos, vestidos de oscuro. Nina lo supo al instante. Sabía lo que iba a pasar.

Lynn no tuvo tiempo ni de levantar la cabeza cuando la asaltaron por detrás. Soltó un grito ahogado, intentó zafarse, pero ya era demasiado tarde. Uno le tapó la boca con la mano y el otro la inmovilizó por la cintura, levantándola en vilo. Ella se debatía desesperadamente, pero eran más fuertes. La arrastraron hacia el coche.

Nina no pensó. Su cuerpo se movió solo. Empuñó el paraguas del asiento del copiloto, abrió la puerta de un tirón y echó a correr. En una fracción de segundo, su pasado estalló ante ella: cuando ella misma había estado igual de indefensa. No iba a permitir que aquello le ocurriera a Lynn.

—¡Suéltenla! —gritó con todas sus fuerzas.

Su voz rasgó el silencio como una cuchilla. Los hombres soltaron una maldición irritada; uno de ellos retorció el brazo de Lynn con crueldad para obligarla a dejar de forcejear. Nina blandió el paraguas y lo descargó con fuerza sobre la cabeza de uno de los atacantes. Él se tambaleó hacia atrás entre insultos.

—¡¿Te has vuelto loca?!

Pero ella no se detuvo. Golpeó una y otra vez con la furia acumulada de años. No iba a permitir que se llevaran a Lynn. Arremetió contra ellos con aquel paraguas, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Ya he llamado a la policía! ¡Lárguense de aquí!

Ante eso, uno de ellos gruñó de rabia y empujó a Lynn con violencia. Lynn perdió el equilibrio y cayó; su cabeza golpeó el bordillo con un impacto seco y sordo.

—¡No! —Nina corrió hacia ella mientras los hombres ya se subían de un salto al todoterreno. Apenas alcanzó a ver los números de la matrícula antes de que el vehículo quemara rueda y desapareciera en la oscuridad.

Nina se arrodilló junto a Lynn. No se movía. Su cabello claro se extendía sobre el asfalto y un charco rojo oscuro empezaba a crecer

bajo su cabeza.

—Lynn… —La sujetó por los hombros, sacudiéndola con extrema cautela—. ¡Lynn, abre los ojos!

No hubo respuesta. Con manos temblorosas, Nina marcó el 911. El tono de llamada se hizo insoportablemente largo.

—Una ambulancia está en camino. Permanezca en línea.

Nina observó cómo la sangre seguía filtrándose. Estaba demasiado pálida; su pecho apenas subía y bajaba. El resto del mundo dejó de existir: solo el rostro de Lynn bajo la luz de las farolas y la maldita luna sobre sus cabezas. Antes, siempre había habido alguien que tomaba las decisiones por ella: su padre, Frank. Ahora estaba sola. Y sobre el asfalto, su hija se estaba muriendo.

Por fin oyó la sirena. Luces rojas inundaron la calle. Los paramédicos apartaron a Nina mientras se inclinaban sobre la chica.

—Inconsciente, traumatismo craneal, pérdida de sangre… —captó fragmentos de sus palabras, pero no lograba concentrarse. Solo miraba sus manos. Estaban cubiertas de sangre. La sangre de su hija.

—¿Quién es usted para ella? —preguntó uno de los técnicos—. ¿Su hermana?

Nina se quedó helada. Sintió un vuelco en el pecho. Creían que era su hermana. Pero era su madre, y no podía decirlo.

—Yo… —tragó saliva—. Solo pasaba por aquí y vi cómo intentaban secuestrarla.

El hombre asintió, estudiándola un segundo.

—Lo siento. Es que se parecen muchísimo.

Aún temblando por el shock, viendo cómo cerraban las puertas de la ambulancia, las palabras se le escaparon solas:

—¿Puedo ir con ustedes?

—No es familia suya —objetó él.

—Yo solo… estoy muy preocupada.

El paramédico dudó, sopesó la angustia real en los ojos de Nina y asintió.

—De acuerdo. Suba. La policía querrá tomarle declaración de todos modos; será más fácil hacerlo en el hospital.

Nina subió a la ambulancia, con la mirada fija en Lynn. No se movía… pero seguía respirando. Solo entonces Nina se permitió, por fin, mirarla de verdad. Detenerse en cada rasgo de su rostro. Ojalá todo estuviera ocurriendo en cualquier otra circunstancia.

CAPÍTULO 15

Nina estaba sentada en una silla dura en la sala de espera de urgencias, apenas consciente del paso del tiempo. Se estremecía ante cada ruido, ante cada médico que pasaba.

—¿Es usted la persona que acompañó a la paciente de la calle Pushkin?

Nina dio un respingo y alzó la vista. Un hombre con bata blanca estaba frente a ella. En la placa de su pecho se leía: Dr. Adam Wright. Nina se puso de pie de inmediato, con el corazón en un puño.

—¿Cómo está ella?

El médico sostenía varios informes. Su expresión era demasiado serena para un momento así.

—Tiene una conmoción cerebral. También tuvimos que darle varios puntos en el cuero cabelludo.

Nina apretó los puños.

—¿Va a estar bien? ¿Ha recuperado el conocimiento? —las preguntas se le escaparon atropelladamente.

—El golpe fue fuerte, pero por suerte no crítico. Le hemos realizado todas las pruebas pertinentes y el escáner es favorable. —La observó con atención, notando lo alterada que estaba—. Se va a recuperar —la tranquilizó.

La presión en el pecho de Nina se aflojó por fin. El alivio fue tan intenso que casi la mareó. Y de inmediato, como una sombra, llegó el miedo: ¿quién había intentado secuestrarla? ¿Y por qué?

—¿Puedo verla? —preguntó Nina antes de poder frenarse.

Debería haberse ido. Haber desaparecido de la vida de Lynn y dejar que creyera que una desconocida la había salvado. Pero algo la mantenía en su sitio: un anhelo doloroso y una preocupación desesperada.

—Aún no ha recuperado la conciencia, pero puede entrar en la habitación.

Nina casi subió corriendo las escaleras. La habitación del hospital era pequeña y estaba tenuemente iluminada. Lynn yacía en la cama, conectada a un gotero, pálida como una muñeca de porcelana. Una venda le rodeaba la cabeza; su cabello claro estaba esparcido sobre la almohada. Se veía insoportablemente frágil.

Nina la miró y sintió un dolor agudo en el pecho. Notó restos de sangre seca enredados en su pelo. No tenía ningún derecho a estar allí. Ninguno. Pero no fue capaz de marcharse. Una ola tardía de culpa la atravesó. ¿Y si se hubiera negado al plan de Frank? ¿Y si la hubiera criado ella? Sí, habría sido difícil. Pero después el dolor se habría atenuado y ella, simplemente, la habría amado.

Pero Lynn no parecía infeliz. Probablemente había sido criada por una buena mujer: fuerte, estable, no alguien rota como ella.

Nina estaba tan agotada que ni siquiera notó cuándo su cabeza se apoyó en el borde de la cama. No sintió cómo sus párpados se volvían pesados ni cómo su respiración se hacía más lenta. Lo último que sintió antes de que el sueño la venciera fueron unos dedos cálidos posándose, casi por accidente, en la palma de su mano.

***

Nina despertó al sentir el contacto de alguien. Suave, pero desconocido. Se sobresaltó, alzó la cabeza… y se quedó helada. Fue como caer de lleno en su peor pesadilla.

Aún medio dormida, no lograba entender dónde estaba ni qué ocurría… ni por qué el rostro terrible y tan familiar de Jasper Garth, con esos ojos penetrantes, estaba justo delante de ella. No podía moverse. El pecho se le cerró y los oídos le zumbaron; fragmentos del pasado estallaron en su mente.

Y él la estaba mirando: con calma, con atención, sin el más mínimo atisbo de reconocimiento. Su mano seguía apoyada en su hombro, caliente contra su piel. Su presencia oscura llenaba el espacio, la hacía encogerse por dentro, devolviéndola a aquella chica indefensa de hacía tantos años. El pánico la estaba asfixiando, pero él… él no sentía nada. Ni rastro de culpa. Ni rastro de memoria. Solo su voz uniforme, tranquila:

—¿Usted es la que salvó a mi hija?

Ella parpadeó, apretó la mandíbula para no gritar y recorrió la habitación con la mirada. Solo estaban ellos tres. Nina se obligó a respirar. Él no se atrevería a hacerle daño allí. Y, aun así, le tenía un miedo atroz.

—Muchas gracias —continuó él—. Me han contado todo. Si hay alguna forma en que pueda compensarla…

Ella no le dejó terminar. No podía soportarlo. Se puso de pie de golpe, retrocedió trastabillando y casi chocó con el pie del gotero.

—No necesito nada. —Su voz sonó cortante, al borde de romperse. En el rostro de él pasó un destello de sorpresa; no entendía el miedo grabado en su expresión—. Ahora usted está aquí —añadió ella, forzando las palabras—. Es hora de que me vaya.

Se dio la vuelta y salió corriendo. Atravesó el pasillo del hospital a toda velocidad, sin ver nada salvo puertas que se sucedían y su propio reflejo distorsionado en los cristales.

No la había reconocido. ¿Era siquiera posible? Había destruido su vida… y ni siquiera recordaba su rostro.

Salió al exterior a punto de chocar con la gente. Nina se detuvo en la acera e intentó recuperar el aliento… y entonces se dio cuenta de cómo la miraban. Solo en ese momento cayó en la cuenta de que aún llevaba puesta la bata y las zapatillas. Parecía una loca. Una mujer escapada de un psiquiátrico. Una ironía amarga.

Pero lo peor era que no tenía forma de volver. Su coche y su teléfono estaban junto a la casa de los Garth. Se volvió hacia la entrada, dispuesta a pedir ayuda, cuando Jasper salió al exterior. Sus pies se negaron a moverse. Él se detuvo cerca de las puertas y recorrió el lugar con la mirada. Seguramente la estaba buscando.

Un escalofrío recorrió a Nina. ¿La había recordado después de todo? Dio un paso atrás y empezó a caminar por la carretera, alejándose. Un coche se detuvo a su lado. Nina se tensó cuando la ventanilla bajó lentamente… y luego se relajó un poco al ver un rostro conocido.

—Por favor, suba, señora Osborne.

Era el chófer de la familia. ¿Cómo la habían encontrado? ¿La habían estado siguiendo todo este tiempo? Si la gente de Frank la

había estado vigilando, al menos podrían haberla ayudado contra aquellos secuestradores.

Miró alrededor y lanzó una última mirada hacia el hospital. En ese preciso instante, los ojos de Jasper se cruzaron con los suyos. Incluso desde la distancia, sintió cómo esa mirada se clavaba en ella, provocándole un sudor frío. Actuó por instinto: abrió la puerta de un tirón y se metió en el coche. No tenía elección.

CAPÍTULO 16

El agua caliente envolvía a Nina por completo, llenando su cuerpo de una agradable pesadez. El vapor ascendía hacia el techo y las notas de lavanda y vainilla creaban un aroma calmante. La casa estaba en silencio. Un silencio antinatural.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía a salvo. Ya había cambiado todas las cerraduras de la casa y estaba a punto de firmar con una nueva empresa de seguridad. A partir de ahora, no confiaría en nadie que tuviera la más mínima relación con su marido. Se hundió un poco más en el agua y se dio cuenta de que ya no pensaba en el divorcio. Ahora todos sus pensamientos giraban en torno a Lynn.

¿Podía un hombre como Jasper cuidar bien de ella? No podía imaginar que hubiera cambiado. Seguía siendo el mismo tirano despiadado. ¿Y cómo demonios se había enterado de que ella había dado a luz a su hija?

Solo salió de sus pensamientos cuando oyó su teléfono. Un mensaje de Leonard. Le había llevado tiempo, casi tres semanas, pero al fin tenía algo sobre Jasper Garth. Las manos le temblaron al pulsar el archivo adjunto. La pantalla se oscureció un segundo y luego Nina se quedó helada.

¿¡Un cirujano cardiotorácico!?

El corazón le dio un vuelco violento. Recorrió las primeras líneas del informe: Jasper Garth era un brillante especialista en trasplantes, con reconocimiento nacional y distinciones prestigiosas. Nunca había sabido que su familia poseía una red de clínicas privadas. Su mente se negaba a vincular a aquel monstruo con el hombre que salvaba vidas y financiaba cirugías cardíacas para niños.

Y entonces llegó la parte más inquietante. Jasper Garth tenía vínculos con el crimen organizado.

No había pruebas directas, pero sus clínicas aparecían repetidamente en tramas de obstrucción a la justicia. Testigos clave

y delincuentes eran hospitalizados de forma conveniente justo antes de sus declaraciones. Informes periciales bajo sospecha. Certificados de enfermedades terminales que nunca existieron. Investigaciones estancadas por su intervención.

Estafadores, funcionarios corruptos y grandes criminales financieros... todos habían pasado por sus manos para eludir la cárcel. Nina se humedeció los labios secos. Esto era revelador. Ahora comprendía por qué siempre se le había permitido más que a los demás.

Se recostó, cerró los ojos y tomó una respiración lenta. Necesitaba asimilar todo aquello… pero no pasó ni un minuto cuando su teléfono estalló con otra llamada. Maldita sea. Lo alcanzó con los dedos todavía mojados y, al ver el nombre en la pantalla, sonrió por instinto.

Daphne.

Respondió, esperando oír la voz de su hija, pero fue como recibir un golpe:

—¡Mamá!, ¿has perdido completamente la cabeza? —La voz era alta, furiosa, cargada de desprecio—. ¡Me humillaste! ¡Humillaste a papá! ¡Ahora todo el campus sabe que mi madre está loca!

Un frío glacial se extendió por su pecho. Nina tragó saliva y la voz le salió débil:

—¿De qué estás hablando?

—¡Enciende las noticias!

Nina parpadeó. ¿Qué malditas noticias?

—Daphne… ¿cómo puedes hablarme así? ¿Qué tono es ese? —replicó Nina, ya al límite por la actitud que su hija había tenido últimamente.

—¡Con razón papá decidió dejarte! ¿Quién podría aguantar veinte años al lado de una mujer como tú?

El dolor le robó el aliento. ¿Cómo podía ser tan cruel?

—¿Sabes lo del divorcio? —susurró Nina.

—Papá me lo contó hace un par de días —lo dijo con una ligereza espantosa, como si su familia no se estuviera derrumbando.

—¿Y acaso tu padre te contó cómo me encerró en una clínica psiquiátrica? —interrumpió Nina, sintiendo cómo algo hervía en su

interior—. ¿Cómo transfirió todas las propiedades a su amante y nos dejó a ti y a mí sin nada?

Hubo un silencio al otro lado.

—Pero quizá no te das cuenta de que ahora tú tampoco recibes nada, Daphne. Él firmó todo a nombre de esa mujer, y después pasará a su hijo con ella. ¡No a ti! A tu padre no le tembló el pulso para entregar la empresa de tu abuelo a su amante mientras yo estaba incapacitada en un hospital.

—¡Mientes! —gritó Daphne—. ¡Solo estás… solo estás intentando ponerme en contra de papá!

—Es la verdad, te guste o no —dijo Nina en voz baja—. Pero más te vale decidir de qué lado estás.

—Eres patética, mamá. ¡Siempre has sido patética!

—Daphne…

—¡Te odio!

La llamada se cortó. El agua de la bañera hacía rato que se había enfriado, pero Nina seguía allí sentada, con la mirada perdida en la pared… y, por primera vez, no sentía absolutamente nada. El dolor había sido sustituido por un vacío gélido.

CAPÍTULO 17

Nina se tragó las pastillas sin siquiera acompañarlas con agua. El amargor se le extendió por la lengua, pero apenas lo notó. Sus manos encontraron el teléfono por puro instinto. Abrió las noticias… y se vio a sí misma.

En la foto llevaba una bata y zapatillas, caminando por la calle con los hombros encorvados y la mirada vacía. Debajo, un titular estridente gritaba:

«La esposa de Frank Osborne padece una enfermedad mental: detalles impactantes».

Fue como si alguien la hubiera vuelto del revés. Esto era obra de Frank. No le cupo la menor duda. Él había filtrado todo a la prensa; había decidido rematarla por completo. No podía seguir leyendo, y aun así sus ojos se engancharon a las líneas:

«La familia ocultó con hermetismo la enfermedad de Nina Osborne». «Escándalo: la esposa del conocido empresario muestra un comportamiento errático». «¿Qué ocurre realmente tras las puertas de la mansión Osborne?»

Nina apretó el teléfono con tanta fuerza que le dolieron los dedos. Él estaba haciendo todo lo posible para hacerla pasar por inestable. Para despojarla de todo. Para asegurarse de que nadie, en un tribunal, pusiera en duda sus acciones.

No solo le estaba quitando sus bienes: le estaba arrebatando su nombre, su reputación. La estaba borrando de esta vida. Era un círculo vicioso, y no tenía ni idea de cómo romperlo. Tres bufetes de abogados ya la habían rechazado. Nadie quería tomar el caso… o le sugerían que aceptara las condiciones de Frank. Necesitaba a alguien con verdaderas conexiones. Aún esperaba que Robert Stanfield encontrara a alguien, pero con cada día que pasaba su esperanza se debilitaba.

Basta. Nada más de introspección. Si no podía resolverlo por la vía legal… encontraría otra manera.

Y desde luego no iba a permitir que Vivian tuviera una vida feliz. Ni que ocupara su lugar.

***

La mañana amaneció despejada, pero fría. Nina estaba frente al espejo, cepillándose el cabello con lentitud, obligándose a verse serena. No permitiría que nadie volviera a verla rota. Ni Frank. Ni Daphne. Ni toda esa gente que ahora susurraba sobre su " colapso ". Eligió un conjunto sobrio y elegante, alisó la tela a la altura de la cintura y se aplicó un toque sutil de labial. Un aspecto profesional. El de una mujer que lo tenía todo bajo control.

Ese día iría al centro infantil como siempre. Como si nada hubiera pasado. Nina se esforzó por ignorar las miradas del personal y de los demás voluntarios. Actuó con naturalidad: sonrió a los niños, saludó a sus compañeros y se dirigió al vestuario, donde Stella ya estaba guardando cosas en su casillero.

—Nina, querida, ¿cómo estás? —la voz de Stella sonaba suave, pero en sus ojos brillaba una curiosidad hambrienta de chismes.

Stella se movía exclusivamente entre los mismos círculos de la alta sociedad, ricos y ambiciosos, cuyos maridos ocupaban cargos importantes.

—De maravilla, Stella. Absolutamente de maravilla. —Se puso la sudadera de voluntaria—. Vamos a sacar las bicicletas. Ya casi es la hora del almuerzo.

Salieron al patio. Nina levantó una de las bicicletas infantiles y la apoyó contra la pared. Stella recogía los patinetes, pero no dejaba de mirarla una y otra vez. Se estaba muriendo por dentro. Nina soltó una risita y habló primero:

—Anda, pregunta ya. Se te nota que te mueres de ganas de saberlo todo.

Stella se sonrojó.

—Oh, de verdad, no me creí ni una sola palabra de esos artículos. ¡Han difundido un montón de mentiras sobre mi familia a lo largo de los años!

—Bueno, al menos alguien no se tragó todo eso —Nina puso los ojos en blanco.

—Pero… es que…

—Mi marido está intentando divorciarse de mí y quitarme la empresa por cualquier medio necesario —dijo Nina con naturalidad, como si no doliera. Como si la traición no la asfixiara—. Tiene una amante. Y un hijo. El niño tiene cinco años. Los descubrí hace poco y, después de eso, Frank empezó a preparar el terreno para dejarme en la ruina. Ya sabes que la farmacéutica de mi familia nunca fue suya.

Stella se quedó sin palabras. Por primera vez, parecía genuinamente impactada.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. ¿Y sabes qué es lo peor? —Nina alzó la cabeza y la miró fijamente—. Que esa amante se hizo amiga mía a propósito.

—¡No puede ser!

—Claro que sí. Sabía que el mundo era cruel, pero ¿esto? Empezó a ir al mismo estudio de yoga que yo, fingía ser dulce y amable. Fuimos " amigas " durante meses. Y yo no tenía ni idea de que el " marido " del que hablaba era en realidad mi Frank.

—No puedo ni… imaginarlo —susurró Stella. Nina apenas pudo disimular su sonrisa satisfecha. Stella era una máquina imparable de chismes; esta noticia correría como la pólvora.

—Sabía que algo no cuadraba —murmuró Stella—. Le dije a Alyssa, la esposa de Bloom, que no podía ser verdad. ¡Pero esto! ¡Jamás lo habría imaginado!

Nina se acercó un poco, fingiendo comprobar que nadie escuchaba.

—Mi marido resultó ser peligroso, Stella. Esas dos semanas que estuve fuera… —tragó saliva, suspiró de forma dramática, dejó escapar una pequeña lágrima—. Me internó. Quiso mostrarme qué pasaría si volvía a atreverme a enfrentarlo. Sinceramente, ahora tengo miedo de volver a casa. Veinte años juntos… y luego una niñita recién salida de la universidad le sorbe el seso hasta convertirlo en un monstruo. Tenemos una hija, Stella. Y aun así hizo esto. Así que si alguna vez los ves por ahí, mantente lejos.

Los ojos de Stella se agrandaron todavía más. Le puso una mano en el hombro a Nina.

—Resiste, Nina. Si necesitas algo… llámame. Uf, me manché la manga —déjame lavarme—. ¡Vuelvo enseguida! ¡Y tú mantente fuerte!

Stella salió corriendo. Nina sonrió para sí misma. Bien, ni siquiera le tomó cinco minutos. La reputación de Frank tenía que derrumbarse lo más rápido posible.

CAPÍTULO 18

El aire afuera era fresco, impregnado de esa humedad fría del otoño. Nina inhaló hondo al salir al aparcamiento frente al centro infantil.

Había hecho lo que tenía que hacer. Ahora podía volver a casa.

Al parecer, Stella ya había logrado poner al corriente a todo el personal sobre los detalles de su vida personal. No había otra forma de explicar que las miradas recelosas se hubieran transformado en miradas llenas de lástima, ni que la cocinera, la señora Brenda, se hubiera ofrecido a " calmarle los nervios ".

Nina sacó las llaves, presionó el botón y el coche respondió con un breve pitido. Pero antes de que pudiera abrir la puerta, una voz sonó detrás de ella:

—¿Señora Osborne?

Se sobresaltó y se giró bruscamente. A unos pasos de distancia había un hombre al que nunca había visto: alto, de complexión sólida, vestido con un abrigo oscuro y caro. Tal vez tendría unos cuarenta años.

—¿Quién es usted? —preguntó con cautela, entrecerrando los ojos.

—Mi nombre es Michael. Vengo de parte de Jasper Garth.

Algo se le encogió por dentro. ¿Qué demonios? Nina dio un paso atrás, apretando las llaves con más fuerza.

—¿Qué quiere?

Michael se mantuvo perfectamente tranquilo.

—El señor Garth desea reunirse con usted.

—¿Reunirse? —soltó una risa corta, incrédula—. ¿Reunirse conmigo?

De todas las cosas que había esperado… esa no estaba en la lista.

Era surrealista. ¿Verlo? ¿Recordarle los horrores que le había hecho pasar? ¿Escupirle a la cara todo lo que había tragado durante

años? No. No tenía el valor para eso. Preferiría morirse antes que volver a verlo.

—¿Para qué? —preguntó, intentando sonar indiferente.

—Quiere agradecerle haber salvado la vida de su hija.

Nina exhaló con brusquedad y negó con la cabeza. Claro. Así que era eso. Por un segundo había temido que se acordara de ella.

—No hace falta. Hice lo que cualquiera habría hecho.

—Aun así, insiste.

Su tono seguía siendo cortés, pero había un filo inconfundible en sus palabras. No era una petición. Era una orden. Nina les lanzó una mirada cansada.

—No, de verdad. Dígale que no es necesario agradecerme nada.

Michael no se movió. Solo inclinó ligeramente la cabeza.

—Al señor Garth no le gustan las negativas.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Y tampoco le gusta que lo hagan esperar.

El aliento se le quedó atrapado en el pecho. No quería verlo. No quería estar cerca de él. No podía. Nina sostuvo su mirada y dijo con la mayor calma que pudo reunir:

—Dígale que no hay nada que agradecer. Estoy segura de que el señor Garth está tan ocupado como yo.

Se metió en el coche y cerró la puerta. Michael no dio un paso adelante; solo la observó con esa mirada inquietante, fija, sin parpadear. Pero la sensación permaneció: no iba a dejarlo así.

La casa la recibió en silencio. Nina pidió comida a domicilio, aunque no tenía hambre. Se obligó a comer al menos una ensalada.

Cuando llegó el repartidor, se dio cuenta de lo extraño que se sentía cenar sola. Un vacío raro, aunque quizá fuera lo mejor. Con Frank fuera, la vida no había cambiado tanto. Excepto que ahora estaba sola en aquella casa enorme.

Masticó lentamente un trozo de tomate, dejó el tenedor, luego se levantó para lavarse las manos. Fue al armario. Allí había una lata de comida para gatos. La tomó, cogió un platillo y se dirigió a la puerta.

El gato callejero del vecindario —un macho pelirrojo— debía de andar por ahí.

Salió al aire fresco de la noche, se agachó junto a la valla, abrió la lata y volcó el contenido en el plato.

—¿Dónde estás, pequeñín? —murmuró, mirando a su alrededor.

El gato llevaba meses rondando por allí. Había llegado flaco y hambriento, pero ahora estaba bien alimentado. Aun así, nunca se dejaba tocar. Incluso le había comprado una casita, pero seguía vacía.

Nina suspiró. Parecía que esa noche no vendría.

Entonces, dos zapatos perfectamente lustrados aparecieron justo delante de ella.

Se quedó paralizada. El pulso le dio un salto, el aire se le atascó en la garganta. Lentamente alzó la vista, y todo su cuerpo se heló.

Jasper Garth.

La sangre se le convirtió en hielo. ¿Cómo estaba allí? ¿Cómo había entrado en la propiedad? ¿Por qué no había oído sus pasos? ¿Qué quería?

Un pensamiento aterrador la golpeó: era de noche, estaba sola… él podía hacer lo que quisiera.

Nina se echó hacia atrás, intentando levantarse, pero las piernas le fallaron y resbaló sobre el suelo frío y húmedo.

Jasper la miró desde arriba con calma. En la oscuridad, sus ojos brillaban con algo afilado, ilegible. Su rostro estaba vacío de emoción.

Ella soltó un jadeo ahogado y se arrastró hacia atrás, apoyándose en las manos temblorosas. Él no se movió; solo extendió una mano hacia ella.

Nina la miró, inmóvil, sin siquiera plantearse tomarla.

—¿Vamos a hablar aquí afuera? —preguntó él, con voz baja y uniforme—. ¿O me va a invitar a pasar?

CAPÍTULO 19

Ella lo miró fijamente, y algo dentro de ella se retorció con un dolor agudo.

Estaba allí. Real. Vivo. La pesadilla que había enterrado décadas atrás, plantada justo frente a ella.

—Entremos —dijo él con calma, pero en su tono había un matiz de autoridad que le recorrió la espalda como un escalofrío.

Nina dio un paso atrás, con el corazón atascado en la garganta.

—No.

Jasper la observó como un adulto mira a un niño haciendo un berrinche, como si ella no tuviera ningún derecho a decirle que no.

—No voy a hacerte daño, Nina.

Ella soltó una risa amarga y temblorosa.

—Eso es exactamente lo que diría un hombre como tú.

Se incorporó del suelo, sin darle la espalda ni un segundo. Estar tan cerca de él se sentía como quedar atrapada en una jaula con un depredador. Había aparecido en plena noche; no existía ningún escenario en el que eso significara algo bueno.

Sabía su nombre.

Eso significaba que había fingido cuando actuó como si no la reconociera.

—Estás a salvo.

Esta vez se rió más fuerte: un sonido roto, casi histérico. La rabia, el dolor, los veintidós años de infierno que había vivido se encendieron de golpe dentro de ella.

—¿Hablas en serio? —sostuvo su mirada oscura sin pestañear—. Hace veintidós años pensé exactamente lo mismo.

Él se quedó inmóvil. Por un segundo —solo un segundo— algo parecido a la confusión cruzó su rostro. Y luego… nada.

Sus ojos volvieron a quedar vacíos.

Dios, cuánto lo odiaba. Su voz. Su mirada. Su mera existencia. Quería golpearlo. Gritar. Por fin dejar salir toda esa rabia.

—Vete. No tenemos nada de qué hablar.

Nina se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, con la esperanza de cerrarla de un portazo antes de que él pudiera seguirla. Pero él fue más rápido. Su pie se coló en el umbral justo cuando ella intentó cerrarla. Jadeó cuando la puerta se abrió de golpe y él entró como si fuera el dueño del lugar.

Ella retrocedió trastabillando. Demasiado tarde: ya estaba dentro de su casa.

Jasper cerró la puerta con toda calma, como si aquello fuera lo más normal del mundo. Como si tuviera derecho. Como si esa casa, de algún modo, le perteneciera.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —espetó ella, sin aliento por el miedo—. Voy a llamar a la policía.

Él soltó un sonido corto, escéptico, mientras recorría el recibidor con la mirada.

—Hazlo. Pero vamos a hablar. Esta noche.

Dio un paso hacia ella. La espalda de Nina chocó contra la pared. No tenía a dónde huir.

El yeso frío se le clavó en la columna, y un nudo opresivo se formó en su pecho. Jasper se alzaba sobre ella, llenando el espacio con su presencia. Demasiado cerca. Demasiado abrumador. El aire parecía volverse más denso a su alrededor.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente: las palmas sudorosas, la respiración entrecortada. El pánico irrumpió con fuerza, ahogándolo todo.

Había vuelto allí.

La habitación cerrada.

La trampa.

Fragmentos de memoria destellaron como cuchillas: afilados, vívidos, heridas que nunca habían sanado. Se estremeció con violencia.

—Nina… —su voz sonó… distinta. Más suave.

Pero ella no lo escuchaba.

Su cerebro gritaba una sola cosa: corre. Se impulsó desde la pared y se lanzó de lado, pero él volvió a ser más rápido. Cuando

alzó la mano —solo un gesto—, ella se estremeció con tanta fuerza que el corazón le golpeó el pecho.

Él se detuvo en seco.

Un surco profundo apareció entre sus cejas. La miró… de otra manera. Dio un paso atrás.

—¿Qué te pasa?

Nina no respondió. Apenas podía respirar. Se aferró al borde de la pared como si pudiera salvarla.

Los ojos de Jasper se afilaron mientras examinaba su rostro. Sus hombros se tensaron, la mandíbula se le marcó. Parecía… irritado.

Luego algo cambió. La tensión se disipó de su postura. Su voz descendió, lenta y cuidadosa.

—No estoy aquí para hacerte daño —dijo, como si temiera asustarla—. En realidad he venido a hablar.

Ella apretó los dientes.

Estaba mintiendo.

—No me importa para qué hayas venido —dijo Nina, obligándose a sostenerle la mirada aunque la voz le temblara—. Sal de mi casa.

Él no se movió. Su mirada recorrió de nuevo su expresión. Luego metió las manos en los bolsillos, casi con naturalidad.

—¿Estás sola? —preguntó.

La pregunta la descolocó.

—¿Qué?

—¿Estás sola aquí? ¿Hay alguien más en la casa?

Sus pensamientos se desordenaron. Si decía que sí, le daría ventaja. Si decía que no, sabría que mentía. Guardó silencio.

Él miró alrededor del salón, y su expresión se volvió analítica.

—Entonces estás sola —concluyó.

Y, por alguna razón… había alivio en su voz.

Pasaron varios segundos agonizantemente largos. Se limitaron a mirarse. La electricidad le recorrió la piel entera bajo su mirada: los mismos ojos que aún aparecían en sus pesadillas. El corte de su mejilla estaba casi curado, el cabello perfectamente arreglado. Impecable. Hermoso por fuera y podrido hasta el núcleo.

Una vez, ella había deseado su atención. Y a eso la había llevado.

—Calmémonos —dijo al fin. Su voz era firme, pero algo había cambiado en ella. Había una nota extraña… ¿arrepentimiento? ¿O se lo estaba imaginando?

—No quise asustarte, Nina.

Su nombre sonó mal en su boca. Ajeno. Ella soltó una risa breve y quebradiza.

—Claro. Te presentas en mi casa en mitad de la noche… nada aterrador. ¿O crees que el tiempo borró mis recuerdos?

Jasper frunció el ceño, pero no respondió. En cambio, señaló el sofá.

—Siéntate.

Actuaba como si la casa fuera suya. Como si ella fuera la invitada. Como si fuera ella quien debía obedecer.

No sabía por qué no estaba huyendo. Por qué no había golpeado el panel de seguridad. Por qué seguía allí, inmóvil.

Su mirada era firme. Expectante. La mirada de un hombre acostumbrado a ser obedecido.

Las rodillas de Nina flaquearon. El miedo seguía envolviendo cada nervio como alambre de púas. Debería haberse resistido. Debería haber gritado. Debería haber hecho cualquier cosa menos—

Caminó hasta el sofá y se sentó.

Como una muñeca de cuerda.

Jasper la siguió, silencioso. Tomó el sillón frente a ella.

El silencio se estiró, tenso y asfixiante. Nina apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas solo para sentir algo sólido. El pulso le retumbaba en los oídos.

—Le dije a Lynn que su madre murió durante el parto —dijo con voz neutra.

Todo dentro de ella se congeló.

Se mordió el interior de la mejilla hasta saborear la sangre, pero él ya la observaba, diseccionando cada mínimo destello de emoción en su rostro.

—Y prefiero que siga siendo así.

Sus dedos se cerraron con más fuerza. Así que por eso estaba allí. Y, de forma extraña —dolorosa—, Nina sintió un destello amargo de alivio. Porque, según el informe de Leonard Hayes, Jasper nunca se

había casado. Había criado a Lynn solo. Ninguna otra mujer había ocupado su lugar. Nadie había sido la madre de Lynn salvo Nina.

—Por eso —continuó— necesitas mantenerte alejada de ella.

El tono era calmado, pero la advertencia que se ocultaba debajo era inconfundible.

Algo dentro de ella se tensó. Un dolor caliente y afilado le subió bajo las costillas, pero Nina no permitió que nada de eso se reflejara en su rostro. Forzó la respiración hasta volverla regular, aunque todo por dentro le ardía.

Jasper la observaba con atención, esperando una reacción: ira, rebeldía o indignación. Pero Nina solo sonrió: amarga, resignada.

—No estaba planeando nada —dijo en voz baja, pero firme.

Su expresión apenas cambió. Solo alzó una ceja, como si no le creyera.

—Bien —respondió, recostándose en el sillón—. Me alegra que nos hayamos entendido desde el principio.

Durante unos segundos no dijo nada, limitándose a estudiarla como si la viera por primera vez. Luego añadió:

—Lynn es lo más importante que tengo. Y no permitiré que nadie destruya eso, Nina.

Ella se aferró a esas palabras. Tenía miedo. Miedo de que ella arruinara su pequeño mundo perfecto; miedo de que le contara la verdad a Lynn y de que su hija le diera la espalda. Pero lo que él no entendía era que Nina tampoco quería que Lynn supiera nada. Porque sentía vergüenza. Porque no sería capaz de mirar a su hija a los ojos. Porque la había abandonado, la había dejado como si fuera algo desechable por miedo y por una ilusión patética de que era lo correcto.

¿Qué lugar podía reclamar ahora en la vida de su hija? Nina bajó la mirada, sin saber qué hacer con las manos.

—No tienes nada de qué preocuparte, Jasper —consiguió decir, forzándose a pronunciar su nombre mientras cada nervio de su cuerpo se rebelaba—. Todo seguirá como siempre. Esto… fue un accidente. Nada más.

No era exactamente una mentira. Él la observó unos segundos más antes de asentir levemente. Una vez más, ella se sintió una

extraña en su propia casa. Jasper se levantó despacio del sillón.

—Bueno, ya que lo hemos resuelto todo tan rápido —dijo con voz neutra—, no tengo motivo para quedarme.

Ella no respondió. Permaneció sentada, incapaz de moverse. El aire parecía demasiado denso. Le zumbaban los oídos. Algo hueco y doloroso se abría en su pecho y, aun así, el corazón le latía con tanta fuerza que dolía. Todo su cuerpo estaba en tensión; los dedos se le clavaban en la manta como en una línea de vida que la anclaba a la realidad.

Eso era todo. Por fin se iba. Debería haberse sentido aliviada, a salvo. Debería haber podido respirar de nuevo. Pero, en lugar de eso, una sensación aplastante de vacío se extendió dentro de ella. Le tenía miedo hasta los huesos, hasta el temblor en la punta de los dedos. Pero había algo más; algo que la hacía sentirse hecha pedazos. Rota. No lo miró. Se hundió contra el respaldo del sofá y fijó la vista en un punto del suelo.

Un paso. Otro más. Oyó que se dirigía hacia la puerta y entonces… se detuvo. Su mirada volvió a posarse en ella, pesada, escrutadora.

—Nina… —su voz sonó baja, áspera—. Lo siento.

Ella levantó la cabeza lentamente.

—Cometí un error —dijo él—. Y me arrepiento. Nunca tuve la oportunidad de decírtelo antes, pero quiero que lo sepas.

Cada palabra le quemaba por dentro. ¿Lo sentía? ¿De verdad? Quiso reírse en su cara, pero en su lugar una oleada fría de furia se enroscó en su estómago. ¿Cómo se atrevía a estar allí, en su casa, después de todo lo que le había hecho, y afirmar que se arrepentía?

—No puedo cambiar el pasado —añadió en voz suave—. Y no soy el hombre que tú crees.

¿No el hombre que ella creía? Nina alzó la cabeza de golpe. Sus miradas se encontraron. Apretó los puños.

—Pero gracias por nuestra hija —dijo entonces, llevándola al límite—. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Y quiero que lo sepas: cuidé bien de Lynn. Si alguna vez necesitas ayuda, puedes venir a mí. Te debo algo y estoy dispuesto a saldar esa deuda.

Lo decía en serio. Nina lo sintió en cada una de sus palabras.

Debería haberle dicho que no necesitaba nada de él. Que lo quería fuera de su vida. Fuera de su casa. Muy, muy lejos.

Pero en lugar de eso, Nina se levantó lentamente del sofá y dio un paso hacia él.

Sería una estupidez rechazar ayuda ahora. Todo aquello había comenzado por culpa de Jasper; lógicamente, tenía que terminar con él también. Se detuvo frente a él. Y, por fin, alzó la mirada.

Lista para decir algo que podía cambiar todo lo que vendría después.

CAPÍTULO 20

—Sabes, ha pasado mucho tiempo desde aquel día. Y siempre me he preguntado qué clase de monstruo hay que ser para hacer algo así —dijo, y ni una sola nota de su voz tembló—. Me dejaste morir en aquella habitación. Sola. Arruinaste mi vida, Jasper. ¿Lo entiendes siquiera? ¿Sabes cuánto tiempo me aparté de los hombres con un sobresalto? ¿Cuánto terror sentía al estar sola en cualquier lugar? ¿Tienes idea de lo que fue descubrir que estaba embarazada de tu hijo?

—Nina… —intentó interrumpirla, pero no tuvo ninguna oportunidad.

Nina ya no se reconocía. Cinco minutos antes se encogía ante él, temblando de miedo, y ahora lo miraba directamente a los ojos, diciendo por fin todo lo que había cargado durante veintidós años. Por fin se enfrentaba a su pesadilla… solo para descubrir que él no era tan aterrador como los recuerdos que la habían perseguido.

—No. Ahora me toca hablar a mí. No me interrumpas. —Su voz era afilada, firme, casi inquietantemente controlada—. No sé si alguna vez sentiste culpa, pero espero que sí. Espero que haya habido noches en las que te despertaras y no pudieras volver a dormir por mi culpa. Por lo que hiciste. Nunca pagaste por ello. Ni un solo día. ¿Y eso es justo? Deberías haberte pudrido en prisión, no haber vivido tu vida perfecta.

Algo se estaba desatando dentro de ella: rabia, dolor, o quizá la necesidad de que él sintiera, aunque fuera por un instante, lo que ella había cargado todos esos años. Que entendiera que sus " errores " no fueron errores: calcinaron su vida hasta las cenizas.

—Me abandonaste, Jasper —dijo, con la voz quebrándose pero el cuerpo firme—. Yo no era nada para ti. Solo… entretenimiento. Algo que podías romper y tirar.

Él no se movió. Permaneció completamente inmóvil, como una estatua de piedra, pero algo oscuro centelleó en lo profundo de sus

ojos.

—¿De verdad crees que puedes venir aquí veintidós años después, decir " lo siento " y que todo esté bien? ¿Crees que tus palabras significan algo ahora?

Dio un paso más. Ahora estaban casi pecho con pecho. Podía oler su colonia: un aroma familiar, pero repugnante en él.

—Aún recuerdo esa habitación. La puerta cerrada. El miedo ahogándome. Tu aliento. Tu voz. Recuerdo cada detalle de aquella noche. Lo siento cada maldito momento en que cierro los ojos.

Jasper giró la cabeza bruscamente. La mandíbula se le tensó, los nudillos se le pusieron blancos. Aun así, no dijo nada.

—Debería odiarte —continuó ella, bajando la voz, cargada de emociones que ya no podía contener—. Debería…

Exhaló con un temblor y apartó la mirada un segundo.

—Y, sin embargo… aquí estoy. Hablando contigo. Intentando entender. ¿Por qué?

Pronunció esa última palabra despacio, buscando una respuesta en su rostro. Y entonces Jasper hizo algo que ella jamás habría esperado: se rió. En voz baja. Áspera. Sin una pizca de calidez. Nina alzó la cabeza de golpe.

—¿Debería saber por qué? —Su voz era ronca, tensa. La miró de frente, los puños apretados como si contuviera el dolor—. Porque yo era una mierda, Nina. ¿Eso te sirve de respuesta?

Ella se quedó helada. No había burla en su voz. Ni orgullo. Solo una confesión brutal, despiadada.

—Pero si crees que nunca pagué por ello —continuó—, te equivocas.

A Nina se le cortó la respiración. La miró de una forma que le hizo querer apartarse, querer huir. Pero no lo hizo.

—Tu arrepentimiento no me sirve, Jasper —dijo en voz baja—. No cambia nada.

Él asintió despacio, como si aceptara la verdad que ella acababa de poner sobre la mesa.

—Sí, no cambiará nada —dijo.

Nina respiró hondo.

—Si de verdad quieres expiarlo —dijo con calma—, entonces haz que mi empresa farmacéutica quiebre.

Jasper parpadeó. Pareció sinceramente desconcertado, como si aquellas palabras no tuvieran ningún sentido para él.

—¿Qué? —preguntó con brusquedad, mirándola fijamente, intentando averiguar si estaba bromeando.

Ella sostuvo su mirada. Firme. Sin parpadear. Como alguien que ya había tomado una decisión y no pensaba dar marcha atrás.

—Me oíste bien. Quiero que la empresa de mi padre… sea destruida.

El silencio que siguió fue cortante, pesado, casi metálico. Jasper cruzó los brazos y negó despacio con la cabeza.

—¿Por qué querrías algo así?

—Porque no quiero que mi marido saque ni un solo centavo del divorcio —replicó ella al instante.

Él la observó durante un largo momento. Nina no quería revolver todos los detalles sucios, así que le dio la verdad desnuda, sin adornos:

—Mi marido me engañó para que firmara la cesión de todas mis acciones y de todos mis bienes. Dudo que algún día los recupere, pero sí puedo asegurarme de que él no gane nada con ello.

Jasper soltó una risa corta, sin humor.

—¿Y para eso decidiste venir a verme a mí?

—¿Y por qué no? —Nina inclinó ligeramente la cabeza, observándolo—. No eres precisamente un don nadie en este mundo.

Su sonrisa se acentuó, teñida de incredulidad. Negó de nuevo con la cabeza.

—¿Y por qué exactamente crees que tengo ese tipo de influencia? —preguntó, divertido—. Solo soy un cirujano, Nina. Por si has olvidado a qué me dedico en realidad. Me estás dando demasiado crédito.

Ella apretó los labios.

—No eres solo un cirujano. Eres el heredero de un grupo médico multimillonario. Y sé lo que pasa en tu clínica de Larkin Drive. Estás conectado con gente capaz de construir… y destruir… corporaciones.

Hice mi investigación sobre ti, Jasper. Sé que tienes los contactos adecuados.

Él la miró con un escepticismo abierto, aunque la sonrisa no desapareció.

—De verdad consigues sorprenderme, Nina.

Ella no dijo nada.

Jasper inhaló despacio y exhaló con un matiz pensativo, calculador. Sus ojos se entrecerraron ligeramente, como si estuviera midiendo hasta dónde llegaban sus límites.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —preguntó. Su voz seguía siendo baja y controlada, pero ahora había un interés inconfundible debajo.

—Lo estoy. Nadie quiere llevar mi caso. Sé que perderé en los tribunales. Frank es poder. Y yo soy… nadie.

Él asintió una sola vez. Un gesto pequeño, pero deliberado.

—Entonces tengo otra sugerencia.

Nina se tensó al instante. Algo frío se enroscó en su interior.

—¿Qué tipo de sugerencia?

La mirada de Jasper recorrió su rostro, evaluando cada gesto, cada respiración.

—Quieres la quiebra —dijo tras una breve pausa, mientras el aire entre ambos se volvía más denso. Era difícil creer que estuvieran tan cerca, hablando de venganza como si fuera un negocio—. Pero hay una opción mejor.

Ella esperó.

—Te daré el contacto de alguien que se especializa en… situaciones legales complicadas. —El tono de Jasper se oscureció, insinuando mucho más que simple asesoría legal—. Y no siempre juega limpio.

A Nina se le cortó la respiración.

—¿Qué quieres decir con eso?

Jasper inclinó ligeramente la cabeza, observando cómo sus palabras se asentaban en ella.

—Ese hombre sabe cómo exprimir a una persona hasta el último límite posible.

Un escalofrío le recorrió los brazos.

—¿Me estás ofreciendo un abogado? ¿O a alguien completamente distinto?

Él volvió a sonreír —lento, consciente.

—No exactamente un abogado. Más bien… un profesional en desmantelar estrategias legales.

El pulso de Nina se aceleró.

—¿Y qué puede hacer por mí?

—Se asegurará de que tu marido se vaya con las manos vacías. Y si las cosas salen bien, puede que acabes con mucho más de lo que imaginas. Tiene contactos. Y, como te dije, no siempre juega limpio. Si estás dispuesta, te pondré en contacto con él.

Nina apretó la manga de su ropa, sopesando el peligro frente a la tentación. La oferta sonaba demasiado buena. Demasiado arriesgada. Demasiado embriagadora.

Jasper permanecía allí con total naturalidad, como si le diera exactamente igual que aceptara o no. Pero algo destelló en sus ojos: calor, interés, expectación.

—¿Y si no puede ayudarme? —preguntó por fin.

Jasper se encogió de hombros con ligereza.

—Entonces volvemos a tu idea de la quiebra.

Ella inhaló hondo.

—¿Qué tengo que hacer?

Jasper sacó el teléfono, escribió algo rápidamente y luego le tendió la pantalla.

—Anota el número. Le avisaré de que vas a llamar.

Nina miró los dígitos. Luego a él. Jasper parecía sereno… casi demasiado sereno.

—¿De verdad este hombre puede… hacer algo? —preguntó en voz baja.

—Confía en mí: te sorprenderá.

Nina se mordió el labio. Quería arruinar a Frank. Despojarlo de todo, igual que él la había despojado a ella. Y la oportunidad estaba justo delante.

¿Por qué no tomarla?

—Un… minuto —murmuró, mirando alrededor en busca de su teléfono.

Al final tomó un bloc de notas de la estantería y volvió junto a Jasper, que seguía inmóvil en el centro del salón, como una sombra tallada en el espacio.

Le temblaban las manos al anotar el número. De algún modo, ese gesto sencillo le resultó más difícil que todo lo que había dicho esa noche.

Jasper la observaba. En silencio. Con insistencia. Demasiado atento.

Cerró el bloc y alzó la mirada.

—Eso es todo —dijo con voz firme, aunque el corazón aún le latía de forma irregular—. Espero que no volvamos a vernos. Lo siento, pero no tengo ningún deseo de encontrarme otra vez con el hombre que…

La frase se deshizo sola. Ambos sabían quién era. Y que nada podía borrarlo.

Una sonrisa amarga se dibujó en la comisura de sus labios. Jasper no discutió. Solo alzó ligeramente un hombro y se volvió hacia la salida.

Nina lo siguió con la mirada, sintiendo cómo la tensión volvía a treparle por la espalda. Todo resultaba demasiado extraño. Demasiado rápido. Demasiado equivocado.

Su mano ya estaba en el pomo cuando ella no pudo contenerse:

—Espera.

Jasper se detuvo. Giró la cabeza lentamente. Una ceja se arqueó.

—¿Qué más?

Ella tragó saliva, cerrando los puños.

—¿Cómo te enteraste de lo de Lynn?

Esa pregunta la había estado devorando durante días. Quitándole el sueño. Arañándole los pensamientos.

Él la miró durante varios segundos. Y entonces, en lugar de responder, sonrió.

—Si alguna vez volvemos a vernos, te lo diré.

Nina apretó la mandíbula. No tenía la menor intención de volver a verlo.

—Pero hoy no —añadió él, y abrió la puerta.

Ella quiso decir algo. Lanzarle algo afilado, exigir respuestas… pero ya era tarde.

Jasper salió sin mirar atrás. La puerta se cerró tras él, dejando a Nina sola en la casa silenciosa.

Se dejó caer en la silla más cercana y se llevó las manos a las sienes. El cuerpo le temblaba. El bajón de adrenalina llegó con violencia.

Había enfrentado a Jasper Garth.

Había estado en su casa… y ella —ella por fin— había logrado mantenerse firme.

CAPÍTULO 21

Estaba nerviosa y, al mismo tiempo, ardiendo de impaciencia. Nina caminaba de un lado a otro por el salón, con la hoja arrancada del cuaderno apretada entre los dedos. No podía decidir si era demasiado pronto para llamar. ¿Y si Jasper aún no había avisado a ese hombre? O peor aún… ¿y si Jasper había mentido solo para quitársela de encima?

Al final no aguantó más y marcó el número.

—¿Hola? —respondió una voz masculina agradable.

—Buenas noches. Me llamo Nina Osborne. Jasper Garth me dijo que podía llamarle.

—Ah. Nina —repitió el hombre, saboreando su nombre—. Encantado, por fin, de hablar contigo. Me llamo Nolan. ¿En qué puedo ayudarte?

Se mordió el labio inferior. No preguntó de qué se trataba ni fingió ignorancia. Jasper había hablado con él de verdad.

—Me gustaría reunirme con usted lo antes posible —dijo sin rodeos—. Esto no es algo que pueda discutirse por teléfono. Y, sinceramente… no tengo mucho tiempo. Es urgente.

—¿A qué te refieres exactamente con "lo antes posible"? —preguntó él.

—Esta noche.

Un breve silencio se extendió por la línea.

—Veo que no te gusta perder el tiempo —dijo con una suave risa —. De acuerdo. ¿A qué hora te viene bien?

—Puedo ir cuando quiera —la interrumpió Nina—. Cuanto antes, mejor.

Otro silencio.

—Muy bien. Entonces ven dentro de una hora. Te enviaré la dirección por mensaje.

—Gracias —exhaló ella.

—No hace falta. Me darás las gracias cuando de verdad haya hecho mi trabajo.

Colgó sin despedirse, y un escalofrío le recorrió los brazos. Segundos después, llegó la dirección. Tenía que arreglarse. Rápido.

Nina respiró hondo y se apresuró hacia el dormitorio. Mientras elegía qué ponerse, sus pensamientos derivaron hacia Daphne: la ingrata no había llamado ni una sola vez desde su última conversación. ¿De verdad no había entendido nada? ¿Cómo explicarle que la única persona que siempre estaría de su lado era ella misma? Ni su padre, y desde luego no la nueva favorita de papá.

Nina suspiró, cansada. Los niños pequeños son un problema… ¿los grandes? El doble. Eligió un traje sobrio y una blusa blanca. Enderezó los hombros. Cerró los puños. Era casi imposible notar que llevaba semanas sin dormir bien.

Cuando se sentó al volante, inhaló profundamente y salió del garaje. Tenía el pulso acelerado. Todo lo que había pasado parecía irreal: el encuentro con Jasper, su oferta absurda, ese hombre misterioso que " no siempre jugaba limpio ". Pero no tenía alternativa.

Apenas se incorporó a la carretera, Nina vio la sombra en el retrovisor. Sabía que la seguían desde que los hombres de Frank la fotografiaron frente al hospital. La única duda era si habían visto a Jasper la noche anterior… y si se lo habían contado a Frank. Apretó la mandíbula y fingió no notarlo. Si esperaban que entrara en pánico, se quedarían con las ganas.

El trayecto duró unos cuarenta minutos. El coche de vigilancia mantuvo exactamente la misma distancia: ni demasiado cerca, ni demasiado lejos. Por fin aparcó en la dirección que Nolan le había enviado y se quedó mirando el cartel.

Una tienda de antigüedades. No podía ser verdad.

Comprobó la dirección en el móvil. Coincidía. Observó el escaparate: figuritas de porcelana, libros antiguos, objetos decorativos. Nada que se pareciera remotamente a la oficina de un hombre que " desmantela estrategias legales ". Si Jasper estaba jugando con ella, se arrepentiría.

Nina entró. Una pequeña campanilla tintineó sobre su cabeza.

El interior era amplio y acogedor. Parecía sacado directamente de otra época: muebles antiguos restaurados con un cuidado obsesivo, un sutil aroma floral flotando en el aire. Lujoso. Elegante. Y absolutamente opuesto a su gusto.

Por un momento, Nina olvidó a qué había venido. Aquel lugar no se parecía en nada al escondite de un abogado. Un hombre detrás del mostrador se fijó en ella. Alto. En forma. Cabello oscuro. En su placa de identificación se leía: Julian. Miró alrededor. No había rastro alguno de algo que pareciera una oficina.

El silencio se alargó demasiado, y al final preguntó, sin mucha esperanza:

—Perdón… ¿hay aquí alguien llamado Nolan? Puede que me hayan dado la dirección equivocada.

Julian la miró con unos ojos tranquilos, inescrutables, y simplemente asintió.

—Nolan la está esperando. Venga conmigo.

Parpadeó. Así que no era una broma. Una leve oleada de alivio la recorrió… pero la tensión no hizo más que apretarse. Julian salió de detrás del mostrador y le indicó que lo siguiera. El taconeo de sus zapatos resonó con demasiada fuerza sobre el suelo de madera, un sonido agudo en medio de aquel silencio. Pasaron junto a estanterías de libros antiguos y vitrinas de cristal llenas de porcelana, hasta que él se detuvo frente a una puerta en el rincón más alejado —una puerta que estaba segura de que no había estado allí un segundo antes.

El pasillo que se abría más allá era estrecho, con una iluminación tenue. Julian llamó a una de las puertas, esperó dos segundos, luego la abrió y se apartó.

—Adelante.

Ella cruzó el umbral, y la puerta se cerró tras ella con un clic. La oficina no se parecía en nada a lo que había imaginado. Todo era moderno. Minimalista. Un elegante escritorio de cristal con unas cuantas carpetas perfectamente ordenadas. Una silla de cuero.

Detrás del escritorio, sentado, había un hombre. Nina se quedó inmóvil. Tendría unos treinta y tantos, quizá un poco más. Era atractivo. Cabello oscuro, cortado corto, y unos ojos azules que la

observaban con una curiosidad silenciosa. Demasiado pulcro para ser un abogado cualquiera. El traje oscuro le quedaba impecable, y el reloj en su muñeca era obscenamente caro. Aquel hombre era caro. La recorrió con una mirada rápida y evaluadora.

—¿Usted es… Nolan? —preguntó, mientras algo pesado se le enroscaba en el pecho.

Él ladeó ligeramente la cabeza.

—Y usted debe de ser Nina. —Su voz era grave, un poco áspera —. Por favor, siéntese.

La incomodidad le erizó la piel, pero se acercó y se sentó con cuidado. Nolan entrelazó los dedos y la observó con una atención demasiado serena.

—Puesto que las presentaciones no son necesarias, vayamos al grano —dijo con voz suave y uniforme. Nina tuvo la inquietante sensación de que ya había sacado varias conclusiones sobre ella.

Nina asintió y dejó una carpeta sobre el escritorio.

—Esto es todo lo que he conseguido reunir.

Él la tomó y pasó las páginas. Su mirada se movía rápido: cifras, contratos, historiales médicos, firmas. Ella tragó saliva. Era el momento de hablar.

—Mi marido… —empezó, pero la voz le tembló. Apretó las manos sobre el regazo—. No solo quiere el divorcio. Quiere dejarme sin nada.

Nolan no levantó la vista, pero ella sabía que estaba absorbiendo cada palabra. Habló de forma irregular, a veces apenas logrando empujar las frases hacia afuera. Era como desnudar el alma ante un desconocido, mostrarle la podredumbre en la que se había visto obligada a vivir.

—Poderes notariales. Certificados falsos. Documentos manipulados —continuó, con el pulso martilleándole en las sienes—. Hizo que me declararan legalmente incapaz. Se transfirió todo a sí mismo. Me despojó de mi empresa, de mi dinero, incluso de mi nombre. Eso es lo más humillante de todo.

La rabia ardiente se mezclaba con la impotencia. Le escocían los ojos, pero se obligó a mantenerse serena.

—¿El hospital psiquiátrico? —preguntó Nolan por fin, alzando la mirada.

Ella asintió.

—Frank hizo que me internaran usando documentación falsificada. Dos semanas. Medicación fuerte. Sin teléfono. Sin contacto con nadie. Me soltaron solo cuando decidió que ya no era una amenaza.

Una sombra cruzó los ojos de Nolan, aunque su rostro siguió impasible.

—Entonces la clínica no tenía base legal —dijo.

—Ninguna —respondió ella en voz baja.

Él pasó otra página.

—¿Y la empresa?

Nina inhaló con dificultad.

—Lo tiene todo.

No sabía cómo había conseguido contarlo todo. Su voz se quebró más de una vez, pero siguió hablando porque aquella era su última salida. Nolan hizo preguntas: precisas, afiladas. Ya estaba construyendo una estrategia, localizando los puntos débiles, calculando.

Cuando terminó, el silencio cayó sobre la habitación. Él se reclinó en la silla y empezó a golpear el escritorio con un bolígrafo, despacio.

Una vez. Dos veces. Tres veces.

Ella se quedó inmóvil, casi sin respirar. ¿Y si decía que no había nada que hacer? ¿Y si ni siquiera él podía ayudarla? Los dedos se le cerraron en puños.

—¿Y bien? —preguntó, con la voz ronca—. ¿Hay algo que podamos hacer? No puedo permitir que Frank se quede con lo que nunca fue suyo.

Nolan dejó de golpear. Alzó la mirada. Había algo peligroso en sus ojos ahora. Algo oscuro.

—Hay opciones —dijo.

A Nina le dio un vuelco la cabeza. La esperanza brotó, aguda y dolorosa.

—Pero, si seguimos adelante —añadió—, el juego no será del todo limpio. Y no será barato. Vamos a necesitar gente externa.

Ella cerró los ojos. Inhaló. Y sin dudarlo, dijo:

—Estoy dentro.

CAPÍTULO 22

Nolan la observaba como si estuviera comprobando si de verdad entendía lo que estaba pidiendo. ¿Y por qué no habría de entenderlo? En apenas unos minutos le había ofrecido más acciones reales que todo lo que había visto en el último mes agonizante.

—Primero —dijo tras un largo silencio—, tendrás que pasar por una evaluación psiquiátrica independiente.

Los dedos de Nina se entrelazaron con más fuerza.

—¿Otra más?

—Sí. Una segunda opinión de un especialista sin vínculos con nadie. Necesitaremos un informe oficial que declare que estás plenamente capacitada. Eso no será un problema, ¿verdad?

Ella asintió, aunque algo frío se le retorció por dentro. Dios… ¿y si fallaba? ¿Por qué de pronto empezaba a dudar de sí misma?

Nolan se inclinó hacia delante, entrelazando los dedos.

—Si el diagnóstico no se sostiene, mi gente demostrará que el informe original fue fabricado. Eso convierte en nulas todas las decisiones legales basadas en él.

Nina se quedó inmóvil. ¿De verdad era posible? ¿Podía tener una oportunidad real?

—¿Eso puede funcionar? —su voz salió más suave de lo que habría querido.

—Puede —respondió Nolan, con la mirada firme—. Pero ese es solo el primer paso.

Ella tomó aire.

—¿Y el siguiente?

Nolan se recostó en la silla y empezó a girar un bolígrafo entre los dedos.

—Después… —hizo una pausa, como si estuviera midiendo hasta dónde estaba dispuesta a llegar de verdad—. Activaré algunos contactos dentro del sistema.

El calor le subió al rostro. De verdad iban a jugar a lo grande.

—El psiquiatra que firmó tu internamiento —continuó Nolan— recibirá la visita de un señuelo.

Ella parpadeó.

—¿Un qué?

—Un paciente falso —aclaró—. Alguien que fingirá necesitar el mismo tipo de documentación que tú obtuviste. Lo dejaremos aceptar un soborno. A ellos les viene bien: buena imagen, sube su índice de casos resueltos.

Una sonrisa lenta e inquietante se dibujó en sus labios. Al parecer, Nolan era capaz de mucho más de lo que ella había imaginado.

Nina se quedó rígida.

—Cuando eso ocurra —prosiguió—, habrá una investigación interna. Y en cuanto revisen sus archivos, tu caso saldrá a la luz.

El pecho se le oprimió.

—¿Eso significaría cargos criminales… para Frank?

Nolan asintió.

—Fraude. Falsificación de documentos médicos. Delitos graves. A menos que no estés buscando algo tan drástico para tu marido.

Entrecerró ligeramente los ojos, estudiándola. Nina apenas podía respirar. No quería ilusionarse… pero la esperanza se abrió paso de todos modos. Si esto funcionaba… Frank no solo lo perdería todo. Podría acabar entre rejas.

Frank Osborne: intocable, protegido toda su vida por el dinero y las conexiones. Pero tal vez ya no.

Inhaló, largo y tembloroso.

—¿Cuándo puedo hacer la evaluación? —preguntó.

—Te la programaré en la primera fecha disponible —respondió Nolan tras evaluar brevemente su expresión.

—Lo antes posible es perfecto —confirmó ella.

—Aceptas muy rápido.

—¿Tengo alternativa?

Su sonrisa se afiló.

—¿Ya has presentado la demanda de divorcio?

Ella tragó saliva y asintió.

—Sí. Pero todavía no hay fecha de audiencia.

—Bien —dijo Nolan, dejando el bolígrafo a un lado—. La semana que viene te presentaré a la persona que te representará en el tribunal.

Ella arqueó las cejas.

—¿No será usted?

Una risa baja escapó de sus labios: suave, divertida y lo bastante fría como para hacerle sudar las palmas.

—Parece que Jasper no te explicó a qué me dedico realmente. Típico —Nolan negó con la cabeza, todavía sonriendo—. Te envió aquí a ciegas. Normalmente no acepto casos de esposas agraviadas, pero como me lo pidió personalmente…

Al oír el nombre de Jasper, algo se le anudó por dentro. La idea de que su salvación pudiera venir del hombre que había destruido su vida una vez le resultaba retorcida, casi obscena.

Nina estudió a Nolan con atención. De él emanaba peligro: silencioso, natural, letal. Había conocido hombres a los que valía la pena temer, pero Nolan… Nolan era de otra especie. Un hombre capaz de sonreírte y, al segundo siguiente, arruinarte la vida sin alzar la voz.

—Yo me encargo de las partes radicales —dijo con calma—. Mi socio se ocupa de todo lo que necesita el tribunal.

Ella tragó saliva.

—¿Radicales…?

Su sonrisa se suavizó hasta adquirir un matiz casi juguetón.

—De las cosas que es mejor que no sepas.

Se le secó la garganta. Apartó la mirada, los puños cerrándose en su regazo.

—No te preocupes —añadió—. El abogado que te asignaré es excelente.

Ella asintió.

—¿Necesita algo más de mí? —su voz tembló levemente—. ¿Un anticipo? ¿Más documentos?

—Solo espera mi llamada. Y vive tu vida como si no pasara nada. Asiste a eventos. Mantén una imagen firme. Deja que la gente dude de los rumores sobre ti. Por hoy, eso es todo.

Nina se levantó despacio.

—Gracias —logró decir. Se giró para irse… y dudó.

—Hay algo más.

La atención de Nolan se afiló.

—La empresa de mi familia lanzó recientemente un nuevo medicamento —dijo Nina—. La investigación comenzó cuando mi padre aún vivía. Pero los ensayos clínicos mostraron baja eficacia y él canceló el proyecto. Mi padre y Frank discutieron por eso durante meses. Y hace un par de semanas vi un anuncio de ese fármaco.

Nolan frunció el ceño.

—¿Lo lanzaron de todos modos?

—Dudo que hayan hecho nuevos ensayos. No habrían tenido tiempo.

—Lo investigaré —dijo—. Entiendes que, si ese medicamento fracasa en el mercado, la empresa recibe un golpe. Un golpe grande.

—Lo entiendo. Pero si no se puede procesar a Frank, entonces sirve cualquier método. Podría grabarlo admitiendo algo—

Nolan la interrumpió con un gesto divertido de la cabeza.

—Una grabación no se sostiene. Necesitamos un caso tan hermético que ni un milagro lo salve. Déjame eso a mí.

Ella se dio la vuelta y salió, sintiendo cómo la tensión volvía a enroscarse en sus hombros. El pasillo estaba en silencio cuando regresó a la sala principal.

Julian estaba detrás del mostrador. Al verla, salió y le entregó una pequeña bolsa de papel con el logo de la tienda.

Ella parpadeó.

—¿Qué es esto?

—Un libro —respondió simplemente.

Nina miró dentro. Una edición antigua. Cara. Gastada por el tiempo, pero claramente valiosa.

—Pero yo no compré nada.

—Lo añadimos a la cuenta —dijo Julian con una sonrisa leve—. No puedes irte sin una compra.

Ella se cruzó con su mirada y lo entendió.

Operación de cobertura. Contabilidad limpia. Ningún rastro sospechoso. Brillante.

Un leve escalofrío le recorrió la espalda. Se sentía como si hubiera entrado en medio de un thriller criminal. ¿Cuántas personas como Nolan conocía Jasper? ¿Cuántos hombres peligrosos se movían en su órbita?

Apretó la bolsa entre los dedos.

—Gracias —dijo en voz baja.

—Cuando quieras —respondió Julian.

Nina salió al exterior. El aire fresco de la tarde rozó su piel como un recordatorio para mantenerse con los pies en la tierra. Miró hacia la esquina… y, por supuesto, el mismo sedán negro seguía allí.

Bien.

Que los hombres de Frank la vieran salir de una tienda de antigüedades con una bolsa de papel.

Que pensaran que estaba perdiendo el tiempo, el dinero, los nervios. Que creyeran que se había rendido. Que la consideraran inofensiva.

Nina caminó hacia su coche, despacio, firme, serena. No tenían ni idea de que se estaba preparando para la guerra.

CAPÍTULO 23

Jasper estaba sentado detrás de su escritorio, fingiendo concentrarse en un montón de resultados de laboratorio, aunque su mente se negaba a cooperar. Frente a él, Nolan se había acomodado en una silla como si fuera el dueño del lugar: relajado, autosuficiente, irritantemente cómodo.

La ironía no se le escapaba a ninguno de los dos. Años atrás, Nolan había sido cliente de Jasper. Ahora los papeles se habían invertido: Nolan Cross, de todos los posibles, era su paciente.

Nolan abría y cerraba el mechero una y otra vez, claramente sufriendo por el hecho de que Jasper le hubiera prohibido fumar. Con su estado actual, no había discusión posible.

—Tiene lo suyo tu nuevo pequeño flechazo —soltó Nolan de pronto, con desparpajo.

Jasper alzó la mirada, frunciendo el ceño.

—¿De quién estás hablando?

Nolan sonrió, lupino, encantado consigo mismo.

—Vamos, no te hagas. La preciosa ninfa llamada Nina, la misma a la que me pediste que ayudara.

La mandíbula de Jasper se tensó. Su pasado era lo último que quería ver arrastrado de nuevo a la luz. Y sin embargo, ahí estaba, veintidós años después, saliendo a rastras de la tumba.

—Es solo una conocida —dijo, con voz fría, bajando la vista otra vez a los papeles. Pero en cuanto la imagen de Nina cruzó su mente, la concentración se evaporó por completo.

Nolan resopló.

—Claro. ¿Y desde cuándo tú tienes *solo* conocidas que casualmente son mujeres?

Jasper no se dignó a responder. Movió el ratón y despertó el portátil. Nolan lo conocía demasiado bien. Las mujeres rara vez se quedaban en la vida de Jasper… y casi nunca por elección propia.

Nolan continuó, divertido:

—Está bien, relájate. No es asunto mío. Aun así —se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos—, tengo curiosidad… ¿cuál es la

historia ahí? Ella no es precisamente una mujer sencilla.

—No hay ninguna historia —espetó Jasper.

La sonrisa de Nolan se ensanchó.

—Claro. Tú regalando un favor que vale una fortuna a una completa desconocida. Y tú, sentado aquí como si alguien te estuviera lijando el interior del cráneo.

Jasper reprimió un suspiro de irritación. No pensaba compartir nada, y menos aún su historia con Nina.

Nolan se levantó, caminó hasta el dispensador de agua y se sirvió un vaso.

—Por un segundo pensé que era familia tuya —admitió con naturalidad—. Se parece demasiado a Lynn.

El bolígrafo casi se partió entre los dedos de Jasper.

—Pero luego miré su historial: ninguna relación. Error mío. En fin. Si no quieres hablar, estás en tu derecho.

Nolan volvió a dejarse caer en la silla, haciendo chasquear el mechero otra vez.

—Pero su marido… —añadió, haciendo una pausa deliberada—, una auténtica basura.

Jasper abrió la boca, listo para mandarlo al infierno si quería irse con la medicación correcta, pero un golpe suave en la puerta lo interrumpió.

Y entonces Lynn entró en el despacho, ligera como una brisa.

Bata blanca, credencial colgada al cuello, el cabello recogido.

Mi niña , pensó Jasper. *Mi orgullo.*

A veces todavía le costaba creer que tuviera una hija tan grande. Ser padre joven tenía sus ventajas, al fin y al cabo.

Seguía en la universidad, pero trabajaba a tiempo parcial en la recepción de la clínica. Pronto sería interna. Y algún día —si ella lo quería—, no solo le entregaría conocimiento, sino un imperio.

—Papá… —se detuvo en seco al notar la presencia de Nolan.

Casi al instante se irguió, se aclaró la garganta y adoptó una postura profesional.

—Doctor Garth —dijo con formalidad—. Le traje los resultados de laboratorio que solicitó. El sistema debería volver a estar operativo en unos treinta minutos; el ataque de malware afectó a todo.

Avanzó y dejó la carpeta con cuidado sobre el escritorio.

Cuando Jasper levantó la mirada para agradecerle, vio el rubor en sus mejillas. Un rosa suave. Totalmente fuera de lugar.

Entrecerró los ojos.

Su mirada se deslizó hacia Nolan… y al instante no le gustó lo que vio.

Nolan se recostó en la silla, evaluándola abiertamente. No con lascivia, sino mirando. Midiendo. Como mira un hombre a una mujer, no a una niña. Y Lynn hacía todo lo posible por fingir que no lo notaba en absoluto.

Nada evidente. Nada que alguien más hubiera percibido.

Pero Jasper sintió cómo cada uno de sus instintos se tensaba hasta un punto letal.

—Gracias, Lynn. Puedes irte —dijo con una calma glacial.

Ella asintió deprisa, se despidió con cortesía y salió.

Jasper esperó a que la puerta se cerrara. Entonces se volvió hacia Nolan.

—Ni se te ocurra pensarlo.

Su voz era ártica. Nolan alzó ambas manos, fingiendo inocencia.

—¿Qué? No he dicho ni una palabra.

—No hacía falta. Lo pensaste.

La sonrisa de Nolan se ensanchó aún más.

—Tal vez solo estaba apreciando a una joven empleada prometedora.

La mandíbula de Jasper se tensó.

—Estás aquí para una consulta, no para mirar a mi hija.

Cada músculo de su cuerpo se puso rígido. Todo lo relacionado con Lynn siempre activaba algo en él: instintivo, territorial, absoluto.

Nolan se inclinó hacia delante, sin el menor atisbo de disculpa.

—Relájate, doctor. Mensaje recibido.

Pero Jasper lo conocía demasiado bien como para relajarse.

—Sé cómo eres —dijo—. Y sé exactamente cómo miras a las mujeres.

Nolan soltó un suspiro exagerado.

—Me haces sonar como un monstruo.

—Eres un problema —lo corrigió Jasper con frialdad—. Y los problemas no son algo que mi hija necesite en su vida.

Le lanzó una mirada que habría hecho callar a cualquier hombre cuerdo.

Pero Nolan Cross no era la mayoría de los hombres. Su sonrisa solo se volvió más insolente.

—Tranquilo —dijo con desgana—. No estoy aquí por eso.

—Entonces mantén los ojos en tus informes, no en mi hija.

La mirada de Jasper podría haber cortado acero. Nolan ni siquiera parpadeó.

—Te escuché a la primera —respondió encogiéndose de hombros —. ¿De verdad crees que intentaría algo con tu hija?

Jasper no contestó. No hacía falta. Su silencio lo decía todo.

Nolan alzó las manos, aún sonriendo.

—Soy temerario, no suicida. ¿Coquetear con tu cría? Vamos. Es demasiado joven. Demasiado… formal. No es mi tipo.

Jasper exhaló por la nariz.

—Bien.

—Pero —añadió Nolan, cruzándose de brazos—, quizá deberías prepararte. Tu niñita ya no es tan niña. Bonita, inteligente, segura de sí misma… los chicos van a hacer fila. Y no todos serán decentes.

La mandíbula de Jasper volvió a tensarse.

Lo sabía. Lo sabía mejor que nadie. Y lo odiaba.

CAPÍTULO 24

Jasper estaba sentado en su despacho, mirando a la nada y recorriendo lentamente el borde del escritorio con la punta de los dedos. Tenía quince minutos antes de su siguiente cita, pero sus pensamientos seguían arrastrándolo a lugares a los que llevaba años negándose a volver.

Nina. Maldita sea.

Hacía años que no pensaba en ella. Corrección: se había entrenado para no hacerlo. Había encerrado esos recuerdos en el rincón más oscuro de su mente y había tirado la llave. Pero en cuanto volvió a verla… todo lo que había enterrado salió a la superficie como algo podrido bajo el suelo. Aquella noche, al ver el impacto en sus ojos, el miedo, la rabia… no vio a la mujer en la que se había convertido. Vio a esa chica. La misma a la que una vez—

Jasper se apartó del escritorio con tanta brusquedad que la silla rodó hacia atrás y chocó contra la pared. Empezó a pasearse por la habitación, con la irritación apretándole el pecho a cada paso. Veintidós años atrás había sido un imbécil. No, un imbécil absoluto.

Había creído en el amor, en la lealtad. Pensó que había encontrado a la mujer de su vida. Intentó convertirse en el hombre que ella merecía. Mary era una dulce estudiante de primer año: tímida, inocente, asegurando que se guardaba para alguien especial. Y él había sido paciente, delicado. Estaba dispuesto a esperar.

Hasta que una tarde se enteró de la verdad.

Caminó por el pasillo de la residencia, empujó la puerta de la cocina… y se quedó helado al oír una voz que conocía de memoria.

—¿Jasper? —se rió Mary—. Vamos, Ian, no lo necesito. Tú lo sabes.

Él se quedó en el umbral, con el pulso martilleándole en los oídos.

—Solo estoy con él porque me conviene —continuó ella con un tono casual—. Pero a quien quiero es a ti.

—Es que me pongo celoso —murmuró el chico, Ian—. Él tiene dinero, tiene futuro. Es útil.

—Exacto —dijo ella—. Déjame sacarle todo lo que pueda y luego lo dejo.

Algo dentro de Jasper se rompió: fue un quiebre silencioso, afilado y nauseabundo.

—Además, ni siquiera dejo que me toque —añadió Mary entre risas—. Todavía cree que será mi "primero".

Se le secó la garganta. Jasper no recordaba haber caminado, ni haber cerrado la puerta tras de sí. En un segundo estaba paralizado y al siguiente estaba frente a ellos.

—¿Qué quieres decir con "útil", Mary? —preguntó con voz baja—. ¿Qué demonios está pasando?

Ella se giró de golpe, con los ojos muy abiertos.

—Jas… Jasper… —Su voz se suavizó al instante, buscando ese tono dulce y manipulador que siempre usaba.

Esta vez, él oyó cada mentira.

—¿Me usaste?

Ella negó con la cabeza, avanzando hacia él.

—No, cariño, lo entendiste mal…

El estómago se le retorció. ¿Dónde estaba la chica tímida? Nunca existió. Solo estaba esta mujer: la que ahora lo miraba con miedo, la que reía con otro hablando de cómo exprimirlo hasta dejarlo seco antes de tirarlo como un chicle mascado.

Jasper se dio la vuelta y se marchó. Y entonces empezó la caída. Peleas, alcohol y mujeres que venían solas, sin pedir amor. El Jasper que creía en la bondad murió aquel día.

El odio nunca se fue. Y entonces apareció Nina.

Había pasado una semana desde lo de Mary cuando la vio en aquella fiesta. Estaba borracho, el whisky erosionaba su control. Y vio a esa chica tímida en un rincón. El primer pensamiento que lo golpeó fue: *se parece a Mary* . La misma mirada ingenua. La misma " inocencia " que resultó ser una mentira asquerosa.

Para él, Nina era una copia de Mary, y eso significaba que era igual de falsa. Volcó sobre ella toda su rabia. Jasper no era él mismo aquella noche; estaba seguro de que los chicos habían metido algo

en su bebida. La agarró con brusquedad, la arrastró a una habitación y cerró la puerta. Quería demostrarse que ella no era pura. Que todas eran iguales. No escuchó sus súplicas, solo oyó su propia locura.

A la mañana siguiente, su padre lo despertó a gritos.

—¡Levántate, Jasper! ¿Tienes idea de lo que has hecho? Si pierdo mi puesto por tu culpa, te mando a una obra a cargar piedras. Vivirás en un tráiler y mearás en un agujero en el campo.

Jasper frunció los ojos, irritado.

—¿De qué demonios hablas?

Su padre dio un paso más. Había rabia asesina en su mirada.

—Una chica, Jasper. Está en el hospital.

El corazón se le desbocó.

—¿Estabas tan colocado que no recuerdas nada? —continuó su padre—. Ha dado su declaración en tu contra. ¿Por qué demonios tocaste a esta?

—Es una estupidez —Jasper negó con la cabeza, sintiendo un escalofrío gélido—. Solo quiere dinero. Es una extorsión.

Se encerró en el baño, tratando de calmarse. Pero al bajarse la ropa interior, vio la sangre seca. No era mucha, pero fue suficiente para que el mundo se viniera abajo. Fragmentos de recuerdos estallaron: luz tenue, llantos, un "no" ronco que él ignoró.

Se agarró al lavabo con fuerza. No podía haberlo hecho. Todo su cuerpo empezó a temblar. El hombre del espejo ya no era él. Era un monstruo. Y lo único que sintió fue un asco helado y corrosivo, dirigido por completo contra sí mismo.

CAPÍTULO 25

Desde aquel día, Jasper sintió como si hubiera caído en el infierno.

Vivía, pero no se sentía vivo. Respiraba, pero el aire solo le oprimía el pecho. Algo lo desgarraba por dentro sin descanso. Quería pedir perdón. Quería decirle que…

¿Que qué?

¿Que no entendía lo que estaba haciendo? ¿Que estaba borracho? ¿Que perdió el control?

Ridículo. Palabras así habrían sonado como escupirle en la cara. No había ninguna excusa que pudiera ofrecer. En el mejor de los casos, quería pedirle perdón… pero ella se negó siquiera a verlo. Y tenía razón.

Su padre sofocó toda la situación de inmediato. Sin preguntas, sin escándalos públicos. De no ser por su intervención, Jasper habría terminado con una condena real. A veces se preguntaba si eso no habría sido más justo. ¿No habría sido esa la única forma auténtica de expiar lo que hizo?

Después de aquello, se volvió insoportablemente correcto. Obediente. Se recompuso: dejó las peleas, dejó el alcohol, se enterró en los estudios. Intentó convertirse en el hijo que su padre pudiera respetar.

¿Pero se respetaba a sí mismo?

Cada vez que se miraba al espejo, veía a un desconocido. Vivía según un conjunto rígido de reglas que él mismo se había impuesto. Y nunca volvió a mirar a las mujeres como antes. Porque ¿quién era ahora? Un bastardo sin escrúpulos que había cruzado una línea. Un depredador. Una vergüenza.

La chica se llamaba Nina; lo supo más tarde. Iba un año por debajo de él. Callada, serena, la mejor de su clase. No era fiestera, no buscaba problemas. Y después de aquella noche, desapareció del campus sin dejar rastro.

Preguntó por ella un par de veces a sus compañeros.

—¿Nina? —se encogían de hombros—. Se transfirió. No estamos seguros. Ni siquiera se despidió. No contesta el teléfono. ¿Tal vez se le subió a la cabeza? Oí que su padre abrió una farmacéutica. Dicen que su nuevo medicamento va a ser un bombazo.

Pero Jasper sabía que no era el medicamento. Era él.

No podía imaginarla abandonándolo todo: la universidad, los amigos, su vida anterior. Esperaba ruido, exigencias de justicia, que sacara todo a la luz. Esperaba susurros en los pasillos, miradas de juicio.

Pero no pasó nada.

Simplemente desapareció.

Como si alguien la hubiera borrado.

Luego corrió un rumor por el campus. Un par de meses después de aquella noche, alguien en la zona de fumadores comentó que Nina —la misma chica por la que Jasper había estado preguntando— se había casado.

Al principio no lo creyó. Se había preparado para lo peor, ¿y en cambio ella dejaba la universidad porque iba a casarse?

La idea le taladró la cabeza todo el día, hasta que por fin abrió el portátil y empezó a buscar en Friendster.

Encontró una foto.

Nina llevaba un vestido blanco sencillo, el pelo recogido con pulcritud, un pequeño ramo de novia entre las manos. Pero su rostro…

Dios.

Estaba sereno, distante. Sin una sonrisa luminosa, sin rastro de alegría.

A su lado había un tipo atractivo con un traje claro, sonriendo como si el mundo le perteneciera. Ella no se inclinaba hacia él. No irradiaba esa luz que suelen tener las novias. Simplemente estaba allí, casi sin vida.

Algo dentro de Jasper se desgarró.

Se quedó mirando esa foto toda la noche, fijándose en cada detalle: la curva de sus hombros, sus dedos delgados, cómo le caía el vestido… y sus ojos. Vacíos. Incluso con los retoques y filtros

pensados para embellecer la imagen, podía ver que algo dentro de ella se había roto.

Las fotos estaban publicadas en la página de Frank Osborne, su prometido. O su marido para entonces; daba igual. Al principio, Jasper ni siquiera reconoció al tipo. Recorrió el perfil, armando el rompecabezas de quién era. Frank también había ido a su universidad, aunque Jasper no lo recordaba. Su página estaba llena de coches de lujo, viajes a la playa, fiestas.

Pero Nina tenía un perfil vacío: un avatar genérico, ninguna foto de boda, nada. Y a las chicas normalmente les encantaba publicar ese tipo de cosas.

Jasper soltó el aire lentamente.

Si se había casado tan rápido, entonces debía de estar bien.

Se preguntó si ese hombre sabía lo que había ocurrido. Si lo sabía, entonces realmente la amaba, y Jasper no tenía ningún derecho a pensar en ella. Sus caminos no estaban destinados a cruzarse de nuevo. Habría estado mal.

Solo tenía que olvidarla. Y lo hizo. O al menos, lo intentó.

Pero por las noches seguía viendo el rostro borroso de una chica suplicándole clemencia. El sexo dejó de producirle placer alguno. Al principio, no podía tocar a ninguna mujer; le aterraba perder el control y volver a hacer daño a alguien. Luego se enterró en los estudios, después en el trabajo.

Los años pasaron así. Y entonces… Entonces llegó ese día.

El día que cambió su vida más allá de todo reconocimiento y le demostró lo terriblemente equivocado que había estado sobre todo.

CAPÍTULO 26

La carta llegó de forma anónima.

Papel blanco y simple, sin firma, sin rastro de identidad, sin olor, sin huella de una mano ajena. Solo unas pocas líneas, impresas desde una ordenador:

«Tienes una hija. Tiene dos años. Está en el orfanato Daisyfield. Su nombre es Lynn Turner. Fecha de nacimiento: 4 de octubre. Si te queda aunque sea un mínimo de conciencia, te asegurarás de que no le falte nada.»

Se quedó mirando esas palabras durante mucho tiempo. Le dio la vuelta al papel una y otra vez, como si pudiera haber algo más escondido allí—algo que explicara quién la había escrito y por qué. No lo creyó. Por supuesto que no. Si alguna chica hubiera quedado embarazada de él, habría aparecido en persona con esa " alegre " noticia; no habría enviado una carta anónima.

Tenía que ser una estupidez. Pensó que olvidaría la carta. Tirarla, romperla, quemarla—hacer como si nunca hubiera existido. Pero se le clavó en la mente como una astilla y no lo soltaba. Intentó no pensar en ello, pero cada vez que cerraba los ojos, volvía a ver esas palabras: «Tienes una hija».

Miró la fecha de nacimiento, hizo cuentas rápidas y trató de encajar cuándo podría haber ocurrido. Coincidía exactamente con la época en la que había estado de fiesta como un loco. Encontró la dirección del orfanato y revisó las fechas en el expediente de la niña. Había ingresado al sistema poco después de nacer. Ahora tenía dos años.

Aun así, no lo creyó. Pensó que alguien intentaba estafarlo. Tal vez querían endosarle a un niño. Debería haberlo olvidado… pero algo no se lo permitía. Sobornó a una empleada del orfanato. Le pidió que sacara a escondidas el chupete de la niña. Hizo una prueba de ADN. Los resultados llegaron una semana después. Solo una línea importaba: 99,9 %.

Lynn era su hija.

Estaba sentado en su dormitorio, escondiendo los papeles de sus padres, y lo único que escuchaba era un pitido constante en los oídos. No sabía qué sentir.

Fue al orfanato. La vio por primera vez. Pequeña. Frágil. Una cosita diminuta. Estaba sentada en un corralito en la sala de juegos, mordisqueando un juguete. Cabello claro, grandes ojos verdes. Sus ojos. No había ninguna duda: era su hija.

Se quedó paralizado en la puerta. No podía imaginarse como padre. Había vivido sin ataduras y, de pronto, la vida entera de otra persona se enredaba con la suya. Se tomó en serio iniciar el proceso de adopción. Era su hija biológica; no estaba casado, sí, pero ¿acaso la ley no estaría de su lado?

Había una cosa que no había tenido en cuenta…

—¿¡Has perdido la maldita cabeza?! —bramó su padre, lanzando los papeles sobre el escritorio cuando Jasper se lo contó todo—. ¿¡Qué hija?!

Jasper lo miró, apenas conteniendo la irritación.

—Mi hija.

Su padre empezó a pasearse por el despacho, atravesándolo con una mirada furiosa.

—¿Quieres hacerte cargo de una niña de la que te enteraste ayer? ¡Ni siquiera sabes quién es su madre! ¿Y si te están estafando? ¡Acabamos de enterrar un escándalo y ahora me traes otro! No eres el hijo de un fontanero, Jasper: hay cosas que simplemente no puedes hacer. ¡No puedes ponerle nuestro apellido y convertirla en parte de esta familia!

—¿Por qué no? —la voz de Jasper era gélida.

—¡Porque es un error! ¡Tu error! ¿Quieres que todo el mundo hable de esto? Por fin has enderezado tu vida, todo se está estabilizando, ¿y ahora quieres tirarlo todo por la borda? ¿Por quién? ¿Por una niña cuya existencia ni siquiera conocías hasta hoy?

—Es mi hija. No voy a dejarla allí —dijo con firmeza.

—¿Quieres que la gente señale con el dedo a nuestra familia? ¿Qué niña, Jasper? Eres completamente irresponsable: ¡no puedes hacer absolutamente nada sin mí!

Él apretó los puños.

—No me importa. Si hace falta, la criaré yo solo. No necesito tu ayuda.

Su padre se quedó inmóvil.

—¿No te importa? ¡Solo piensas en ti! ¿Tienes la menor idea de qué pasará si te la llevas? ¿Quién sale beneficiado con esto?

Jasper se puso de pie despacio.

—Me la voy a llevar.

Su padre guardó silencio durante largo rato.

—Haz lo que quieras —dijo por fin, con una frialdad glacial—. Pero te las arreglarás solo. No te ayudaré en nada. Ni con dinero, ni con contactos. Y si logras sacar esto adelante… entonces olvídate de volver a esta casa y olvídate de que soy tu padre.

—No necesito tu ayuda.

Salió sin mirar atrás. Al día siguiente, encontró a un buen abogado y empezó a reunir los documentos. Y pasó mucho tiempo analizando la situación, tratando de averiguar quién era aquella chica: la que había quedado embarazada de él y había dejado que su hija terminara bajo custodia del Estado.

Con el tiempo, llegó a una conclusión inquietante… Contrató a un detective privado. Algo no cuadraba. Se decía que Nina había dado a luz de forma prematura y que el bebé no había sobrevivido. Pero ese " parto prematuro " había ocurrido el tres de octubre del mismo año en que nació Lynn Turner.

De pronto, todo encajó. Y ni siquiera pudo culparla. Se había casado con aquel idiota estando ya embarazada de su hijo. ¿Qué había pasado entre ellos entonces? A veces la pregunta afloraba, pero sabía que hurgar en el pasado no serviría de nada. Ella tenía su vida. Él tenía la suya.

Recordaba el día en que llevó a Lynn a casa por primera vez. Ella no entendía qué estaba pasando: era demasiado pequeña. Y él estaba muerto de miedo. No tenía idea de qué hacer con una niña, cómo criarla, cómo ser padre. Pero resultó más fácil de lo que había imaginado. Simplemente vivía para ella. Lynn se convirtió en el sentido de su vida.

Su padre, tal como había prometido, dejó de apoyarlo económicamente. Jasper gastó todos sus ahorros en los servicios del detective y en aceitar las palmas adecuadas para acelerar la adopción. Tuvo que alquilar un pequeño apartamento y trabajar sin descanso. Su madre, a espaldas de su padre, le enviaba dinero de vez en cuando: lo justo para una niñera y las pequeñas cosas que Lynn necesitaba.

Lynn crecía, y algo crecía dentro de él junto con ella. Nunca había sido una persona tierna, pero ella no necesitaba suavidad. Simplemente le tomaba la mano y lo miraba como si él fuera el centro de su mundo. Y él intentaba serlo.

No buscó a ninguna mujer. Después de lo que le había hecho a Nina, el sexo dejó de interesarle. Se odiaba. Se daba asco. Al principio intentó echarle la culpa al alcohol, a la ira… pero eso era una excusa patética. Era igual que su padre. Una verdad terrible que lo devoraba por dentro.

Dedicó su vida a criar a su hija, terminar sus estudios, trabajar. Más adelante se involucró en obras de caridad. Pensaba que, si hacía suficiente bien, podría lavar sus pecados. Que si salvaba a suficientes personas, eso compensaría la noche en la que había destruido la vida de alguien más.

El rostro de Nina se fue disolviendo lentamente en su memoria. Habían pasado veintidós años, y solo la había visto una vez en una foto.

Y ahora estaba aquí otra vez.

De vuelta en su vida. Ni siquiera sabía quién era la mujer que había salvado a su hija hasta que ordenó a su gente que lo averiguara. Y ahora no sabía qué hacer con ese conocimiento. No tenía miedo por sí mismo; tenía miedo por Lynn. Todo lo que había construido, todo lo que le había dado, podía derrumbarse en un solo instante.

No entendía por qué Nina los había encontrado. No se había molestado en buscar a la niña en todos esos años, no había preguntado por su vida. Y ahora, de repente, estaba investigando. ¿Por qué? La respuesta era obvia: venganza. Llegó a la conclusión

de que ella quería destruir lo que él tenía. Y lo más aterrador era que podía hacerlo.

Conocía a su hija. Lynn era terca, honesta, directa. No entendía los matices; para ella, todo era blanco o negro. Si llegaba a saber la verdad, si se daba cuenta de qué clase de hombre había sido su padre… la perdería para siempre.

Eso lo aterrorizaba más que cualquier otra cosa. No le importaba si Nina lo odiaba o quería arruinar su reputación. Tenía todo el derecho. Se había ganado ese odio. En aquel entonces no había pagado ningún precio por lo que hizo; tal vez ahora era el momento. Pero Lynn nunca podía enterarse de la verdad sobre cómo fue concebida. Nunca podía saber que la historia de que su madre había muerto en el parto era una mentira que él había inventado. Nunca podía saber que había sido abandonada durante dos años enteros.

No lo permitiría. Si tenía que comprar el silencio de Nina, lo haría. Si ella quería divorciarse de Frank Osborne, perfecto: él lo arreglaría, incluso cubriría los gastos legales. Si quería aplastar a su ex, mejor aún: la ayudaría.

Con tal de que se mantuviera alejada de su familia. Con tal de que, bajo ninguna circunstancia, le dijera jamás a Lynn quién era en realidad.

CAPÍTULO 27

El teléfono sonó justo cuando volvía a intentar convencerse de no caer en espiral. Todo pasa. Incluso esto. Lo tomó sin mirar la pantalla.

—¿Sí?

—¡Nina, hola! —la voz de Stella sonaba tan brillante como siempre, como si jamás hubiera tenido un solo problema en su vida —. ¿Dónde te habías metido? ¡Ya estábamos empezando a perderte!

—Me… desaparecí un poco de la vida —admitió, incorporándose en la cama y apartándose el cabello—. Pero sigo viva. Estas últimas semanas han sido… duras.

—Oh, lo entiendo —la voz de Stella se suavizó—. Pero tengo excelentes noticias. ¡Se viene un gran evento!

—¿Qué tipo de evento?

—Una gala benéfica —anunció con entusiasmo—. Para el fondo infantil; estamos recaudando donaciones, ya sabes cómo es. Habrá mucha gente, patrocinadores, socios, periodistas…

Nina oyó a Stella decirle algo a alguien al fondo antes de volver con ella:

—Vas a venir, ¿verdad? Has apoyado ese centro infantil durante años.

Nina dudó. Antes… jamás se habría perdido algo así. Los eventos benéficos habían sido parte de su vida. ¿Y ahora? Se había retirado de todo, se había encerrado, se había desvanecido de su antiguo mundo. Pero no podía permitir que se notara. Necesitaba demostrar que estaba bien. Que había salido adelante. Porque en esta ciudad había demasiadas personas que no debían verla rota.

—Claro que estaré —dijo con firmeza.

—¡Perfecto! —Stella sonrió al otro lado de la línea—. Va a ser una noche preciosa.

Colgaron. Nina dejó el teléfono en la mesita de noche y respiró hondo. Una gala benéfica. Bueno… era hora de regresar a su vieja

vida. ¿No era exactamente eso lo que Nolan le había dicho?

El evento era al día siguiente. Resultó que la invitación se había enviado la semana anterior, pero ella no la había visto. Reservó una cita en el salón para peinado y maquillaje. Tenía que verse impecable… pero natural.

Después de almorzar, condujo hasta las boutiques. El atuendo tenía que ser perfecto. Se decidió por un traje de pantalón: afilado, elegante. Blanco impoluto, ceñido a la cintura, con los pantalones cayéndole a la perfección. Sí. Ese era. Captó una pequeña sonrisa en el espejo del probador. El estrés le había hecho perder un poco de peso; ahora se veía sorprendentemente estilizada. Incluso la asesora de la boutique, que la conocía desde hacía años, lo comentó.

—Te queda de maravilla, Nina —dijo con calidez—. Estás espectacular.

Nina aceptó el cumplido con contención, pero por dentro se enderezó. Sí, se veía espectacular. Y mañana, todos lo verían.

***

En cuanto cruzó el umbral, toda la sala se le volvió un zumbido borroso y uniforme.

Inhaló hondo y sintió las miradas. Algunas curiosas. Otras sorprendidas. Otras burlonas. Después de todo lo ocurrido, después de que los tabloides publicaran sus porquerías sobre ella, no podía esperar otra cosa. Pero se negó a reaccionar. La indiferencia era su mejor aliada.

Tomó una copa de champán de un camarero que pasaba, aferrando el fino tallo un poco más fuerte de lo necesario. Saludó a caras conocidas, intercambió algunas cortesías con esposas de políticos.

Notó cómo muchos miraban su mano derecha, donde antes había estado el anillo de bodas. Todos querían la historia de su propia boca, pero nadie se atrevía a preguntar en público.

Seguía sonriendo cuando recorrió la sala con la mirada… y se quedó paralizada. La copa no llegó a sus labios. El aire se espesó en sus pulmones.

Frank estaba allí. Y a su lado, Vivian.

Vivian caminaba junto a él con total naturalidad, el brazo enlazado al suyo con una seguridad despreocupada, como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar.

Llevaba un vestido espectacular: rojo carmesí, fluido, ceñido a cada línea de su cuerpo. Un brazalete de diamantes brillaba en su muñeca con cada movimiento.

Se veía feliz. Y no lo ocultaba. Sonreía con descaro, segura hasta los huesos.

Se lo había llevado todo.

El marido.

El estatus.

La riqueza.

Y lo exhibía sin el menor pudor.

Nina sintió náuseas. Esa puesta en escena brillante, esa dulzura falsa… después de aquel almuerzo en el restaurante no se habían vuelto a ver. Vivian había conseguido lo que quería; ya no necesitaba fingir ser la amiga comprensiva.

Un murmullo suave recorrió la sala alrededor de Nina. Todos esperaban ver qué haría. Cómo reaccionaría.

Porque ahora la esposa y la amante estaban en la misma habitación.

Pero ella simplemente dio un sorbo al champán y sonrió como si no le importara. Como si nada le oprimiera el pecho. Como si no los odiara más que a nada en el mundo.

Se dio la vuelta y se dirigió al bufé. Cuando no sabes qué hacer con las manos, mantenlas ocupadas. Tomó una uva y la acompañó con un trago de ese champán que detestaba. Dos sorbos fueron suficientes; esa era su cuota de alcohol para la noche.

Apenas había superado el impacto de ver a su marido con su amante cuando distinguió otra figura conocida.

Jasper.

Oh, perfecto. ¿Se habían confabulado todos para volverla loca esa noche?

Jasper estaba al otro lado de la sala, parcialmente en sombras, pero no tenía ninguna duda: la estaba mirando directamente.

¿Qué hacía él allí?

El estómago se le encogió, pero no apartó la mirada. Se sostuvieron la mirada. Jasper no se movió. Desde esa distancia, su expresión era ilegible.

Ella no había ayudado a organizar la gala ese año ni tenía nada que ver con la lista de invitados; de lo contrario, habría excluido al menos a tres personas. ¿La había tendido Stella una trampa?

Tragó saliva con fuerza y se giró. Pero en cuanto respiró, la situación empeoró.

Frank también la había visto.

Su mirada recorrió su cuerpo como si no pudiera creer que estuviera allí, en público, y no encerrada en casa teniendo una crisis. O mejor aún, internada ya en una clínica psiquiátrica para tratar otro " episodio ".

Dejó a Vivian y caminó hacia ella.

Nina alzó lentamente la copa hasta los labios, los humedeció, dejó que el silencio se alargara un segundo, y cuando él llegó, lo miró directamente a los ojos.

—¿No me esperabas, Frank? —dijo ella primero.

Sonrió, viendo cómo su mandíbula se tensaba apenas. Dudó, pero antes de que pudiera decir nada, otra voz se metió en la conversación.

—Frank, y aquí decías que lo estaba pasando fatal con el divorcio…

Ella se giró.

Rowan Blake, un viejo amigo de la familia al que apenas habían visto en los últimos seis meses.

—Y mírala ahora —añadió, negando despacio con la cabeza—. ¿Por fin me toca flirtear oficialmente con Nina?

Ella sonrió como si el cumplido la halagara. Pero por dentro entendía perfectamente: Frank ya había difundido muchos rumores entre su círculo.

—Rowan, qué gusto verte —dijo con dulzura—. Aún no estoy tan libre… cuando tenga los papeles oficiales del divorcio… —rió con un deje ronco y le guiñó un ojo.

—Estás borracha —espetó Frank, malinterpretando su tono juguetón.

Avanzó un paso, intentando agarrarla del brazo, casi con seguridad para llevársela a rastras a algún sitio. Pero ella esquivó el gesto con elegancia, dejó la copa de champán sobre la mesa y tomó otra uva.

—Solo estoy feliz, Frank. Eso es lo que me marea. No el alcohol. Sabes muy bien que no lo soporto.

Vio a Rowan sonreírle con interés abierto. Siempre había sido así. Le había gustado años atrás.

Había coqueteado, pero ella nunca lo había alentado. Había sido leal a su marido.

Y ahora todo era distinto.

Rowan captó el cambio y no pensaba desperdiciar la oportunidad. Frank también lo vio… y, por alguna razón, le molestó.

—Te dije que no estabas lista para eventos sociales —dijo Frank por fin—. No después del tratamiento.

Ella alzó una ceja. Sonrió de lado.

—No sufrí ni un rasguño en ese accidente; tu médico lo dijo él mismo —replicó, retorciendo sus palabras a su favor. No permitiría que expusiera que había estado encerrada en una clínica psiquiátrica.

Rowan soltó una carcajada.

—Frank, vienes acompañado de otra mujer y aun así te aferras a Nina como si no fueras a divorciarte de ella —lo pinchó—. Si sus admiradores te molestan tanto, quizá tus sentimientos no se han ido del todo. No juegues con una mujer si aún no has decidido quién te importa más.

Nina vio cómo los dedos de Frank se cerraban en un puño. Oh, odiaba esa conversación.

Rowan también lo notó… y lo disfrutaba.

—Será mejor que te calmes —murmuró Frank.

—¿Calmarme por qué? —Rowan sonrió con descaro—. ¿Porque tu exesposa es libre de hacer lo que quiera ahora?

Nina suspiró, fingiendo aburrimiento, y se encogió de hombros.

—De acuerdo, chicos, ya terminé.

Rozó el hombro de Rowan con ligereza y lanzó a Frank una mirada perfectamente indiferente.

—Rowan, gracias por apoyar la recaudación. Significa mucho para los niños. Llámame cuando tengas tiempo.

Y antes de que Frank pudiera decir una sola palabra, se dio la vuelta y se alejó con una seguridad firme y deliberada.

CAPÍTULO 28

Nina estaba frente al espejo, acomodándose un mechón suelto de cabello, cuando una voz larga, cargada de veneno, sonó a su espalda:

—¿Viste? Frank la trajo aquí.

Nina se encontró con la mirada de Marissa, una de esas mujeres que vivían para los escándalos de sociedad. Estaba junto a Lauren y Anna; las tres observaban a Nina con avidez, hambrientas de su reacción. Nina esbozó una sonrisa torcida.

—Claro que lo vi. Todo el mundo lo vio.

—¿Y qué se siente? —Marissa inclinó la cabeza—. ¿No te dan ganas de destrozar a esa putita?

Nina se encogió de hombros. —Nada del otro mundo. Estaba en la cama de mi marido mucho antes del divorcio. Ahora solo han hecho oficial su circo.

—Estás demasiado tranquila, Nina —Lauren entrecerró los ojos—. ¿De verdad no estás enojada?

—¿Y por qué habría de estarlo? Ella ni siquiera es de nuestro círculo. Si Vivian cree que puede trepar en la sociedad con el dinero y la influencia de mi familia, está muy equivocada.

Anna soltó una risita. —Oh, totalmente. Da igual cuántos vestidos de diseñador se ponga… siempre será una nadie intentando parecer cara.

—¿Lo más gracioso? —dijo Nina de pronto—. Una vez intentó hacerse amiga mía.

Las tres mujeres se animaron al instante. Un golpe bajo, pero los tiempos desesperados exigían medidas desesperadas. Nina notó un movimiento en el reflejo del espejo: vio a Vivian detrás de una columna, completamente inmóvil. Nadie más que Nina la había visto.

—Imagínense —dijo con ligereza—, me preguntó en qué boutiques compro, a qué esteticista voy. Supongo que quería

parecerse a mí para que Frank le prestara más atención. El bebé no funcionó, así que probó con otra táctica.

—Eso es patético —rió Lauren.

Nina se inclinó un poco hacia el espejo. —¿Qué esperaban? Su origen lo dice todo.

Siguió una oleada de risas discretas. —Así que tengan cuidado, chicas —añadió Nina con naturalidad—. Si alguna vez aparece cerca de sus maridos, actúen de inmediato. Dudo que se conforme solo con mi Frank.

En ese momento, Nina vio a Vivian darse la vuelta de golpe y salir casi corriendo. Estaba temblando de pies a cabeza. Humillada.

—Las Cenicientas de hoy ya no son lo que eran —declaró Marissa con solemnidad—. Estas trepadoras harían cualquier cosa por atrapar a un hombre rico. Casado o no.

Nina tomó su clutch y se dirigió a la salida. Vivian ya no estaba. Nina no necesitaba verla para saberlo: estaba destrozada y furiosa. Exactamente lo que quería. Nina se detuvo un instante, observando cómo Vivian y Frank prácticamente huían del salón. Vivian estaba rígida, encogida sobre sí misma, y Nina sintió un inquietante brote de satisfacción.

—Eres más dura de lo que pensaba —murmuró una voz a su espalda, baja y áspera—. Casi hiciste llorar a tu rival.

Ella no se dio la vuelta. No hacía falta. Su cuerpo lo reconoció al instante. Jasper. Sintió su mirada, su respiración y su presencia cayendo sobre ella como una ola.

—La vida me arrancó lo último que me quedaba de suavidad —dijo con calma. Las palabras le sonaron afiladas en la lengua.

Se quedó inmóvil, sabiendo que él tenía los ojos clavados en su espalda. La tensión entre ellos se espesó, envolviéndola como una niebla. Al final, él pasó de largo. De pronto, su hombro rozó el de ella. Apenas un toque. Casi nada. Accidental o deliberado—no supo decirlo. Pero ese contacto le provocó un estremecimiento. Algo se le cerró por dentro, como si la hubieran golpeado. Su piel recordó. Se encogió sobre sí misma, como si intentara desaparecer.

Contrólate, Nina. Hay gente por todas partes. No va a hacer nada.

La espalda de él estaba justo delante de ella. Y entonces recordó algo importante. El miedo se evaporó, sustituido por una audacia repentina e inexplicable.

—Espera —dijo en voz baja.

Él la oyó. Se detuvo en seco. Nina dio dos pasos hacia adelante hasta quedar a su lado. Habló en voz baja, solo para él:

—¿Quiénes eran esos hombres que intentaron secuestrar a Lynn?

Jasper se tensó. Giró lentamente la cabeza hacia ella. Volvió a ver su rostro. Esta vez no parecía amenazante ni frío; parecía cansado. Como si no hubiera dormido en absoluto.

—Ya me ocupé de eso. No necesitas involucrarte con «nuestra familia». ¿No fue eso lo que acordamos? —Su voz era dura, tajante.

Nuestra familia. Eso significaba él y Lynn. Nina no estaba incluida. Y tenía todo el derecho a excluirla.

—Suerte con el divorcio. Y adiós.

Se encaminó hacia la salida, dejándola allí plantada. Nina parpadeó varias veces. Algo oscuro se agitó en su interior. No sabía qué la impulsó, pero de pronto fue tras él. Stella intentó decirle algo al pasar, pero Nina la apartó con un gesto, empujó las puertas y salió al exterior.

En ese momento, Jasper Garth estaba entrando en su coche. Los tacones de Nina resonaron con fuerza sobre el pavimento. La puerta del coche se cerró; en cualquier segundo arrancarían. Nina debió de perder la cabeza, porque en vez de alejarse corriendo, abrió la puerta trasera y se deslizó dentro.

Directamente en la guarida del lobo.

CAPÍTULO 29

En el instante en que se deslizó dentro del coche, un silencio denso y asfixiante llenó el espacio.

Nina sintió la mirada de Jasper clavada en ella. La observaba como si intentara comprender por qué demonios estaba allí. Ella misma le había pedido que se mantuviera alejado… y aun así había invadido su territorio.

Se miraron en silencio, y de pronto el aroma limpio y masculino de su colonia se agudizó en sus sentidos. Lo recorrió con la mirada: el traje perfectamente entallado, el cuello de la camisa abierto, sin corbata.

El silencio pesaba físicamente. Solo el zumbido bajo del motor y su respiración acelerada llenaban el coche.

Entonces el conductor, percibiendo la tensión, rompió por fin el silencio:

—Señor… ¿arranco?

La voz de Nina salió rápida, cortante, fría, pero firme.

—Sí. Adelante.

Jasper asintió apenas, y el coche se puso en marcha. Nina sabía que aquello era una locura. Pero mientras el conductor estuviera allí, estaría a salvo.

Él no dejaba de mirarla. Ella notó lo rígidos que estaban sus hombros, cómo sus puños se cerraban y se abrían sobre las rodillas. Su mandíbula se tensó antes de que, por fin, apartara la mirada. Se recostó en el asiento, exhaló, y pareció relajarse… apenas.

—Creí que habíamos quedado en no volver a vernos —dijo unos minutos después. Su voz era neutra, pero había cautela en su tono.

Nina pasó los dedos por el borde de su blazer blanco, intentando anclarse a algo real. Luego se obligó a girarse hacia él y a sostenerle la mirada. Quería que viera que no tenía miedo.

El silencio volvió a caer entre ellos, más pesado que antes.

Jasper lanzó una mirada rápida y tensa al conductor. Su mandíbula se endureció, sus ojos se oscurecieron. Volvió a mirarla.

—Aquí no —dijo en voz baja. El tono era una advertencia pura: no delante de nadie.

Nina arqueó una ceja.

—Entonces quizá podamos parar en un restaurante —propuso con calma—. Para hablar.

A él claramente le desagradó la idea.

—No tengo tiempo. Tengo una cirugía de urgencia en una hora. Tengo que prepararme.

Probablemente esperaba que ella se echara atrás. Que captara la indirecta.

Pero no esa noche.

Nina cruzó los brazos, tomó aire y entonces notó que el botón superior de su blusa se había desabrochado, dejando al descubierto más escote del que le gustaría. Intentó abrocharlo torpemente, con las mejillas ardiendo.

—No hay problema. Tengo todo el tiempo del mundo. Esperaré —dijo, aunque su voz tembló por los nervios.

Jasper se quedó inmóvil. Algo cruzó por sus ojos: irritación, frustración… ¿o miedo a esa conversación?

¿También él huía de su pasado? ¿Temía por la reputación del mejor cirujano cardiotorácico del país? ¿Qué diría la gente si supiera lo que había hecho?

—Esto va a llevar horas. Elijamos otro día.

¿Por qué estaba tan desesperado por deshacerse de ella? Nina lo observó con atención, una sospecha punzándole la piel. ¿Tenía miedo de que alguien los viera juntos?

—Esperaré —repitió, con una mezcla extraña de ira y terquedad creciendo en su pecho. Tal vez de verdad estaba perdiendo la cabeza… pero ya no iba a detenerse.

Siguió a Jasper Garth hasta la clínica. Él caminaba delante, saludando al personal a su paso. Nina intentó seguirle el ritmo, sus tacones resonando con fuerza sobre el suelo recién pulido del hospital.

Él estaba tenso. Lo notó enseguida. Como si su presencia fuera una astilla clavada bajo su piel.

¿No debería ser ella la tensa? ¿No debería ser ella la que tuviera miedo? Y sin embargo, casi parecía que el nervioso era él.

No dijo nada. Solo lo siguió, sintiendo el peso de las miradas en su espalda. No sabía si eran de sorpresa o de simple curiosidad.

Se detuvo frente a una puerta, la abrió y le indicó que entrara.

—Espera aquí. Si quieres, puedes cerrar con llave desde dentro. Si te cansas de esperar… simplemente vete.

Nina asintió. Algo se le retorció por dentro, incómodo, pero se obligó a entrar. El despacho era sencillo, funcional. Muebles estándar, nada superfluo.

Jasper se quitó la chaqueta del traje y la colgó con cuidado en el respaldo de una silla. Luego tomó una bata blanca, se la puso y se la abrochó. Ajustó su credencial, abrió una taquilla pequeña y sacó un par de zuecos quirúrgicos.

Nina notó que su mirada se desviaba hacia ella—solo un instante.

Algo cruzó su expresión… ¿duda?

¿O precaución?

No dijo nada. Asintió levemente y salió, cerrando la puerta tras él.

Ella se quedó sola.

El silencio se asentó en la habitación, espeso, tenso. Nina se quedó de pie en medio del despacho, sin saber dónde colocarse. El espacio le resultaba demasiado perfecto, demasiado estéril. Demasiado ajeno.

Se acercó despacio a su escritorio, dejando que las yemas de los dedos se deslizaran por la superficie lisa. Roble pulido—frío, como Jasper mismo. Todo estaba dispuesto con precisión: carpetas, papeles ordenados, bolígrafos en su soporte—cada cosa exactamente en su lugar.

Luego vio los premios. Varios certificados colgaban de la pared, enmarcados en madera pesada. Cirugía cardiotorácica. Medicina de trasplantes. Médico del Año. Premio Nacional a la Excelencia. Todo lo mejor. Igual que el propio Jasper—al menos en apariencia.

Un poco más allá había fotos. Marcos pequeños, minimalistas. Jasper en congresos médicos, con colegas, con personas influyentes.

No sabía quién había sido veintidós años atrás, pero ahora… Jasper Garth, el cirujano perfecto, el orgullo del país.

¿Quién creería que ese hombre era su pesadilla personal?

¿Que las manos que hoy salvaban vidas habían sido una vez instrumentos de su dolor?

Nina se sentó en su silla. Olía a él. No tenía derecho a sentarse allí, ni a estar en su espacio—y aun así se quedó. Invadiendo su mundo.

La sensación era extraña. Como si hubiera entrado en un rincón privado de su vida—uno que él jamás mostraría voluntariamente. Pero por alguna razón permaneció allí. Observando. Absorbiendo. Intentando entender qué movía al hombre que una vez había sido su verdugo.

Sus dedos descansaron en el borde del escritorio, deslizándose como si buscaran algo fuera de lugar. Una grieta. Una fisura en esa vida perfectamente construida.

Pero al volver a alzar la vista—hacia los premios, las fotos, el orden impecable de su mundo—comprendió que no había grietas. Él había construido una vida impecable.

¿Y ella…?

El pensamiento le atravesó el pecho con un giro doloroso y punzante.

El tiempo se arrastró. Se recostó en la silla y sacó el teléfono. Deslizó el dedo por la pantalla hasta que el aburrimiento la invadió. Luego abrió un libro—una novela romántica que había descargado meses atrás y nunca había empezado.

Siempre había amado ese tipo de historias. Simples. Sinceras. Indoloras. Donde el amor era perfecto, los hombres fuertes y devotos, y las mujeres amadas y deseadas. Solía desaparecer en esos mundos ficticios durante días, huyendo de la realidad. A veces esos libros eran su única forma de recordar cómo se sentía la felicidad.

Ahora solo servían para matar el tiempo.

Se perdió entre las páginas, olvidándolo todo. La batería se fue agotando poco a poco; una advertencia parpadeó en la pantalla.

Maldición. Casi descargado.

Bajó el teléfono y miró la puerta cerrada. Jasper aún no había vuelto. Habían pasado dos horas. Su mirada recorrió el despacho.

¿Tal vez tenía un cargador por allí?

Abrió con cuidado el cajón superior del escritorio. Papeles, material de oficina, algunas libretas. Y allí estaba el cargador. Un alivio la recorrió.

Justo cuando iba a cogerlo, la puerta se abrió de golpe.

Nina se sobresaltó, la mano congelada en el aire. Una mujer joven entró apresuradamente—vestía el uniforme de la clínica y llevaba una bolsa de comida para llevar. Se detuvo en seco al ver a Nina.

Era Lynn. Nina la reconoció al instante.

CAPÍTULO 30

El tiempo pareció detenerse.

Se miraron como dos desconocidas que nunca debieron encontrarse.

Una ola de frío recorrió a Nina. Cerró el cajón con un gesto inútil; hizo un leve clic. Luego alzó la vista y se encontró con los ojos de Lynn.

¿Qué se suponía que debía decir?

¿Qué podía hacer?

Lynn se quedó inmóvil. Su mirada era asustada, cautelosa, como si hubiera sorprendido a Nina haciendo algo… indebido. Primero vino la sorpresa, luego la confusión. Y de pronto… el reconocimiento.

—Dios mío —susurró, con la voz temblorosa—. Tú eres… la mujer que me salvó.

Nina se quedó rígida. Su mente se negó a procesar aquellas palabras. Lynn cerró la puerta detrás de sí y se acercó despacio.

Nina seguía sentada en la silla de Jasper, incapaz de articular una sola frase.

Lynn dejó la bolsa de comida sobre el escritorio y se detuvo frente a ella. Y Nina… Nina sintió que algo dentro de ella se retorcía dolorosamente, como si la hubieran acorralado.

Por eso Jasper no había querido que viniera. Por eso había intentado deshacerse de ella con tanta insistencia. Tenía miedo de que se encontrara con Lynn.

Nina inspiró, pero el aire se le quedó atrapado en la garganta.

—Lo siento, yo… —empezó.

Lynn le dedicó una sonrisa cálida, sincera.

—Es que ese día estaba tan asustada… y nunca te di las gracias. Así que… gracias.

Nina no tenía idea de qué decir. Ni de cómo mirarla a los ojos.

—Le traje algo de comer a mi papá —añadió Lynn, señalando la bolsa—. Trabaja tanto que casi nunca tiene tiempo para comer.

Siempre ocupado, siempre saltándose comidas. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

La pregunta era inocente, pero Nina sintió que algo le apretaba el pecho con fuerza.

Un silencio pesado llenó la habitación. Tenía que responder. Cualquier cosa. Cualquier mentira.

Forzó una sonrisa.

—Bueno… —su voz salió áspera—. Tu padre me hizo un hueco sin cita. He tenido… algunos problemas de salud menores.

La expresión de Lynn cambió al instante. Sus ojos se afilaron por la preocupación.

—Espera, ¿tienes problemas de corazón?

Lynn inspiró con fuerza, aferrándose al asa de la bolsa.

Un escalofrío helado recorrió la espalda de Nina.

Le importa tanto…

Nina no quería mentir otra vez, pero ¿qué podía decir?

—No, nada grave —se apresuró a tranquilizarla—. Solo quería la opinión de un especialista cualificado. Para… quedarme tranquila.

Lynn se relajó un poco y asintió.

—Lo entiendo. Mi papá es el mejor. Estás en muy buenas manos.

Nina no encontró palabras. Solo asintió, aunque por dentro todo se le cerraba, la asfixiaba: culpa, miedo, tensión.

Lynn dudó un instante, como si no supiera por dónde empezar, y luego su expresión se suavizó con una calidez genuina.

—¿Sabes? En realidad intenté encontrarte —admitió—, para darte las gracias por aquel día. No sabía dónde vivías; si no, te habría buscado antes. Pero… —sonrió, algo avergonzada— supongo que el destino quiso que nos encontráramos otra vez.

Nina se quedó helada. Miró a la chica, luchando contra el pinchazo en el pecho. El pinchazo de la culpa que llevaba años cargando… hacia la misma niña que había abandonado al azar.

Pero Lynn no lo sabía. Y quizá nunca lo sabría.

Mejor así.

—No hay nada que agradecer —respondió Nina con calma, ocultando el temblor de su voz—. Cualquiera habría hecho lo mismo.

Lynn negó con la cabeza y se apartó el cabello de la cara.

—No, no cualquiera. Te pusiste en peligro, arriesgaste tu vida. Fue… —exhaló despacio—. Fue increíblemente valiente. Me salvaste.

Nina logró una sonrisa débil, sin saber qué más decir.

Miró a la chica y se dio cuenta de que de verdad disfrutaba verla así: tan luminosa, tan honesta, tan buena.

Jasper la había criado bien. Nina nunca debió dudarlo.

Y de pronto sintió que empezaba a perder el control.

El corazón le dolió con brutalidad al pensar que esa chica —esa chica hermosa y dulce— era la hija que ella había traído al mundo.

Si tan solo no hubiera actuado desde el miedo entonces… si tan solo hubiera mirado más allá de su propio dolor… todo podría haber sido distinto.

Nina llevó la mano al bolso sin pensarlo, y se detuvo en seco al notar que le temblaban los dedos.

Tomarse las pastillas delante de su hija —mala idea.

—Entonces… ¿quizá podríamos intercambiar números? —propuso Lynn de pronto, con un dejo de entusiasmo—. Me encantaría invitarte a cenar para darte las gracias como se merece.

—No, no, de verdad no hace falta —se apresuró a rechazar Nina, moviendo un poco las manos—. Me alegra muchísimo que estés bien, pero…

Se interrumpió y tragó saliva.

—…no tienes que hacerlo.

El rostro de Lynn se entristeció un momento; suspiró en silencio.

—De acuerdo. Pero si alguna vez… —dudó— …si alguna vez cambias de opinión, díselo a mi papá. Me encantaría.

Nina volvió a asentir, pero por dentro sintió que se plegaba sobre sí misma.

Se plegaba ante la certeza de que, en esa habitación, no era más que una mentirosa: una mujer a la que Lynn agradecía haberle salvado la vida, sin saber la verdad sobre cómo había comenzado la suya.

—Si te entra hambre —dijo Lynn con una sonrisa suave—, sírvete. Hay suficiente para papá y para ti también.

Nina no supo qué decir; solo acercó la bolsa un poco hacia sí por puro reflejo.

—Entonces me voy —añadió Lynn, dando un paso hacia la puerta. Pero no llegó a tocarla: la puerta se abrió de repente por sí sola.

Jasper entró en la habitación.

Se detuvo en el umbral, y todo en él se quedó inmóvil. Sus ojos se posaron primero en Lynn… y luego en Nina. Su rostro se endureció al instante.

El silencio que siguió presionó las paredes, espeso y pesado. Nadie se movió.

Lynn fue la primera en romperlo; su voz sonó demasiado alegre, como si intentara alisar la incomodidad.

—Papá, solo te dejé la cena. No quería interrumpir.

Lanzó una mirada rápida a Nina, comprobando —casi con ansiedad— que todo estuviera bien, y pasó apresuradamente junto a su padre. Se detuvo un segundo en la puerta y miró atrás. —Adiós.

La puerta se cerró tras ella, y lo único que quedó dentro del despacho fue un silencio cargado, asfixiante.

Frunciendo el ceño, Nina se levantó bruscamente de la silla de Jasper.

—¿Así que Lynn trabaja aquí? —su voz estaba tensa.

Jasper no respondió de inmediato. Por un instante pareció decidir si debía contestar siquiera. Cuando lo hizo, su mirada era fría y distante.

—No estás aquí para hablar de dónde trabaja Lynn —dijo con sequedad.

Nina asintió. Lo entendía.

Lo había dejado claro hacía tiempo: debía mantenerse alejada de su hija.

Y no podía culparlo.

Apartó la mirada, caminó hasta el dispensador de agua y llenó un vaso de plástico. Su mano se deslizó dentro del bolso, los dedos cerrándose alrededor del frasco habitual de pastillas.

Ver a Lynn la había desestabilizado por completo. Las viejas heridas se habían abierto otra vez: viejas dudas, viejas culpas. Sentía que regresaba a ese lugar en el que todavía se odiaba por haber sido demasiado débil tantos años atrás.

Por haber abandonado a su propia carne y sangre.

Apenas tuvo tiempo de sacar el frasco cuando se lo arrancaron de la mano.

Nina alzó la cabeza de golpe.

Jasper estaba demasiado cerca. Muchísimo más cerca de lo aceptable. Sus dedos rozaron los de ella por una fracción de segundo; el calor de su piel le atravesó el cuerpo como una descarga eléctrica. Se estremeció violentamente y dio un paso atrás.

—Devuélvemelo —su voz salió afilada.

Un destello de *déjà vu* la atravesó como un cuchillo.

Frank había hecho lo mismo: quitarle la medicación justo cuando estaba más vulnerable.

Jasper no le devolvió el frasco.

En lugar de eso, estudió la etiqueta, leyó el nombre, la dosis. Apretó la mandíbula. Y entonces… caminó hacia la papelera.

—¡Ni se te ocurra…!

Se lanzó hacia él, pero ya era tarde. Vació todo el frasco en la basura. Las pastillas blancas se esparcieron y cayeron como arena. Nina miró, atónita, impotente, cómo la última pastilla caía dentro del cubo, seguida del frasco vacío.

—¿¡Qué demonios estás haciendo?! —casi gritó. La rabia y el pánico le ardían en el pecho como fuego.

¿Había perdido la cabeza?

Jasper se volvió hacia ella, los ojos fríos, entrecerrados.

—¿Quién te recetó esta mierda?

La pregunta dejó sin aire la habitación.

Nina parpadeó con rapidez, intentando desesperadamente respirar. El pulso le martilleaba en las sienes. El miedo se retorció dentro de ella, crudo y humillante.

—Mi médico —logró decir, con la voz temblorosa pese a su esfuerzo.

Su expresión se ensombreció aún más.

—Busca otro médico —dijo, con acero en la voz—. Estas pastillas son demasiado fuertes para ti. Y crean adicción.

Negó con la cabeza, incrédula.

—¿Qué? Las he tomado durante mucho tiempo y estoy bien. Me… me ayudan.

—¿Eso llamas ayudar?

Dio un paso hacia ella.

Ella retrocedió por puro instinto hasta que la espalda tocó la pared, intentando hacerse más pequeña.

—Has estado anestesiando el estrés con pastillas. Eso no lleva a ningún lado. Para.

Dejó escapar una risa temblorosa, rota. No era risa en absoluto. —¿Parar?

La risa le salió aguda y amarga. Fácil decirlo.

O quizá debería recordarle quién era el responsable de todo aquello.

Sus pupilas se dilataron; la mirada se le oscureció. Exhaló despacio, aún demasiado cerca de ella, más cerca de lo que tenía derecho.

—No lo digo por decir —su voz se suavizó—. Por si lo olvidaste, tienes una evaluación psiquiátrica independiente en dos días. Necesitas recomponerte o tu marido se irá sin consecuencias. Y para que conste, sé de lo que hablo. Así que escúchame y deja de tomar esa basura.

Sus dedos se cerraron en puños. Pero no dijo nada.

Porque tenía razón.

Y eso era lo que más dolía.

—¿Cómo sabes siquiera lo de la evaluación? —la pregunta le salió tensa y fría, el pánico floreciendo bajo sus costillas.

Jasper sonrió de lado, aunque parecía no haber querido delatarse. —Yo fui quien te puso en contacto con la persona adecuada. Claro que estoy al tanto de todo.

¿Así que la había estado vigilando?

¿Así que todo aquello… había estado bajo su control?

—Tengo treinta minutos antes de la próxima cirugía. Comamos y hablemos de la razón por la que te metiste en mi coche con tanta valentía —dijo con un tono llano, casi casual—. Luego cada uno seguirá su camino. Preferiblemente sin volver a vernos.

Fue hasta el escritorio, imperturbable, y sacó los recipientes de comida que Lynn había traído. Colocó los cubiertos desechables,

ordenándolo todo con cuidado, como si fueran dos colegas que se habían cruzado a la hora del almuerzo.

—¿Tienes hambre? —preguntó sin mirarla.

Ella negó con la cabeza. Tenía un nudo en la garganta. ¿Cómo podía hablar de comida? ¿De apetito? Apenas podía mantenerse en pie. Apenas respirar.

—No. Gracias —susurró.

Pero Jasper no pareció oírla. O fingió no hacerlo. Abrió los recipientes, dejando que el aroma delicioso llenara el despacho.

—Siéntate y come —dijo Jasper en un tono que no admitía réplica.

Ella se quedó inmóvil, mirándolo, atónita. ¿Se estaba burlando? ¿Creía que había venido a charlar sobre una ensalada?

—He dicho que no tengo hambre —consiguió decir.

Por fin levantó la vista y la miró. Tranquilo. Ligeramente irónico. Como si fuera un problema a resolver. Un diagnóstico esperando nombre.

—Come. Tienes cara de estar a punto de desmayarte.

Frunció el ceño, intentando sostenerle la mirada sin encogerse.

¿A qué venía ese repentino ataque de preocupación?

—Jasper, de verdad no quiero comer. ¿Podemos hablar?

—No —la cortó, afilado como un bisturí—. Comes primero. Luego hablamos.

Dudó unos segundos… pero sabía que no iba a ganar esa batalla.

Así que se sentó frente a él.

La comida olía bien, pero tenía la boca seca, el estómago hecho un nudo de vacío y náuseas a la vez.

Nina tomó el tenedor y picoteó la ensalada. Puso los ojos en blanco, pero se llevó un pequeño bocado a los labios. Jasper la observaba comer.

Tenía ganas de clavarle el tenedor directamente en el ojo.

Pasaron varios minutos. El tenedor golpeó el fondo del recipiente, atravesando un trozo de patata asada. Nina apartó la comida y se limpió la boca.

—No puedo comer más —dijo en voz baja.

Jasper se recostó en la silla, cruzó los brazos y la estudió.

—¿Podemos hablar ahora? —preguntó ella, con la paciencia hecha polvo.

Asintió despacio.

—Ahora sí.

CAPÍTULO 31

Nina salió de la clínica como en trance. Ni siquiera sabía describir lo que sentía: confusión, shock, un dolor crudo y retorcido que le apretaba el pecho…

Jasper había recibido una carta anónima sobre el paradero de su hija. Al principio, Nina pensó que estaba bromeando. En serio: todos habían abandonado a esa niña, incluida ella. Solo cuatro personas conocían el secreto. Nina era una de ellas.

¿Quién se habría ocupado de Lynn? ¿Quién podía saber exactamente a qué hogar infantil había sido enviada? Pero entonces… resultó que la carta no había llegado después del nacimiento de Lynn, sino tres semanas antes de que muriera la madre de Nina. Había sido ella. Claro que había sido ella.

Su madre era una mujer dulce; jamás habría dejado a su nieta desprotegida. Lo más probable era que hubiera cuidado de la bebé todo ese tiempo. Y cuando su enfermedad empeoró, cuando los médicos le dieron un pronóstico sombrío, tomó una decisión desesperada. Hizo lo más arriesgado que podía hacer, sin saber siquiera si su plan funcionaría: le dijo a Jasper Garth que tenía una hija.

Muriendo, se aseguró de que la pequeña estuviera a salvo. No se lo dijo a nadie. Guardó el secreto, y la razón, con toda seguridad, era Nina. Su madre sabía cuánto había sufrido su hija, sabía que la niña le recordaba cada día lo que Nina había pasado durante el embarazo. Por eso no dijo una sola palabra.

¿Y contárselo al padre de Nina? ¿Pedirle compasión por una recién nacida? Eso habría sido inútil. Así que su madre asumió el riesgo sola.

Nina se metió en un taxi, cerró la puerta y sintió cómo todo su cuerpo se encogía sobre sí mismo. Un sollozo se le escapó de golpe, un dolor agudo le atravesó el pecho.

En el despacho de Jasper había logrado mantenerse entera, pero en cuanto todo encajó, se levantó y prácticamente salió huyendo.

La pérdida de su madre la había destrozado. Habían sido increíblemente unidas. Por entonces acababa de dar a luz a Daphne; su madre apenas tuvo tiempo de sostener a su nieta en brazos. Y aun así… incluso entonces, había estado pensando en Nina. Porque sabía que algún día Nina se culparía por lo que había hecho. Porque el corazón de una madre entiende de antemano lo que significa tener un hijo propio…

El conductor guardó silencio, aunque Nina notó que la miraba de vez en cuando por el retrovisor. Se detuvieron en un semáforo; él se acomodó la gorra, dudó y finalmente preguntó con suavidad:

—¿Se encuentra bien, señorita?

Ella se secó las lágrimas con una mano temblorosa, intentando recomponerse. Era inútil.

—Perdón —susurró—. Es solo que… mi marido me engañó. No he podido evitarlo.

Una mentira. Una mentira fácil.

El conductor se recostó en el asiento y asintió, como alguien que ya había visto esa escena demasiadas veces.

—No se castigue —dijo con una calidez humana sencilla—. Si la engañó, no la merecía.

Ella intentó sonreír, pero solo le salió una exhalación rota.

—Es una mujer hermosa. Volverá a encontrar la felicidad, créame. Mujeres como usted no terminan solas.

Nina cerró los ojos. Sus palabras se sintieron como un salvavidas. Algo a lo que aferrarse para volver a la realidad.

—Gracias —susurró.

Tal vez tenía razón. Tal vez la felicidad aún existía en algún lugar más adelante. Pero en ese momento parecía estar terriblemente lejos. Como si estuviera de pie al borde de un acantilado, y la felicidad estuviera en algún lugar allá abajo, oculta bajo un agua oscura y helada.

***

En el camino a casa ya había llorado todo lo que llevaba dentro. Ahora solo quedaba el vacío. Y un dolor sordo que resonaba en su interior.

Cerró la puerta tras ella y, todavía vestida, caminó hacia el espejo del recibidor. Su reflejo la sobresaltó. Un rostro cansado, hinchado; los ojos enrojecidos por el llanto. Se rozó la mejilla con las yemas de los dedos, como si pudiera borrar el dolor así… pero, por supuesto, no pudo. Nada podía borrar eso.

Suspiró y se dirigió al salón. Y se quedó paralizada.

Daphne estaba sentada en el sofá, hecha un ovillo, llorando. Tenía los ojos hinchados, la nariz roja, el pelo revuelto y el rostro pálido.

—¿Pero qué demonios está pasando? —preguntó Nina, con la voz más dura de lo que pretendía. Pura sorpresa.

¿No se suponía que Daphne estaba en la universidad? ¿Cuándo había venido a la ciudad? ¿Por qué no había llamado?

Daphne levantó la cabeza de golpe, clavó la mirada en su madre y, al segundo siguiente, se puso de pie y corrió hacia ella.

—¡Mamá! —su voz temblaba, se le quebraba—. ¡Mamá, estoy en shock!

Todo el dolor, el pánico y el agotamiento de Nina desaparecieron en un instante. El corazón se le detuvo. ¿Qué podía haberle pasado a su niña?

—Daphne… ¿qué ha pasado? —Nina la rodeó con los brazos, acariciándole la espalda para intentar calmarla—. ¿Estás bien? ¿Te ha ocurrido algo?

La chica sollozó contra el hombro de su madre y luego se separó despacio, con los ojos brillantes.

—¡Tenías razón, mamá! ¡Lo siento!

Todo el cuerpo de Nina se tensó. Algo se le retorció dolorosamente por dentro.

—¿Razón en qué?

Daphne tomó aire de forma temblorosa; las manos le vibraban.

—Papá… —susurró—. Me dijo que volviera a casa por las vacaciones. Pensé que solo quería pasar tiempo conmigo. Pero luego dijo que quería presentarme a alguien importante…

El pulso de Nina se disparó.

—¿A alguien? —repitió con cuidado.

—Pensé que se refería al hijo del señor Norton —se apresuró a decir Daphne—. ¿Te acuerdas? ¡Te dije que me gustaba! Incluso le pedí a papá que quizá lo invitara… —la voz se le rompió; se secó las lágrimas con la mano—. Pero en vez de eso, él…

La respiración de Nina se entrecortó. Frank era capaz de cualquier cosa —eso lo sabía demasiado bien—, ¿pero con su propia hija?

—¿Qué hizo? —preguntó, mientras un frío terrible le recorría las venas.

Daphne la miró a los ojos, y el dolor que vio allí hizo que Nina quisiera gritar.

—Me presentó a su hijo —susurró—. Mamá… tiene cinco años. Cinco.

Nina se quedó helada. Una descarga fría la atravesó. Ella ya sabía de la existencia de ese niño; Frank no lo había ocultado demasiado bien. El hecho en sí no la sorprendía. Pero que hubiera decidido presentar a los hermanos… esa crueldad no la había previsto.

—Dijo que quiere que seamos amigos —sollozó Daphne—. Dijo que ese niño ahora es parte de nuestra familia. Que tengo que aceptarlo.

Nina inhaló despacio. Entendía lo duro que debía de ser para su hija. Daphne siempre había sido la niña querida, la única. No estaba acostumbrada a compartir el afecto de su padre ni su atención.

Y a Nina le dolió más de lo que esperaba darse cuenta de que lo que realmente había destrozado a su hija no era la infidelidad de Frank ni sus mentiras… sino la existencia de otro niño.

Como si Nina hubiera fallado de algún modo al criarla, como si no hubiera sabido enseñarle que el amor no es una competencia.

—No, cariño. No tienes que aceptar nada —dijo Nina con firmeza, mirándola a los ojos.

Daphne aspiró con fuerza, apretando los puños contra el dobladillo del suéter.

—Y Vivian… —continuó, con la voz temblando de amargura— dijo que ahora él es el heredero. Que papá haría cualquier cosa por él. Y que ahora… ahora yo ya no importo.

Nina cerró los ojos por un segundo. Por supuesto. Vivian. Cómo odiaba a esa mujer.

—Está mintiendo —afirmó Nina con voz fría y segura—. Tú eres la hija de Frank Osborne. Su sangre. Su familia. Nada puede cambiar eso. Nunca. Pero ten cuidado con esa mujer, Daphne. Es manipuladora y, si se lo permites, pondrá a tu padre en nuestra contra.

Daphne asintió, aunque el miedo seguía brillando en sus ojos: ese miedo a un mundo que se resquebraja bajo sus pies. Nina quería protegerla de todo aquello. Pero ¿cómo hacerlo cuando ella misma se estaba ahogando en el mismo caos?

—¿Y sabes qué hizo papá cuando lo enfrenté? —la voz de Daphne subió hasta rozar la histeria—. ¡Me ha reducido el límite de la tarjeta! ¡Diez veces, mamá! Así que supongo que ellos le importan más que yo.

Nina habló con calma, pero con firmeza:

—Respira, cariño. Ve a lavarte la cara —dijo suavemente—. Yo prepararé té y nos sentaremos a hablar de todo, ¿sí? Vamos a salir adelante. Te lo prometo.

Daphne asintió deprisa y se apresuró hacia el baño. Nina se quedó allí un momento más, viéndola desaparecer con las manos cerradas en puños. ¿Cómo podía Frank pensar siquiera que eso era una " buena idea "? ¿De verdad esperaba que Daphne aceptara a su amante y a su hijo de cinco años con los brazos abiertos?

Fue a la cocina y puso la tetera al fuego, pero las manos no dejaban de temblarle. Intentó calmarse… y no pudo. Agarró el teléfono y marcó el número de Frank. Ese bastardo podía hacerle lo que quisiera a ella, pero no tenía derecho a hacerle daño a su hija.

Para su sorpresa, él contestó.

—¿Qué pasa, Nina? —preguntó él con voz cansada, irritada.

—Frank, ¿qué demonios está pasando? —la voz de Nina se quebró de furia. Basta. Ya había soportado suficiente—. ¿Qué crees exactamente que estás haciendo? ¿Cómo pudiste hacerle eso a Daphne? Ya está sufriendo, y tú…

Él la interrumpió con suavidad:

—¿Qué es exactamente lo que hice?

Ahí estaba. Su táctica de siempre: obligarla a decir lo obvio para luego retorcerlo en su contra.

—¿Por qué le has presentado a nuestra hija a tu amante? —disparó Nina—. ¿Y encima has tomado partido por ella? ¿Le has reducido el límite de la tarjeta a Daphne porque no recibió con los brazos abiertos a tu nueva " familia "? ¿Porque se negó a celebrar tu aventura? —Su voz se volvió afilada—. Excelente trabajo. Ahora cree que tu nuevo hijo te importa más que ella. ¿Es esta tu forma de demostrarle que ahora es prescindible? Esto es entre tú y yo, Frank, pero deja a nuestra hija fuera. Ella no es mía. Es nuestra. Nuestra, por Dios. Y te estoy pidiendo que, por una vez, tengas en cuenta sus sentimientos. ¿O Vivian te ha susurrado algo al oído que te ha hecho estar dispuesto a sacrificar a tu propia hija? ¿A castigarla solo porque se niega a aceptar tu nueva realidad?

Silencio.

Casi podía oírlo pensar, calcular.

—Esto no es un castigo, Nina —dijo por fin—. Es educación. Daphne está creciendo. Tiene que entender que la vida no es una fuente infinita de gastos. No siempre voy a estar ahí para tomar decisiones por ella.

—¿Educación? —Nina se quedó helada—. ¿Llamas " educació n" a dejarla sin apoyo justo después de que descubre que tienes otro hijo? Se ha pasado la noche llorando, Frank. Está aterrada con la idea de que ya no la quieras.

Otro silencio largo. Su arma favorita.

—Nina —dijo él, suavizando apenas la voz, aunque seguía siendo fría—, siempre dramatizas todo. Daphne es mi hija. Su lugar en mi vida es incuestionable. Pero necesita entender que hay otras personas en el mundo. Y que a veces hay que aceptarlas.

Nina aspiró hondo para no gritar.

—¿Tiene que aceptar a Vivian? ¿A tu hijo con tu amante? ¿Hablas en serio? ¿Cómo esperas que se trague eso, Frank? ¿Tienes idea del dolor que le has causado?

—Daphne ya es mayor. Lo entenderá. Con el tiempo.

—¿Con el tiempo? —Su voz temblaba de rabia.

—Estoy pensando en el futuro, Nina —replicó él con brusquedad —. En criar hijos independientes, capaces de moverse en el mundo. Algún día me lo agradecerá. Y tendrá que aceptar que tengo otro hijo, un hijo al que amo tanto como a ella.

Nina se quedó en silencio. Algo pesado se asentó en su pecho.

—Te adoraba, Frank. Más que a nadie. Y ahora la has arrastrado a problemas de adultos que no le correspondían. No seas tan duro. Sigue siendo una niña. Sensible e ingenua.

—Siempre será mi hija. Se enfadará un par de días y luego volverá. Yo pago su universidad, su alojamiento, todo. No tiene muchas opciones. O pasa a formar parte de mi nueva familia, donde no hay lugar para ti… o—

No terminó la frase. No hacía falta.

—Algún día pagarás por esto, Frank —susurró ella—. Pero para entonces ya será demasiado tarde para pedir perdón.

Colgó. No tenía sentido seguir. Vivian lo tenía tan bien manejado que estaba dispuesto a desechar incluso a su propia hija.

—¿M… mamá? —sonó una voz suave a su espalda—. ¿Eras tú hablando con papá?

Nina se dio la vuelta de golpe. Daphne estaba a pocos pasos; ni siquiera la había oído entrar. Se recompuso rápidamente.

—Sí —dijo—. Y por si aún no te has dado cuenta, Daphne: tu padre ha congelado todas las cuentas relacionadas con nosotras, y esos rumores en la prensa… también son cosa suya. Tiene una nueva familia ahora y no le importamos en absoluto. Agradece que no nos haya quitado la casa.

Daphne la miró, pálida, temblando.

—Así que, por favor —continuó Nina con firmeza—, vuelve a la universidad después del receso, mantén un perfil bajo y aléjate de su radar. Si te invita a verlo, dile que tienes exámenes o entregas. Ahora mismo es mejor que te mantengas lejos.

Su tono fue duro —lo bastante duro como para que Daphne parpadeara, confundida—, pero Nina necesitaba que entendiera la verdad. Que viera con claridad en qué se había convertido su padre.

Y, muy dentro de sí, Nina temblaba ante otro pensamiento completamente distinto: ¿y si Frank y Vivian conseguían poner a

Daphne en su contra? Tenían el poder. Tenían la influencia. Y ya habían demostrado que no tenían conciencia alguna.

CAPÍTULO 32

Nina no podía permitirse cometer ni un solo error. Nolan había sido claro: Frank no debía enterarse de nada todavía. Así que tenían un plan.

Condujo hasta un centro comercial. Los hombres de Frank siempre la vigilaban, pero nunca se acercaban demasiado. No caminaban detrás de ella, no entraban en las tiendas, no se mantenían a la vista. Se quedaban atrás, observando desde la distancia —por lo general aparcados cerca de la entrada de algún restaurante—, intentando pasar desapercibidos.

Y justo eso era lo que ella pensaba aprovechar.

El aparcamiento subterráneo estaba abarrotado. Eligió a propósito una plaza rodeada por todos lados, sin espacios vacíos cerca. De ese modo, quienes la seguían tendrían que buscar dónde aparcar, dándole a ella un margen de tiempo. No podrían seguirla de inmediato.

Apagó el motor y salió enseguida. Sin dudar. Los ascensores estaban al otro extremo del garaje y tenía que llegar rápido. El corazón le latía con fuerza en el pecho, pero no lo dejó ver. Caminó con calma entre los coches, directo hacia los ascensores. Las puertas se abrieron y se deslizó dentro.

Nina exhaló. Fase uno: completada.

Un sedán blanco ya la esperaba en la entrada principal. Subió deprisa y cerró la puerta. Al volante estaba un hombre de unos cuarenta años, con una chaqueta oscura. Le hizo un breve gesto concentrado, sin apartar la vista de la carretera.

—Alex —se presentó de forma escueta. Nolan había dicho que era de confianza.

—Bien. Vamos —respondió Nina, recostándose en el asiento.

Arrancaron con suavidad y, por primera vez en todo el día, sintió que podía respirar libremente.

En el centro médico, la ansiedad volvió a dispararse. Estaba aterrada de que realmente la declararan mentalmente inestable.

Relajarse era imposible. Sentada en el despacho del doctor, miraba las paredes blancas, haciendo todo lo posible por no delatar su nerviosismo. El miedo era irracional —lo sabía—, pero estaba ahí, arañándole por dentro.

¿Y si de verdad estaba rota? ¿Y si Frank la había convencido durante tantos años —y a todos los demás— de que algo no estaba bien en ella, que ahora nadie creería lo contrario?

Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor de los reposabrazos. Exhaló despacio.

—Está nerviosa —observó el médico con calma. Era un hombre mayor, con gafas de montura fina.

Ella esbozó una sonrisa contenida.

—Sería raro no estarlo.

Él la examinó con atención, como si leyera cada miedo no dicho.

—No se preocupe. Empezaremos con evaluaciones básicas. No tiene que demostrar que está cuerda, Nina. Solo tiene que ser usted misma.

Asintió. Solo ser ella misma.

Un par de horas después, todo había terminado. Bajó de nuevo al aparcamiento en el ascensor. Seguía igual de lleno. Se subió a su coche y arrancó… pero en cuanto salió, vio un Mercedes negro que le resultó demasiado familiar.

Al día siguiente iría a un spa. Saldría por la puerta de servicio. Repetiría la misma maniobra. La clave era no dejarse atrapar. Las dos semanas siguientes iban a ser un infierno absoluto. Sentía como si hubiera entrado en una especie de mundo criminal.

Solo que el jefe no era un desconocido. Era su propio marido.

***

El teléfono vibró en su bolsillo y ella lo sacó de inmediato. Era Nolan.

—Tenemos que vernos —dijo sin rodeos. Su voz era estrictamente profesional.

Nina exhaló y cerró los ojos un instante.

—De acuerdo. ¿Dónde y cuándo?

—¿Qué tal una cena?

Nina frunció levemente el ceño. ¿Cena? Normalmente él le pedía que pasara por su almacén en los muelles.

—Me parece bien —respondió—. ¿Dónde y a qué hora?

—Cuando quieras —dijo con calma—. Tengo reservada una sala privada en un sitio. Nadie nos verá ni nos oirá allí.

Por supuesto. Muy propio de Nolan. Siempre lo planeaba todo al detalle.

—Perfecto. ¿En una hora?

—Me sirve.

Colgó y dejó el teléfono a un lado. La cabeza le seguía zumbando con el caos de Frank, Daphne y Jasper. Pero no había alternativa. Si quería ganar esta partida, tenía que seguir avanzando.

Bajó del coche y alzó la vista hacia la fachada del restaurante. La ciudad nocturna brillaba, reflejada en los enormes paneles de cristal. La recepcionista la miró con cortesía.

—Buenas noches.

—Tengo una reserva —dijo Nina—. A nombre de Nolan Cross.

Ella asintió, revisó la tableta y volvió a mirarla. —Por supuesto. Por aquí, por favor.

La condujo más allá del comedor principal. El lugar era claramente caro. Se detuvieron frente a una puerta de madera al final de un pasillo silencioso.

—Su acompañante ya la espera —dijo el maître.

Nina respiró hondo y empujó la puerta. Dio un paso dentro… y se quedó paralizada. Jasper estaba sentado a la mesa.

Sus miradas se cruzaron al instante, y ella supo de inmediato que él tampoco esperaba verla. Un destello de sorpresa cruzó su rostro, pero se recompuso enseguida, ladeando un poco la cabeza, como evaluándola.

—Nina —dijo con tono arrastrado, recostándose en la silla, con una leve sonrisa en la comisura de los labios.

Sus dedos se tensaron alrededor de la correa del bolso. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba Nolan? ¿Y qué hacía Jasper allí? La puerta se cerró a su espalda, aislándola del mundo exterior.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, sosteniéndole la mirada.

Jasper arqueó una ceja, como si él se hiciera la misma pregunta.

—Podría preguntarte lo mismo —respondió con calma—. He venido a cenar.

Ella apretó los labios.

—¿Y dónde está Nolan? —preguntó, obligándose a respirar con regularidad—. Él organizó una reunión conmigo aquí.

Jasper parpadeó, y su expresión cambió.

—Ah —dijo con naturalidad, como si algo acabara de encajar—. Eso explica por qué no quiso aplazar nuestra reunión.

Ella frunció el ceño, aún de pie junto a la puerta, incapaz de avanzar por alguna razón que no entendía.

—¿Qué quieres decir?

Jasper sonrió con suficiencia, recorriéndola con la mirada.

—Dijo que estaba ocupado. Ahora veo perfectamente cómo pasa su tiempo libre —respondió, inclinando un poco la cabeza.

El corazón de Nina dio un salto extraño, agudo. ¿Jasper pensaba que había algo entre ella y Nolan? ¿De lo contrario, a qué venían esas insinuaciones?

—Siéntate, ya que estás aquí —dijo con facilidad, casi con desgana—. Nolan debería llegar en cualquier momento. Suele ser muy puntual cuando se trata de reuniones con mujeres.

Ella no se movió. Se quedó clavada junto a la puerta, con la tensión apretándole el pecho. Jasper la observaba con atención, pero ella no lograba descifrar qué se escondía tras sus ojos.

La sala estaba claramente insonorizada. Demasiado privada. Demasiado íntima.

No. No iba a quedarse allí a solas con él.

—Yo… necesito ir al baño primero —dijo, apartando la mirada—. Para retocarme un poco.

Jasper sonrió, pero no comentó nada.

Ella se giró, alcanzó el pomo de la puerta y, justo en ese instante, la puerta se abrió de golpe y chocó de lleno contra el pecho de alguien.

Le llegó un aroma intenso a tabaco mezclado con una colonia cara.

Nina alzó la cabeza.

Nolan estaba justo delante de ella, sonriendo como si todo fuera de lo más normal.

—Oh, Nina. Ya estás aquí.

Ella tragó saliva. Luego su mirada se deslizó por encima de su hombro, y captó el destello de sorpresa en los ojos de Nolan.

Así que no lo había planeado. Al parecer, Jasper sí había aparecido sin invitación.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó Nolan a Jasper, frunciendo el ceño.

—Supuse que habías elegido una cita en lugar de los negocios —respondió Jasper con frialdad—. Así que te localicé. Aquí es donde sueles traer a tus mujeres; no fue difícil adivinar dónde encontrarte.

Nolan soltó una risa breve, negó con la cabeza, pero no respondió. En su lugar, entró en la sala privada, cerró la puerta tras ellos y le indicó a Nina que se sentara.

—Vamos, Nina. No te quedes en la puerta. Siéntate.

Ella dudó un segundo, luego se dejó caer en la silla. Cruzó una pierna sobre la otra y se recostó.

Nolan se volvió hacia Jasper, que claramente no tenía ninguna intención de marcharse.

—Esto no es una cita, es una reunión de negocios —dijo Nolan con ligereza. Y añadió, sonriendo—: Pero si tienes curiosidad por los detalles, siéntete libre de quedarte. Tú también eres una parte interesada, ¿no?

Jasper entrecerró los ojos. ¿Nolan estaba insinuando algo entre ella y Jasper? Dios… ¿sabía lo que había ocurrido años atrás?

No. Si lo supiera, no estaría bromeando así.

—No estoy involucrado en este asunto —dijo Jasper con sequedad —. He venido a continuar la conversación que empezamos ayer.

Nolan sonrió con suficiencia y abrió el menú, pero Nina sentía su atención clavada en ella, observando, disfrutando de su creciente incomodidad.

Esperó un segundo, luego suspiró con fuerza y apoyó las manos sobre la mesa.

—¿Podemos ir al grano? —preguntó con voz firme—. No tengo mucho tiempo, y preferiría que cualquiera que no tenga nada que

ver con esto salga de la sala.

Jasper alzó lentamente una ceja.

—¿Ajena?

Ella sostuvo su mirada sin apartarse.

—Sí. Y lo siento, Jasper, pero aquí no te necesitamos.

Nolan soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Vaya, mira eso, Garth. Una mujer acaba de dejarte fuera… sin piedad.

Jasper le lanzó una mirada oscura, permaneció inmóvil un instante más y luego exhaló despacio. Empujó la silla hacia atrás, se levantó y se dirigió a la puerta.

Ella por fin se permitió relajarse cuando esta se cerró tras él. Pero solo por un momento. Se volvió hacia Nolan.

—Bien. ¿Por qué querías verme?

—Los resultados de la evaluación estarán listos pronto —dijo Nolan con calma, inclinándose hacia delante—. Eso significa que ha llegado el momento de la fase dos.

Algo se tensó en su interior.

—¿Fase dos?

Nolan asintió.

—Necesitamos un motivo para activar una auditoría de la empresa de Frank Osborne.

Ella parpadeó, sin entender del todo.

—¿Una auditoría?

—Sí —apartó el menú y se recostó—. Alguien tiene que iniciarla. Idealmente, mediante una denuncia formal.

—¿Una denuncia?

Repitió la palabra, aún sin tener claro hacia dónde se dirigía todo aquello.

—Es sencillo, Nina —dijo él, entrelazando los dedos y mirándola con una leve sonrisa—. En cualquier empresa grande —y especialmente en una como la de tu marido— siempre hay irregularidades financieras. Desvío de fondos. Licitaciones falsas. Dinero canalizado a través de empresas pantalla. Solo es cuestión de tiempo antes de que alguien señale el punto correcto.

Ella guardó silencio, procesando la información.

—¿Pero quién puede iniciar realmente una auditoría?

—Hacienda —respondió Nolan encogiéndose de hombros—. Si reciben una denuncia de un empleado o de un socio comercial, normalmente la inspección llega bastante rápido.

Sus labios se apretaron.

—¿Me estás sugiriendo que encuentre a alguien dispuesto a denunciarlo?

Nolan sonrió.

—¿Encontrar? Dudo que tengas que buscar mucho. Estoy seguro de que Frank tiene bastantes enemigos dentro de su propia oficina.

Ella se recostó en la silla y exhaló despacio.

—¿Eso es… legal?

Nolan soltó una breve risa.

—¿Presentar una denuncia ante las autoridades tributarias? Completamente legal… siempre que existan motivos legítimos. Este movimiento nos ayuda a sacarlo de la empresa. Y una vez que empiece la auditoría, los cargos por fraude y delitos financieros no tardarán en aparecer.

Ella apartó la mirada, pensativa. ¿Podría servir Robert Stanfield? No. No quería arrastrarlo a esto. Se había retirado en silencio tras años de servicio.

—Tienes a alguien en mente, ¿verdad? —preguntó Nolan, observándola con atención.

Nina permaneció callada. Entonces un nombre cruzó su mente.

—Tanya Graves —dijo al fin.

—¿Y quién es?

—La exdirectora financiera —respondió Nina, deslizando los dedos por la superficie de la mesa—. Trabajó para mi padre casi diez años. Después de su muerte, Frank la despidió. Creo que descubrió algo que no debía.

Lo recordaba con claridad: alrededor de un año atrás, quizá un poco más, Frank estaba furioso todo el tiempo, insultando a Tanya, llamándola una molestia que no dejaba de husmear.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé. La última vez que supe de ella, estaba impugnando su despido en los tribunales.

Nolan sonrió, satisfecho.

—¿Ves? Y estabas preocupada porque no teníamos candidatos.

Nina soltó un suspiro silencioso.

—¿Y ahora qué?

—La encontramos —dijo Nolan—. Y tú hablas con ella.

Ella alzó la mirada de golpe.

—¿Yo?

Nolan se inclinó hacia delante. Su voz se suavizó, pero la determinación en sus ojos no vaciló.

—Sí. Porque si yo me acerco a ella con esto, me cerrará la puerta en la cara. Pero tú… tú eres la esposa de su antiguo jefe. La parte perjudicada. Para ella será más fácil escucharte. Estáis en el mismo barco.

Nina apretó los labios, pensativa.

—Eso es arriesgado.

—Es necesario.

Guardó silencio, repasando mentalmente todos los posibles desenlaces.

—De acuerdo —dijo por fin—. Encuéntrala.

Nolan sonrió, complacido.

—Ya estoy en ello.

CAPÍTULO 33

Salió del restaurante y aspiró hondo el aire fresco de la noche. La conversación con Nolan seguía zumbándole en la cabeza, y la irritación por Jasper no había desaparecido.

Lo único que quería era llegar a casa, meterse en un baño caliente y no pensar en nada durante unas horas. Pero cuando llegó al lugar donde había dejado el coche, el estómago se le desplomó.

Había desaparecido.

Se detuvo en seco, recorriendo la calle con la mirada, incrédula.

—¿Dónde demonios está? —susurró, intentando encontrarle sentido a la situación.

Recordaba perfectamente dónde había aparcado: justo allí, junto al bordillo. Había muchos otros coches alrededor. ¿Alguien había forzado el suyo y se lo había llevado? Imposible. ¿A quién se llama en una situación así? ¿A la policía?

Volvió a mirar a su alrededor y, entonces, una voz tranquila sonó a su espalda:

—Se lo ha llevado la grúa.

Se sobresaltó y se giró de golpe. Jasper estaba a unos pasos de distancia, con las manos en los bolsillos, observándola con una diversión imposible de disimular.

—¿Qué? —parpadeó, segura de haber oído mal.

—Aparcaste junto a un paso de peatones —dijo con calma, ladeando la cabeza—. Así que sí, tiene sentido que se lo llevaran.

Lo miró, atónita.

—Eso no puede ser.

Echó un vistazo al área de aparcamiento frente al restaurante. Ni un solo hueco libre. Aparcar en el centro era una pesadilla, y ella había hecho exactamente lo mismo que todo el mundo: dejar el coche junto al bordillo. ¿Por qué el mío fue el único que se llevaron?

La rabia le prendió de golpe. Clavó la mirada en él.

—¿Y cómo demonios sabes que se lo llevó la grúa?

—Lo vi —respondió con calma.

—¿Y te quedaste ahí plantado viendo cómo se llevaban mi coche? —Su voz se elevó sin que pudiera evitarlo.

Él se encogió de hombros, con una media sonrisa.

—Es tu coche. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

—¡Podrías haberme llamado! —replicó ella, notando cómo le subía el calor a la cara.

Jasper ladeó la cabeza, como si lo estuviera considerando.

—¿No me pediste que me fuera y no interfiriera mientras tú y Nolan discutíais asuntos muy importantes?

Ella apretó los puños. Se estaba divirtiendo.

—Tú…

—¿Qué decías? —Alzó una ceja.

Rodó los ojos y exhaló con fuerza, obligándose a tranquilizarse.

—Vale —dijo entre dientes—. ¿Dónde está el maldito depósito?

—Hay una aplicación para eso. Dame el móvil y la descargo.

Se lo entregó, irritada, cruzó los brazos y esperó. Jasper se tomó su tiempo: deslizando el dedo, tocando la pantalla, sin ninguna prisa.

—Te llevo a casa —dijo con naturalidad.

Ella parpadeó.

—No, gracias —respondió al instante.

—No tienes coche.

—Me las arreglaré perfectamente —dijo con firmeza—. Llamaré a un taxi.

—Se te acaba de quedar sin batería —dijo, devolviéndole el teléfono—. No puedes llamar a un taxi.

—Perfecto —murmuró, apretando el móvil—. Pararé uno en la calle.

—Es tarde —señaló Jasper—. Estás sola, sin coche y sin móvil. No es un gran plan.

—Estaré bien.

—Seguro. Solo asegúrate de pedirle el número al conductor para que sepa dónde buscar tu cuerpo.

Ella resopló.

—Sabía que los médicos teníais un humor raro, pero el tuyo es pésimo.

—Eso no es humor, Nina. Son estadísticas —respondió con tono neutro—. ¿Quieres saber cuántas mujeres acaban en urgencias después de subir a falsos taxis? ¿O cuántas no vuelven a aparecer jamás?

Se tensó. ¿Intentaba asustarla o era alguna versión retorcida de preocupación?

—Gracias, pero no necesito tus historias de terror.

—No son historias. Es mi trabajo.

Nina puso los ojos en blanco.

—Ah, claro. El médico salvador. Salva vidas, opera corazones y ahora patrulla las noches para rescatar mujeres varadas.

—Si quisiera controlarte —replicó con calma, inclinando ligeramente la cabeza—, no lo verías venir. Solo te ofrezco la opción más segura. Una que no termina contigo desapareciendo.

Ella apretó los labios y miró a su alrededor. La calle estaba casi vacía. Tarde, silenciosa… y ni rastro de un taxi. Por supuesto.

—Me hablas como si tuviera cinco años —espetó.

—Si supieras cómo funciona el mundo —dijo con sequedad—, no aparcarías junto a un paso de peatones.

—¡No sería un problema si no se lo hubieran llevado!

Él alzó una ceja.

—Lógica impecable.

Suspiró y cruzó los brazos con más fuerza.

—¿Sabes, Jasper? Llegas un poco tarde para empezar a preocuparte por mí. ¿Y desde cuándo eres tan moralista? La única persona de la que de verdad debería tener miedo eres tú. ¿De verdad quieres que me suba a tu coche en mitad de la noche? ¿Se te ha olvidado lo que pasó la última vez? —La voz se le quebró.

El silencio cayó entre ellos, espeso, cargado. El pasado era imposible de ignorar.

—Desde fuera parecéis una pareja de verdad —dijo una voz con ligereza—. Incluso discutís como marido y mujer.

Ella se sobresaltó y se giró. Nolan estaba a unos pasos, claramente entretenido. Una sonrisa burlona le curvaba los labios,

aunque su mirada era afilada, analítica, como si los estuviera estudiando.

Jasper se irguió al instante. La ligereza desapareció, sustituida por una frialdad distante.

—¿No te has quedado ya el tiempo suficiente? —preguntó Jasper, seco.

Nolan soltó una risita.

—Solo quería ver cómo manejabais esto. Ya que no podéis, intervendré yo.

La miró, ladeando la cabeza.

—Vamos. Te llevo a casa.

Jasper se tensó de inmediato.

—No —dijo con dureza, dando un paso al frente y bloqueándole la vista—. A Nina no le conviene que la vean contigo.

Ella asomó la cabeza por encima de su hombro, mirando de uno a otro. Jasper estaba rígido, concentrado. Nolan, en cambio, parecía divertido y completamente relajado.

—Si necesitas algo, llámame —dijo Nolan de pronto, serio. Los observó un instante más, como si decidiera si era seguro dejarlos solos, luego se encogió de hombros y se marchó.

Ella soltó el aire, notando cómo la tensión aflojaba un poco. Jasper observó a Nolan alejarse y luego volvió a mirarla, esperando.

Y ella cedió.

—Entonces —preguntó cansada, cuando el agotamiento por fin venció a la irritación—, ¿dónde tienes el coche?

—Vamos.

Él se giró hacia el aparcamiento, y ella lo siguió.

CAPÍTULO 34

Nina dejó escapar un suspiro brusco, pero aun así se metió en el coche.

Jasper cerró la puerta tras ella y rodeó el capó. Ella se quedó mirando a través del parabrisas oscuro, intentando comprender cómo su vida había llegado de pronto a ese punto.

No había respuesta. Solo un zumbido bajo de ansiedad y una tensión sutil que se instaló en su interior en el mismo instante en que Jasper se sentó al volante y dio un leve golpecito con los dedos sobre el cuero del volante.

El coche arrancó con suavidad y Nina se puso el cinturón.

El silencio llenó el habitáculo. Él parecía deliberadamente concentrado en la carretera, sin mirarla ni una sola vez. Ella, en cambio, estudiaba su perfil por el rabillo del ojo: la línea marcada de la mandíbula, la nariz recta. Todo en él le resultaba familiar y, maldita sea, desesperadamente sereno.

Quería decir algo. Lo que fuera, con tal de romper la tensión. Pero tenía la lengua pegada al paladar. La discusión frente al restaurante la había dejado demasiado expuesta y, si hablaba ahora, de su boca saldría ácido en lugar de palabras.

Solo empezó a relajarse cuando vio que el coche giraba por una calle conocida.

Su calle.

—¿Cómo está Lynn? —preguntó Nina en voz baja, incapaz de contenerse. Su voz fue poco más que un susurro.

Los dedos de Jasper se tensaron en el volante; su mirada se afiló.

—Teníamos un acuerdo —dijo con frialdad—. No preguntas por ella.

Nina se estremeció.

—No le deseo ningún mal —replicó—. Es solo… curiosidad. Me importa.

Él giró la cabeza bruscamente hacia ella. Su mirada era cortante como una cuchilla.

—Debería haberte importado antes. Antes de dejarla en un orfanato.

Las palabras la golpearon como un puñetazo.

Nina apretó los dientes y volvió la vista hacia la ventana. Respirar se le hizo imposible. Tenía razón… y, aun así, ¿cómo se atrevía? Si las cosas hubieran sido distintas… ¿habría entregado a la niña? ¿Era el único con derecho a ser cruel?

Pasaron unos segundos largos. Luego Jasper, soltando un aliento áspero, se disculpó.

—Lo siento —dijo con voz ronca, sin apartar los ojos de la carretera—. No era necesario.

El dolor no se disipó, pero al menos ya habían llegado. Nina vio su casa y se desabrochó el cinturón, lista para salir disparada en cuanto el coche se detuviera.

—Gracias por traerme —dijo en voz baja, abriendo la puerta.

Jasper abrió la boca para decir algo… pero no tuvo ocasión.

Unos hombres se abalanzaron sobre el coche desde ambos lados. Llevaban capuchas que ocultaban sus rostros; sus movimientos eran rápidos y precisos. Uno de ellos abrió de un tirón la puerta del conductor y sacó a Jasper a rastras. Nina se quedó paralizada.

—¡Eh…! —se le escapó, pero el sonido se perdió entre los golpes sordos y pesados.

Lo tiraron al suelo y empezaron a patearlo. Jasper intentó incorporarse, pero eran demasiados.

—Más te vale mantenerte alejado de las mujeres de otros —dijo uno de ellos con frialdad—. Esta noche es solo una advertencia. Ignórala y la próxima vez no te irás caminando.

No lo asimiló de inmediato.

¿Era cosa de Frank? ¿O acaso Jasper tenía una mujer casada?

—¡Voy a llamar a la policía! —gritó Nina, el primer pensamiento que le cruzó la mente, pero alguien la empujó con fuerza. Cayó contra el coche, el hombro golpeó la carrocería. Le dolió, pero el miedo ahogó la sensación.

Jasper se dobló por un golpe en el estómago. Alguien apuntaba claramente a su cara.

Todo ocurrió demasiado rápido: sombras en movimiento, impactos apagados, las respiraciones ásperas de Jasper.

Y entonces todo cambió.

El chirrido agudo de unos neumáticos rasgó la noche. Un todoterreno negro frenó bruscamente cerca. Cuatro hombres saltaron fuera. Uno llevaba una pistola táser; otro, una porra. Se lanzaron al ataque y los agresores retrocedieron al instante.

—¡Mierda, moveos! —ladró alguien.

Se dispersaron y salieron corriendo.

Nina seguía en el suelo, apoyada contra el coche. El corazón le martilleaba, el aire se le quedaba atrapado en el pecho, todo el cuerpo le temblaba.

Uno de los hombres se acercó a Jasper y lo ayudó a ponerse en pie.

—Señor Garth, ¿se encuentra bien?

Jasper hizo una mueca y se pasó la mano por la mandíbula, arrastrando la sangre por la cara.

—¿Dónde demonios estabais? —roncó—. ¿Para esto es la seguridad que paga Nolan? Un minuto más y estaría muerto.

El hombre frunció el ceño, pero respondió con calma.

—Usted nos dijo que mantuviéramos las distancias. Que no llamáramos la atención. Estábamos a cien metros. Llegamos un minuto tarde. Impresiona el daño que han conseguido hacer en sesenta segundos… —añadió con sequedad—. Parece que no ha boxeado en su vida.

—No me lo esperaba —murmuró Jasper—. No me dio tiempo a prepararme.

Solo entonces se volvió hacia Nina. Ella aún no se había levantado; temblaba mientras lo miraba a él… a la sangre en el pómulo, al cuello desgarrado de la camisa. El miedo y la rabia se le enredaban en el pecho.

Jasper dio un paso hacia ella y preguntó con voz áspera:

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Ayúdenla —ordenó Jasper a uno de los guardias. No fue él quien la tocó.

El hombre le ofreció la mano de inmediato. Nina la aceptó y se puso en pie despacio, con las rodillas temblándole.

—Estoy bien —dijo en voz baja—. Solo… dame un minuto.

Jasper respiraba con dificultad, apoyando las manos en las rodillas. La sangre seguía deslizándose por su barbilla.

—Encontrad a esos bastardos —ordenó con dureza—. Quiero saber quiénes son.

—Nuestros hombres ya les siguen la pista —respondió alguien por la radio—. Pillaremos al menos a uno. Tenemos la zona cerrada.

—Genial —masculló Jasper.

Nina dio un paso más cerca, aún incapaz de creer que aquello estuviera ocurriendo de verdad.

—Necesitas un hospital —insistió—. ¿Y si tienes una costilla rota? La nariz la tienes claramente rota.

—Sobreviviré —gruñó él, limpiándose la cara con la manga y extendiendo aún más la sangre. Se enderezó despacio, con una mueca, y asintió a uno de los guardias—. Dejad a un par de hombres aquí. Vigilad la casa de Nina hasta que sepamos quién ha sido.

—Entendido.

Nina escuchaba sin poder ordenar el caos de sensaciones: gratitud, miedo, ira, impotencia. Probablemente todo a la vez. Quiso ofrecer algo, invitarlo a pasar. Tenía un botiquín, vendas, antiséptico, hielo en el congelador. Pero cuando abrió la boca, las palabras se le secaron.

Él volvió a mirarla. La rabia había desaparecido; solo quedaba el cansancio.

—Está bien —dijo en voz baja—. Entra en casa, Nina.

Ella tragó saliva.

—De acuerdo —respondió suavemente—. Gracias.

Se dio la vuelta y caminó hacia la casa. Ya en el jardín, se detuvo y apoyó la espalda contra el tronco frío de un árbol. El corazón aún le iba desbocado, las palmas húmedas, las piernas clavadas al suelo.

Jasper y sus hombres debieron de pensar que había entrado. Sus voces llegaban ahora con claridad.

—Hemos atrapado a uno —dijo una voz desconocida—. Ha cantado enseguida. La orden venía de Frank Osborne.

Nina se quedó helada.

—Parece que no sabía quién eras —continuó el hombre—. Solo tenían que asustar al tipo que estaba ligando con su mujer.

Siguió una risa seca y breve.

—Vaya —respondió Jasper con ironía.

Nina se llevó una mano al pecho. El corazón se le desplomó hasta el estómago. Era Frank. ¿Cómo se atrevía? Se estaban divorciando. Todo había terminado. Él la había traicionado, había abandonado a su familia. ¿Y ahora quería verla indefensa?

Nina tragó saliva con dificultad. ¿De verdad estaba dispuesto a llegar tan lejos solo para asegurarse de que ella ni siquiera pensara en seguir adelante?

Aquello no era celos. Era posesión: enfermiza, peligrosa y destructiva.

CAPÍTULO 35

Nina se deslizó dentro de la casa, cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella. Solo entonces se dio cuenta de lo fuerte que le temblaba todo el cuerpo.

La casa estaba oscura y demasiado silenciosa. Parecía como si las paredes absorbieran el miedo y el shock que aún le recorrían el cuerpo. Sin quitarse siquiera el abrigo, avanzó hacia el salón encendiendo todas las luces a su paso. Necesitaba lavarse la cara; aquella noche había sido demasiado.

Aún no se había quitado el abrigo cuando el zumbido agudo del interfono rasgó el silencio y la hizo sobresaltarse.

—Maldición —murmuró, acercándose al panel.

La pantalla se encendió. Jasper estaba en la puerta. La luz del porche deformaba sus rasgos, haciéndolos parecer aún más duros. Miraba directamente a la cámara, y el escalofrío helado regresó.

—¿Qué? —preguntó Nina, pulsando el botón.

—Te dejaste el bolso en mi coche —dijo él con una calma excesiva, como si no lo hubieran pateado en el suelo minutos antes, como si ella no hubiera estado tirada en el asfalto a su lado.

Nina parpadeó. El bolso. Claro. Su maldito bolso.

—¿Sales a por él o me dejas pasar? —preguntó Jasper.

Nina miró la puerta de entrada.

—Salgo yo.

Salió al exterior. Jasper estaba a un par de metros. Bajo la farola, Nina vio el moratón violáceo extendiéndose por su pómulo. Tenía la cara algo hinchada y sangre seca en el labio. Y aun así… parecía increíblemente tranquilo.

Alzó la barbilla y, antes de poder evitarlo, las palabras se le escaparon:

—Menos mal que eres médico. Una mascarilla tapará ese desastre. Si trabajaras en una oficina, mañana asustarías a todo el mundo.

Jasper esbozó una media sonrisa, inclinando la cabeza.

—¿Tan mal está?

Nina se encogió de hombros y forzó una sonrisa fina. Un amargor extraño le subió por la garganta. Él le tendió el bolso. Nina lo tomó y, por un segundo, sus dedos rozaron los de él.

—Gracias —dijo en voz baja.

Jasper asintió, y en ese instante Nina se sorprendió pensando en lo bien que estaría tener cerca a un hombre que simplemente… protegiera. Alguien fuerte. Estable. Alguien que se hiciera cargo de las cosas. No como Frank. Alguien más parecido a Jasper: seguro, sereno, siempre en control. El tipo de refugio que tanto necesitaba.

Excepto que Jasper tampoco encajaba. No era mejor que Frank. Tal vez era peor. Frank le había cortado el alma. Y Jasper… Jasper la había destrozado por completo.

Nina apartó la mirada y se volvió hacia la puerta, dispuesta a entrar. Pero entonces, sin saber por qué, las palabras se le escaparon:

—¿Quieres pasar de todos modos?

Jasper se quedó inmóvil. Y Nina tuvo ganas de darse una patada.

—Quiero decir… al menos lávate —añadió rápido, tapando la vergüenza con una preocupación apresurada—. Deberías ponerte hielo. La cara la tienes… muy hinchada.

Él la miró durante unos largos segundos. Luego, de pronto, dijo:

—Vale.

Nina se estremeció ante la facilidad de su respuesta. Un silencio incómodo y cargado quedó suspendido entre ellos. Ninguno parecía saber qué hacer a continuación. Ella se apartó para dejarlo pasar. Jasper entró en la casa en silencio. Sin miradas de más. Sin palabras innecesarias.

Había cometido un error. Pero ya era demasiado tarde para deshacerlo.

En el salón, Nina volvió con un botiquín y una bolsa de hielo y los dejó sobre la mesa.

—Toma —dijo por encima del hombro—. Hielo y el botiquín. Eres médico. Ocúpate tú.

Ni siquiera se dio la vuelta. Dio un par de pasos atrás y se quedó allí, con los brazos cruzados, esforzándose por no parecer nerviosa. Por alguna razón, su presencia era como un pulso eléctrico: pequeñas descargas que le recorrían la espalda, directas hasta el fondo.

Unos minutos después, Jasper salió del baño tras lavarse la cara. Tenía la mejilla y la barbilla enrojecidas, y la hinchazón bajo el ojo se veía espantosa.

—Perdón —dijo, acomodándose la ropa—. He manchado tu toalla.

—No te preocupes —respondió Nina encogiéndose de hombros, sin girarse—. Tengo lavadora. Y empleada doméstica.

Jasper soltó una risa baja y se dejó caer en el sofá con un gesto de dolor.

—¿Seguro que no tienes nada roto? —preguntó Nina.

—Sobreviviré —murmuró él, abriendo el botiquín.

Sacó un blíster y lo examinó con el ceño fruncido. Luego otro. Y otro más.

—Esto está caducado. Esto también. Y esto… esto debería haberse tirado hace siglos.

Siguió sacando envase tras envase, y en menos de un minuto había un montón de medicamentos inútiles sobre la mesa de centro.

—¿Cuándo fue la última vez que revisaste esto? —preguntó, alzando la mirada hacia ella—. Deberías reponerlo. O al menos tirar todo lo que tenga fecha de caducidad anterior al milenio.

—Aquí no nos enfermamos mucho —contestó Nina con rigidez—. El botiquín no es precisamente el objeto más popular de la casa. Por suerte.

Él esbozó una sonrisa ladeada, que se transformó en una mueca cuando volvió a presionar el hielo contra el rostro.

El silencio entre ellos se volvió cargado; no pesado, sino intenso. Demasiado íntimo. Nina exhaló despacio, apartando la mirada. No quería mirarlo, pero aun así él atraía su atención.

—Creo que lo único aprovechable aquí son las tiritas con dibujitos —dijo él, dejando un frasco a un lado—. Incluso el agua oxigenada está caducada.

Nina se sonrojó. Se inclinó de inmediato, agarró el botiquín, metió todo de cualquier manera dentro y lo cerró de golpe.

—Son para mi hija, ¿vale? —murmuró—. Pasó por una etapa en la que le daban miedo las tiritas normales; decía que mordían. Las de sirenas estaban bien. Compré tantas que aún me quedan.

La casa quedó en silencio por un segundo. El estómago de Nina se encogió. Él estaba en su casa. En su sofá. Mirándola como si recordara… como si aún recordara exactamente cómo había sido todo. Cómo respiraba ella. Cómo temblaba. Cómo la había destrozado.

Jasper se puso de pie de golpe. Nina vio cómo tragaba saliva, cómo se le movía la nuez. En su rostro se mezclaban el cansancio y algo que ella no supo nombrar.

—A veces pienso —dijo de pronto— que si las cosas hubieran sido distintas… si yo hubiera sido distinto… quizá podríamos haber tenido una vida juntos. —Su mirada se perdió en algún punto vacío—. Probablemente nos habríamos cruzado de todas formas. Íbamos a la misma universidad. Es una locura, ¿no? —Soltó una breve exhalación áspera, cargada de dolor.

Ella se quedó inmóvil. Él seguía sin mirarla. Hablaba al aire.

—Lo siento —añadió en voz baja—. Me voy.

Ella no lo acompañó a la puerta. Él la encontró solo.

Nina se quedó donde estaba, de pie en medio del salón, incapaz de entender por qué habían sido arrastrados de nuevo a la misma órbita. Por qué ese hombre —que en apariencia era completamente normal, que había criado solo a una hija maravillosa— había perdido el control una sola vez…

Y por qué esa única vez los había arruinado para siempre.

CAPÍTULO 36

Jasper cerró la puerta tras de sí y se detuvo en el recibidor, obligándose a respirar hondo. Las llaves tintinearon al caer en el cuenco de cerámica junto al espejo.

Desde el salón llegaba la luz. Entrecerró los ojos, avanzó despacio en esa dirección y se detuvo en el umbral.

—Sorpresa —dijo una voz antes de que él pudiera hablar.

Lynn se levantó del sillón. Llevaba una sudadera enorme, el pelo recogido en una coleta alta y una taza entre las manos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jasper alzando una ceja—. ¿No insististe en que te comprara tu propio piso para no, cito, " sentir que alguien te respira en la nuca "?

Lynn suspiró, dio un paso hacia él… y se quedó paralizada al mirarle bien la cara. Un segundo después, abrió los ojos de par en par.

—Papá… ¿qué te ha pasado? —su voz bajó a un susurro asustado —. ¿Te han atacado?

Él negó con la cabeza, cuidando de ocultar el dolor del cuerpo. Sobre todo el de las costillas. Probablemente debería pasarse por urgencias por la mañana: no parecía haber nada roto, pero una radiografía no estaría de más. Le habían dado una paliza. Lo que más le irritaba era el recuerdo de haber estado tirado en el suelo como un idiota inútil.

—No —dijo con ligereza—. Solo una mala sesión de *sparring* . Entrenamiento de boxeo. Uno de esos días en los que tu mandíbula es más lenta que el puño del otro.

Lynn cruzó los brazos y lo observó con atención.

—Estás mintiendo —dijo con calma—. No soy tonta.

Jasper sonrió… y al instante hizo una mueca de dolor. Y, no por primera vez, se dio cuenta de lo mucho que se parecía a Nina cuando se enfadaba. Demasiado.

—Vale, me pillaste —admitió, caminando hacia la cocina. Se detuvo y añadió por encima del hombro—: Decidí perseguir a una mujer guapísima. Resulta que estaba casada. El marido se enteró. Y este es el resultado.

Lynn parpadeó y luego puso los ojos en blanco.

—Eres ridículo —murmuró, cogiendo el botiquín que siempre estaba en la estantería de la cocina.

Jasper la observaba con algo apretándole el pecho. Ya estaba tan crecida. No le daba miedo la sangre. Y era demasiado buena leyéndolo.

—Lynn —dijo más bajo—, estoy bien. De verdad.

—No, no lo estás —replicó ella—. No si llegas a casa así y lo intentas tapar con bromas como un payaso.

—No bromeo —dijo él con sinceridad—. Tendré más cuidado la próxima vez. Te lo prometo.

Ella lo estudió durante un largo momento.

—¿Más cuidado con las mujeres —preguntó— o con sus maridos?

Jasper sonrió. La preocupación se suavizó un poco.

—Con ambos.

Ella resopló y fue a la cocina a por hielo. Jasper se dejó caer en el sillón, agotado.

—Toma —dijo Lynn, entregándole la bolsa de hielo. Él negó con la cabeza, sonriendo de lado.

—Demasiado tarde. Además… esa misma belleza casada ya me dio los primeros auxilios.

Lynn frunció el ceño, nada impresionada.

—Para ya. No tiene gracia.

Se sentó a su lado, dejó el hielo en la mesa baja y se quedó en silencio. La preocupación seguía en sus ojos y él sabía exactamente en qué estaba pensando.

Él también guardó silencio. Por dentro, todo hervía: no por el dolor, sino por la impotencia.

La muerte de su padre, seis meses atrás, había sido a la vez una liberación y una trampa. Con el negocio familiar habían venido también todos los tratos turbios de su padre. La presión empezó casi de inmediato. Pero Jasper no era su padre. Era cirujano. Salvaba

vidas; no limpiaba los desastres de criminales con más dinero que conciencia.

Se había negado. Y los problemas habían comenzado enseguida. Luego vino el intento de secuestro de Lynn.

Ella no sabía que ahora estaba vigilada las veinticuatro horas. Jasper había contratado a los mejores. Le dejó creer que había sido basura al azar, que no había sido el objetivo. Era más seguro así. Aun así, estaba asustada. Por eso seguía volviendo allí en lugar de quedarse en su propio piso. Jasper deseaba que todo terminara de una vez, que esos bastardos por fin lo dejaran en paz.

Lynn lo miró, luego volvió a coger el hielo y se lo ofreció con cuidado.

—Por primera vez en años me dices que te ha gustado alguien —dijo con la voz más suave—. ¿Pero por qué una mujer casada? ¿Quieres que me encargue yo? Entiendo a las mujeres mejor que tú.

Jasper soltó una carcajada… y al instante siseó, reprimiendo un gemido.

—No lo dudo —dijo—, pero me ocuparé yo.

—En serio —continuó ella, estirando las piernas sobre el borde del sofá—. Llevas años solo. Ya va siendo hora de que te cases. Mientras aún puedas tener otro hijo. ¿Querías tanto a mi madre que no puedes mirar a nadie más?

Jasper suspiró y miró al techo. El hielo se le resbaló del pómulo y lo atrapó al vuelo.

Lynn había sacado sus propias conclusiones hacía tiempo y él nunca la había corregido. Era más fácil así.

Ella le lanzó una mirada aguda, cómplice, luego bostezó y se estiró como un gato.

—¿Sabes? Aquí me siento más tranquila. Más segura. Duermo mejor. Puede que vuelva a mudarme. Y me aseguraré de que no ronden más mujeres casadas a tu alrededor.

Jasper sonrió de medio lado.

—Tienes sistema de alarma en cada ventana. Un botón de pánico. Dijiste que ya eras mayor… y aquí estás, volviendo a casa de tu padre después de dos meses.

—La seguridad no me prepara té de menta por la mañana —dijo ella, hundiendo la cara en un cojín—. Ni sabe que odio las tortitas. Tú sí.

Jasper se quedó en silencio. Se le cerró la garganta. Quiso decir algo sencillo y verdadero… pero las palabras no salieron.

—Soy muy afortunado por tenerte —dijo al fin.

Lynn alargó la mano y le apretó la suya. Pasaron unos segundos. Jasper notó cómo la cabeza de ella empezaba a vencerse. Estaba agotada. Preocupada. Cargando con demasiado. En eso se parecían.

—Bueno —dijo él, poniéndose de pie y dejando el hielo a un lado —. A la cama. Mañana toca madrugar.

—¿Y tú?

—Me quedaré despierto un rato. Tengo que hacer unas llamadas.

Ella bostezó y se fue a su habitación. Jasper la observó marcharse. Luego, sin encender la luz, volvió a hundirse en el sillón. Cruzó una pierna sobre la otra y cerró los ojos.

Maldición.

Nina no se le iba de la cabeza. Era grave. Y demasiado peligroso. Pero parecía que ya era demasiado tarde.

CAPÍTULO 37

Jasper avanzaba a toda prisa por el pasillo del hospital, desplazando el dedo por los resultados de laboratorio en la tableta. Estaba a punto de llegar al ascensor del personal cuando el ruido estalló desde Urgencias: gritos, órdenes atropelladas.

—¡Cuidado! ¡A la de tres… uno, dos, tres!

Jasper se giró. Una camilla. Sangre. Sanitarios corriendo a su lado. Habría seguido de largo… hasta que miró mejor a la paciente. Estaba inconsciente. El rostro magullado, un reguero de sangre bajándole por la sien.

Jasper se quedó helado. Eso no podía ser. ¿Por qué estaba Nina allí?

—¡Alto! —rugió, lanzándose hacia delante y agarrando a uno de los camilleros por el hombro—. ¿Qué le ha pasado?

Daniel lo miró, atónito.

—Accidente de tráfico. La ambulancia la ha traído hace cinco minutos. Está crítica. Sospechamos hemorragia interna. Está inconsciente; la llevamos directa a quirófano.

El corazón de Jasper se le subió a la garganta. El cuerpo se le quedó entumecido, pero la mente se le afiló, fría y clara.

—Quirófano tres. ¡En marcha! —ordenó—. ¿Dónde está el doctor Moore?

—Sigue en el ala quirúrgica.

—Corre. Tráelo. Que deje todo. Tú te encargas de ella, ¿entendido? —La furia en su voz le sorprendió incluso a él.

Jasper corrió junto a la camilla.

—Nina… —susurró, apenas audible—. Aguanta. Ni se te ocurra rendirte ahora.

Irrumpieron en preoperatorio. Jasper no podía apartar la mirada de ella: la sangre en la cara, los labios hinchados, los ojos cerrados.

—Vas a salir de esta —murmuró, obligándose a respirar—. Te lo prometo.

Se quedó junto a las puertas de cristal mientras el equipo la preparaba para la cirugía. Los dedos se le agarrotaron, la mandíbula se le quedó rígida.

—¿Doctor Garth? —se acercó una asistente—. Su cirugía empieza en diez minutos. Anestesia está lista.

Jasper giró la cabeza.

—Cancélala —dijo con voz ronca—. Diles que es una urgencia.

—Pero…

—No puedo hacerlo —confesó, sin rodeos—. Un cirujano necesita la cabeza despejada. Y la mía no lo está.

Ella asintió y se marchó. Jasper volvió a mirar las puertas cerradas del quirófano.

Las tres horas siguientes avanzaron a paso de tortuga. Se sentó en la sala de residentes, recorrió el pasillo, volvió a sentarse. Cada quince minutos detenía a una enfermera.

—Solo comprueba. ¿Todo va bien?

—Ahora mismo me informo, doctor —respondió Lila por tercera vez, con la preocupación a flor de piel.

Y Jasper volvía a quedarse solo. Caminando en círculos. Abriendo y cerrando el móvil. Intentando no pensar… y fracasando. Al final perdió la paciencia y fue a su despacho. Cerró la puerta de un portazo, pero la presión no cedió. Las sienes le latían como si el cráneo fuera a partirse. Cruzó hasta la cafetera, pulsó el botón y esperó a que cobrara vida. Le apetecía un cigarrillo, aunque le había prometido a su hija que lo dejaría.

Cuando el café estuvo listo, levantó la taza y olvidó que estaba caliente. Se quemó la lengua. Por décima vez en media hora, miró el móvil. Nada. Cogió un vaso de papel con agua y lo lanzó a la papelera. Se pasó la mano despacio por la cara.

Era médico. Estaba acostumbrado a actuar. Y en ese momento no dependía nada de él… y eso le enfurecía más que cualquier otra cosa. Abrió la agenda, encontró el nombre que buscaba. Llamó. Nolan contestó casi al instante.

—¿Jasper? Si llamas para volver a echarme la bronca por la programación de cirugías, elige otro día. Hoy ya es una mierda.

—Nina ha tenido un accidente de coche. La acaban de traer.

Silencio.

—¿Qué tan grave?

—Crítico. Está en quirófano.

Jasper respiró hondo y por fin dijo lo que llevaba conteniéndose.

—Necesito que muevas tus contactos. Averigua todo sobre el accidente. El otro conductor. De dónde salió. Qué pasó en realidad. Tengo un mal presentimiento.

—¿Crees que no fue un accidente?

—Conociendo a su marido… es posible.

—De acuerdo. Dame algo de tiempo.

—Date prisa, Nolan.

—Entendido. Te llamo en cuanto sepa algo.

Jasper apretó la mandíbula y se sentó en el borde del escritorio… justo cuando se abrió la puerta.

—Ha terminado —dijo Lila—. La cirugía ha sido un éxito. Está en la UCI. Estable.

Por primera vez en toda la noche, Jasper soltó el aire. El oxígeno, ausente durante horas, le llenó los pulmones.

—Gracias —dijo, mientras el cansancio caía sobre él como una losa.

***

Se despertó con la sensación de que había alguien cerca. Le dolía el cuello. Pero no había podido irse. Algo lo había retenido allí, negándose a dejarla sola.

—Papá, ¿has perdido completamente la cabeza?

La voz de Lynn. Un segundo después, estaba colocando delante de él unos recipientes con el desayuno y una taza de café. El olor a bollería caliente llenó el despacho.

—¿Por qué no viniste a casa? Ni siquiera estabas de guardia nocturna.

Jasper giró el cuello, se frotó la cara y frunció el ceño al mirarla.

—¿Y tú por qué no estás en la universidad tan temprano?

—Porque todo el hospital está cuchicheando sobre cómo perdiste el control por una paciente anoche —dijo ella, acercándole el café,

con la mirada afilada—. Incluso cancelaste una cirugía. Me preocupé, la verdad. ¿Qué está pasando, papá? ¿Quién es ella?

Jasper dio un sorbo al café. Justo lo que necesitaba. Miró por la ventana, evitando su mirada.

—Es solo alguien a quien conozco —dijo—. Decidí encargarme personalmente de su caso.

Lynn lo observó con escepticismo. No iba a explicarse… y, siendo sincero, él mismo no entendía del todo por qué la aparición de Nina en el hospital lo había sacudido de esa manera.

—Está bien —suspiró Lynn al fin—. Es tu decisión. Pero ¿siquiera dormiste? ¿Por qué no usaste la sala del personal? El sofá de allí no está mal.

—Estoy bien —cortó Jasper con brusquedad.

Se levantó y se puso una bata blanca limpia.

—Gracias por el desayuno. Vete, antes de que llegues tarde.

Ella sonrió, pero la preocupación no desapareció de sus ojos.

—De acuerdo. Me voy. Pero no creas que esta conversación ha terminado. Tengo toda la intención de averiguar quién es esa mujer… la que te tiene tan preocupado.

Jasper sonrió de lado, la acompañó hasta la puerta y la empujó suavemente hacia fuera.

—Ser adulta no anula el hecho de que sigo siendo tu padre y de que aún tienes que hacerme caso —dijo—. Déjalo y ve a estudiar.

Lynn se fue.

Jasper soltó un suspiro pesado y terminó su café. Miró el móvil. Aún no había ningún mensaje de Nolan, lo que significaba que no había información sobre el accidente. Eso lo inquietó. Tenía que ver a Nina con sus propios ojos.

Las rondas por la planta empezaban en diez minutos. Después iría a verla.

O… tal vez eso sería un error.

CAPÍTULO 38

Jasper estaba de pie frente a la sala de residentes, hojeando los resultados de laboratorio, con los dedos inquietos. La sensación de desasosiego no lo abandonaba: un nudo feo y persistente en el estómago que no lograba sacudirse. Una enfermera se detuvo a su lado y habló en voz baja.

—Doctor Garth, la paciente de la habitación cinco está despierta.

Se tensó de inmediato, obligándose a recuperar la calma profesional.

—Gracias. Iré a verla más tarde.

Lo que en realidad quería era ir ahora mismo. Verla con sus propios ojos. Asegurarse de que de verdad estaba bien. Entender qué había pasado. Pero venía una cirugía. El deber primero.

—Doctor Garth, ¿viene? —llamó la enfermera del quirófano, sacándolo de sus pensamientos.

Jasper asintió, pero se quedó quieto un segundo más. Tenía que recomponerse, pasar por la operación y solo entonces ir a ver a Nina. En ese momento la prioridad estaba clara: la vida de otra persona dependía de él.

La cirugía duró casi tres horas. Y durante todo ese tiempo, su mente volvía una y otra vez a Nina.

Cuando se quitó los guantes, lo inundó un alivio profundo: el procedimiento había salido bien, a pesar del caos que llevaba dentro. El equipo terminó y se preparó para trasladar al paciente a la UCI. Jasper salió del quirófano y se dirigió al ascensor.

Apenas había llegado a la puerta cuando esta se abrió… y Frank Osborne salió. Frank tenía el rostro sombrío. Ni siquiera se molestó en mirar alrededor, convencido de que Jasper era solo otro médico de ronda.

—¿Qué demonios haces aquí? —espetó Jasper, bloqueándole el paso. Ese bastardo no tenía nada que hacer allí.

Frank alzó la mirada. El reconocimiento cruzó su rostro, seguido de sorpresa. Recorrió a Jasper con una mezcla de desprecio apenas disimulado y una sonrisa satisfecha.

—Podría preguntarte lo mismo —respondió con calma—. Aunque tus motivos son mucho más interesantes que los míos.

Jasper entrecerró los ojos, con la irritación ardiendo en el pecho. Por culpa de ese hombre había pasado dos semanas ocultando el rostro tras una mascarilla para no asustar a los pacientes con los hematomas. Y ahora ni siquiera podía golpearlo como se merecía: no era el momento ni el lugar.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó con frialdad.

Frank dio un paso más cerca, bajando la voz hasta casi un susurro.

—No te hagas el tonto —dijo con suavidad burlona—. Sabes perfectamente quién es ella, ¿verdad? ¿Es algún tipo de excitación para ti, mantener contacto con tu víctima después de tantos años? ¿No te preocupa que toda esa mierda salga a la luz? ¿Y ella siquiera sabe quién eres tú? Lo dudo. Si lo supiera, no te dejaría acercarte a ella ni de broma.

Las palabras golpearon a Jasper como un puñetazo físico. El corazón le dio un salto. Claro que Frank lo sabía. Sobre el pasado. Sobre Nina. Los dedos de Jasper se cerraron con fuerza alrededor de la carpeta hasta doblar sus bordes. Sostuvo la mirada de Frank, sin permitir que nada se reflejara en su rostro.

—No tengo absolutamente ni idea de qué estás hablando —dijo con sequedad.

Frank soltó una breve risa cómplice, observándolo con atención.

—Vamos. Sabes exactamente a qué me refiero. Puedes jugar al héroe todo lo que quieras, Jasper, pero los dos sabemos lo que le hiciste. Así que deja el numerito del caballero noble. Los vi salir juntos de la gala benéfica. ¿Qué clase de juego estás jugando con mi esposa?

La rabia estalló en el pecho de Jasper, cegadora y afilada. Su autocontrol pendía de un hilo.

—Más te vale mantenerte bien lejos de ella —dijo con voz gélida, mirándolo de frente.

Frank sonrió con desdén mientras se acomodaba el puño de la camisa.

—Con gusto —respondió con ligereza—. Pero sigue siendo mi esposa. Y mientras eso sea así, tú no tienes nada que hacer cerca de ella.

Se dio la vuelta y se alejó sin prisa, dejando a Jasper inmóvil frente a la puerta cerrada de la habitación del hospital. La ira le palpitaba en el pecho. No deseaba otra cosa que borrar esa sonrisa arrogante del rostro de Frank Osborne.

Juró que llegaría el día en que le borraría esa mueca de la cara.

CAPÍTULO 39

Nina odiaba los hospitales.

Especialmente despertarse en uno: con un dolor sordo y martilleante en la sien y la sensación de que un tren de mercancías le había pasado por encima. Abrió los ojos con esfuerzo; los párpados le pesaban como plomo. Tenía la garganta seca, la cabeza zumbándole y el cuerpo… el cuerpo no se sentía suyo. Extraño. Ajeno.

Se movió apenas un poco —y el dolor estalló por todas partes, sobre todo en el costado. Nina intentó respirar más hondo y se estremeció al instante. Las costillas habían recibido un golpe serio.

Sus pensamientos estaban hechos un caos, pero una cosa la recordaba con claridad.

Iba conduciendo a la peluquería. Solo quería cortarse el pelo. Un pequeño reinicio.

Y entonces alguien la embistió a toda velocidad.

Debió de perder el conocimiento al instante por el dolor. Ni siquiera recordaba cómo la habían traído allí. Había despertado unas horas antes y se había enterado de que había estado a un paso de morir.

La puerta de la habitación se abrió y Nina giró lentamente la cabeza.

Jasper entró.

Parpadeó, sin estar segura de inmediato de si era realmente él o una alucinación: analgésicos, anestesia, su cerebro jugando malas pasadas.

Se acercó, con las manos en los bolsillos de la bata blanca. Tranquilo. Controlado. Seguro, como siempre.

Pero sus ojos eran distintos.

Había algo demasiado humano en ellos.

¿Preocupación?

Eso no podía ser.

—Hola —dijo en voz baja—. Estás en mi hospital. Vas a estar bien.

Nina intentó hablar, pero solo salió un sonido áspero y ronco.

—No te fuerces —añadió Jasper, acercándose a la cama—. Tuviste una hemorragia interna, pero ahora estás estable. Llegamos a tiempo.

Ella seguía mirándolo. El pecho le oprimía, pero no por el dolor: por la confusión.

¿Por qué estaba allí?

¿Por qué la miraba así?

—Por ahora, solo comida ligera —continuó, permaneciendo a su lado—. Si necesitas algo, dímelo. Yo te lo traeré.

Nina no dejaba de mirarlo. No podía apartar la vista. Las comisuras de sus labios estuvieron a punto de moverse, pero se detuvo antes de que se formara una sonrisa tonta.

¿Era preocupación?

¿Pero por qué?

¿Culpa? ¿Por lo que le había hecho años atrás? ¿No le habría resultado más fácil si ella simplemente hubiera desaparecido? Así podría respirar tranquilo por fin.

¿O…?

Se mordió el labio, intentando tragar el nudo que le subía por la garganta.

—¿Por qué… estás… aquí? —logró decir al fin. Su voz sonaba extraña, débil.

Jasper no respondió de inmediato. Solo la miró, y la intensidad de su mirada la puso nerviosa.

—¿No es mi responsabilidad? —dijo por fin—. Soy médico. Y tú eres mi paciente.

—En realidad —respondió Nina con voz ronca, insegura—, eres cirujano cardíaco. Y si no recuerdo mal, no estoy en tu servicio.

Jasper esbozó una sonrisa leve, torcida, y apartó la mirada, como si lo hubieran pillado. Luego frunció el ceño —solo un instante— y su rostro volvió a la máscara habitual, impenetrable.

—Solo quiero que estés a salvo —dijo en voz baja—. Aquí nadie puede tocarte.

Excepto tú, pensó Nina.

Porque, maldita sea, no sabía qué la asustaba más: él… o lo que sentía cuando estaba cerca.

Y seguía sin entender por qué hacía todo aquello.

Si era culpa, ella no la necesitaba.

Nina exhaló y volvió a mirarlo.

Su postura controlada.

Sus puños apretados.

La forma en que evitaba cuidadosamente detenerse en su rostro.

Estaba preocupado. Se notaba. Se sentía. Simplemente no entendía por qué.

—No eres la persona que quería ver primero después de volver de entre los muertos —dijo con una media sonrisa débil, intentando aliviar la tensión.

Jasper no le devolvió la sonrisa. Su expresión se volvió grave.

—Pero no fui el primero —dijo—. Vi a Frank. Estaba saliendo de tu habitación.

Nina se tensó. El corazón se le aceleró, los labios se le apretaron en una línea fina.

—¿Por qué vino? —continuó Jasper. Había rabia en su voz, y ella entendía por qué. Frank había ordenado el ataque contra él no hacía mucho.

Nina soltó un suspiro brusco, conteniendo apenas la irritación.

—Probablemente esperaba que no sobreviviera —dijo con amargura—. Y se decepcionó al verme viva. Mi muerte le habría facilitado mucho las cosas.

Jasper guardó silencio unos segundos. Luego dijo, con calma absoluta:

—Voy a asignar seguridad fuera de tu habitación, las veinticuatro horas. El acceso estará limitado únicamente a personal verificado.

Nina parpadeó, sin procesar de inmediato lo que había dicho.

—¿Qué…? ¿Por qué?

—Hasta que sepamos todos los detalles del accidente, es mejor no bajar la guardia.

Ella apartó la mirada. Ya sabía que tenía razón. Tanya Graves había reaparecido y aceptado cooperar… y al día siguiente, el

accidente. Y Frank había aparecido de inmediato, molesto, soltando comentarios velados.

—Jasper… —empezó a decir en voz baja.

Él alzó una mano, deteniéndola.

—Es decisión de Nolan —dijo—. No mía. Descansa. No te esfuerces.

Ella cerró los ojos unos segundos.

—Está bien —murmuró—. Gracias.

—Volveré a verte más tarde —dijo Jasper, tras quedarse un instante más. Luego salió y cerró la puerta detrás de sí.

Nina permaneció allí, mirando al techo, cuando Jasper regresó de nuevo.

Tenía el gesto sombrío. Concentrado. Algo no iba bien. Se acercó a la cama, pero no se sentó como antes: se quedó de pie, mirándola desde arriba.

Llevaba una semana allí y aún no lograba entender si su presencia la irritaba… o la calmaba.

Le traía comida, aunque la del hospital era decente. Cada mañana aparecía con un termo de comida casera. No sabía quién la cocinaba. A Nina le gustaba imaginar que era Lynn.

Daphne solo había llamado dos veces en toda la semana. Nina le dijo que estaba en el hospital, sin detalles; no quería preocuparla. Aun así, le dolía más de lo que quería admitir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nina al fin, con voz ronca, incapaz de soportar más el silencio.

—Quieren trasladarte —dijo Jasper, escueto—. A petición de tu familia.

Se quedó helada.

—¿Frank? —susurró.

Jasper asintió.

—Lo oí del jefe de servicio. Están preparando la documentación para llevarte a una clínica privada bajo la supervisión de un " m édico de familia". Sobre el papel, un marido atento. En realidad, un intento de aislarte.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—No voy a ninguna parte —dijo Nina con brusquedad—. Estoy consciente. No pueden hacer eso.

—Legalmente, sí puede —respondió Jasper con calma—. Sigues siendo su esposa. Hasta que te den el alta, tiene derecho a intervenir.

—¿Entonces qué propones?

Jasper exhaló, apretando los puños.

—Vendrás conmigo —dijo con firmeza—. Ahora mismo es el único lugar donde puedo garantizar tu seguridad. En tu estado no puedes salir del país. Tampoco puedes quedarte aquí. Ya lo he hablado con Nolan.

Nina lo miró, atónita.

—¿Por qué? —preguntó, incrédula—. ¿Qué estás intentando hacer?

Jasper sostuvo su mirada. Sus ojos eran de acero: firmes, inquebrantables.

—¿No te debo algo?

Ella soltó una risa corta, sin humor.

—¿De verdad crees que unos días bajo el mismo techo compensan lo que me hiciste? —dijo con dureza—. No voy a estar a solas contigo. Me destrozaste la vida, Jasper. ¿Y ahora me pides que lo olvide?

—No te estoy pidiendo que olvides nada —respondió en voz baja —. Ni a ti. Ni a mí.

—Entonces, ¿qué es esto? —se burló ella—. Sopas, guardias, vivir juntos. ¿Es tu manera de tranquilizar tu conciencia? ¿O estás aburrido? ¿Recordándote quién soy para ti? Soy tu víctima. No deberías estar cerca de mí. Me violaste.

La palabra salió de ella en un solo aliento —y Nina se quedó inmóvil.

Era la primera vez que la decía en voz alta.

Y la primera vez que se la decía a él.

Se miraron fijamente. Nina vio cómo se le marcaban las venas en los brazos. De pronto, la fuerza empezó a abandonarla.

El rostro de Jasper no se movió. Sus puños siguieron cerrados. Por una fracción de segundo, creyó que iba a estallar.

—Yo… —empezó ella, y se detuvo. La voz le temblaba.

—No estoy aburrido —dijo él con aspereza—. Y esto es un infierno. Cada encuentro contigo es como recibir un disparo. Porque sé exactamente qué piensas de mí. Y tienes todo el derecho.

Hizo una pausa y continuó, más duro:

—No te ofrezco ayuda por el pasado. Si no quieres quedarte conmigo, puedes ir a casa de Lynn. Está viviendo conmigo ahora. Nolan dice que el estatus de incapacidad se revocará en una semana. Y ahora mismo, Nina, no soy yo quien está destruyendo tu vida. Es tu marido. Mira a tu alrededor. Solo por un minuto, deja de vivir en el pasado mientras tu presente se desmorona.

—Fácil decirlo —se burló ella, con lágrimas resbalándole por las mejillas.

Jasper dio un paso atrás, hacia la puerta. Ya no la miraba.

—Piénsalo. Esperaré hasta esta noche tu decisión. Si dices que no, Nolan buscará otra opción. Pero esta es la mejor que tenemos. Frank sabe que está perdiendo; por eso está actuando a la desesperada.

Se fue, dejándola sola con el dolor en el pecho, ardiendo desde dentro.

Ya se arrepentía de haber perdido los estribos.

Él tenía razón, al menos en una cosa: su presente se estaba derrumbando.

Pero Jasper Garth seguía siendo la razón por la que estaba rota desde el principio.

CAPÍTULO 40

Sacaron a Nina por la salida de servicio.

Era un acceso exclusivo para el personal: un pasillo estrecho, sin ventanas. Llevaba un pijama hospitalario y una chaqueta negra masculina, demasiado grande, que Jasper le había traído. Una mascarilla médica desechable le cubría casi todo el rostro. Uno de los hombres de seguridad de Nolan iba delante; otro empujaba la silla de ruedas. Jasper se mantenía en algún punto detrás de ellos. Nina sentía su mirada ardiéndole en la nuca.

Tenían prisa.

—Ya casi estamos —dijo el hombre de delante al abrir otra puerta.

El corazón le martilleaba, pero no tenía miedo.

Estaba escapando del hospital. De Frank.

Una ambulancia los esperaba fuera. Uno de los hombres de Jasper abrió la puerta y la ayudó a subir, acomodándole con cuidado una manta sobre las rodillas. Todo era preciso, coordinado. Nadie hablaba.

—Lo está llevando muy bien —dijo una mujer con bata blanca al subir tras Nina. Las puertas se cerraron. Nina alcanzó a ver los ojos preocupados de Jasper—. Soy Irina, enfermera. Estaré con usted un tiempo.

Nina asintió. Quería estar sola, pero no era una opción. Jasper lo había organizado todo. No había visto antes a esa mujer, pero Jasper había insistido en que Irina era de confianza.

Nina la observó con más atención. Un poco más joven que ella. Hermosa. Cabello negro como el ala de un cuervo. Un pensamiento indeseado cruzó su mente: ¿qué relación tenían?

La ambulancia avanzó suavemente por la ciudad dormida. La sirena permanecía apagada; se movían con calma, sin urgencia. Nina no veía la carretera, pero notó cuándo dejaron el centro: el ruido urbano se apagó, las curvas se volvieron más amplias, el aire del interior más fresco.

Iban a casa de Lynn.

Nina aún no entendía cómo había aceptado aquello. Por dentro, todo se le había hecho un nudo duro.

¿De verdad iba allí?

—¿Está cómoda? —preguntó Irina, devolviéndola al presente.

—Sí —respondió Nina en voz baja—. Gracias.

Irina ajustó la manta y la miró como si fuera algo frágil, de porcelana. A Nina le resultó profundamente incómodo.

La ambulancia tomó un último giro. El sonido bajo las ruedas cambió: el asfalto dio paso al crujido suave de la grava. La parada fue limpia, casi silenciosa.

Se abrieron las puertas traseras y una luz intensa le golpeó el rostro. Tras el interior en penumbra, le escoció en los ojos. Nina entrecerró los párpados y respiró hondo el aire fresco.

—Con cuidado —dijo un guardia, ofreciéndole la mano.

La ayudó a bajar. El dolor se encendió de inmediato, sobre todo en el costado izquierdo: espeso, pesado, obstinado. Las piernas le flaquearon, pero Nina se sostuvo. No quería parecer débil.

Reconoció la casa al instante. La misma en la que había visto a Lynn por primera vez.

Jasper no había venido con ellas. Después de su última conversación, había mantenido la distancia por completo. Toda la comunicación pasaba ahora por Nolan.

Irina pasó un brazo por debajo del de Nina y la ayudó a llegar a la puerta.

—Jasper dijo que puede elegir cualquier habitación —le informó —. Si necesita que compremos algo, solo dígalo. Me encargo yo.

Jasper.

Solo Jasper. No el doctor Garth.

Por alguna razón, le dolió. Nina se soltó el brazo con irritación y entró sola en la casa. El ánimo se le agrió al instante, pese a que la huida había salido perfecta. Frank no tenía ni idea de dónde estaba ahora.

Nina exhaló con fuerza y se dejó caer en un sillón blando, mirando a su alrededor. El lugar era cálido. Vivido.

Y pertenecía a su hija.

Se movió por la casa como si estuviera en un museo, con miedo de tocar nada, de alterar el equilibrio de otra persona.

Cuadros modernos y caros cubrían las paredes. Las estanterías estaban llenas de libros. Junto a la escalera había un jarrón con ramas de algodón. Nina quiso rozarlas con los dedos, pero no se atrevió.

Irina estaba siempre cerca. Nunca invasiva. Nunca hacía preguntas. Traía las pastillas, el agua, le tomaba la tensión y luego volvía a su teléfono, tecleando a una velocidad asombrosa.

Nina fue una paciente ejemplar. Tomó la medicación a su hora, durmió cuando se lo indicaron, fingió que estaba bien. Solo quedaban unos días de tratamiento; Jasper había escrito un plan detallado y había añadido: «No te saltes ni una sola dosis».

Más tarde, aquella misma tarde, Nina entró en el salón y reparó en un álbum en una de las estanterías. Antiguo. Tapa de tela. Esquinas gastadas. Bordes dorados.

Sus dedos lo alcanzaron solos.

Lo llevó al dormitorio, cerró la puerta y se sentó en la cama.

La primera foto era de Lynn.

Pequeñísima. Con pijama de búhos. El pelo revuelto. Un chupete en la boca.

Luego, un poco mayor. Sonriendo. Un vestido de lunares.

En otra foto, Jasper la llevaba a hombros, riendo, mientras Lynn estiraba los brazos hacia el cielo.

Nina pasó página tras página. Fiestas. Días corrientes. Jasper y Lynn en el parque, junto al árbol de Navidad, en la cocina —harina en la nariz de él.

Había tanta luz en esas imágenes.

Tanto amor.

Y se rompió.

Primero le ardió la nariz. Luego se le escapó una sola lágrima, y todo se vino abajo. Nina apretó el álbum contra el pecho y lloró —en silencio, contra la almohada, como una adolescente.

Durante todos esos años, Lynn había crecido sin ella. Era una madre terrible. Había enviado a su hija a un orfanato y había fingido que no la había llevado nueve meses dentro.

Nina no supo cuánto tiempo pasó. Una hora. Quizá más.

Llamaron suavemente a la puerta.

—Nina, ¿está bien? —preguntó Irina en voz baja, con preocupación.

Nina se secó la cara deprisa con la manga.

—Sí —dijo—. No hay de qué preocuparse.

Irina no insistió. Se fue. Y Nina se quedó. A solas con un pasado que, resultó, no había estado escondido en su cabeza.

Vivía en esas fotografías. En la risa de una niña que nunca había oído.

Lynn.

Su hija.

Y Nina no sabía si Lynn alguna vez podría perdonarla.

CAPÍTULO 41

Nina estaba atrapada en un sueño extraño del que no conseguía liberarse.

Alguien la llamaba. Al principio era un susurro, luego un poco más fuerte. Intentó obligarse a abrir los ojos, pero sentía que se hundía, como si algo la arrastrara hacia abajo. Y entonces fue como un empujón seco en el pecho.

—Nina.

Abrió los ojos de golpe y un grito fuerte, aterrado, se le escapó de la garganta. Una figura se alzaba en el dormitorio en penumbra. Alta. Un hombre.

¿Jasper?

¿Qué hacía allí?

El corazón le golpeaba en el pecho. Instintivamente, Nina agarró la manta y se la subió hasta la barbilla.

—Lo siento —dijo Jasper de inmediato, retrocediendo un paso y levantando las manos—. No quería asustarte. Llamé a la puerta… no contestabas.

—¡Claro que no contestaba, estaba dormida! —espetó ella, todavía intentando recuperar el aliento. Le temblaban las manos—. Es por la mañana. ¡La gente duerme por la mañana!

—Es casi mediodía —respondió él con calma.

Nina lanzó una mirada al reloj.

11:40.

Maldita sea.

Se había dormido cerca del amanecer, agotada de tanto llorar. Seguramente tenía un aspecto horrible. Miró hacia la ventana. Las cortinas seguían corridas, creando la ilusión de que el sol aún no había salido.

Se pasó una mano por el pelo y lo miró con desconfianza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz ronca, con la ansiedad y la irritación enredadas.

Jasper estaba de pie en medio de la habitación —ya no resultaba tan aterrador, pero seguía estando completamente fuera de lugar—.

Sabía que la casa, técnicamente, era suya, pero ¿no había prometido no molestarla? ¿Y era normal que ella estuviera en la cama mientras él estaba ahí plantado?

—Irina dijo que te oyó llorar toda la noche —dijo en voz baja—. Así que vine. ¿Te duele algo? ¿Necesitas un médico?

Nina negó con la cabeza, mordiéndose el labio.

—Yo… no lloraba por eso —admitió—. No hace falta preocuparse. Estoy bien.

Él asintió y apartó la mirada… y entonces vio el álbum sobre la mesilla. Estaba abierto por la página del décimo cumpleaños de Lynn.

Y Nina lo supo al instante: lo había entendido todo.

Su expresión no cambió, pero ella vio cómo se le tensaba la mandíbula. Dio un paso hacia ella, y Nina apenas logró reprimir el impulso de apartarse.

—¿Tú…? —Se aclaró la garganta con aspereza—. ¿Has mirado el álbum?

Ella no respondió.

No fue capaz de admitir que había pasado la noche sollozando por las fotos de la hija a la que había abandonado. En lugar de eso, giró el rostro y apretó los dientes.

El silencio se volvió pesado, insoportable. Solo se oía su propia respiración y el tic-tac lejano de un reloj.

Jasper no dijo nada.

Se acercó a la mesilla. Sus dedos se detuvieron un instante sobre las páginas gruesas antes de cerrar el álbum y cogerlo.

Sin mirarla, fue hasta la ventana y descorrió de un tirón las cortinas pesadas. La luz brillante inundó la habitación. Nina entrecerró los ojos y alzó una mano instintivamente para protegerse: era demasiado.

—He traído comida —dijo con tono apagado, de pie junto a la ventana—. No sabía qué te gusta, así que he cogido un poco de todo. Caldo de pollo, crema, gelatina de frutas, pescado, tortitas. Postres. Comerás algo.

Nina asintió, sin entender del todo adónde llevaba aquello.

Se dirigió a la puerta y luego se detuvo, como si recordara algo, girando ligeramente la cabeza.

—He mandado a Irina a casa por hoy. Vístete. Tienes que tomar la medicación.

Nina se quedó sentada en la cama, mirando a la nada mucho después de que la puerta se cerrara, incapaz de ordenar sus pensamientos. Por dentro, todo era un nudo: vergüenza, irritación, ansiedad… y algo más.

Algo que no quería nombrar.

Al final, se levantó y fue a ducharse.

El agua caliente ayudó un poco.

Luego se dio cuenta de que no había cerrado la puerta del baño… y, por alguna razón, el pánico le estalló dentro. Salió apresuradamente de debajo de la ducha y se envolvió en una toalla.

Estaban solos en la casa.

Solo ella y Jasper.

Eso volvió a asustarla.

Aunque él no le había dado ni un solo motivo para temerle en todo ese tiempo, el pasado seguía persiguiéndola. ¿Podía una persona ser un monstruo y cambiar de repente?

Estudió su reflejo en el espejo.

Piel pálida. Ojeras oscuras bajo los ojos. Parecía una mujer a la que acababan de arrancar del borde de la muerte.

Lo cual, técnicamente, era cierto.

En lugar de vestirse sin más, Nina también se arregló el pelo. Demasiado cuidadosamente. Los mechones caían suaves, enmarcando su rostro. Se miró al espejo… y por primera vez en mucho tiempo, le gustó lo que vio.

De vuelta en el dormitorio, frunció el ceño.

Casi no tenía ropa allí. Antes no le importaba: pijamas, sudaderas enormes, pantalones cómodos. Pero ahora…

Se quedó frente al armario.

Al final eligió la opción más presentable que tenía: un conjunto de punto suave, color crema cálido. Le quedaba bien, cómodo pero arreglado. Había pensado pedir ropa por internet, pero estaba

demasiado agotada incluso para pensar en eso. Se había puesto lo que le daban.

En el salón, la mesa estaba puesta con cuidado. Los cubiertos colocados con precisión. Una tetera blanca y dos tazas. Jasper estaba en la cocina, cortando algo.

Delante de Nina la esperaba un cuenco hondo de caldo de pollo, una rebanada de pan blanco. Y pastillas. Un vaso de agua al lado.

Se detuvo, sin moverse.

—Siéntate —dijo Jasper con voz neutra, sin girarse.

Ella obedeció y se sentó despacio.

—Ni siquiera me preguntaste si tenía hambre —murmuró, mirando el cuenco.

Él por fin se volvió y la miró directamente.

—Si no tuvieras hambre —dijo—, no habrías salido del dormitorio.

Una sensación extraña la recorrió, como si pudiera leerla hasta la sangre. Nina bajó la mirada, nerviosa, y cogió la cuchara. Tenía razón. Tenía hambre.

Quiso decir algo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—No tienes que… —empezó.

—No, no tengo que hacerlo —la interrumpió Jasper—. Pero lo hago igual.

Ella guardó silencio. Todo lo que se le ocurría sonaba torpe, fuera de lugar.

—¿Por qué? —susurró al final.

Jasper se sentó frente a ella y cogió su taza de té. Durante un momento, simplemente la observó comer.

—Porque una vez me convertí en alguien que nunca quise ser —dijo—. Y ahora, la única manera que tengo de empezar siquiera a compensarlo es cuidarte hasta que todo esto termine.

Nina lo miró. Su rostro estaba sereno, pero en sus ojos titilaba una tensión contenida. Controlaba cada emoción, cada movimiento… y aun así ella lo veía: algo dentro de él ardía, irreversible.

—Estás demasiado tranquilo para alguien que hizo lo que tú me hiciste —dijo, incapaz de pronunciar la palabra.

—Mi calma no significa que lo haya olvidado —respondió Jasper —. Lo recuerdo todo. Y créeme, pago por ello todos los días. No volvamos a abrir un tema tan doloroso.

Nina se quedó inmóvil.

—El silencio no te va a redimir.

—No —asintió él—. Pero es lo único a lo que tengo derecho ahora mismo.

Ella apartó la mirada.

—¿No tienes trabajo? —murmuró—. Si tienes tiempo para venir hasta aquí solo para traerme comida…

—Me he tomado el día libre —dijo Jasper, dando otro sorbo al té y cogiendo una tostada con queso.

—¿Y decidiste pasarlo conmigo? —se burló Nina.

Comieron en silencio. Ya no quedaba nada que decir. Nina se sorprendió a sí misma relajándose un poco. Curiosamente, estar cerca de Frank ahora mismo habría sido mucho más peligroso que estar cerca de Jasper. Se estaba escondiendo de su marido de veintidós años… no del hombre sentado frente a ella.

—Tómate la medicación —dijo Jasper—. Ya vi los resultados de tu ECG. Añadí un par de recetas. Nada grave, pero en tu caso no viene mal. Y procura no estresarte tanto.

Nina esbozó una sonrisa torcida.

—¿Ahora también eres mi médico de cabecera?

No tuvo tiempo de responder.

La puerta principal se abrió de golpe.

Ambos giraron la cabeza al mismo tiempo.

Lynn.

¿No había dicho Jasper que hoy no volvería?

Su mirada se posó primero en Nina. Luego en los platos sobre la mesa, la tetera, el conjunto de punto color crema, las zapatillas de casa. Poco a poco, la sonrisa desapareció del rostro de Lynn.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Jasper con suspicacia, desabrochándose la chaqueta y dejando caer la mochila al suelo—. Me dijiste que se había reventado una tubería y que aún no podía volver. Pero no veo a ningún obrero. Ni agua saliendo disparada de las paredes.

Jasper se tensó.

—Justo iba a decirte que ya está todo arreglado —respondió con tono neutro—. Pasé a comprobarlo y liquidé con los trabajadores.

—Ah, ya veo cómo " liquidas " —sonrió Lynn con ironía, alternando la mirada entre él y Nina—. ¿Por qué estáis vosotros dos solos aquí? ¿En mi casa?

Nina se quedó helada y miró a Jasper.

¿Por qué no decía nada?

El corazón empezó a latirle más rápido. La incomodidad se volvió espesa. No se le ocurría ni una sola excusa.

Entonces Lynn chasqueó los dedos y sonrió.

—¡Ah! Claro… Vives en la casa de al lado, ¿no? ¿Cómo pude olvidarlo?

Entrecerró los ojos, observando a Nina con atención.

Jasper y Nina intercambiaron una mirada. Era evidente que él no sabía nada de aquella pequeña mentira de Nina… y se notaba. Lynn lo captó al instante.

—¿O no vives al lado? —frunció el ceño, formándose un pliegue entre las cejas—. Espera… —dijo despacio, como si las piezas empezaran a encajar—. ¿Seguiste a mi padre? No me digas que eres una de esas mujeres locas que lo acosan. ¿Por eso rondabas la casa? ¿Y aparecías en la clínica?

Nina no tuvo tiempo de responder.

Jasper se levantó.

—Nina trabaja para una compañía de seguros —dijo con firmeza, seguro, sin la menor vacilación—. Lleva tiempo intentando contactar con la dirección del hospital. Descubrió que yo soy el propietario y me localizó. Quería firmar un contrato. Le dije que no. Ella insistió.

Nina se quedó inmóvil.

—Claro —se burló Lynn, dejándose caer en una silla vacía—. Así que estáis " negociando ". A la hora de comer. A solas. En mi casa.

—Lynn —la advirtió Jasper.

—Papá, ¿te das cuenta de cómo suena esto? —miró a Nina—. Sé sincera. ¿Pasa algo entre vosotros, verdad? Esto es raro. Primero pierdes la cabeza cuando te enteras de su accidente, y ahora estás aquí tomando el té con ella…

Señaló la tetera con la barbilla.

Nina no pudo articular ni una palabra.

Era raro. Incómodo. Absurdo.

—Ya basta —dijo Jasper con dureza. Su voz era de acero, definitiva—. Tienes razón: tienes motivos para cuestionarlo. Pero no hace falta un interrogatorio. Nina y yo nos cruzamos por casualidad. Acababan de darle el alta y, en vez de descansar, estaba deambulando por la calle. La invité aquí para hablar de algunos asuntos que se cruzan entre nosotros.

Lynn se mordió el labio, guardó silencio un momento… y de pronto se echó a reír.

—Papá, ¿seguro que yo soy tu hija y no al revés? Porque parece que eres tú el que se está justificando ante sus padres después de que lo pillaran a solas con una chica.

Se rio, y Nina sintió cómo se aflojaba un poco por dentro.

—Hablemos de por qué te has saltado las clases —dijo Jasper.

—¿Qué? ¿Saltármelas? —Lynn se levantó de un salto, fingiendo indignación—. ¡Hoy solo teníamos tres!

—¿Y a qué hora termina la tercera, Lynn? —preguntó él con severidad.

Nina observó su intercambio desde un lado, con una sensación cálida y dolorosa expandiéndose en el pecho. Tenía unas ganas desesperadas de tocar a Lynn. De abrazarla.

Lynn volvió a mirar la mesa.

—Está bien, no me meteré —dijo con una sonrisa ladeada—. Cojo lo que he venido a buscar y me voy.

Jasper guardó silencio. Nina estuvo a punto de soltar el aire… pero Lynn se detuvo en la puerta y se volvió.

—Pero en serio, papá —añadió con una sonrisa traviesa—. No lo alargues más. Invita ya a Nina a salir. Hay tanta tensión entre vosotros dos que podríais abastecer a toda la ciudad.

Le lanzó a Nina una mirada rápida y subió las escaleras de un salto.

—Después de eso, creo que yo también debería irme —exhaló Nina, acomodándose la servilleta.

—La vista judicial es mañana —dijo Jasper con calma—. Después, Frank será detenido y podrás volver a casa. Bajo la protección de Nolan. Él mismo se pondrá en contacto contigo y te dará instrucciones.

Nina asintió.

—Todavía no me ha enviado la factura —recordó de pronto.

Jasper sonrió de lado.

—No te preocupes por eso —dijo—. Nolan nunca deja pasar una oportunidad.

CAPÍTULO 42

Nina salió de la casa junto a Jasper y Lynn.

Jasper estaba sombrío y en silencio. Nina se sentía inestable, caminando con las piernas flojas… y aún con zapatillas de casa. Las zapatillas venían con la ropa que le había traído la gente de Nolan.

Lynn cerró la puerta con llave y guardó las llaves en el bolso. Nina forzó una expresión despreocupada y, señalando hacia la calle, mintió:

—Vivo un poco más arriba —dijo, apuntando cuesta arriba—. Un par de casas nada más.

Lynn miró las zapatillas, el conjunto de punto, y apretó los labios, claramente tragándose otro comentario mordaz. Por suerte, no lo hizo. Se limitó a agitar la mano.

—Hasta luego, vecina.

Se quedaron en el camino hasta que el coche de Lynn desapareció al doblar la esquina. Solo entonces Nina pudo, por fin, soltar el aire.

—Dios —murmuró—. Casi me muero de vergüenza.

Jasper resopló a su lado, con las manos en los bolsillos, aparentando tranquilidad. El aire era fresco y Nina se abrazó a sí misma, en parte por el frío, en parte para esconder la incomodidad.

—Se ha convertido en una joven increíble —dijo Nina, mirando la calle—. Inteligente. Amable. Dulce. Atenta. Con la lengua afilada. Quizá incluso sea mejor que no la haya criado yo. O mi familia.

Jasper guardó silencio un momento y luego dijo:

—No estoy de acuerdo. Estoy seguro de que lo habrías hecho bien. Con dignidad. A tu manera. —Se volvió hacia ella—. No ha salido a mí. Su carácter es… completamente distinto.

Nina se giró y sostuvo su mirada. Él añadió:

—Después de conocerte, me di cuenta de que es igualita a su madre. Igual de terca.

A la palabra *madre* , algo dentro de Nina se tensó de golpe. La amargura se extendió al instante: en la lengua, en el pecho. Apartó la mirada.

—No creo que tenga derecho a llamarme su madre —dijo, poniendo en voz alta el pensamiento que más le dolía en ese momento.

Jasper no respondió.

Y, de forma extraña… su silencio sonó a disculpa.

***

La gente de Nolan fue a buscar a Nina el día de la vista.

Un SUV negro con cristales tintados, y otros dos vehículos detrás. Todo según el protocolo. Todo serio.

Le entregaron la ropa: una blusa blanca, un traje de pantalón entallado, tacones negros de charol. Todo le quedaba perfecto. No discutió: se cambió, se recogió el pelo en un moño bajo. Sin joyas. Ni rastro de maquillaje.

Se veía elegante. Fría. Casi intocable.

Y, aun así… sus ojos estaban vacíos, cansados. Pálidos como el papel. Como la sombra de quien había sido antes.

Cuando Nina salió de la casa, los dedos le temblaron levemente. Bajó los escalones del porche sujetándose a la barandilla. Los nervios estaban a flor de piel. Antes de subir al coche, miró la casa por última vez. Ese día llegaría un equipo de limpieza y borraría cualquier rastro de su estancia allí. Irina se había marchado una hora antes: se despidió brevemente y se fue. Nina había recogido sus cosas y dejado una bolsa junto a la puerta para tirarla con la basura.

Al llegar al juzgado, empezó a temblar. Las palmas sudorosas, los dedos agarrotados. Nolan le había asegurado que todo estaba bajo control, que las pruebas se volverían decisivamente contra Frank, pero aun así no lograba relajarse. Conocía demasiado bien a su marido.

Uno de los guardias le abrió la puerta. Nina bajó del coche, obligándose a mantener la espalda recta.

A no mostrar el miedo que le apretaba el pecho hasta darle náuseas.

No había dado ni dos pasos cuando lo vio.

Frank ya estaba allí.

De pie en el vestíbulo, con un traje impecablemente planchado. Sonriendo a alguien, como si no pendiera ninguna amenaza sobre su cabeza. Como si estuviera absolutamente seguro de su impunidad.

Sus miradas se cruzaron.

Nina se quedó paralizada.

Y se ahogó en el odio que vio en los ojos de él.

La miraba como a basura, algo que había que eliminar de su vida. Como una molestia. Un error. Un fracaso. Ni siquiera se molestó en fingir cortesía. Ni una sonrisa. Ni una pizca de arrepentimiento. Solo furia fría… y algo más. Oscuro. Posesivo. Como si ella todavía le perteneciera y se hubiera atrevido a desobedecerle.

Nina apenas logró contener el impulso de acercarse y abofetearlo.

¿Por qué no podían haberse separado como la gente normal? Marcharse sin más. Cada uno a su vida. Con calma. Sin escenas. Sin amenazas ni intrigas. Sin tribunales.

Pero no.

Él necesitaba destruirla. Humillarla. Asegurarse de que no le quedara nada. De que nadie la protegiera. De que no fuera nadie: sin dinero, sin contactos, sin poder.

Pero había calculado mal.

Porque ella seguía allí.

Porque, maldita sea, había tenido el valor de llegar hasta el final.

Y hoy, más que nunca, quería verlo caer.

Frank dio un paso al frente, como si fuera a acercarse a ella. La mandíbula tensa, la rabia ardiendo en los ojos. Pero el hombre a su lado le agarró el antebrazo, deteniéndolo. Se inclinó y le susurró algo con urgencia, mientras Frank seguía mirando a Nina.

Ella sonrió.

Sonrió y, con la cabeza bien alta, pasó a su lado junto a su seguridad y su abogado, entrando en la sala. La vista comenzaría en quince minutos.

La sesión empezó.

Nina se sentó recta como un alambre, los dedos clavados en los reposabrazos. Las palmas húmedas, la garganta seca. Pero no se permitió ni una sola emoción.

Era su lucha. Y estaba preparada para ganarla. Quizá lo habrían hecho. Si todo hubiera salido según lo previsto.

—Todos deben abandonar el edificio inmediatamente. Hemos recibido una amenaza de bomba. Se está procediendo a la evacuación. Por favor, mantengan la calma.

Durante un segundo, todo se congeló.

Luego estalló el ruido: sillas arrastrándose, gente moviéndose, voces alzándose. El juez ya estaba guardando los documentos en una carpeta. Todos se dirigieron a las salidas.

Y Nina…

Ella se quedó sentada. Sin creerlo. Sin entenderlo.

—Vamos —dijo su abogado en voz baja, tocándole el codo—. Vamos, Nina.

Se levantó como en una niebla.

Salieron de la sala y acabaron fuera, en las escalinatas del juzgado, donde ya se había reunido una multitud. Camiones de bomberos. Luces intermitentes. Artificieros. Equipos de emergencia. Uniformes por todas partes.

Era real.

O, al menos, lo parecía.

Nina estaba allí de pie, con los puños cerrados, furiosa. Ardiendo de impaciencia. Quería que aquello terminara hoy, pero no. Algún imbécil había llamado con una amenaza de bomba, y Nina estaba casi segura de que era otra falsa alarma. Cada día alguien avisaba de una bomba en una escuela o en una estación.

Giró la cabeza y se encontró con la mirada de Frank.

Estaba a cierta distancia, hablando con alguien y… sonriendo.

Sonriendo.

El mundo se inclinó. Nina sintió la sangre golpearle las sienes. No tenía ninguna duda de quién estaba detrás de aquello. Qué infantil.

Su abogado y los guardias estaban a su lado. El abogado entrecerró los ojos, mirando en la misma dirección, y chasqueó la lengua con irritación.

—Movimiento inteligente —dijo—. Clásico. Ganar tiempo. Comprar un par de semanas. Buscar una salida. —Hizo una pausa—. Hay alrededor de un noventa por ciento de posibilidades de que la vista se aplace.

Nina apretó los dientes.

—Lo odio —susurró.

Siguió mirando a Frank.

Él sabía que ella lo estaba mirando.

Sus ojos se encontraron y él alzó ligeramente una ceja. Burlándose de ella. Jugando con sus nervios.

—Estaré en el coche —dijo Nina—. Avísenme cuando algo se aclare.

Se giró hacia el todoterreno aparcado frente al juzgado.

En ese mismo instante, su teléfono vibró con un mensaje de un número desconocido:

Da marcha atrás o te arrepentirás. Todos conocerán tu pasado.

Nina cerró la mano con fuerza alrededor del móvil.

Intentaba rematarla. Pero ella ya no era la mujer que había sido antes.

Ahora era más fuerte.

CAPÍTULO 43

Ya había oscurecido.

Un coche de seguridad estaba aparcado junto a la verja. Dos hombres dentro; otro revisaba el perímetro.

Nina había vuelto a casa. A su casa. Donde todo resultaba dolorosamente familiar… y todo era suyo.

Se quitó el abrigo y fue directa al panel de seguridad. Las cámaras estaban activas. Entrada principal, porche, patio trasero: todo bajo vigilancia.

Soltó el aire despacio. No borró la ansiedad, pero la alivió un poco.

El día se le repetía en la cabeza. La vista aplazada la enfurecía. Quería libertad, y él seguía ganando.

Dejó el bolso en una silla y entró en la cocina. Se sirvió un vaso de agua, dio un sorbo… y en ese momento el teléfono se iluminó sobre la encimera. Número desconocido.

Nina se quedó inmóvil.

Durante unos segundos no se atrevió a responder. Su primer pensamiento fue Frank.

Pero ¿y si no era él?

Respondió de todos modos.

—¿Hola?

—Eh —dijo una voz ronca, ligeramente áspera.

Una descarga le recorrió el cuerpo del cuello a las yemas de los dedos. El corazón le dio un salto.

Era Jasper.

¿Cómo demonios había conseguido su número?

—Sal —dijo tras una breve pausa—. Vamos a dar un paseo.

Nina se tensó al instante.

—¿Salir… adónde? —preguntó, frunciendo el ceño—. Jasper, ¿de qué estás hablando?

—Estoy delante de tu casa —respondió con calma. Como si fuera lo más normal del mundo.

—Tienes que estar bromeando —dijo ella, caminando hasta la ventana y descorriendo la cortina. Por supuesto, no podía verlo más allá de la valla alta—. ¿No podríamos hablar simplemente por teléfono? —espetó.

—Tenía que sacar al perro de todos modos —dijo él, y ella percibió la sonrisa en su voz.

—¿No hay ningún otro sitio donde puedas pasearlo que no sea mi calle?

Él se rio. Por lo bajo. Y por alguna razón sonó… demasiado íntimo.

—Te espero —dijo, seco, y colgó.

Maldita sea.

Nina fue corriendo al espejo. Su reflejo parecía sobresaltado. Las mejillas ligeramente sonrojadas, el pelo suelto, sin joyas.

Abrió el joyero, descartó los pendientes grandes y llamativos. Eligió perlas. Pequeñas. Discretas. Clásicas.

Fue al armario, se quitó los pantalones negros estrictos que llevaba antes y se puso unos beige —tejido grueso, cintura alta—. Le quedaban de maravilla. Luego un jersey de cuello alto negro, metido por dentro. Encima, un abrigo color crema. Botines marrones de tacón bajo.

Una última mirada al espejo.

Nada mal. Demasiado bien, incluso. Como si fuera a una cita.

Se pasó un brillo transparente por los labios, oscureció ligeramente las pestañas.

Nina se quedó paralizada y frunció el ceño ante sí misma. ¿Qué estaba haciendo? ¿Desde cuándo se había vuelto tan atrevida?

Puso los ojos en blanco y aun así cogió unos guantes color crema. Hacía frío. Y el corazón le latía como si tuviera dieciocho años otra vez. Entonces él había sido el chico inalcanzable del que se había enamorado… y que resultó ser un cabrón. Ahora era un hombre capaz de dejarla sin aliento con una sola mirada.

Y maldita sea… estaba esperándola delante de su casa solo para hablar, mientras paseaba al perro.

De verdad estaba allí, junto a la entrada.

Chaqueta gris. Vaqueros oscuros. Botas robustas. Una correa en una mano y un juguete de perro con forma de conejo —claramente muy usado— en la otra. A su lado, sentado, un enorme pastor alemán con bozal. Imponente, pero tranquilo. Simplemente sentado, mirando a su dueño.

Nina se detuvo a unos metros. El corazón le iba a mil. Jasper giró la cabeza y la miró. Con cuidado. Con calma. Eso solo hacía todo más incómodo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Casi bien. La pierna me duele si me paso. Por lo demás… como nueva.

Notó por el rabillo del ojo a la seguridad a unos pasos. La visión la tranquilizó al instante.

—¿Y qué querías? —preguntó.

Jasper señaló con la cabeza la acera junto a la carretera, iluminada por farolas.

—¿Caminamos un poco?

Nina dudó solo un par de segundos.

Él dio un paso, luego otro, sin esperar su respuesta, y empezó a andar. El perro trotó a su lado.

Nina miró su espalda, luego sus botas.

Y lo siguió.

El equipo de seguridad los siguió.

Nina lo alcanzó y ajustó el paso al suyo.

—¿En serio has venido hasta aquí solo para pasear al perro? —preguntó.

Jasper no se giró. Sonrió de lado.

—Muy en serio. ¿O pensabas que lo había traído sin motivo?

—Sinceramente… —resopló ella—. A estas alturas, nada me sorprende.

—Bien. Eso significa progreso. Por cierto, este se llama Russell.

Caminaron despacio. El perro le lanzaba miradas de vez en cuando, y Nina hizo lo posible por no mostrar que le imponía un poco, bozal o no.

—Fue perro de servicio —continuó Jasper—. Me lo llevé cuando mataron a su guía unos cabrones. A Russell también le dispararon entonces.

Nina lo miró. Lo dijo con calma, casi con indiferencia. Pero ella lo sentía: había mucho más bajo ese tono sereno.

—¿Es amigable? —preguntó.

—Solo en días festivos —sonrió Jasper—. Y hoy no lo es.

Ella dejó escapar una risa baja, y por un instante surgió algo entre ellos —algo normal, humano—. Como si aquello fuera solo un paseo cualquiera, y ellos fueran simplemente un hombre y una mujer.

Pero Nina lo sabía mejor que nadie. Lo normal nunca iba a ser su historia.

De pronto tropezó con una piedra. Todo ocurrió en un segundo: la pérdida de equilibrio, los brazos agitándose, una aspiración brusca.

—Cuidado.

Jasper la sujetó por la cintura, firme y seguro. Al instante siguiente, ella quedó pegada a su pecho.

Se quedaron inmóviles.

Nina podía oír su respiración. Sentir su olor. La cabeza le dio vueltas —no por el tropiezo, sino por lo cerca que estaba. Demasiado cerca.

Él la miraba directamente a los ojos. Ella lo miraba a él.

Luego, casi con la misma brusquedad con la que la había atrapado, la soltó. Dio un paso atrás. Bajó la mirada. Tenía la mandíbula tensa.

—Lo siento —dijo con voz ronca.

Nina tragó saliva. Durante un momento no supo qué hacer con las manos ni dónde mirar. El aire se volvió espeso, denso. Quiso decir algo neutro, inofensivo, solo para romper la tensión, pero la lengua se le quedó pegada al paladar.

No se había disculpado por el gesto. Se había disculpado porque sus palabras habían vuelto prohibido el contacto. Porque había sido ella quien había trazado esa línea entre ellos —en voz alta, con palabras que aún dolían.

—Aquí hay un parque para perros —dijo Jasper, rompiendo el silencio.

Soltó la correa, quitó el bozal y lanzó el juguete.

Russell resopló feliz, dio una vuelta sobre sí mismo y salió disparado.

Caminaron hasta un banco y se sentaron. Jasper a la izquierda, ligeramente girado hacia ella. Nina se sentó muy erguida, las manos cruzadas con cuidado sobre las rodillas, mirando al frente, evitando deliberadamente su mirada. El equipo de seguridad se mantuvo a distancia; los vio de reojo y se sintió un poco más tranquila.

Jasper metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y le tendió algo.

Una tarjeta.

Nina la tomó, la miró, y alzó las cejas, sorprendida.

—¿Y esto? —preguntó.

—El contacto de una psicóloga —respondió Jasper con calma.

Ella levantó la vista.

—Sé leer —dijo con sequedad—. Esa no es la pregunta. ¿Por qué necesito esto?

—Porque no tienes por qué cargar con todo tú sola.

Pasó un segundo. Luego otro. Algo se le retorció dolorosamente por dentro.

—Estoy perfectamente —replicó Nina con brusquedad, irritada—. ¿O tú también crees que estoy loca e inestable?

—Nina —la interrumpió Jasper con serenidad—, creo que eres humana. Y los humanos tienen derecho a romperse. Sobre todo cuando se les viene todo encima a la vez. Un divorcio. Una traición. Un accidente. Un juicio. Presión por todos lados. Eres una mujer, no una máquina.

Nina bajó la mirada.

Fue como si alguien le hubiera puesto un ladrillo sobre el pecho, robándole poco a poco el aire. ¿Cuántas veces se había dicho que no podía ser débil? Que no podía mostrar cuánto le dolía. Que no podía venirse abajo.

Y ahora ese hombre le estaba diciendo que sí podía.

Y, de algún modo… no sonaba como una bofetada.

Nina giró la cabeza, fingiendo observar a Russell, que seguía corriendo feliz por el perímetro del parque. Por dentro, sin embargo, se sentía vacía y pesada. Y no había nadie con quien pudiera hablar de verdad.

—Por cierto, ir a terapia está bastante de moda últimamente —añadió Jasper con una leve sonrisa torcida.

Nina volvió a mirar la tarjeta. Letras negras, pequeñas. Un nombre de mujer.

—¿Es… alguien que conoces? —preguntó.

—Sí. Una profesional de confianza. Totalmente confidencial; no tienes que preocuparte por eso —hizo una pausa y añadió en voz baja—. No lo habría sugerido si no estuviera seguro.

Ella resopló suavemente y guardó la tarjeta en el bolsillo del abrigo.

—Te tomas demasiadas molestias —dijo, cansada.

—Es solo un consejo. Y es mejor que tragarte la porquería que te quité la última vez. La salud mental importa tanto como la física. Habla el médico que hay en mí.

Nina se mordió el labio. Quería discutir. Decirle que no tenía derecho a entrometerse en su vida. Pero no pudo.

Porque tenía razón.

Levantó la vista y lo miró. Jasper estaba relajado, las manos en los bolsillos de la chaqueta. Ya era marzo, pero el aire seguía frío y húmedo.

Russell regresó y dejó un palo a sus pies. Jasper se inclinó hacia delante y lo lanzó a la oscuridad. El perro salió tras él y desapareció entre los arbustos.

Volvieron a quedarse en silencio. Todo a su alrededor parecía haberse detenido. No había nadie a la vista: solo ellos dos, y la seguridad observando desde lejos.

Nina apretó los dedos sobre la tela del abrigo, sobre las rodillas.

—Lo pensaré —dijo por fin.

—Eso ya es algo —asintió Jasper.

Y se quedaron allí sentados, en silencio, como dos almas rotas que ya no necesitaban explicaciones.

CAPÍTULO 44

Cuando Stella llamó, Nina supo de inmediato que algo no iba bien. Su voz era demasiado dulce, demasiado pulida —perfecta para la alta sociedad, desprovista de emoción.

—Nina, cariño, es mi cumpleaños. Vendrás, ¿verdad?

Nina dudó.

Por un lado, quería salir de esas cuatro paredes, volver a sentirse viva, respirar algo que se pareciera a la normalidad. Por otro, llevaba dentro un peso aplastante. La verdad era que no le apetecían ni la charla vacía ni el champán.

—Ni se te ocurra empezar —la interrumpió Stella antes de que Nina pudiera responder—. Nos conocemos de toda la vida, y si no vienes, me ofenderé.

Una pausa. Luego, más seria:

—Lo digo en serio, Nina. Esto es importante para mí.

Stella siempre había sabido presionar. Recuerdos. Obligación. Decoro social. Y aunque hacía siglos que no se veían, Nina no fue capaz de ignorar la invitación.

—¿Frank estará allí? —preguntó Nina, conteniendo la respiración. La única pregunta que de verdad importaba.

Stella vaciló.

—Mi marido invitó a la mitad de los asistentes —admitió—. Ya lo conoces: usa mi cumpleaños para reunir a la gente adecuada. Pero… lo comprobaré, ¿de acuerdo? Si Frank va a venir, te aviso enseguida.

Nina dudó hasta el último momento. Pero aceptó. Tal vez solo quería recordarse a sí misma que todavía podía ponerse un vestido bonito, caminar entre los susurros… y no romperse.

En las últimas semanas había adelgazado visiblemente. Estaba más delgada, más frágil. Y aun así, con el vestido puesto, seguía viéndose elegante, femenina, hermosa. Al entrar en el salón, captó miradas que casi había olvidado cómo reconocer.

—¿Nina?

Se giró y vio a Stella. Como siempre, estaba deslumbrante: vestido rojo, el pelo suelto, joyas caras. Stella se acercó con una sonrisa sinceramente luminosa, la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Dios mío, estás guapísima… ¡y has adelgazado tanto! —dio un paso atrás para evaluarla—. Pero te sienta de maravilla. Estás radiante. Y solo han pasado unas semanas desde la última vez que nos vimos.

Nina forzó una sonrisa.

—Gracias. Tú también estás… increíble.

—Vamos, quiero presentarte a un par de personas —dijo Stella con entusiasmo—. Hombres solteros y prometedores. Dos divorciados y uno que no se ha casado nunca.

Se cogió del brazo de Nina antes de que pudiera protestar.

—Y tu Frank no parece haber venido. Lo he comprobado.

Las palabras *tu Frank* cayeron como una bofetada. Pero Nina no dijo nada. Lo importante era que de verdad no estaba allí.

Avanzaron entre pequeños grupos de invitados. La gente miraba a Nina sin disimulo, sin ocultar la curiosidad. Para algunos era una víctima; para otros, una mujer histérica. Cada cual tenía su versión.

—Ahí —susurró de pronto Stella, ralentizando el paso y señalando con la cabeza a un grupo de hombres cerca de la mesa del catering —. El nuevo propietario de la red de clínicas MedLife. Muy serio. Rico, influyente, soltero. Eso sí, tiene una hija adulta. Ni se te ocurra ponerte cabezota.

Nina giró la cabeza.

Y se quedó helada.

Era Jasper.

Estaba medio de perfil, con un traje azul marino oscuro, una copa en la mano, hablando con un hombre al que Nina no reconoció. Su perfil le resultaba familiar hasta el más mínimo detalle: el hoyuelo en la mejilla, la línea tensa de la mandíbula.

No se habían visto en más de una semana, desde aquella noche extraña. Y durante todo ese tiempo, Nina se había sorprendido pensando en él. Ya no como en su verdugo… sino de una forma completamente distinta, aterradoramente equivocada.

Él tenía razón. De verdad necesitaba un buen especialista. Porque lo que estaba ocurriendo dentro de su cabeza se parecía demasiado a una atracción por lo prohibido.

—No —susurró, intentando detener a Stella—. No, Stella, no.

—¿Estás de broma? —insistió Stella—. ¡Es el mejor partido de la fiesta! No seas terca.

Y, ahora más alto, con una sonrisa deslumbrante:

—Doctor Garth, ¡hola!

Él se giró.

Sus miradas se encontraron.

Su mirada se deslizó por Nina, desde los zapatos hasta los hombros, deteniéndose un instante en su rostro. Ni sorpresa. Ni incomodidad. No como ella.

Nina definitivamente tenía que aprender a disimular mejor sus reacciones, porque en cuanto lo vio, algo chispeó bajo su piel.

—Déjame presentarte —dijo Stella con evidente satisfacción—. Ella es Nina. Hacemos voluntariado juntas. Igual que tú: ayudamos a niños.

Jasper inclinó ligeramente la cabeza y esbozó una media sonrisa. Aun así, no dio ninguna señal de reconocimiento.

—Buenas noches, Nina.

Su voz era serena, profunda. Todo en ella se tensó; la respiración se le entrecortó. Le devolvió el gesto con un leve asentimiento, de pronto muy consciente de lo incómoda que se sentía.

—¡Oh! Tengo que ocuparme de la tarta —trinó Stella con alegría —. Disculpadme. Charlad un poco, ahora vuelvo.

Y así, sin más, se esfumó, dejando a Nina sola con la última persona a la que habría esperado ver allí.

Nina se quedó frente a Jasper. Con cada segundo que pasaba, el silencio entre ellos se tensaba más, se volvía más pesado. Él la observaba con atención, pero no decía nada, como si estuviera esperando a que fuera ella quien lo rompiera.

—No esperaba que conocieras a William Reed —dijo ella con una media sonrisa forzada.

Una comisura de sus labios se alzó.

—Me arrastraron hasta aquí —respondió con calma, dando un sorbo a su vino—. Últimamente soy un socio rentable.

Luego, tras una breve pausa:

—Estás muy guapa esta noche, Nina.

El corazón la traicionó con un latido brusco. Apartó la mirada, sintiendo un calor inquietante en el vientre. Tenía que irse. Ya.

—Gracias. Es solo el vestido.

Una pausa.

—Creo que… me voy. Aquí dentro hace demasiado calor.

Se dio la vuelta y casi huyó, poniendo distancia entre ella y Jasper. Le costó horrores no mirar atrás.

Al atravesar las puertas de cristal, salió al jardín. El aire fresco la atravesó al instante, erizándole la piel. Nina se rodeó con los brazos y se detuvo junto a una alta tuya, intentando respirar, sacudirse la tensión.

Ya había felicitado a la anfitriona. No tenía ningún motivo para quedarse.

Se giró… y se quedó helada.

—¿De verdad crees que Nina tiene un lío con Jasper Garth?

La voz era de Vivian.

Algo dentro de Nina se derrumbó. ¿Qué demonios hacía esa mujer allí? ¿Y por qué hablaba de ella? ¿Había sido una trampa de Stella?

Nina no veía los rostros, solo siluetas. Cuatro mujeres con copas de champán estaban al borde de un camino iluminado. Pero habría reconocido la voz de Vivian en cualquier parte.

—Oh, no seas ingenua —continuó Vivian con una risa satisfecha —. Mi marido me lo contó todo. En confianza, claro.

Hizo una pausa teatral, y una sensación nauseabunda atravesó el pecho de Nina.

—Frank guardó silencio durante mucho tiempo. El padre de Nina le obligó a casarse con ella.

—¿Qué? —preguntó una de las mujeres con avidez—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Para tapar un escándalo vergonzoso —bajó la voz Vivian, aunque no lo suficiente—. Hace veintidós años, Nina fue a la policía

diciendo que Jasper Garth la había violado. ¿Te lo imaginas? Fue un golpe para toda la familia, sobre todo por su estatus. Así que su padre amenazó a Frank para que se casara con ella y enterrara la deshonra.

—Espera… ¿eso es verdad? —susurró otra mujer.

El mundo se inclinó.

Frank le había contado todo a esa mujer miserable: su dolor más íntimo, retorcido hasta hacerlo irreconocible. Nadie le había obligado a casarse con ella; había sido él quien suplicó a su padre que lo dejara entrar en la familia.

—Claro que es verdad —continuó Vivian con seguridad, mientras Nina luchaba contra el entumecimiento que se apoderaba de su cuerpo—. Y ahora por fin es libre. El padre de Nina ha muerto. La farsa terminó. Frank y yo por fin podemos ser felices sin temer que Lloyd nos destruya si se enteraba de mí y de nuestro hijo.

—Dios mío… eso es simplemente—

—¿Asqueroso? —la interrumpió Vivian—. Exacto. Pero me alegra que la verdad esté saliendo a la luz. La gente debería saberlo. Ella es una manipuladora. Lo montó todo para que ahora todos crean que Frank es un bastardo sin corazón.

A Nina le zumbaban los oídos.

Todo se volvió borroso.

Ella se quedó allí de pie, con los dedos clavándose en la tela del vestido, incapaz de sentir el frío o su propio cuerpo. Solo dolor. Un dolor agudo, abrasador, como si le hubieran arrancado el corazón y todo dentro se hubiera dado la vuelta.

Todo lo que había intentado olvidar, todo lo que había enterrado con tanto cuidado.

Ahora era un arma.

Su arma contra ella.

Su dolor. Su vergüenza. Expuestos.

—¿Qué clase de basura estás diciendo?

La voz de Jasper cortó el aire como un disparo: seca, furiosa.

Las mujeres se giraron. Vivian palideció, pero enseguida se recompuso, alzando la barbilla con una sonrisa desafiante.

—¿Acaso no es verdad?

Nina no se giró. No pudo obligarse a mirarlo. Apretó los puños a los costados, conteniéndose para no lanzarse sobre esa mujer allí mismo, delante de todos.

Jasper no dijo una palabra. Se quitó la chaqueta y, de forma inesperada, la colocó sobre los hombros de Nina. La tela estaba caliente, impregnada de su colonia, aún conservando el calor de su cuerpo.

Su mano le rozó la cintura —ligera, casi sin peso, pero inconfundible—. Lo suficiente para dejar claro a todos los que miraban una cosa:

Había cercanía entre ellos.

Y él había dejado de ocultarla.

—Entiendo —dijo con una voz helada— que estás intentando limpiar tu reputación. Pero caer a este nivel, a esta porquería y a mentiras descaradas… incluso para ti, Vivian, es bajo. Muy bajo. Ese es tu nombre, ¿verdad? No me equivoco.

A su alrededor, todos se quedaron inmóviles, observando abiertamente la escena. Nina seguía respirando con dificultad, clavando la mirada en Vivian sin parpadear, lista para lanzarse sobre ella en cualquier momento. Dio un paso adelante, pero Jasper la atrajo de inmediato hacia atrás, sujetándola, impidiéndole hacer algo imprudente.

—¡No es mentira! —espetó Vivian, con la histeria filtrándose en su voz—. ¡Sabes perfectamente que es la verdad!

—La única verdad es esta —respondió Jasper con calma—: hace veintidós años, efectivamente se presentó una denuncia a nombre de Nina. Todo lo demás es especulación sucia y fantasía.

Su voz permaneció firme. Serena. Controlada.

—Nuestros padres se odiaban. Cuando el padre de Nina nos descubrió, armó un escándalo. Ella tenía diecinueve años. Yo veinte. Fue un primer amor estúpido, imprudente, pero muy intenso… y se volvió prohibido.

Miró a Vivian directamente, sin parpadear. Ella pareció encogerse.

—Luego ella se casó y yo me fui. Nuestras vidas tomaron caminos distintos. Pero ahora —apretó un poco más a Nina contra él— estamos en buenos términos otra vez. Y si siquiera una mínima parte

de lo que dijiste fuera cierta… —hizo una pausa deliberada— ¿de verdad crees que estaríamos aquí así? ¿Que Nina permitiría que la tocara?

Nina no podía moverse. Lo decía todo con tanta calma, con tanta convicción, que si no conociera la verdad, ella misma podría haber creído cada palabra.

—Tal vez deberías contarle a tus amigas cómo las acciones y las propiedades inmobiliarias de Nina acabaron registradas a tu nombre, Vivian —continuó Jasper—. Ese sí que es un misterio interesante. Mucho más que nuestro pasado.

Vivian abrió la boca para responder… y la cerró de golpe.

Todas las miradas estaban puestas en ellos.

—Vamos —dijo Jasper con suavidad a Nina—. Estás temblando. Tienes frío.

La giró y la condujo hacia la salida.

Pasaron junto al grupo de mujeres, que parecían saborear cada segundo del espectáculo. Nina permaneció en silencio.Jasper caminaba a su lado: tenso, contenido, como un resorte a punto de saltar. No necesitaba decir nada; ella lo sentía en la energía que irradiaba.

La chaqueta seguía sobre sus hombros, olía a él, y no pudo obligarse a quitársela para devolvérsela.

—Mi chófer te llevará a casa —dijo por fin Jasper, sin mirarla.

Se detuvo junto al coche que ya los esperaba en la acera.

Nina no discutió. No tenía fuerzas. Solo quería salir de allí lo más rápido posible. Y luego —contratar a un sicario y pegarle un tiro a Frank junto con su amante de lengua afilada—. Aunque después viniera la policía y la encerraran. Solo entonces, pensó, sentiría un mínimo de satisfacción.

Jasper se sentó a su lado, le dio al conductor su dirección y el coche se puso en marcha.

Él no la miró. Ella no lo miró a él.

Todo dentro de ella estaba al límite. Ninguno sabía quién debía romper el silencio. El corazón de Nina seguía desbocado tras la escena en el jardín. Y lo que más la enfurecía era que no estaba

enfadada con Jasper —la fuente original de su dolor—, sino con Frank y Vivian.

Solo esa constatación ya la llenaba de rabia.

—No te preocupes —dijo Jasper con tono uniforme, como si percibiera su estado—. Me aseguraré de que esto no vaya a más. No le conviene a ninguno de los dos.

Sonaba frío. Profesional. Como si estuvieran negociando condiciones.

Y eso encendió algo dentro de ella.

Se giró bruscamente hacia él.

—¡Pero ya ha ido a más, Jasper!

Él guardó silencio, mirándola. En sus ojos no había nada más que determinación y acero.

—Entonces —dijo con énfasis— tendremos que cambiar las reglas.

***

Nina se despertó tarde.

Una luz intensa se colaba desde el exterior, pero la habitación estaba en penumbra, con las cortinas bien corridas y el aire pesado, viciado.

Casi no había dormido, dando vueltas sin parar, reviviendo una y otra vez la escena del jardín. Sentía como si tuviera algo afilado clavado por dentro, dificultándole incluso respirar.

Su teléfono estaba sobre la mesilla. La pantalla seguía encendida.

Siete llamadas perdidas de Jasper.

El corazón se le aceleró de inmediato. Nina se incorporó de golpe y se frotó el cuello. Con los dedos temblorosos, devolvió la llamada.

Él respondió al instante. Sin saludo.

—¿Estás en casa?

—Sí… —frunció el ceño—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No salgas de casa. Te enviaré un coche. Tenemos que vernos. Es urgente.

Nina saltó de la cama; sus pies descalzos tocaron el suelo frío.

—Jasper… ¿qué está pasando?

—Prométeme que no contestarás ninguna llamada —dijo él—. Ninguna. Ni siquiera de números desconocidos.

—Me estás asustando —su voz se tensó—. De verdad me estás asustando.

El silencio se alargó entre ellos. Demasiado.

—Esto no es una conversación para el teléfono —dijo por fin—. Te lo explicaré todo cuando nos veamos.

Colgó.

Nina dejó el móvil lentamente sobre la mesilla.

¿Qué demonios estaba pasando?

CAPÍTULO 45

El coche avanzaba a toda velocidad por las calles. Nina iba sentada en la parte trasera, con la chaqueta cerrada hasta la garganta.

Antes de salir ni siquiera se había mirado bien al espejo: se había lavado la cara a toda prisa, se había pasado el cepillo por el pelo y se había puesto lo primero que encontró: un jersey de cuello alto gris y una chaqueta comprada hacía un par de temporadas. Dentro de ella había tal caos que pensar en su aspecto le parecía absurdo.

El teléfono no dejó de sonar en todo el trayecto.

Al principio eran números desconocidos. Luego familiares, personas con las que su padre había mantenido contacto y a las que, tras su muerte, no había vuelto a ver. Incluso Stella llamó una vez.

Nina miraba la pantalla sin apartar la vista. No contestó, tal como le había prometido a Jasper. Solo apretó el móvil con más y más fuerza, hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Cuando el nombre de Frank apareció por tercera vez, un escalofrío helado le recorrió la espalda. Entonces apagó el teléfono sin pensarlo más. Al diablo con todo. No quería oír ni una sola palabra. No ahora.

Estaba temblando.

Algo había pasado.

Algo grave.

Jasper no le habría dicho " no contestes a nadie " sin motivo. No la habría sacado de casa de esa manera si no fuera importante.

El coche salió de la ciudad y, diez minutos después, se detuvo frente a las puertas de una gran propiedad.

Nina no esperó a que el conductor le abriera la puerta. La empujó ella misma y prácticamente saltó al camino de grava sin mirar alrededor. El corazón le latía como el de un animal acorralado. Tenía las palmas sudorosas, la garganta seca.

Ante ella se alzaba una casa que no reconocía.

Grande. Moderna. Con ventanales oscuros de suelo a techo, líneas limpias y afiladas, y una terraza que se extendía a un lado. Piedra clara, arbustos perfectamente recortados y, detrás, un pequeño bosque. Era preciosa. Tranquila.

Cualquier otro día se habría detenido a admirarla. Habría respirado el aire fresco del campo, observado cómo la luz se reflejaba en el cristal o cómo las ramas se mecían con el viento. Pero no hoy.

Hoy solo veía la enorme puerta principal negra.

Se abrió en el mismo instante en que alcanzó el último escalón. Jasper la estaba esperando.

—Pasa —dijo en voz baja.

Su voz sonaba extraña. Sus ojos también. ¿Qué había ocurrido mientras ella dormía?

Nina se quedó paralizada un segundo y luego entró deprisa. El miedo le cerró la garganta.

Jasper cerró la puerta tras ella y se giró, dejándolos solos en el silencio del amplio vestíbulo.

—¿Qué ha pasado? —susurró Nina—. Jasper, dímelo ya. No aguanto más esta espera.

—No te preocupes —respondió él, agotado—. Lo hemos limpiado todo. Titulares, resultados de búsqueda, todo ha desaparecido. Nadie va a encontrar nada. Pero Lynn ya lo ha visto —añadió, con la voz apagada.

Nina no entendía nada. ¿De qué estaba hablando? ¿Por qué no podía explicarse de una vez?

—¿Visto… qué? —susurró. La voz se le rompió como una cuerda demasiado tensa.

—Que eres su madre —dijo Jasper, soltando un suspiro pesado.

El mundo se redujo a un solo punto.

Nina dio un paso atrás de forma instintiva, chocó contra la pared y se aferró a ella con los dedos solo para no caerse. Todo dentro de ella se derrumbó, como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies. Respirar se volvió imposible.

—¿Qué… qué quieres decir? —logró articular, mientras la realidad se le escapaba—. ¿Qué es exactamente lo que sabe Lynn?

Jasper parecía furioso y exhausto al mismo tiempo. Se pasó una mano por el pelo.

—Anoche, muy tarde, se publicó un artículo. Una especie de investigación. Decía que habías sobrevivido a una agresión cuando eras joven, que tuviste una hija… y que la dejaste. Mi nombre también aparecía.

—¿Qué…? —murmuró Nina, incapaz de creerlo.

—No saben que esa niña eras tú, Lynn —continuó Jasper—. Hace tiempo limpié todos los archivos para que esto nunca saliera a la luz. Pero ella cuadró las fechas, se dio cuenta de que había crecido sin madre, notó que no tenía ni una sola foto mía contigo… y lo entendió todo. No intenté convencerla de lo contrario. No quise empeorarlo.

Guardó silencio y miró a Nina con culpa en los ojos. El dolor en su expresión resonó dentro de ella.

Pasara lo que pasara entre ellos en el pasado, nada de eso debería haber afectado a Lynn. Ella no tendría que haber pagado por los errores de sus padres.

Y Nina sintió su propia culpa. Si no hubiera vuelto a sus vidas, nada de esto habría pasado.

—¿Fue Frank? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—¿Quién si no? —espetó Jasper, con la ira asomando—. Era el único que conocía todos los detalles.

—¿Dónde está? —preguntó Nina cuando por fin pudo hablar.

Jasper señaló hacia las escaleras.

—Encerrada arriba. Por eso te llamé. Quiero que hablemos con ella juntos.

Nina bajó la mirada y cerró los puños, clavándose las uñas en la piel.

—No estoy segura… —exhaló—. No estoy segura de no empeorar las cosas con solo abrir la boca. ¿Qué hay que explicar, Jasper? Ya se ha dicho todo.

—No quiero que sepa la verdad. La verdad real. No ahora. No así. Podemos convencerla de lo contrario. Tiene que creer que es otra invención. Un montaje de nuestros competidores. Cualquier cosa… cualquier cosa menos esto.

Nina alzó la vista hacia él.

—¿De verdad crees que se lo va a creer?

—Creo que nadie ha presentado pruebas. Porque no las hay. Solo una historia sin hechos que la respalden. Todavía tenemos una oportunidad de arreglarlo.

Permaneció en silencio un largo momento. Cada respiración dolía, como si cada célula de su cuerpo se resistiera al simple acto de respirar. Y aun así, aceptó.

—De acuerdo. Vamos.

Él le tocó la mano y, por primera vez en mucho tiempo, ella no se apartó. Estaba demasiado abrumada incluso para darse cuenta. Su mente solo tenía un pensamiento: Lynn… esa chica cuya infancia había sido moldeada por la crueldad y que ahora había descubierto que su nacimiento había sido un error del pasado.

Subieron las escaleras. Nina temblaba por la tensión. No tenía ni idea de qué decir. Esperaba que Jasper tuviera un plan, que lo hubiera pensado todo antes de traerla allí.

Llegaron a la puerta. Jasper llamó varias veces, pero no hubo respuesta.

—Lynn, voy a entrar. Tenemos que hablar —dijo, y bajó la manilla.

Lynn estaba sentada rígida junto a la ventana, con la barbilla alzada en un gesto desafiante. Ni siquiera se giró cuando entraron. Solo se secaba las lágrimas con movimientos rápidos y furiosos. Había cosas esparcidas por el suelo; claramente había barrido todo del escritorio en un arrebato de rabia.

El corazón de Nina se encogió.

No había criado a esa chica. No había escuchado sus primeras palabras ni visto sus primeros pasos. Y aun así sentía un vínculo. En el poco tiempo desde que se habían conocido, Nina se había apegado demasiado, demasiado rápido.

—Lynn… —empezó Jasper—. Nina está aquí. Queremos hablar.

—Demasiado tarde —escupió Lynn. Su voz era dura, afilada. A Nina se le erizó la piel—. Tendríais que haber hablado hace veinte años. No quiero oír nada de ninguno de los dos.

Nina dio un paso adelante. Le faltó el aire. La culpa se le retorció dentro como una cuchilla.

—Lo siento…

—¿Ah, sí? —Lynn se giró de golpe. Sus ojos brillaban como los de un animal acorralado—. ¡Pues siento haber acabado con unos padres mentirosos! Tú —señaló a Jasper con el dedo—, me dijiste que estaba muerta. ¡Parece que hoy tenemos un milagro: mi madre ha resucitado!

Jasper abrió la boca para hablar, pero Lynn lo cortó:

—Me viste sufrir. Sabías cuánto deseaba una madre. Cómo miraba a otros niños en la guardería y en el colegio. Cómo esperaba… Y ella estaba aquí. Viva. En la misma ciudad. Lo bastante cerca como para tocarla. ¡Y ninguno de vosotros pensó que yo mereciera saberlo!

Nina no pudo contenerse. La voz se le quebró.

—Yo… yo era una persona distinta entonces. Mi padre odiaba a Jasper, y la familia de Jasper me odiaba a mí… —empezó a improvisar, aferrándose a la misma historia que Jasper le había contado una vez a Vivian. Lynn no podía conocer la verdad. No esa verdad. Podía odiar a Nina si era necesario, pero no a Jasper. Él la había criado, amado, protegido. Y Nina… Nina cargaría con el odio—. Estaba prometida con otra persona… y nosotros… pensamos que sería mejor así. Lynn, por favor, yo…

—¿Mejor? —la voz de Lynn se quebró, incrédula—. Decidisteis cómo debía ser mi vida. Y tú —clavó en Nina una mirada encendida —, ¿alguna vez quisiste verme? ¿Saber siquiera cómo estaba? ¿Ni una sola vez, Nina? ¿No sentiste curiosidad por saber cómo era tu hija, si estaba bien? ¿O es que vosotros dos os intercambiabais fotos mías en secreto?

Soltó una risa breve, rota, inquietante.

Nina no tuvo respuesta.

Si pudiera volver atrás en el tiempo, no habría dejado a Lynn. Habría sido más fuerte. Habría abrazado a su hija en lugar de permitir que su nacimiento quedara eclipsado por el trauma.

Se quedó en silencio, tragando bocanadas de aire como si se estuviera ahogando. Las lágrimas le quemaban la garganta.

—¡Podías haberlo hecho! ¡Una vez! ¡Solo una vez! —casi gritó Lynn—. Podías haber venido a escondidas. Decirme que me querías. Para que supiera que tenía una madre. Pero ni siquiera lo intentaste.

—No podía… —susurró Nina con la voz rota—. Era demasiado débil entonces. Vivía según las normas de mi padre. Y él…

—¿¡Él qué?! —gritó Lynn—. ¿Te encadenó a un radiador? ¿Qué excusa hay para una madre que abandona a su hija? ¡Ni siquiera intentaste saber si estaba viva o si era feliz! ¿Me odiabas tanto?

Nina bajó la mirada.

Jasper dio un paso adelante.

—Eso no es verdad. Las cosas eran complicadas. Tu madre estaba prometida en aquel momento. Nuestras familias estaban en guerra. Nadie habría aceptado a una niña nacida de esa situación. Sabes por qué tu abuelo y yo apenas nos hablamos durante años. Cuando Nina se quedó embarazada, se decidió dejarte con mi familia para darte estabilidad. Éramos demasiado jóvenes…

—Erais unos cobardes —replicó Lynn con frialdad.

—Intentamos protegerte.

—¿De qué? —gritó—. ¿De la verdad? Los dos sois unos mentirosos. Y vuestra versión está empapada de mentiras. No creo ni una palabra. Todo esto suena a encubrimiento. ¿Qué se supone que debo creer? ¿Que el mejor padre que he tenido en mi vida era un violador? ¿O que mi madre es una mujer sin corazón que regaló a su hija y jamás se preocupó lo suficiente como para buscarla?

Se detuvo, respirando con dificultad.

—En cualquier caso, no quiero volver a ver a ninguno de los dos.

Lynn salió hecha una furia y cerró la puerta de un portazo.

—¡Lynn! —la llamó Jasper, pero no la siguió.

El silencio cayó como una losa.

Nina se dejó caer lentamente en el borde de una silla. Los labios le temblaban. Apenas respiraba. Y entonces las lágrimas llegaron: silenciosas, rotas, imposibles de contener.

Jasper se acercó. Se sentó a su lado. La rodeó con los brazos. Ella no se apartó; al contrario, se apoyó en él, sollozando con más fuerza.

—¿Y ahora qué va a pasar? —susurró entre lágrimas, buscando consuelo en el hombre al que había odiado durante media vida y al que había creído un monstruo.

—No lo sé… Pero Lynn no suele guardar rencor mucho tiempo —respondió él con suavidad—. Se le pasará. Volveremos a hablar. Y el equipo de seguridad estará pendiente de ella, así que estará a salvo.

CAPÍTULO 46

Jasper avanzaba por el pasillo de la clínica, y cada paso le martilleaba las sienes como un dolor sordo. Notó cómo las enfermeras apartaban la mirada en cuanto aparecía, cómo susurraban entre ellas como si él fuera contagioso. Su peor miedo, por fin, se había hecho realidad.

Apretó los dientes, conteniendo el impulso de estrellar el puño contra la mampara de cristal por la que pasaba.

Llegó al mostrador de recepción y apoyó ambas palmas en la superficie fría. La joven al otro lado dio un respingo. Intentó atrapar su mirada, pero ella se concentró obstinadamente en la pantalla, evitándolo. Jasper sintió cómo el calor le subía al pecho. Ya estaba al límite.

—¿Qué tengo hoy? —preguntó con brusquedad.

La recepcionista empezó a revisar la agenda en el ordenador, con los dedos temblorosos y los ojos fijos en la pantalla.

—Teníamos una cirugía programada ahora mismo. La paciente no está. ¿Qué pasa aquí? —miró alrededor y se colocó una mascarilla quirúrgica—. Hay demasiada gente cerca… y seguro que todos ya han leído las noticias.

El problema era real. El consejo podía llamarlo en cualquier momento, aunque fuera copropietario. Y no podía imaginar su vida sin operar.

Karina alzó por fin la vista y la volvió a bajar enseguida. Dudó, tragó saliva y susurró:

—La señora Whitmore… canceló la cirugía esta mañana.

La irritación le estalló por dentro. Las manos se le cerraron en puños.

—¿Cómo que " cancel ó"? ¡Me suplicó que le hiciera un hueco a su hija en la agenda! ¿De pronto ya no necesita que le salven la vida a su niña? ¿Ha perdido la cabeza?

La rabia le dejó sin aire. Había reorganizado toda su agenda por esto. La niña tenía siete años. ¿Tanto esfuerzo… para nada?

—Supongo que los rumores llegaron hasta ella —murmuró Karina.

Jasper la miró, sintiendo cómo el nudo en el pecho se apretaba aún más. Ella no era el enemigo, se recordó. Tenía que mantenerse sereno. Si mostraba lo sacudido que estaba, todos darían por ciertos los rumores.

—Llama a todos los de la lista de espera —ordenó—. Diles que se ha abierto un hueco. No pienso quedarme de brazos cruzados porque alguien prefiera el cotilleo a salvar a su hijo.

Se dio la vuelta para irse y se detuvo en seco, volviendo la cabeza. Ella volvió a encogerse.

—Y llama a todos los pacientes programados para esta semana. Quiero confirmaciones. Mi tiempo es demasiado valioso para desperdiciarlo.

Ella asintió deprisa y se refugió en la pantalla. Jasper giró sobre sus talones y se alejó.

Solo entonces se dio cuenta de que, por primera vez en años, deseaba simplemente… irse.

Marcharse. Desaparecer.

Cerró la puerta de su despacho y se dejó caer en la silla. Respiraba con dificultad, la ira circulándole por las venas. Quería actuar, hacer algo, lo que fuera; pero las decisiones impulsivas solo destruirían más cosas. Así que se obligó a calmarse, hizo clic con el ratón y abrió la agenda actualizada.

Estaba en el pasillo, terminando una conversación con el anestesista, cuando el móvil vibró. Nolan. Por fin.

—¿Sí? —dijo Jasper al teléfono, indicando al anestesista que la conversación había terminado.

—No te preocupes —dijo Nolan de inmediato—. Tu fugitiva está conmigo.

—¿Qué fugitiva? —frunció el ceño Jasper. Esperaba algo completamente distinto.

—Tu hija, tío. Lynn.

Se quedó en silencio un par de segundos. Apretó el móvil con fuerza.

—¿La recogiste? ¿Dónde estaba?

—Algo así —respondió Nolan con calma—. Los chicos me llamaron. Pasé por allí y me la llevé a mi casa. Comió algo. Parece un poco más tranquila ahora.

—Nolan… —empezó Jasper, pero Nolan lo interrumpió.

—Escucha, quizá deberíamos vernos. Hablar. De hombre a hombre.

—No tengo tiempo. Dilo ahora.

Nolan soltó un suspiro pesado, como si lo que fuera a decir le supiera mal.

—Vale… Quiere contratarme. Quiere que investigue. Que averigüe qué es verdad y qué es solo humo de esos periodistas digitales.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Jasper.

—Ni se te ocurra meterte —espetó—. Todo lo que leyó es mentira. Un montaje. Una farsa. Díselo. Acepta el encargo, coge su dinero y, en un par de días, entrégale un informe falso.

—Jasper —se burló Nolan—. No soy estúpido. Supe que algo no cuadraba en el momento en que os vi juntos. Pensé que solo era pariente de tu ex, porque Lynn se parece muchísimo a ella. Resulta que es su madre.

—Basta —lo cortó Jasper.

—De acuerdo —suspiró Nolan—. Pero tendrás que decirle la verdad o inventarte algo increíblemente convincente. La chica es lista.

Jasper no respondió. Solo respiró.

—¿Y qué hay de ese bastardo? —preguntó al fin.

—Dame más tiempo. Esta vez no vamos a ser blandos con él. Y desde luego no vamos a esperar a que la ley se tome todo el tiempo del mundo.

—No escatimes en dinero —dijo Jasper en voz baja—. Esto ya es personal.

—Lo prepararé todo en condiciones.

—Y… gracias por Lynn. Vigílala, ¿vale? Pasaré esta noche. Intentaré hablar con ella.

—Mejor mañana. Está muy alterada. No querrá verte. Sin ánimo de ofender.

—Me sorprendes, Nolan —dijo Jasper con aspereza—. Dando consejos de paternidad cuando no tienes hijos.

—Ya, bueno, aun así sé reconocer cuándo alguien la ha cagado a lo grande —replicó Nolan con una sonrisa ladeada—. Tienes una sola oportunidad, Jasper. No la desperdicies.

—No lo haré —respondió Jasper en voz baja. Colgó.

Se quedó allí unos segundos, inmóvil, con el teléfono todavía en la mano.

Respiró hondo, como si eso pudiera aliviar algo.

No lo hizo.

Lynn estaba con Nolan. Frank seguía respirando, pero no por mucho tiempo. Nina pendía de un hilo. Y el propio Jasper se encontraba haciendo equilibrios entre un pasado que salía arañando de la tumba y un presente que reventaba por las costuras.

Era hora de terminar con todo.

Jasper se dio la vuelta y se dirigió al quirófano. A hacer lo único que aún sabía hacer bien: salvar la vida de otros mientras la suya se desmoronaba.

CAPÍTULO 47

Después del trabajo, Jasper no volvió a casa. En el último segundo giró el volante con brusquedad, línea continua doble y se metió entre el tráfico en dirección a la tienda de antigüedades de la esquina. Nolan tenía allí su oficina: un lugar discreto, perfecto para su tipo de negocios.

Jasper se detuvo junto a la acera, salió del coche, subió los escalones de la entrada en dos zancadas y empujó la puerta. Una campanilla tintineó sobre su cabeza.

Detrás del mostrador había un joven con camisa blanca.

—¿Está Nolan? —preguntó Jasper con brusquedad. No tenía tiempo para esperar. Necesitaba respuestas ya, antes de que Frank montara otra jugada.

El chico se sobresaltó visiblemente. Sabía quién era Jasper y, en ese momento, claramente habría preferido no verlo. A Jasper le resultó extraño.

—Eh… un segundo, déjeme avisar al jefe —murmuró, cerrando el portátil de golpe.

—No hace falta avisar a nadie —dijo Jasper con un gesto desdeñoso—. Sé por dónde ir.

Se encaminó hacia la puerta apenas visible desde la entrada.

—¡Oiga, espere! —el dependiente dio un paso tras él, pero Jasper ni siquiera se volvió.

—Tengo que avisar a Nolan. Incluso para usted. Son las normas —insistió el chico, pero Jasper ya estaba en el pasillo.

—Al diablo con las normas. Hoy no estoy de humor. Déjame en paz. Tráenos algo para beber —lanzó por encima del hombro.

Llegó a la puerta correcta. No llamó. La empujó… y se quedó helado.

Parpadeó varias veces, convencido de que sus ojos le mentían. Porque ¿cómo, si no, podía explicar lo que estaba viendo?

Nolan estaba allí, arrinconando a su hija contra la pared.

A la hija de Jasper.

Tenía las manos en su cintura. Los dedos de ella se enredaban en su pelo. Se besaban… demasiado intensamente, con demasiada seguridad como para achacarlo a un error.

Jasper no podía creerlo.

Un latido después, la furia le estalló dentro como una explosión.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?! —rugió.

Nolan se apartó de golpe. Lynn saltó a un lado, con los ojos muy abiertos, las manos temblándole mientras se arreglaba el jersey.

Jasper se quedó en el umbral. El corazón le martilleaba el pecho. Los puños se le cerraron solos.

Nolan lo miró sin intentar defenderse siquiera. Solo exhaló y cerró los ojos un instante.

En ese segundo, Jasper supo que tenía dos opciones: romperle la nariz allí mismo o esperar una explicación lo bastante impresionante como para que todo aquello pareciera una broma retorcida.

Lynn se pegó a la pared, sonrojada, el pelo revuelto, la mirada saltando de uno a otro.

—Papá… —susurró, ronca.

La voz le temblaba.

Jasper avanzó despacio. Como un animal herido acorralado.

Nolan se deslizó a un lado, alzando las manos en gesto defensivo.

—Jasper —dijo, demasiado calmado para la situación—. Déjame explicarlo.

—¿Explicarlo? —la voz de Jasper era tan serena que a él mismo le dio miedo—. ¿Qué vas a explicarme exactamente, Nolan? ¿Cómo te besas con mi hija en tu despacho?

Lynn se estremeció como si la hubiera abofeteado. Tenía las mejillas ardiendo, los ojos brillantes de lágrimas.

—Papá, por favor… —sollozó.

Pero Jasper no la oyó. Se acercó más a Nolan. Nolan se tensó, consciente de que cada segundo contaba.

—¿Eres siquiera consciente —preguntó Jasper en voz baja, mirándolo fijamente— de a quién estás tocando?

Nolan apretó la mandíbula.

—Lo soy. Créeme, sé perfectamente quién es.

—Entonces, ¿por qué demonios…?

Lynn dio un paso adelante, la desesperación en la voz.

—¡Basta! Solo estábamos… —se mordió el labio; las palabras no le salían.

Jasper la miró. Vio su rostro encendido, las manos temblorosas, la culpa y el dolor en sus ojos. Y por primera vez en muchísimo tiempo lo vio con claridad: ya no era una niña. Era una mujer adulta. E hiciera lo que hiciera ahora, nada de aquello podía deshacerse.

Nolan volvió a hablar:

—No lo planeé, Jasper. Te lo juro. Simplemente pasó. Y yo… —hizo una mueca, como si admitirlo doliera— soy un idiota. Pero no la habría tocado si no supiera que es algo serio. Me conoces.

Jasper exhaló por la nariz, intentando estabilizarse. Los puños aún le latían de lo fuerte que los había apretado.

Entonces Lynn susurró una frase que solo echó leña al fuego:

—Papá… no soy una niña. Puedo elegir a quién amo. Soy adulta. No tengo que seguir tus normas.

Aquellas palabras le atravesaron el pecho.

Amor.

No dijo que le gustara ni que fuera un capricho. Dijo amor.

Jasper cerró los ojos un segundo. Sintió la sangre golpearle las sienes. ¿Por qué no había elegido a algún chico de la universidad? ¿O a un joven residente de la clínica?

Se le cortó la respiración.

En el silencio zumbante, comprendió que si no se iba en ese instante, haría algo de lo que no podría volver atrás.

Retrocedió de golpe.

La sangre en sus venas parecía metal fundido. Cada músculo le temblaba por la rabia contenida. El aire se volvió espeso, asfixiante de furia y dolor. El latido en sus oídos era tan fuerte que lo ahogaba todo.

Estaba temblando.

Los dedos se le habían puesto blancos. Se giró despacio, mecánicamente.

Dos pasos.

Nolan apenas alcanzó a levantar la mirada. No llegó a decir una sola palabra antes de que Jasper lanzara el puño y le golpeara la

mandíbula con tanta fuerza que algo crujió en su propia mano.

Un golpe sordo, profundo. Nolan salió despedido hacia atrás, llevándose la mano a la cara, sin intentar defenderse.

Lynn gritó:

—¡Papá! ¡Para! ¡Por favor!

Pero Jasper no la oyó. No oyó nada salvo su respiración entrecortada y el rugido en los oídos.

Se quedó de pie sobre Nolan, ardiendo por dentro. Todo en él exigía otro golpe. Y otro más. Solo una cosa lo detuvo de perder el control del todo…

La voz de Lynn.

Su voz aterrada.

Ella temblaba donde estaba, las lágrimas acumulándose en los ojos. Y Jasper se obligó a retroceder. Un solo paso. Pesado como una piedra.

Se limpió la sangre de los nudillos en los vaqueros, respirando despacio y hondo, aferrándose al poco autocontrol que le quedaba.

—En treinta minutos te quiero en casa. Ni un minuto más. Si no apareces… te arrepentirás.

Y salió de aquel maldito despacho, todavía intentando asimilar lo que acababa de ocurrir.

El aire frío de la calle le azotó la cara, pero el ardor por dentro no se apagó. Antes tenía un problema. Ahora tenía dos.

CAPÍTULO 48

Nina acababa de salir de la ducha cuando sonó el timbre. Qué raro, no esperaba a nadie. Y el equipo de seguridad no habría dejado pasar a un desconocido sin avisarla antes.

Agarró rápidamente un chándal del armario, se lo puso y fue a toda prisa al recibidor. Abrió la puerta y se quedó paralizada.

Jasper estaba en el porche.

Con dos tazas de café en las manos.

Parpadeó varias veces, intentando entender si se lo estaba imaginando. Era plena noche y él… estaba allí. Y parecía que el caos lo estuviera desgarrando por dentro: la mandíbula tensa, la respiración irregular y ese mismo brillo peligroso, casi salvaje, en los ojos que le heló la sangre.

Instintivamente, Nina miró por encima de su hombro hacia el jardín. Los guardias estaban junto a la entrada del camino, lo que significaba que lo habían dejado pasar sin llamarla.

¿Qué demonios…?

Volvió a mirarlo. Jasper la observaba fijamente, sin pestañear.

—¿Puedo pasar? —preguntó en voz baja.

Ella dudó solo un instante. Algo dentro de ella se tensó con cautela. Pero asintió y se hizo a un lado.

Él entró. Nina cerró la puerta y, con ella, una tensión densa pareció filtrarse en la casa.

Jasper le tendió una taza de café en silencio. Ella la tomó de forma automática, aun sabiendo que la cafeína a esas horas le garantizaba insomnio. Pero ahora mismo solo quería saber una cosa: ¿por qué estaba allí? Sus apariciones repentinas casi siempre significaban malas noticias. Y así llevaba semanas.

Intentó decir algo varias veces, pero cada vez apretaba la mandíbula y desviaba la mirada.

Ella esperó.

Al final, dejó su propia taza sobre la consola y se giró hacia ella como si hubiera tomado una decisión definitiva.

—No sé qué hacer —dijo con voz ronca.

—¿Qué ha pasado? —Nina señaló hacia el salón, invitándolo a pasar.

—Es Lynn —exhaló, dejándose caer en el sofá—. Ella… está con Nolan.

Nina parpadeó.

—¿Cómo que " con Nolan "?

Él la miró con oscuridad en los ojos.

—Los pillé hoy. Se estaban besando.

Lo dijo como si lo hubieran traicionado. Nina bajó la mirada. Lynn y Nolan. Dios.

—Eso es… —fue todo lo que logró decir.

—¿Te imaginas lo mucho que quiero partirle la cara? —la voz de Jasper era áspera—. Lo conozco. Demasiado bien. Nunca ha tenido una relación seria. Las mujeres siempre han sido temporales, a veces más de una a la vez. Y yo —entrelazó los dedos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos— no soporto la idea de que pueda hacerle daño. ¡Es mucho mayor que ella!

Nina guardó silencio. Él alzó los ojos hacia ella, casi suplicante.

—Eres mujer. Eres madre. Tienes una hija —dijo, con la voz quebrada—. Dime qué es lo correcto. ¿Qué se supone que debo hacer?

Ella soltó un suspiro pesado.

—Jasper… difícilmente soy un ejemplo a seguir —dijo con una sonrisa triste—. Mira mi vida.

Él negó con la cabeza.

—No. Eres fuerte. Criaste a una hija. Solo es unos años menor que Lynn, ¿no?

Las manos de Nina se tensaron y asintió.

—Daphne… yo… la malcrié demasiado. Y no confía en mí —admitió en voz baja—. Últimamente nos cuesta entendernos. Y por unas fotos me enteré de que se fue de vacaciones con Frank y Vivian… pensé que lo había entendido todo.

Jasper se reclinó, cerrando los ojos un segundo.

—Quiero encerrar a Lynn en casa, protegerla de todo. Asegurarme de que nada malo vuelva a tocarla.

—Eso es imposible —dijo Nina con suavidad—. Es adulta.

Él abrió los ojos.

—Entonces, ¿qué hago?

Ella sonrió a pesar del nudo que tenía dentro.

—Estate ahí para ella. No prohíbas. No presiones. Sé a quien pueda acudir si sale herida.

La miró largo rato. Luego dijo en voz baja:

—La quiero tanto… Es todo para mí. Por eso es tan jodidamente difícil aceptar que ya ha crecido.

Un nudo apretado se formó en la garganta de Nina. Se giró para no romper a llorar. Y para romper la tensión, preguntó:

—¿Has comido?

Él frunció el ceño.

—No. No tengo apetito.

—Yo tampoco —admitió ella—. Pero pedí cena igualmente. La trajeron hace media hora. Está fría ya. Si quieres… podemos intentar comer sin apetito.

Él le dedicó una pequeña sonrisa, cansada pero cálida.

—Probemos.

Nina fue a la cocina y empezó a poner la mesa. Comida sencilla, envases para llevar, platos… todo era normal y, sin embargo, le temblaban los dedos.

Lo miró de reojo.

Jasper. El mismo Jasper al que había temido durante décadas, al que había resentido, al que había culpado de todo lo que salió mal en su vida. Y ahora estaba allí… en su casa. Callado. Exhausto. Y, extrañamente, ella no le tenía miedo. No en ese momento.

Él la ayudó en silencio a colocar los platos. Se sentaron uno frente al otro. Nina picoteaba la comida como si fuera una tarea difícil. Jasper comía despacio, consultando el móvil de vez en cuando. El silencio se alargó, denso, pero inesperadamente tranquilo. Casi cómodo.

—No te preocupes por Frank. Ya está en marcha. Esta vez no se va a ir de rositas —dijo con tono sereno.

Nina dejó el tenedor.

—¿Qué quieres decir?

Él dio un sorbo a su café ya frío.

—Nolan lo está organizando todo. Hay un plan. Dale unos días y lo sabrás —la miró directamente a los ojos—. No se nos va a escapar otra vez.

Nina entrelazó las manos bajo la mesa.

—¿De verdad? —susurró.

Jasper esbozó una leve sonrisa.

—Aunque alguien intente cerrar el juzgado otra vez. Esta vez no funcionará.

Sonaba tan seguro…

Por primera vez en mucho tiempo, Nina lo sintió también: quizá todo estaba llegando realmente a su fin.

Y quizá, por fin, podría vivir.

Con normalidad.

Sin miedo.

CAPÍTULO 49

La casa estaba en silencio cuando Jasper entró. Dejó las llaves sobre la repisa, se agachó para aflojarse los cordones y luego encendió la luz.

El resplandor repentino le hizo daño en los ojos y vio a su hija de inmediato.

Lynn estaba hecha un ovillo en el sofá, con las rodillas pegadas al pecho. Lo miraba con una mezcla de ira, desafío y culpa. Como un animal acorralado.

Jasper exhaló.

Había vuelto.

—Dijiste que tenía que estar en casa en treinta minutos —espetó ella—. Y has sido tú el que no apareció.

Él guardó silencio. Se quitó la chaqueta, la dejó sobre el respaldo de una silla, fue a la cocina y encendió la cafetera.

El silencio se tensó entre ellos. Jasper sentía su mirada dura, herida. Algo dentro de él se cerró en un nudo asfixiante.

Quería gritar. Exigirle qué demonios estaba pensando. Cómo había podido involucrarse con Nolan. Pero las palabras no salían. No podía arriesgarse a perderla. No después de todo.

—He ido a ver a Nina —dijo por fin, observando cómo el café empezaba a caer.

Lynn se movió apenas, pero no dijo nada.

—Ella… —inhaló despacio—. Le gustaría conocerte mejor.

No sabía por qué lo había dicho. Tal vez estaba intentando tender un puente sobre la distancia enorme que se había abierto entre ellos, con lo primero que se le ocurría.

Lynn no reaccionó. Solo se abrazó las rodillas con más fuerza.

Jasper dejó su taza en la mesa de centro y se sentó frente a ella.

—A mí tampoco me entusiasma —admitió—. Esa mujer… técnicamente no tiene nada que ver con nuestras vidas. Pero…

Se pasó una mano cansada por el rostro.

—Si quieres conocer a la mujer que te dio a luz —continuó, con la voz baja—, no te lo voy a impedir. Como persona… no es mala. Y

tiene sus propios problemas que afrontar.

Lynn bajó la cabeza, el pelo ocultándole el rostro. Jasper no sabía si estaba llorando o furiosa. Pero podía imaginarlo.

—Es difícil de aceptar —dijo ella en voz baja, al borde de romperse.

Jasper asintió despacio. Para él tampoco era fácil.

Ella alzó los ojos, llenos de dolor, confusión y resentimiento.

—¿Por qué no me lo dijiste todos estos años? —susurró.

Los dedos de Jasper se tensaron sobre el reposabrazos.

—Porque no quería que te sintieras abandonada o no deseada —dijo con voz ronca—. Era mejor que pensaras que se había ido.

Lynn apoyó la barbilla sobre las rodillas. El leve temblor de sus hombros le dijo lo mucho que estaba conteniéndose.

—Estábamos bien —continuó él—. Ella nunca vino. Vivió su vida y nosotros vivimos la nuestra. Que aparezca ahora… es una coincidencia. Nadie planeó esto.

Pasaron unos segundos pesados.

—Aun así duele —dijo Lynn.

Él guardó silencio. No había palabras que pudieran aliviarlo.

—¿Estás enfadado conmigo por lo de Nolan? —preguntó ella en voz baja.

Jasper soltó una exhalación breve, sin humor.

—Hablaré con él yo mismo —dijo, con la voz dura.

Lynn se movió nerviosa.

—Papá, por favor… —susurró, retorciéndose los dedos—. Es buena persona. Me quiere. Yo creo que…

—Conozco a Nolan —la interrumpió Jasper. Su voz salió más áspera de lo que pretendía—. Mejor de lo que imaginas. Créeme, cariño: ahora mismo necesitas mantenerte lejos de él.

Lynn volvió a bajar la cabeza. El pelo le ocultaba el rostro, pero Jasper lo veía igual: estaba herida, dividida, atrapada entre el amor y la lealtad.

Exhaló entre dientes y dejó la taza a un lado.

—No quiero verte llorar por alguien como él —dijo en voz baja—. Y no permitiré que nadie te haga daño. Ni siquiera yo, si llegara el caso.

Lynn alzó la mirada.

—Te quiero, papá —susurró, casi inaudible.

Él se acercó, se sentó a su lado y le rodeó los hombros con un brazo. Lynn se apoyó en él, igual que cuando era pequeña. Nada más importaba. Era su hija. Y haría cualquier cosa para mantenerla a salvo.

***

Sentado en su coche, Jasper tamborileaba suavemente con los dedos sobre el volante.

Cinco hombres. Uno de paisano, cuatro con equipo táctico. Limpios, precisos, silenciosos. Agarraron a Frank en la entrada principal. No tuvo ni tiempo de entender qué estaba pasando. Preguntas, reducción, esposas. La cara contra el capó.

La tela cara del abrigo quedó manchada de polvo. Solo cuando las esposas hicieron clic empezó a mirar alrededor, tratando de identificar quién estaba detrás de todo aquello.

Jasper observaba desde su coche. Frío. Distante.

Frank estaba en shock. De verdad en shock: sin fanfarronería, sin sonrisa burlona. El pánico real por fin resquebrajó su máscara de seguridad.

El teléfono de Jasper vibró.

Un mensaje de Nolan.

«Limpio. Comunicado enviado. Todo salió según lo previsto».

Llevaban cinco días en una guerra fría: frases cortas, contacto mínimo. Jasper lo toleraba solo por Lynn. Porque si golpeaba a Nolan, la perdería para siempre.

Pero más adelante… más adelante hablarían.

Si Nolan se atrevía alguna vez a hacerle daño.

Jasper siguió mirando cómo empujaban a Frank con brusquedad al asiento trasero de un coche policial. La puerta se cerró de golpe, sellando el destino del hombre que había estado a punto de destruirlos a todos. Una sonrisa leve, casi imperceptible, tiró de la comisura de los labios de Jasper.

Frank había creído que era intocable. Que podía amenazar, manipular, arruinar vidas con total impunidad.

Se había equivocado.

Jasper giró la llave de contacto. El motor cobró vida con un ronroneo grave y potente. Salió del aparcamiento. La clínica lo esperaba, una operación de urgencia aguardaba: trabajo rutinario que, por un rato precioso, apartaría todo lo personal.

Se miró en el retrovisor. Debería haberse sentido aliviado.

Pero no lo estaba. Solo profundamente vacío. La rabia se había ido, dejando un hueco donde debería haber satisfacción.

Bien. Luego. Por ahora: trabajo. La vida no se detenía. Y Frank podía pudrirse una temporada en la cárcel. Pensar en la vida. Si es que era capaz de pensar en algo.

CAPÍTULO 50

Nina odiaba los hospitales. Incluso los privados. Incluso esos que olían a café y a difusores caros. Pero después del accidente necesitaba una revisión de rutina.

Estaba sentada en el pasillo, deslizando el dedo por las noticias en su teléfono, fingiendo sentirse tranquila. Pero no lo estaba. En las últimas semanas, la palabra " calma " no había formado parte de su vocabulario.

Una enfermera salió de la consulta.

—Señora Osborne, el médico podrá verla en unos diez minutos.

Nina asintió, guardó el teléfono e inhaló profundamente. Todo estaba bien. Todo estaba bajo control.

En ese momento, alguien dobló la esquina y ella levantó la vista directamente hacia los ojos de Jasper.

Sus miradas chocaron. Fingir que no lo había visto no tenía sentido.

Él echó un vistazo rápido a la carpeta que ella sostenía y luego volvió a mirarla a los ojos. Se detuvo a su lado. Evidentemente, no esperaba encontrarla allí.

—¿Has venido a tu revisión? —preguntó.

—Sí —respondió Nina, poniéndose de pie para quedar a su altura.

Desde la recepción se oyó una voz alta:

—¿Te has enterado de que hoy se llevaron a Frank Osborne?

—¿En serio?

—Sí. Justo afuera de su oficina. Esposas, policías… todo como en una película. Algo relacionado con drogas. No me lo puedo creer.

La respiración de Nina se cortó.

Giró lentamente la cabeza hacia las voces, como si quisiera asegurarse de no haberlo imaginado.

No. No lo había imaginado.

Una auxiliar de laboratorio agitaba su tableta y cotilleaba emocionada. Ninguna de las dos tenía idea de que la casi exesposa

del hombre del que hablaban a voz en cuello estaba a solo unos pasos de distancia.

La boca de Nina se quedó seca.

El corazón se le atascó en la garganta. El estómago se le encogió en un nudo apretado. Y por encima de todo eso la inundó una oleada de alivio puro, abrumador.

—¿Él…? —susurró, sin terminar de creerlo—. ¿Lo han detenido? —Miró a Jasper.

—No volverá a tocarte a ti ni a nadie más —dijo Jasper con calma.

Su mente pareció detenerse.

Una descarga aguda y eléctrica recorrió todo su cuerpo. Algo pesado en su pecho —algo que casi había aceptado como permanente— de pronto se rompió en pedazos.

Y desapareció.

No oyó nada más que esas palabras:

Frank Osborne ha sido detenido.

Nunca volvería a controlar su vida.

Una sonrisa se extendió por su rostro antes de que se diera cuenta. Una oleada de alegría mezclada con algo cercano a la locura. No entendía qué estaba haciendo: simplemente reaccionó.

Soltó un grito ahogado y rodeó el cuello de Jasper con los brazos.

Fue puro instinto.

Como el primer aliento después de casi ahogarse.

Sus brazos se cerraron alrededor de él, la mejilla apoyada contra su pecho.

—Esto no es un sueño, ¿verdad? —susurró.

Sintió cómo él se quedaba completamente rígido, de pies a cabeza. Ni siquiera levantó las manos para devolver el abrazo.

Permanecieron así varios segundos. Y entonces ella se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

Dios. Era Jasper. Y ella acababa de lanzarse sobre él como una adolescente histérica. No debería haberlo tocado. No debería haberse permitido estar tan cerca.

Nina se apartó de golpe. Bajó los brazos. Dio un paso atrás.

—Lo siento… —murmuró, sin atreverse a levantar la vista—. Yo solo… perdí el control.

Silencio. Ni un sonido. Solo su respiración irregular.

—Bueno, parece que los periodistas sí que mintieron sobre tu pasado trágico —dijo detrás de ellos una voz fría, levemente burlona —. Parecéis una pareja de verdad.

Nina dio un salto y se giró. Jasper también.

Lynn estaba a unos pasos, con el teléfono en una mano y una carpeta de plástico en la otra. Sin sonrisa. Ni el menor atisbo de ella. Los labios apretados en una línea fina.

Nina no la había visto desde el día en que Lynn supo la verdad.

Algo en el pecho de Nina se retorció dolorosamente. Forzó una sonrisa, torpe, tensa.

—Hola, Lynn —dijo en voz baja.

Lynn no respondió ni le devolvió la sonrisa. Su mirada fue de Nina a Jasper.

—¿Qué haces aquí? ¿No estabas de descanso? —preguntó Jasper.

—Decidí que no voy a esconderme solo porque la gente cotillee a mis espaldas —respondió Lynn con frialdad—. Bueno, seguid hablando. Yo me voy.

Se dio la vuelta para marcharse. Nina deseó que el suelo se la tragara. No encontraba una sola palabra coherente. Ya ni siquiera sabía cómo existir cerca de Lynn.

—No te preocupes, ya se le pasará —murmuró Jasper, observando a su hija alejarse—. Tengo que irme, pero si no estás ocupada y quieres los detalles del caso de tu marido, espérame en la cafetería de arriba. Segunda planta. Sirven una buena carne con patatas al mediodía.

Nina no sabía qué decir. Todo dentro de ella se había dado la vuelta. Quería ir, pero le daba miedo. Tenía curiosidad, pero al mismo tiempo se sentía insoportablemente incómoda. Demasiadas emociones a la vez; no estaba segura de poder con ninguna.

—Señora Osborne —sonó la voz de una enfermera a su lado—. El médico ya puede atenderla.

—Sí —exhaló, girándose y asintiendo—. Gracias.

Caminó por el pasillo, dejando a Jasper atrás… junto con la duda pendiente de si lo esperaría o no.

***

—¿Podría decirme dónde está la cafetería? —preguntó Nina a una mujer con uniforme médico cuando terminó su revisión.

—Segunda planta, a la derecha, justo pasando las escaleras —respondió ella.

Nina le dio las gracias y se dirigió a las escaleras.

Podría haberse ido sin más, fingir que la invitación de Jasper no era para ella. Pero aun así subió. Se convenció de que solo quería saber los detalles del caso de Frank. Nolan casi no hablaba de nada con ella. Él y Jasper lo mantenían todo bajo llave. Lo único que recibía de vez en cuando eran documentos para firmar de cara al juicio.

La segunda planta era luminosa y abierta. La cafetería estaba detrás de una mampara de cristal. Unas cuantas mesas pequeñas junto a las ventanas, una barra de bebidas, una vitrina con comida. No había mucha gente.

Nina se detuvo un instante en la entrada, recorriendo el lugar con la mirada en busca de Lynn. No verla le trajo una pequeña ola de alivio. La tensión entre ellas seguía intacta, y Nina aún no tenía ni idea de cómo reconstruir algún tipo de relación.

Caminó hasta una mesa apartada junto a la ventana y se sentó. Entrelazó las manos sobre el regazo. Observó su propio reflejo en el cristal.

Diez, quizá quince minutos después, Jasper apareció en la entrada, como si de algún modo supiera exactamente cuánto tiempo necesitaba a solas.

La vio enseguida y se acercó.

—Aquí sirven comida decente —dijo—. ¿Quieres algo?

—Agua —murmuró ella.

Él fue a la barra. Nina lo siguió con la mirada, notando las miradas de reojo del personal. Casi todos allí habían leído los rumores repugnantes. Maravilloso. Para él tampoco debía de ser fácil.

Aunque, se recordó a sí misma, ¿por qué debería importarle? Había sido cosa suya. Ahora lidiaba con las consecuencias.

Regresó y dejó el vaso delante de ella.

—Gracias —dijo Nina en voz baja.

Jasper volvió a apartarse hacia la zona de comida caliente. Nina no le quitó los ojos de encima. Apretó los dedos bajo la mesa. La euforia por la detención de Frank no se había desvanecido. Aún no terminaba de creer que fuera real, que se hubiera acabado, que pudiera dejar de tener miedo, dejar de esperar el día en que la arrastraran de nuevo a una clínica psiquiátrica.

Jasper volvió con una bandeja. Ensalada, un filete empanado, patatas asadas con un borde dorado y crujiente.

—Solo tengo media hora —dijo, dejando la bandeja—. Luego vuelvo a quirófano toda la noche.

Nina lo observó acomodar los cubiertos. Lo hacía rápido, con eficacia. Estaba claro que iba con prisa.

—Trabajas a un ritmo demencial —comentó ella, levantando el vaso.

—Todos los médicos —sonrió de lado, rompiendo un trozo de pan —. No me sorprendería que me llamaran antes de terminar esto y ni siquiera comiera. Normalmente engullo algo entre una cirugía y otra.

—Eso es horrible —negó con la cabeza—. ¿De verdad es siempre así?

—Siempre —dijo él sin más, cortando el filete—. Si consigues comer entre cirugías, tienes suerte. Una siesta de media hora en el cuarto de guardia es un lujo.

No se estaba quejando; solo constataba hechos.

—No es como me imaginaba la vida de un médico —dijo Nina en voz baja.

Jasper soltó una risa floja sin levantar la vista.

—Bueno, algunos tienen horarios más ligeros y comidas regulares. Yo no.

Nina se mordió el labio y apartó la mirada.

—Entonces, ¿qué pasa con el caso de Frank? —preguntó—. Me sorprende que no me lo dijeran antes. Ni tú ni Nolan. Sentía que algo estaba pasando, pero nadie me explicaba nada. ¡Y de repente

me entero de su detención por las noticias! ¿Es muy grave? ¿Y qué hay de mi empresa?

Jasper apartó el plato y la miró directamente.

—No estábamos seguros de que todo saliera bien —dijo—. Yo tenía un interés personal en esto, como sabes. Que no salga en mucho tiempo está garantizado. En cuanto a tu empresa y todo lo demás… —frunció el ceño y dio un sorbo al café, recostándose. Miró de reojo cuando pasó una enfermera joven, lo saludó, soltó una risita y siguió de largo— …de eso deberías hablar con Nolan.

Su expresión se ensombreció un poco, recordando claramente la tensión entre ellos.

—Él sugirió celebrarlo todos juntos —añadió Jasper—. Pero me temo que esa celebración acabaría a golpes si yo apareciera.

Nina no pudo evitar sonreír.

Por un momento, de verdad se sintió… relajada. Como si parte de su carga se hubiera disuelto de repente.

—Estoy pensando en enviar a mi hija al extranjero hasta que todo se calme —dijo con un suspiro.

—Es lo correcto —asintió Jasper—. El juicio puede alargarse. Será sonado, dada la posición de Frank. Mejor que esté lejos del desastre. Yo haría lo mismo.

Nina sonrió con tristeza. Ella y Daphne ya se veían poco. Y si su hija se mudaba al extranjero…

—¿Cómo está Lynn? —preguntó en voz baja, bajando la mirada—. Aún parece molesta.

—Está bien. No es nuestra primera racha difícil —su expresión se suavizó.

—¿Le resulta duro estar aquí? —preguntó Nina en un susurro—. Quiero decir… ahora todo el mundo debe saberlo todo.

Notó cómo él se tensaba por un instante.

—Es fuerte —dijo Jasper—. Los cotilleos no van a hundirla. Y si alguien tenía dudas, el hecho de que estemos sentados aquí teniendo una comida agradable las hará desaparecer bastante rápido.

Miró por encima del hombro hacia la barra.

—A la gente le encantan los rumores —sonrió con ironía—. Pero le encanta aún más ver las cosas con sus propios ojos.

Nina dio un sorbo de agua. La garganta se le cerró de repente. Demasiado. Demasiado rápido.

—¿Por eso me invitaste aquí? —preguntó, apartando la mirada—. ¿Para mostrarle a todos que ya no estamos en guerra?

Sus ojos se posaron en la carpeta con los resultados médicos que estaba a su lado.

Y entonces una bandeja cayó con un golpe seco sobre la mesa junto a Jasper. Nina levantó la cabeza. Lynn ocupó el asiento libre frente a Nina. En su bandeja había té y una tortilla de verduras.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros aquí acaramelados? —preguntó con calma—. Ya estáis por todos los chats de la clínica. Alguien incluso tomó fotos; no os disteis cuenta porque estabais demasiado ocupados sofriéndoos. A estas alturas, la mayoría del personal está convencido de que nunca hubo ninguna agresión.

Jasper se quedó inmóvil, el tenedor a medio camino de la boca.

Un segundo después, se aclaró la garganta con aspereza, como si estuviera obligando a su voz a volver a su cuerpo.

CAPÍTULO 51

Nina salió por la puerta lateral con un recipiente de comida para gatos en las manos. Bajó los escalones de piedra, perfectamente alineados, y se dirigió al jardín, hacia el viejo cuenco junto a la valla. Llevaba allí desde siempre, y cada tarde lo llenaba sin pensarlo.

Se agachó y volcó el pienso crujiente. No tuvo tiempo ni de incorporarse cuando apareció la " due ña de la casa": una gata descarada, con el porte de una auténtica reina, que salió de debajo de un arbusto ornamental. Al principio, Nina había pensado que era callejera. Le dio pena y empezó a darle de comer. Luego, la gata apareció con una sorpresa: gatitos. Desde entonces, venía a cenar como un reloj, todas las noches sin falta. Y durante el día desaparecía como si nunca hubiera existido. Nina sospechaba cada vez más que en realidad pertenecía a alguno de los vecinos.

—Bueno, glotona —murmuró—. ¿Has traído otra vez a todo el mundo?

Uno a uno, tres diminutos seres salieron de las sombras: uno negro, uno atigrado y uno pelirrojo. Se lanzaron al cuenco en una estampida peluda. Nina los observó sonriendo. Sentía una ligereza en el pecho que no había experimentado en meses. Casi todos sus problemas estaban por fin resueltos. Daphne había volado a Alemania y se había matriculado en la universidad. Ya nada la retenía allí. Y esa casa… todo ese pueblo… guardaban demasiados recuerdos dolorosos.

Aunque Frank había sido detenido y la investigación estaba en marcha, sacando a la luz un delito tras otro, Nina seguía teniendo miedo. No le costaría nada contratar a alguien para " deshacerse de ella ". Así que, incluso con seguridad apostada fuera, seguía durmiendo mal.

—¡Nina! —una voz femenina cortó la quietud de la tarde con tal brusquedad que se sobresaltó.

Levantó la cabeza y escuchó.

—¡Nina, sé que estás en casa! ¡Sal, quiero hablar contigo!

Oh no. No ella. Nina reconoció la voz al instante. Vivian. ¿Qué demonios hacía allí?

Nina se quedó inmóvil un segundo, luego se enderezó y se alisó la ropa por pura costumbre. Había alboroto en la entrada.

Vivian llevaba días llamándola sin parar hasta que Nina terminó bloqueando su número. No había contestado ni una sola vez y no tenía ni idea de qué quería esa mujer miserable.

Se le cortó la respiración; estaba claro que Vivian no pensaba irse sin montar un espectáculo.

Nina rodeó la casa. El equipo de seguridad ya estaba allí. Uno de los hombres sujetaba a Vivian por el brazo; el otro estaba cerca, listo para intervenir. El rostro de Vivian estaba enrojecido, los labios apretados, los ojos encendidos de ira. Estaba gritando algo, pero en cuanto vio a Nina, se quedó en silencio.

Nina se detuvo a un par de metros y la miró con calma. Vivian no tenía ni de lejos su encanto habitual. El pelo apenas recogido, ojeras profundas bajo los ojos, ni rastro de maquillaje. Parecía que no había tenido tiempo —o fuerzas— para mantener su cuidada imagen de " se ñora Osborne".

—Suéltala —dijo Nina en voz baja al guardia.

Él la miró un instante, asintió y se apartó.

Vivian exhaló con fuerza, se acomodó el pelo y dio un paso adelante. Nina no se movió.

—¿Qué quieres? —preguntó Nina con tono neutro. No sentía miedo ni compasión. Solo frialdad.

Por un segundo, Vivian vaciló. Desvió la mirada, como si fuera a soltar uno de sus habituales comentarios venenosos —Nina lo vio en la tensión de su mandíbula—, pero se contuvo en el último momento.

Inspiró hondo. Y otra vez. Parecía alguien tragándose el orgullo entero.

—Sé que tuviste algo que ver con la detención de Frank —soltó por fin. La voz se le quebró, pero se recompuso enseguida—. Nos lo han embargado todo. Todas nuestras cuentas están congeladas.

Hizo una pausa, como esperando alguna reacción. Nina no dijo nada. Vivian apartó la mirada.

—Tenemos un hijo, Nina. ¿Lo entiendes?

Luego volvió a mirarla a los ojos.

—Ayúdanos.

—¿Y vienes a pedirme ayuda a mí? —Nina dejó escapar una risa breve y seca—. ¿A la esposa del hombre con el que te acostabas desde hace años?

Vivian no encontró respuesta. Nina vio el odio brillar en sus ojos, pero Vivian lo reprimió. No había venido a pelear ese día.

Hubo un tiempo en que Nina la había considerado una buena persona, una amiga, alguien con quien compartía sus secretos. Ahora no sentía nada más que desprecio. Vivian ya no parecía bella ni interesante. Estaba podrida hasta la médula. Repugnante y descarada.

Nina dio un paso adelante, con la voz perfectamente firme, sorprendiéndose incluso a sí misma por su serenidad.

—¿Y qué tiene todo esto que ver conmigo? —preguntó—. Es tu hijo, Vivian. Tuyo y de Frank. Que él se las arregle para manteneros.

Se acercó un paso más.

—Tengo mi propia hija. Y casi la pierdo por culpa de tu pequeña " felicidad ". ¿De verdad crees que después de todo voy a ocuparme de tu hijo?

Vivian mantuvo la mandíbula apretada. Algo parpadeó en sus ojos —algo humano: miedo, tal vez desesperación—.

—No es problema mío. No te debo nada. Y menos a ti —dijo Nina con firmeza.

Vivian bajó la mirada, los dedos cerrándose en puños.

—Vete —añadió Nina en voz baja, pero con acero en cada palabra —. Antes de que cambie de opinión y llame a la policía.

—¿Qué quieres de mí, Nina? —estalló Vivian. La voz le temblaba, pero no de miedo, sino de rabia. De humillación—. ¿Que me arrodille delante de ti? ¿Eso es lo que necesitas?

Nina permaneció en silencio. Observándola. Dejándola hablar.

—¿Por qué no puedo ser feliz? —los hombros de Vivian se sacudieron—. Por primera vez en mi vida, algo bueno por fin me

pasó. Conocí a Frank. Le importaba. Me quería. Y sí, tuvimos que escondernos. Mantenerlo todo en secreto. Por tu culpa.

Dio un paso adelante, enrojecida, sin aliento.

—Pero por fin todo había encajado. Todo estaba bien. Y ahora… otra vez se acabó. Por tu culpa. Otra vez.

Nina ladeó la cabeza apenas un poco.

—No perdiste nada, Vivian —respondió con calma, casi con cansancio—. Porque nada de lo que dices fue tuyo en primer lugar.

La miró directamente a los ojos.

—Ni el hombre. Ni el dinero. Ni la empresa. Todo era mío. Y deberías estar agradecida de que Frank haya sido lo bastante decente como para cargar con toda la culpa. Les dijo que tú no sabías nada de la transferencia ilegal de acciones. De lo contrario, las dos estaríais ahora mismo en la cárcel y tu hijo en un centro de acogida. Así que vete a casa, Vivian, y considérate afortunada. Empieza a preparar paquetes para prisión. Vas a esperar mucho tiempo. Quizá tu hijo termine el instituto antes de que Frank salga.

A Nina todavía le asombraba que Frank realmente hubiera hecho eso. Significaba que de verdad se preocupaba por Vivian, aunque hubiera estado perfectamente dispuesto a destruirla a ella, a Nina.

Vivian guardó silencio apenas un segundo. Luego algo dentro de ella se rompió.

—¡Zorra! —chilló, lanzándose hacia delante.

Su autocontrol no duró nada. Nina no se sorprendió. La verdad es que ella misma habría tenido ganas de sacarle los ojos, pero no era de las que montan escenas.

No tuvo ni tiempo de parpadear: la seguridad reaccionó más rápido.

Uno de los guardias sujetó a Vivian por los brazos y la arrastró hacia atrás. El otro se colocó entre ellas.

Vivian pateaba el aire, gritando.

—¡Bruja asquerosa! —vociferaba—. ¡Lo arruinaste todo! ¡Todo! ¡Ojalá se te vuelva todo en contra! ¡Ojalá te pudras sola en esta casa, sin amor, sin que nadie te quiera, sin familia, exactamente como te lo mereces!

Nina permaneció inmóvil. No parpadeó. Miró a Vivian como se mira a un animal salvaje destinado a morir por su propia rabia.

—Sacadla de aquí —dijo con sequedad.

Los guardias levantaron a Vivian por los brazos. Ella se debatía, siseaba, escupía veneno, pero Nina ya no escuchaba.

Se dio la vuelta y regresó tranquilamente al jardín.

Sus pasos resonaron sobre el camino de piedra en el silencio del jardín. En algún lugar detrás de la valla, Vivian seguía gritando, pero Nina no se volvió. Solo exhaló, largo y pesado.

Dios, qué exasperante.

Y al mismo tiempo, qué bien se sentía saber que la justicia existía después de todo.

No lo habría soportado si Vivian hubiera seguido viviendo feliz con su marido… con su dinero.

Solo por eso ya se merecía una bebida.

Bubble tea.

La pregunta era: ¿seguiría funcionando el servicio a domicilio a estas horas?

Miró el teléfono. Demasiado tarde. Pero quizá podría encontrar una cafetería que aún estuviera abierta.

Nina tomó las llaves del mueble de la entrada y se dirigió al garaje. Arrancó el motor y salió. Por suerte, Vivian ya no estaba allí.

Necesitaba vender esa maldita casa y mudarse. A algún lugar donde nadie supiera su dirección. Quién sabía qué más podría inventar una mujer tan desequilibrada.

CAPÍTULO 52

Eran las nueve de la noche. Jasper tenía una última cirugía — un caso no programado. Un niño de diez años. Habían estado operando casi cuatro horas; el procedimiento terminó con éxito.

Jasper salió del quirófano, caminó en silencio por el pasillo, asomó la cabeza en la sala de médicos para despedirse del médico de guardia y luego se dirigió a su despacho.

Se quitó la bata y tomó el teléfono del escritorio. La pantalla se iluminó mostrando tres llamadas perdidas de Nolan. Jasper exhaló con pesadez. Hablar con él esa noche era lo último que quería, pero tres llamadas significaban que algo probablemente era urgente.

Devolvió la llamada. Nolan contestó casi de inmediato.

—¡Por fin!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jasper.

—Bueno… tu chica está sentada ahora mismo en un bar.

—¿Qué chica, Nolan? —Jasper frunció el ceño, pensando por un momento que se refería a Lynn.

Nolan se rio.

—Oh, no finjas que no entiendes. Nina. Está en la barra, bebiendo y tonteando con unos tíos. Acabo de recibir el informe. Por si te importa: un bar llamado *Rose* .

Jasper no dijo nada, pero algo desagradable se revolvió dentro de él.

—¿Y por qué debería importarme? —dijo entre dientes—. Ella y yo no tenemos nada que nos ate.

—Mi trabajo es decírtelo —respondió Nolan, y colgó sin siquiera despedirse.

Jasper lanzó el teléfono sobre el escritorio, reunió los documentos que pensaba revisar en casa, comprobó que no olvidaba nada, apagó las luces y salió del despacho.

El cansancio le pesaba. La verdad, quería desplomarse en la sala de guardia. Pero se obligó a ir hasta el aparcamiento.

Giró la llave en el contacto y algo se rompió dentro de él. Toda la lógica salió volando. En lugar de conducir a casa, giró el volante a la

izquierda — hacia el bar.

Ni él mismo lo entendía. No debería ir allí. No tenía ningún motivo para hacerlo.

La distancia era la única opción correcta. Nina no debería verlo en absoluto. Frank ya había sido neutralizado, ella estaba casi libre, y él había cumplido su parte del trato. Sus caminos debían separarse—había demasiada oscuridad entre ellos.

Ella era la víctima.

Él era quien había permitido que ocurriera.

Y luego estaba Lynn…

Pero aun así, condujo hasta ella. Tal vez, en el fondo, solo quería asegurarse de que estuviera bien. De que sonriera. De que tuviera a alguien. De que viviera una vida normal.

Aparcó en un callejón lateral, apagó el motor y se quedó unos segundos en la oscuridad, mirando la fachada iluminada.

Un lugar tranquilo y elegante, donde la gente hablaba de negocios, se quejaba de compañeros de trabajo y bebía copas caras.

Cerró el coche y entró—sin saber qué pretendía hacer.

Sonaba jazz suave. Velas en las mesas. Casi íntimo. Jasper recorrió la sala con la mirada.

Ella estaba en la barra, tal como había dicho Nolan. Sentada de lado. Delgada. Postura recta. El pelo recogido, con uno o dos mechones sueltos. Parecía una mujer agotada que se negaba a mostrarlo.

Un hombre estaba sentado a su lado. Inclinado hacia ella, diciéndole algo.

Ella sonrió y algo dentro de Jasper se quebró.

Un vuelco profundo y doloroso, caliente y pesado, como una válvula que revienta. Toda la ira que había estado enterrando durante meses surgió de golpe—espesa y ardiente.

No debía sentir esto.

No tenía derecho a sentirlo. No por ella. No estaba celoso. No podía estarlo. Pero por dentro todo hervía. Presionaba. Se expandía.

El hombre se inclinó más, le dijo algo al oído. Nina no se apartó. Simplemente miró su bebida y asintió.

Jasper la observó—a ellos—y no supo por qué había venido. Apenas dejaba que alguna mujer se acercara más allá de un intercambio cortés, y no había sentido un interés genuino por nadie en años. Pero ahora… se sentía atraído por ella. Quería acercarse. Tomarla de la mano. Apartarla de allí. Interponer un muro entre ella y ese tipo.

Apartó la mirada.

Había un asiento libre en la barra —un taburete más allá del suyo —. Se acercó y se sentó con calma. El camarero lo miró.

—¿Algo de beber?

—Agua. Sin gas.

El camarero parpadeó, sorprendido, pero asintió.

Nina no se giró.

Pero Jasper lo sintió: ella sabía que estaba allí. Reconoció su voz. Sus hombros se tensaron levemente.

Miró el espejo detrás de la barra. El reflejo los enmarcaba a los tres: su perfil, el de él, el del hombre a su lado. Y en algún momento sus miradas se cruzaron en el espejo —todo lo demás se desvaneció —. Nina se mordió el labio, nerviosa, casi dolorosamente adorable. Sus ojos brillaban. Aquella noche estaba distinta. Nada que ver con su yo habitual.

—¿Cómo has terminado aquí? —Nina se giró de repente hacia él, cortando cualquier tontería que el hombre le estuviera susurrando.

Una sonrisa rozó los labios de Jasper, demasiado suave, demasiado cálida.

La miró como si la viera por primera vez.

—Pasaba por aquí —dijo—. No esperaba encontrarte en un sitio como este.

Nina volvió la cabeza hacia el tipo de su lado, arqueó ligeramente una ceja y, con una sonrisa leve, casi burlona, dijo:

—¿Ves? Ha llegado mi cita. Te dije que no estaba sola.

El hombre se puso rígido. Lanzó una mirada rápida a Jasper, evaluándolo, intentando averiguar quién había entrado con tanta seguridad y le había chafado el plan. Apretó los labios, la mandíbula le tembló —pero no dijo nada—. Nina lo miró con un deje de superioridad, sin apartar la mirada. Jasper observó ese extraño

intercambio silencioso y sintió cómo algo dentro de él empezaba a aflojarse.

Así que no le interesaba ese tipo.

Bien.

La constatación le trajo una oleada de alivio inesperado.

El hombre exhaló con fuerza, se recostó, terminó su bebida y dejó el vaso vacío sobre la barra con un tintineo seco. Sin mirar a ninguno de los dos, se levantó, lanzó a Jasper una última mirada irritada y se fue.

Una victoria silenciosa. Una sonrisa torcida se dibujó en los labios de Jasper.

Nina siguió al hombre con la mirada, luego se volvió despacio hacia Jasper, ladeando un poco la cabeza. Sus ojos brillaban de una forma extraña bajo la luz cálida del bar —algo juguetón, un poco temerario, centelleando en lo profundo—.

Jasper ocupó el asiento recién liberado, sin prisas. Se giró hacia ella, no demasiado cerca —dejando espacio, pero lo bastante cerca como para sentir su presencia—.

Miró su vaso —una bebida opaca y espumosa—.

—¿Y tú qué estás tomando? —preguntó, ladeando la cabeza.

Ella puso los ojos en blanco y se rio en voz baja.

—Se llama " Noche Silenciosa ". Un cóctel sin alcohol: sirope de frambuesa, soda, zumo de lima y un poco de menta.

—Yo me quedo con el agua —dijo él, levantando su vaso; la superficie fría le heló los dedos—. Sin gas.

Ella sonrió con sorna, alzó su bebida, la barbilla apenas elevada. La sonrisa tenue en sus labios hizo que Jasper se diera cuenta de que nunca la había visto así.

Chocaron los vasos —suave, apenas un toque, sin romper el contacto visual—. Ella dio un sorbo, y él la imitó. Ella dejó el vaso y trazó lentamente el borde con un dedo.

—Buena elección —dijo, entornando un poco los ojos—. Muy… masculina. Agua. Sin gas.

—Tengo cirugía por la mañana. No puedo permitirme que me tiemblen las manos —respondió con una sonrisa torcida, sosteniéndole la mirada.

Una tensión extraña parpadeó entre ellos. No la de siempre —más honda, más afilada—. De pronto el bar pareció más pequeño, aunque la mitad de las mesas estuvieran vacías.

Ella apartó la mirada solo un segundo, colocándose un mechón suelto.

—Estás de buen humor esta noche —observó él, sin dejar de mirarla—. ¿Ha pasado algo?

Ella ladeó la cabeza y volvió a mirarlo. Una sonrisa tenue, provocadora, le rozó los labios.

—¿Y por qué te importa? —preguntó en voz baja—. No somos amigos, ¿verdad?, como para diseccionar mi vida.

Sonó como si ni ella misma se creyera del todo sus palabras. Jasper sintió que algo se movía —esa noche ya se había salido de control—.

No sabía cómo iba a terminar, pero a esas alturas no le importaba.

Quería saber qué venía después.

Nina dio otro sorbo, dejó el vaso sobre la mesa y, de pronto, se puso de pie. Dudó apenas un instante, un segundo de vacilación, y luego caminó hacia una mesa vacía en un rincón, lejos de las miradas curiosas.

Jasper siguió cada uno de sus pasos con la mirada, sintiendo cómo algo se le tensaba por dentro.

Ella se sentó, se colocó el pelo y le lanzó una breve mirada, como llamándolo sin palabras.

Y Jasper, sin entender del todo qué estaba haciendo, se levantó y la siguió. Se detuvo frente a la mesa, pero no se sentó.

—¿Bailas conmigo? —preguntó, inclinándose para no tener que alzar la voz por encima de la música.

Los ojos de ella se abrieron un poco, las cejas se alzaron.

—¿Lo dices en serio? —susurró, entrecerrando la mirada—. ¿Nosotros?

Él le respondió con una sonrisa torcida.

No sabía por qué deseaba tanto aquello: verla más de cerca, sentir su respiración, percibir cómo se aceleraba su pulso. El deseo era incorrecto, peligroso… y crecía a cada segundo.

—Vamos —dijo, tendiéndole la mano—. Solo un baile.

Ella lo miró largo rato, sopesando cada motivo para negarse. Luego suspiró y se puso de pie. Sus dedos rozaron los de él; Jasper se estremeció levemente, de forma casi imperceptible, como si una chispa eléctrica lo hubiera atravesado.

La condujo hasta el espacio libre entre las mesas. Se detuvieron, y él colocó con cuidado la mano en su cintura.

Ella se tensó un poco, pero no se apartó. Bajó la mirada hacia su hombro; sus dedos descansaron con ligereza sobre su antebrazo. Su respiración se entrecortó, y Jasper sintió cómo sus músculos se tensaban bajo su mano.

La música cambió. Lenta. Profunda.

La acercó más, y ella no se resistió. Su mano se apretó un poco en su hombro, y él sintió cómo su pulso se aceleraba. O quizá era el suyo.

Se movieron despacio, como si todo a su alrededor se hubiera disuelto, dejando solo el suave balanceo de sus cuerpos, su respiración y los dedos de él en su cintura. Jasper bajó la mirada hacia ella, y sus ojos se encontraban una y otra vez. En los de ella brillaba una sombra suave; sus labios estaban entreabiertos y su respiración era rápida, irregular.

Él se inclinó, su voz rozándole el oído.

—No bebes. Entonces, ¿por qué tienes esa cara? Como si estuvieras mareada.

Nina se estremeció. Sus pestañas se alzaron como las alas de una polilla asustada. Guardó silencio un segundo, luego ladeó la cabeza lo justo para que su pelo rozara la mejilla de él.

—No hace falta alcohol para sentirse un poco mareada —murmuró con tono provocador al alzar la mirada hacia la suya—. ¿O no?

Una risa baja escapó de él, de esas que lo tensan todo por dentro. Demasiado atrevido. Demasiado peligroso. Y, aun así, irresistible.

Se sentía como si hubieran entrado en un juego que ninguno había querido empezar, un juego en el que ninguno sabía quién cedería primero.

Jasper la giró apenas y la atrajo más, hasta que sus cuerpos casi se tocaron. Los dedos de ella se deslizaron por su antebrazo; las uñas rozaron la tela de su camisa, enviando un escalofrío agudo por su piel.

—Bailas muy bien —susurró él, sosteniéndole la mirada.

La música se apagó, el último acorde se disolvió en el silencio, pero él no la soltó. Y ella no se apartó. Simplemente lo miró, con una tormenta girando en sus ojos: miedo, deseo y algo más profundo, ilegible, que tiraba de él como una marea lenta y peligrosa.

Jasper inclinó la cabeza, acortando la distancia hasta que solo un aliento separaba sus labios. Las pupilas de ella se dilataron, su respiración se detuvo. Estaba a punto de cruzar ese último espacio cuando Nina alzó la mano y le tocó la boca con la yema de los dedos —fríos, ligeramente temblorosos—.

—No —susurró con la voz áspera pero firme—. Jasper… no. Es demasiado.

Él se quedó inmóvil.

Su propia respiración se quebró, el corazón golpeándole las costillas como si quisiera escapar. Pero no se movió. Solo la miró, intentando entender por qué soltarla pesaba tanto. Por qué todo dentro de él ardía. Por qué quería atraerla de nuevo, apartar su mano y besarla de todos modos.

Pero Nina ya había dado un paso atrás. Su mano cayó a su costado; otro paso creó distancia entre ellos —una distancia que se sintió como agua fría vertida sobre dos llamas—.

—Debería irme a casa —murmuró sin alzar la mirada—. Gracias por esta noche.

Jasper no dijo nada.

Solo la observó mientras se giraba y caminaba hacia la salida, dejándolo de pie en medio del bar con nada más que el eco de su baile y el caos que ella había desatado dentro de él.

No entendía qué demonios le estaba pasando.

Por qué se sentía así a su lado, por qué ella lo desarmaba con tanta facilidad.

CAPÍTULO 53

El calor apretaba desde primera hora de la mañana. El aire era denso, húmedo, se pegaba a la piel. Nina estaba a la sombra de una carpa blanca que los voluntarios habían instalado cerca de la línea de meta, repartiendo agua a los corredores del maratón. La carrera era un acto benéfico para la rehabilitación cardíaca infantil, algo mucho más personal para ella que un simple evento solidario. Sabía demasiado bien lo que significaba luchar por la salud de alguien.

Las botellas de plástico habían perdido hacía tiempo su frescor, pero los corredores las aceptaban igualmente con gratitud. El sudor les corría por la cara, las camisetas se les pegaban a la espalda, la respiración les salía entrecortada; aun así, ninguno se detenía. Cada uno luchaba por el siguiente metro.

Nina cogió otra botella. Sus dedos notaron la fina película de humedad sobre el plástico. La extendió hacia el siguiente corredor y, cuando los dedos de él rozaron los suyos, levantó la vista de forma automática.

Durante un segundo —quizá dos— el tiempo se detuvo.

Jasper estaba frente a ella.

Respiraba con dificultad, el pecho subiendo y bajando en un ritmo brusco. Tenía el rostro enrojecido por la carrera, el pelo revuelto, gotas de sudor perlándole las sienes. Pero lo más peligroso de todo era su mirada. La atrapó, la sostuvo, y en ese instante el ruido a su alrededor se desvaneció. Era como si hubieran vuelto al bar en penumbra, con el jazz lento palpitando, sin que existiera nada más que la forma en que él la miraba.

Sus dedos seguían tocándose. Sentía el calor del plástico templándose entre ambos.

Jasper apartó la mirada primero. Le arrebató la botella de la mano y dio un paso atrás. A Nina se le cerró la garganta; la respiración se le desacompasó. Quiso decir algo, cualquier cosa, pero no le salieron

las palabras. Él la miró de nuevo, brevemente, y en sus ojos había algo parecido a la sorpresa, a la tensión… ¿quizá al arrepentimiento?

O tal vez se lo imaginó.

¿Qué le pasaba?

¿Por qué su presencia la desarmaba con tanta facilidad?

Inspiró hondo, tratando de serenarse, cogió otra botella y se la entregó al siguiente corredor. Pero sus pensamientos volvieron al bar, a su extraña danza, al beso que casi ocurrió.

—¿Tú por aquí? —se oyó decir de pronto, como si otra persona hablara por ella—. No esperaba verte.

Él la miró. Su respiración casi se había normalizado, la expresión se había relajado, pero sus ojos seguían demasiado tensos, casi preocupados.

—Corro todos los años —dijo simplemente—. Es una tradición.

Se le secó la boca.

—Yo soy voluntaria todos los años —respondió, entregando agua a un corredor exhausto—. Es extraño que nunca nos hayamos cruzado.

Lo era de verdad. Podrían haber pasado uno junto al otro durante años sin repararse. Y el destino los había reunido solo cuando ella estaba en el punto más oscuro de su vida. Como si todo hubiera sido inevitable.

Jasper alzó una ceja.

—Quizá eras tú la que intentaba no fijarse en mí —dijo con una leve sonrisa torcida. Pero algo afilado brilló tras sus ojos, la misma tensión que le oprimía dolorosamente el pecho.

Se quedaron en silencio.

Simplemente mirándose.

Y el aire entre ellos se volvió denso, casi tangible, la misma pesadez que en el bar. La misma atracción lenta que la hacía querer acercarse y huir al mismo tiempo.

Nina ofreció otra botella a un corredor. Pero Jasper seguía allí. Sin marcharse.

—Lynn también está aquí —dijo de pronto, dando un sorbo a su botella—. Viene por detrás de mí. Apostamos quién llegaría antes. Parece que he ganado yo.

Nina forzó una pequeña sonrisa. Y de nuevo llegó ese pellizco frío bajo las costillas, ese instinto de evitar, de escapar, de esconderse. Aún no sabía cómo mirar a Lynn a los ojos.

—Probablemente debería cambiar de puesto —murmuró Nina, apartando la mirada—. Intercambiarme con alguna de las otras chicas.

Jasper la observó un momento. Su expresión se suavizó. Su mirada se volvió más cálida.

—Vamos —dijo en voz baja—. No estarás pensando en esconderte de ella para siempre, ¿verdad?

Por alguna razón, aquellas palabras sencillas le dolieron hasta lo más hondo.

Le dieron donde más le dolía. Nina sintió que algo se le tensaba dolorosamente por dentro, pero intentó mantener la expresión serena.

—No me estoy escondiendo —dijo, aunque ni ella misma se lo creía—. Solo no quiero que nada resulte incómodo.

Jasper la miró largo rato, evaluándola; luego bajó la vista y apretó la botella entre las manos, como si quisiera decir algo más pero cambiara de idea en el último segundo.

—Creo que se ha calmado —dijo él de forma inesperada—. Está enfadada, sí, pero también tiene curiosidad. Quiere saber quién es su madre.

Nina tragó saliva. Tenía la garganta seca. Volvieron a quedarse en silencio, sus miradas encontrándose por un instante, mientras aquella misma tensión extraña se alzaba entre ellos: tensa, pesada, no del todo comprendida por ninguno de los dos.

Entonces vio a alguien agitando la mano en su dirección: Lynn.

Miraba a Jasper, aún sin ver a Nina. El corazón de Nina se le encogió con violencia y dio un paso atrás por puro instinto, pero Jasper le sujetó la muñeca con un gesto rápido y firme.

—Quédate —dijo en voz baja, inclinándose un poco hacia ella.

Nina se quedó paralizada.

Sus dedos se cerraron ligeramente alrededor de su piel y, una vez más, no entendió qué le estaba pasando, por qué cada contacto, por mínimo que fuera, le hacía perder el suelo bajo los pies.

Lynn estaba ya muy cerca, y la tensión entre ellos se estiró tanto que parecía a punto de romperse.

—No, Jasper, debería irme —susurró Nina, evitando mirarlo—. Es mejor así.

Antes de que él pudiera responder, se dio la vuelta y salió apresuradamente de la carpa. El corazón le martilleaba, las manos le temblaban, los pensamientos se le enredaban en un caos sin sentido.

¿Por qué reaccionaba así ante él?

¿Por qué incluso oír su voz se había vuelto de repente demasiado?

Se deslizó entre los otros voluntarios, murmurando una disculpa apresurada a la chica con la que casi chocó de hombro, y caminó deprisa por el sendero hacia la zona del pícnic. La gente ya estaba extendiendo mantas, montando mesas con fruta y bebidas. Un par de chicas colocaban platos y cestas de pan.

Nina se detuvo al borde del césped y respiró hondo varias veces para tranquilizarse.

Apoyó la espalda en un gran roble y cerró los ojos. Necesitaba recomponerse. Aquello no era más que un evento. Un día normal. Había venido a ayudar, no a huir de la gente.

Dio un sorbo a su té caliente; el vaso de cartón le quemó los labios, pero el calor se le extendió por el pecho, normalizando su respiración. En la otra mano llevaba un sencillo bocadillo de jamón y queso que, curiosamente, le supo a gloria. Masticó despacio, obligándose a no pensar en Jasper, ni en sus palabras, ni en la forma en que sus dedos se habían cerrado alrededor de su muñeca.

El extremo opuesto del césped estaba tranquilo. Los voluntarios se movían cerca de las mesas, riendo y comentando la carrera. Nina sintió que pertenecía a ese mundo más sereno y ligero, tan alejado de todo lo que la había consumido durante meses. Tomó otro sorbo de té y se permitió un breve instante de paz.

Pero su pequeño refugio se hizo añicos al instante.

Dos figuras avanzaban por el sendero hacia ella. Directamente. Con decisión.

Jasper y Lynn.

El pulso de Nina se disparó.

Tosió, con un trozo de bocadillo atascándosele en la garganta. Dios mío. Ahora no. Debería haberse movido, haber caminado más lejos, haber desaparecido entre la gente, pero los pies se le negaron a obedecer. El vaso de cartón se deformó entre sus dedos de lo fuerte que lo apretaba.

Lynn caminaba delante, llevando una bandeja con comida. Tenía el ceño ligeramente fruncido, la expresión seria. Jasper la seguía, equilibrando dos vasos en las manos. Se acercaban cada vez más, y Nina sintió cómo el pánico le subía bajo la piel como una marea ardiente.

Inspiró profundamente, pero las migas seguían raspándole la garganta. Intentó tragar, no pudo, y acabó rompiendo en una tos ahogada. El calor le inundó la cara. Las mejillas le ardían.

Se llevó el vaso a los labios y dio un trago de té hirviendo, intentando obligar a su aliento a volver a la normalidad. ¿Por qué venían directamente hacia ella? Había docenas de mesas libres. ¿Por qué por allí?

Jasper se dio cuenta de su estado en cuanto se detuvieron cerca.

—¿Estás bien? —preguntó.

Nina se apartó un poco de golpe, tosió de nuevo, logró tragar por fin y tomó una bocanada de aire temblorosa.

—Sí… estoy bien —consiguió decir, parpadeando con rapidez mientras se le humedecían los ojos por la tos—. He tragado mal.

Jasper se detuvo frente a ella; Lynn quedó un poco detrás, aún con la bandeja en las manos. Nina mantuvo la mirada baja, fingiendo ocuparse del bocadillo, fingiendo no sentir la mirada de Lynn atravesándola.

Lynn no dijo nada. Simplemente la observó: callada, tensa, con los ojos ligeramente entornados. El silencio suspendido entre ellas era afilado como el cristal. A Nina se le retorcieron las entrañas; ese impulso instintivo de retirarse, de huir, presionó con fuerza, como si estuviera acorralada sin salida.

Lynn lanzó una mirada rápida a Jasper y luego volvió a fijarla en Nina. Nina intentó parecer imperturbable, serena, como si su corazón no estuviera rebotando salvajemente contra las costillas.

—Quizá deberíamos sentarnos —dijo Jasper, señalando con la cabeza una mesa pequeña bajo la carpa cercana—. Hay sitio allí.

—En realidad estaba a punto de volver —murmuró Nina, secándose las comisuras de los ojos—. Necesitan ayuda para desmontar las carpas.

Jasper negó brevemente con la cabeza; los labios se le tensaron, como si quisiera replicar.

Pero Lynn dio un paso al frente de repente.

—Vámonos —dijo con brusquedad, sin mirar a ninguno de los dos.

Luego giró sobre el talón y se dirigió hacia la mesa libre, avanzando con paso rápido y decidido, como si temiera perder el valor si se detenía.

Nina se quedó inmóvil un segundo, observándola alejarse, sin saber qué hacer.

Jasper soltó un suspiro pesado, lanzó a Nina una breve mirada de reojo —una invitación silenciosa— y siguió a su hija.

Los dedos de Nina se cerraron con fuerza alrededor del vaso de cartón, ya arrugado. Se obligó a moverse; cada paso hacía que el pulso le golpeara con más fuerza.

Se acomodaron alrededor de la pequeña mesa de plástico bajo la carpa. El mantel blanco desechable estaba ya arrugado y manchado por decenas de manos y platos, pero eso era lo que menos preocupaba a Nina.

Se sentó frente a Lynn, bajando la vista hacia sus propios dedos, entrelazados con tensión.

Jasper dejó los vasos sobre la mesa. Lynn colocó la bandeja.

Ambos estaban mirando a Nina.

Ella sintió que algo se le contraía por dentro, afilado, doloroso. Tal vez fuera el corazón, o algo que había perdido hacía mucho tiempo.

Los tres permanecieron sentados alrededor de la mesa pequeña, cada uno tan absorto en sus propios pensamientos que nadie lograba iniciar algo parecido a una conversación normal. Jasper mantenía el rostro controlado, casi inescrutable, pero Nina sentía lo atento que estaba a las dos mujeres, siguiendo cada mínimo cambio de expresión. Lynn fingía concentrarse en su ensalada, aunque el

tenedor se movía demasiado despacio, como si estuviera reuniendo valor para algo.

Entonces, de la nada, Lynn levantó la cabeza. Lanzó una mirada rápida a Jasper —como si buscara permiso o apoyo— antes de volverse hacia Nina.

—Nina —dijo de pronto—. ¿Te… apetecería venir con nosotros el próximo sábado al refugio de animales? Papá y yo vamos todos los meses. Llevamos comida, revisamos a los perros y gatos. A veces los sacamos a pasear.

Sus ojos volvieron a posarse en su padre, buscando algo. Jasper la observó con una leve sonrisa; durante un instante, su mirada se suavizó.

Nina se quedó helada. Se le cortó la respiración.

No estaba segura de haber oído bien.

¿El refugio? ¿Una salida? ¿Con ellos?

Durante un momento no consiguió hilvanar ni un solo pensamiento coherente.

¿Significaba eso que Lynn ya no la odiaba?

¿Que estaba dispuesta —aunque fuera con cautela— a darle una oportunidad?

¿A conocerla?

Nina jamás se había atrevido a esperar algo así.

Pero quizá solo fuera cortesía, un intento de aliviar la incomodidad.

Quizá Lynn intentaba demostrarse a sí misma que era lo bastante fuerte como para sobreponerse a su enfado.

Nina se mordió el labio y apartó la mirada. No quería decepcionarla. Y sabía, en lo más hondo, que soportaría cualquier incomodidad —sí, incluso la presencia complicada de Jasper— si eso significaba estar un poco más cerca de Lynn.

Lynn debió de notar su vacilación; frunció el ceño y bajó la vista al plato. El tenedor raspó suavemente el plástico, delatando su nerviosismo.

—Si ya tienes otros planes —añadió deprisa, con un tono casi de disculpa—, no pasa nada. Me he acordado de repente y he pensado en preguntarte. No quería ponerte en un compromiso.

Nina captó su mirada cautelosa, y algo dentro de ella volvió a tensarse.

No. No podía dejar escapar esa oportunidad.

—¡No, no, está bien! —soltó de golpe, demasiado deprisa, alzando las manos en un gesto torpe—. Me encantaría ir. De verdad. Gracias por invitarme.

Lynn se quedó quieta un instante, luego asintió levemente y volvió a su ensalada. Pero Nina lo vio: cómo los hombros de Lynn se relajaban apenas, un suspiro silencioso de alivio.

Jasper observó a ambas con una expresión que Nina no supo descifrar, una leve sonrisa asomándole en la comisura de los labios.

Y en ese momento Nina comprendió que aquello era un primer paso.

Pequeño, inseguro y frágil, pero un paso al fin y al cabo.

Hacia convertirse, para Lynn, en algo más que una desconocida a la que hubiera preferido no conocer nunca.

CAPÍTULO 54

Nina condujo despacio hasta la verja del refugio de animales, intentando calmar los nervios. La respiración le salía irregular, el corazón le latía más deprisa de lo habitual. Y estaba ese aleteo extraño, indefinible, que sentía cada vez que pensaba en él.

Aparcó junto a un coche conocido. Lynn, vestida con un chándal, estaba apoyada en el capó, charlando con su padre y enseñándole algo en el móvil. Él estaba a su lado, con las manos en los bolsillos y una sonrisa en el rostro, nada que ver con la que llevaba en el hospital. Aquella era más suave. Más… humana. Relajada, incluso.

Nina soltó el aire con brusquedad y apretó el volante, obligándose a no entrar en pánico. Ya se habían dado cuenta de que había llegado. Lynn alzó la cabeza; Jasper le lanzó una mirada rápida. Nina respiró hondo y apagó el motor.

La noche anterior, su equipo de seguridad la había ayudado a cargar el maletero con varias bolsas enormes de comida para mascotas, juguetes y mantas. Se había excedido claramente: nerviosa, incapaz de detenerse mientras llenaba los carros en la tienda. Ahora no tenía ni idea de cómo iba a descargar todo aquello.

Salió del coche, dio un par de respiraciones para serenarse y se colocó el pelo. La grava crujió bajo sus zapatos.

Jasper fue el primero en acercarse: tranquilo, seguro de sí mismo. Vestía de manera sencilla: camiseta, pantalones deportivos, zapatillas blancas. La severidad que solía rodearlo parecía haberse desvanecido, y por alguna razón eso le gustó a Nina. Como si así resultara menos… peligroso.

—Hola —dijo él escuetamente.

Ella abrió el maletero y él asomó la cabeza para mirar dentro.

—¿Has decidido alimentar a todo el refugio?

Nina apretó los labios, notando cómo el calor le subía a las mejillas.

—Yo solo… no pude evitarlo —admitió en voz baja, bajando la mirada—. Quería que hubiera suficiente para todos.

Lynn también se acercó, con un leve titubeo. Miró a Nina y luego asintió, tensando los labios en lo que parecía un intento de sonrisa.

—Hola —dijo. Su voz sonó forzada, pero Nina decidió no darle importancia. Aquella era su oportunidad: conocer a su hija, intentar construir algo real.

Miró hacia el refugio y vio a una mujer joven salir por la verja. Llevaba una camiseta verde con el logotipo del centro, el pelo recogido en una coleta alta. Tenía la cara salpicada de pecas y una sonrisa tan luminosa que parecía iluminar todo el lugar.

Y esa sonrisa iba dirigida directamente a Jasper.

—¡Hola, Jasper! —llamó la mujer, apresurándose hacia él—. ¡No esperaba verte hoy! ¡Me alegra muchísimo que hayas venido!

Jasper le devolvió la sonrisa, sacó las manos de los bolsillos e inclinó ligeramente la cabeza, visiblemente contento de verla.

Algo se removió bruscamente dentro de Nina. La agradable expectación se transformó en un pinchazo agudo de celos.

Ridículo.

Lynn pareció notar también la atención excesivamente cálida de la chica hacia su padre, pero no reaccionó; simplemente se acercó al maletero abierto.

—Has traído muchísimo —dijo, asomándose—. Parece que los perros van a vivir como reyes.

Nina sonrió pese a todo, aunque seguía sintiendo el pulso latirle en las sienes. Jasper se apartó de ellas, continuando la conversación con la chica. La risa de ella sonó un poco demasiado alta, como si intentara impresionarlo.

Y, por alguna razón, eso irritó a Nina mucho más de lo que debería.

Jasper regresó y le hizo un gesto para que se acercara.

—Nina, esta es Verónica, la directora del refugio —dijo, volviéndose ligeramente hacia la mujer pelirroja, cuya sonrisa seguía siendo amplia—. Verónica, esta es Nina. Hoy viene con nosotros.

Nina dio un paso al frente y forzó una sonrisa, aunque los celos aún le bullían en el pecho. Verónica le sostuvo la mirada, aguda,

evaluadora. Sus ojos recorrieron el rostro de Nina, luego el coche, y Nina captó el leve endurecimiento de sus labios.

La cortesía estaba ahí.

Pero el desagrado era inconfundible.

Nina la saludó y le tendió la mano.

La mirada de Verónica se detuvo en los dedos de Nina un segundo más de lo necesario. Luego se la estrechó, pero la soltó casi de inmediato, como si el contacto le hubiera quemado.

—Igualmente —dijo, retirándose la goma de la coleta y sacudiendo la cabeza para que los mechones rojizos cayeran en una onda suave—. No esperaba que Jasper trajera invitados hoy.

Nina percibió cómo los ojos de Verónica se desviaban —breve pero ostensiblemente— hacia su coche antes de volver a su rostro.

Como un recordatorio silencioso:

Tú no perteneces a este lugar.

Como si Nina hubiera pisado el territorio de otra persona.

Jasper no se dio cuenta… o decidió no hacerlo.

—Iré a por un carro y descargaré todo —dijo—. Mientras tanto, ¿por qué no le enseñáis el refugio a Nina? Igual hoy se va a casa con un gatito o un perro. Tenemos unos cuantos bastante guapos.

Nina dudó un instante, descolocada. Lanzó una mirada rápida a Verónica, que alzó el mentón de inmediato, visiblemente ofendida. Lynn estaba cerca, subiéndose la cremallera de la chaqueta; luego asintió hacia Nina, invitándola en silencio a seguirlas.

—Toma —dijo Nina, sacando las llaves del bolsillo y tendiéndoselas a Jasper—. Ciérralo luego, ¿vale?

Él asintió y las cogió. Sus dedos se rozaron apenas un segundo, y una sacudida tenue recorrió el brazo de Nina. Se le cortó la respiración. Jasper parecía… inescrutable. Luego se apartó de forma brusca, creando distancia entre ambos.

Verónica inspiró hondo, lanzó a Nina una mirada de desagrado y se dirigió hacia la verja.

—Vamos —dijo con sequedad—. Te enseñaré a los animales.

Nina la siguió de manera automática, con Lynn caminando a su lado. En el rostro de Lynn apareció una sonrisa traviesa, y Nina sintió que la tensión se aflojaba un poco.

Después de alejarse unos pasos del coche, Lynn se inclinó hacia Nina y bajó la voz para que solo ella pudiera oírla.

—Esa Verónica —susurró, entrecerrando los ojos y mirando por encima del hombro— está colada por mi padre. Y no me cae nada bien. ¿Te puedes creer que le engañó para tener una cita con ella?

Nina se volvió de golpe, con las cejas disparadas.

—¿Qué? —murmuró, sintiendo cómo algo tenso y doloroso se le retorcía por dentro—. ¿Una cita? ¿Jasper? ¿Con Verónica?

Lynn le lanzó una mirada astuta, con una media sonrisa ladeada. Tenía un aire casi conspirador, como un cotilleo compartido entre amigas.

—Así que, si no quieres que te lo quite —añadió en voz baja—, no te quedes paralizada. Haz algo.

Nina no pudo ocultar su asombro.

La forma en que Lynn lo dijo —con naturalidad, casi animándola— sonó como un permiso.

Como si Nina tuviera derecho a luchar por él.

Como si a Lynn no le importara tenerla cerca.

Lynn se dio cuenta de su expresión atónita, soltó una risa breve y discreta y tiró de la chaqueta, como si no supiera muy bien qué hacer con las manos.

—¿Qué? —dijo encogiéndose de hombros—. Sinceramente, mejor tú que ella.

Verónica caminaba delante, hablando animadamente del refugio. Nina y Lynn la siguieron, intentando no quedarse atrás.

—Esta es nuestra sección de perros adultos —explicó Verónica, deteniéndose frente a la primera hilera de boxes—. Muchos llegaron en condiciones terribles, pero gracias a Jasper pudimos tratarlos… e incluso encontrar hogar para bastantes. Ha hecho tantísimo por nosotros. De verdad, sin él no lo habríamos logrado.

Lynn bufó a espaldas de Nina, y a ella le costó contener la sonrisa. Lo entendió de inmediato: Lynn también se había dado cuenta. De cómo Verónica prácticamente idolatraba a Jasper. Nina se limitó a asentir, fingiendo estar sinceramente impresionada.

—Este guapetón de aquí —continuó Verónica, acercándose a un box donde un perro mestizo grande, de ojos marrones inteligentes,

asomaba entre los barrotes—. Jasper le ayudó a recuperarse de una lesión en la columna. Ahora vuelve a correr.

Nina lanzó una mirada rápida a Lynn. Lynn puso los ojos en blanco con exagerado cansancio. Nina se mordió el labio para no reír.

—Y estos pequeñines —Verónica se inclinó sobre un box con tres cachorros que se estiraban hacia su mano, chillando de emoción— también están aquí gracias a Jasper. Los encontró el invierno pasado, casi congelados, y los trajo él mismo.

Lynn volvió a poner los ojos en blanco y resopló. Verónica no se dio cuenta y siguió con su monólogo sobre las grandes hazañas de Jasper y lo unidos que supuestamente estaban.

—…Y cuando mi hermana acabó en el hospital, fue él quien la atendió.

Jasper, Jasper, Jasper. Daba la sensación de que, si pudiera, Verónica ya habría levantado una estatua suya en mitad del refugio. Lynn estaba cada vez más irritada, con los puños apretados, y Nina percibió que estaba tan cansada de aquel numerito como ella misma. Intercambiaron otra mirada rápida y, al final, Nina no pudo más: puso los ojos en blanco y se llevó la mano a la boca para disimular la reacción.

—Os parecéis mucho —dijo de pronto Verónica, volviéndose hacia Nina con un interés inesperado—. ¿Sois familia de Jasper y Lynn?

La pregunta pilló a Nina desprevenida. Aspiró aire con demasiada brusquedad y tosió, intentando recomponerse ante la oleada repentina de nervios. Verónica la observaba expectante. Lynn entornó los ojos, y una sonrisa maliciosa empezó a dibujársele en los labios.

—Sí —consiguió decir Nina, notando cómo se le calentaban las mejillas—. Algo así.

Verónica se relajó de forma visible. Nina vio cómo se le aflojaban los hombros, cómo la mirada se le suavizaba, y dejó escapar un pequeño suspiro, como si acabara de descartar a una posible rival.

—Oh, claro —asintió Verónica, sonriendo ampliamente—. Lo pensé desde el primer momento. ¿Primas, quizá?

Nina abrió la boca para responder, pero Lynn se le adelantó.

Alzó la barbilla, con un brillo travieso en los ojos, y dijo con una ironía inconfundible:

—Nina es mi madre. Nos reencontramos hace poco.

El silencio cayó de golpe.

Verónica se quedó petrificada. Los ojos se le abrieron de par en par y la sonrisa se le borró del rostro como si alguien hubiera tirado de un hilo invisible. Parpadeó varias veces, luchando claramente por procesar lo que acababa de oír.

—¿Tu… madre? —repitió, con una voz que sonó como si acabara de recibir un golpe en el estómago—. Pero… Jasper y tú… Es demasiado joven para ser tu madre…

Lynn sonrió con suficiencia, lanzó a Nina una mirada rápida y luego volvió a fijarse en Verónica, disfrutando evidentemente del momento.

—Sí. Mi madre —repitió—. Está estupenda, ¿a que sí? Bueno, mi padre tampoco es precisamente mayor. Me tuvieron jóvenes.

Durante un instante, Nina miró a Lynn con una incredulidad suave. Comprendió que Lynn la estaba utilizando como escudo: contra Verónica, contra su interés por Jasper.

Y, de algún modo… no le dolió.

Al contrario, resultó extrañamente dulce.

Un gesto pequeño e instintivo de protección. Una forma de decir que no quería que nadie más ocupara ese espacio junto a su padre.

No significaba que Lynn la hubiera aceptado del todo todavía, pero sí era un paso adelante. Y Nina estaba dispuesta a aceptar pasos así.

Aunque, a veces, vinieran envueltos en pequeños juegos extraños como aquel.

CAPÍTULO 55

Nina caminaba entre las filas de jaulas, rozando los fríos barrotes metálicos con la yema de los dedos, estudiando los rostros de los perros. Se acercaban a ella, empujaban el hocico entre los barrotes, algunos incluso enseñaban los dientes, pero no sentía miedo. Aquellos animales, pese a su aspereza, le resultaban comprensibles. Sencillos. Honestos en sus emociones. Y solitarios, igual que ella.

Se detuvo frente a uno de los recintos. Dentro había un pastor alemán grande, hermoso y bien cuidado, que la observaba sin moverse.

—Hola —susurró Nina, inclinándose un poco hacia las barras—. ¿Cómo te llamas?

El perro se incorporó lentamente, sin apartar la mirada de ella. Sin pensarlo demasiado, Nina alargó la mano.

—Perdona, no he traído premios —dijo con una sonrisa pequeña, a modo de disculpa, acercándose un poco más—. Quizá la próxima vez…

El pastor se lanzó sin previo aviso. Su cuerpo enorme se estrelló contra las barras, los dientes chasquearon a centímetros de su mano. Nina ahogó un grito, se echó hacia atrás, perdió el equilibrio. El mundo se inclinó, el suelo desapareció bajo sus pies y ya se estaba preparando para que la cabeza le golpeara el cemento…

Unos brazos fuertes la atraparon en el último segundo.

Cálidos. Firmes. Se cerraron con seguridad alrededor de su cintura, deteniendo la caída. Nina aspiró con fuerza, el corazón desbocado, y alzó la vista.

Era Jasper.

Estaba tan cerca que podía sentir su aliento contra la piel, el calor de su cuerpo, ver cómo sus ojos recorrían su rostro buscando señales de daño. Sus dedos se tensaron de forma instintiva y Nina se aferró a sus antebrazos sin pensarlo, solo para sostenerse.

Su boca estaba demasiado cerca. Sin darse cuenta, se humedeció los labios… y notó cómo la garganta de él se movía al tragar.

Peligroso.

Demasiado peligroso.

Durante varios segundos ninguno de los dos habló. Respirar resultaba difícil.

—¿Estás bien? —preguntó por fin, con la voz baja y tensa.

Nina negó rápidamente con la cabeza, notando cómo el calor le subía a las mejillas.

—Sí… perdón… yo solo… no me lo esperaba.

Jasper la soltó despacio, pero sus manos se demoraron un segundo más de lo necesario. Luego dio un paso atrás, como si de pronto fuera consciente de lo cerca que habían estado. Sus dedos aún temblaban ligeramente, aunque intentó disimularlo.

—Ese pastor no es muy sociable —dijo con sequedad, enderezándose y apartando la mirada—. Mejor no tocarlo. Tuvo una mala historia con sus antiguos dueños.

Nina asintió, manteniendo la vista baja, sintiendo la sangre latirle en las sienes. No entendía qué le estaba pasando ni por qué un solo contacto con él la descolocaba por completo.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó de nuevo, observándola.

—Sí —exhaló ella, dando un paso atrás cuando las rodillas amenazaron con fallarle—. ¿Dónde está Lynn?

Jasper señaló con la cabeza el pasillo que conducía a la zona de los gatos.

—Ha decidido elegir un gatito —dijo, sonando algo más relajado ahora, aunque su mirada seguía cautelosa—. Vamos.

Caminaron juntos por el pasillo estrecho. Nina era dolorosamente consciente de cómo su codo rozaba el de él a veces al pasar tan cerca el uno del otro.

En la sección de los gatos, Lynn ya estaba en cuclillas junto a una de las jaulas, acercando los dedos a un diminuto gatito gris de ojos enormes. Verónica estaba a su lado, sujetando una carpeta contra el pecho y señalando con entusiasmo de un gatito a otro mientras hablaba.

—Este gris es el más activo —decía Verónica, ladeando la cabeza para que sus rizos rojos cayeran sobre el hombro—. Pero también es el más cariñoso. Y este atigrado… es un cazador nato. Si tienes ratones o juguetes con plumas, te adorará.

Lynn sonrió y deslizó los dedos entre los barrotes. El gatito gris se aferró de inmediato con sus diminutas garras, mordisqueando y lamiéndole la mano con entusiasmo. Nina no pudo evitar sonreír ante la escena: el rostro de Lynn se iluminó, los ojos le brillaban de pura felicidad.

Jasper se acercó y se detuvo junto a Nina. Ella sintió su calor a su lado, como si se quedara deliberadamente cerca. O quizá solo fuera su imaginación.

—¿Vas a quedarte con uno? —preguntó a Lynn.

Lynn alzó la vista hacia los dos, sonriendo de oreja a oreja.

—No lo sé —dijo, sin dejar de acariciar al gatito—. Son todos adorables. Pero probablemente este. Es divertidísimo… ¡mira, papá!

Jasper se inclinó para asomarse a la jaula. Nina observó cómo su expresión se suavizaba al tocar con cuidado la patita del gatito.

—Buena elección —dijo, asintiendo con aprobación.

Un calor dulce se expandió por el pecho de Nina al verlos juntos. Por un instante parecían una familia de verdad, la clase de familia que ella siempre había anhelado.

Verónica también sonrió, observando la escena. Pero cuando sus ojos se cruzaron de nuevo con los de Nina, aquella sonrisa vaciló levemente. Como si de pronto recordara que Nina no pertenecía a ese lugar.

Nina lo ignoró. Estaba allí por Lynn.

—Pensamos ir a comer algo después de esto —dijo Jasper de pronto, enderezándose y mirando a Nina—. ¿Te vienes con nosotros?

Nina dudó un segundo, con el pulso acelerándose. No sabía si era lo correcto, si se estaba acercando demasiado rápido. Pero era una oportunidad de pasar más tiempo con Lynn.

—Sí —dijo en voz baja, forzando calma en su tono—. ¿Por qué no?

De inmediato sintió la mirada afilada, casi hostil, de Verónica. Sus ojos destellaron, brillantes y furiosos, como si Nina acabara de arrebatarle algo que le pertenecía por derecho.

CAPÍTULO 56

La necesidad de golpear el saco pesado ahogaba cualquier otro pensamiento.

Jasper apretó las vendas alrededor de las manos, escuchando el sonido de su propia respiración. Se volvió más profunda, más pesada. Todo en su interior hervía, pero lo mantenía bien encerrado.

Nolan apareció en la puerta del gimnasio, lanzó la bolsa de deporte sobre el banco junto a la pared y se estiró con una sonrisa torcida, haciendo rodar los hombros. Sus ojos se posaron en Jasper, y Jasper sintió cómo ese nudo familiar se le apretaba en el estómago. ¿Qué demonios hacía allí? Jasper no lo había invitado.

—¿Listo? —preguntó Nolan con despreocupación.

—Deberías preguntarte si tú lo estás —replicó Jasper con una mueca.

—Iré suave hoy. Te daré la oportunidad de soltar algo de rabia.

Jasper resopló y dio un paso al frente, ajustándose aún más las vendas. Vio con cuánta atención lo observaba Nolan, la mandíbula tensa, ya intuyendo que aquello no iba a ser un *sparring* normal.

—Así que sabes que sigo cabreado —dijo Jasper, subiendo al ring. Las cuerdas cedieron bajo su peso, la lona crujió bajo sus pies.

Nolan alzó la mirada, la expresión volviéndose seria.

—Crees que hice algo mal —dijo con calma, acercándose—. Pero no le debo explicaciones a nadie. Ni siquiera a ti.

Jasper se quedó inmóvil medio segundo, clavando los ojos en los suyos mientras otra oleada de ira le subía por dentro. ¿Hablaba en serio? ¿De verdad pensaba que Jasper iba a dejar pasar aquello?

Empezaron a girar uno alrededor del otro, tanteando distancias. Músculos tensos. Puños cerrados.

—Sabes que Lynn no es cualquiera para mí —gruñó Jasper, lanzando el primer golpe. Nolan lo esquivó con facilidad, la guardia alta—. Es mi hija, Nolan.

—Lo sé —replicó, contraatacando con un puñetazo que Jasper bloqueó sin problemas—. Pero es adulta. Y no soy un crío jugando con sus sentimientos.

Los puños de Jasper siguieron volando, rápidos y duros, pero Nolan retrocedía, esquivaba, dejaba que los golpes cortaran el aire vacío, como si quisiera que Jasper se quemara en su propia rabia.

—Puedes enfadarte todo lo que quieras —dijo Nolan, agachándose para esquivar un golpe directo a la mandíbula—, pero no voy a alejarme de ella solo porque tú no lo apruebes.

Algo dentro de Jasper se tensó aún más. Avanzó con fuerza y le encajó un golpe en las costillas. Nolan hizo una mueca, pero se mantuvo en pie, recolocándose.

—No hagas esto, Nolan —siseó Jasper, el sudor resbalándole por las sienes—. Vas a estropearlo todo. Ya has cruzado una línea.

Nolan se quedó quieto. Le sostuvo la mirada. Luego, despacio, se quitó los guantes y los dejó caer sobre la lona. Dio un paso atrás, respirando con dificultad.

—No voy a disculparme por lo que siento —dijo, secándose la frente con el dorso de la mano—. Y no voy a permitir que controles su vida. Ella tomó su decisión. Y yo estoy dispuesto a respetarla… aunque tú no lo estés.

Jasper se quedó allí, inmóvil, con las palabras resonándole en la cabeza. Se miraron en silencio, los pechos subiendo y bajando, la tensión tan espesa que casi podía tocarse.

Entonces Nolan se inclinó, recogió los guantes, lanzó a Jasper una breve mirada, asintió y se dirigió hacia la salida.

—Nos vemos, Jasper —dijo por encima del hombro, sin volverse —. Y piensa qué es más importante: tu orgullo o la felicidad de tu hija.

Jasper se quedó solo en el centro del ring, los puños apretados, la rabia aún hirviendo, pero las palabras de Nolan clavadas muy dentro, negándose a desaparecer.

Se dejó caer en el coche, lanzó la bolsa del gimnasio al asiento del copiloto y rodeó el volante con las manos. El corazón aún le latía desbocado. La mandíbula rígida. Los nudillos blancos.

Exhaló, se recostó en el asiento y cerró los ojos, intentando calmarse. La conversación se repetía una y otra vez. La voz de Nolan. Su seguridad. La forma en que había dicho que no iba a dar marcha atrás.

Maldita sea.

Lynn era su hija. Su niña. Y Jasper no permitiría que nadie le hiciera daño. Ni siquiera su mejor amigo.

Respiró hondo y sacó el móvil del bolsillo del chándal. Sus ojos se posaron en un nombre sin que él pretendiera mirarlo: Nina.

Se quedó mirando la pantalla. Los dedos le temblaban un poco, el pulso seguía irregular. Por alguna razón, pensar en Nina siempre le provocaba un calor extraño en el pecho, algo enredado con culpa, arrepentimiento y… deseo. Incluso admitirlo para sí mismo resultaba peligroso.

Recordó el refugio. Lo bien que se había sentido allí. Lynn no se había apartado por una vez, no había lanzado pullas ni intentado desaparecer. Se rió. Bromeó. Y Nina la había observado con esa sonrisa suave y dolorida de la que Jasper no podía apartar la mirada.

Y aquel momento junto al box, cuando atrapó a Nina, cuando su cuerpo estuvo tan cerca que pudo sentir su respiración.

Algo se movió dentro de él.

Solo un roce. Eso fue todo lo que hizo falta.

Un sentimiento enterrado desde hacía mucho tiempo despertó: cálido y aterrador a la vez. Como una grieta extendiéndose por el hielo que había construido a su alrededor durante años.

Jasper siguió mirando el teléfono, la mandíbula tensa. El pulgar flotó sobre la pantalla. Era una mala idea. No debería acercarse a ella. Había demasiado dolor entre ellos. Demasiada historia.

Ella era una víctima.

Él era el hombre que había permitido que ocurriera.

Y, aun así, quería volver a verla sonreír. Oír su risa. Ver cómo ponía los ojos en blanco ante sus bromas torpes.

Al diablo con todo.

Sus dedos se movieron.

«¿Te apetece quedar en algún sitio? ¿Cenar?»

Enviado.

Al instante, el pecho se le cerró. Volvió a agarrar el volante, la respiración superficial, el corazón golpeándole más fuerte que en el gimnasio. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué le importaba tanto?

El teléfono vibró.

«Ya he cenado.»

Algo se le desplomó en el pecho, frío y afilado. Estúpido. ¿Qué esperaba?

Estaba a punto de tirar el móvil a un lado cuando llegó otro mensaje.

«Pero no diría que no a un Bubble tea. Conozco un sitio que lo hace muy bien.»

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Jasper.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sintió cómo el hielo alrededor de su corazón empezaba a derretirse.

CAPÍTULO 57

Nina iba sentada en el asiento de cuero suave de su coche, tamborileando con los dedos sobre el volante mientras las farolas desfilaban frente al parabrisas. La noche envolvía la ciudad en oscuridad y el asfalto aún brillaba por la lluvia reciente.

La cabeza todavía le daba vueltas por la reunión con los accionistas.

Lo había conseguido.

Había recuperado lo que pertenecía a su familia. Les había dejado claro a aquellos rostros estirados y engreídos que no pensaba desvanecerse en silencio. ¿Creían que podían apartarla? ¿Que después de todo lo que había pasado simplemente desaparecería?

Se equivocaban.

Nina apretó el volante, y una satisfacción lenta y firme se le extendió por el pecho. Su padre habría estado orgulloso. Habría dicho que era una auténtica Osborne: que no se había quebrado, que no había retrocedido, que había llegado hasta el final.

Había hablado ante el consejo. Les había demostrado que no era una marioneta. Quizá no dirigiría la empresa como Frank, pero a partir de ahora ninguna decisión importante se tomaría sin contar con ella. Tendrían que tenerla en cuenta.

Era la heredera de aquella compañía. Su familia la había fundado. Su padre la había levantado con sus propias manos. Y no iba a permitir que algún manipulador egocéntrico que la había traicionado destruyera lo que se había creado con sangre y sudor.

Frank había causado un daño real a la reputación de la empresa, pero eso también podía arreglarse. La reputación era frágil. Bastaba un año, quizá dos, para que el escándalo se desvaneciera. La empresa se recuperaría.

Nina exhaló despacio, llenando los pulmones y dejando que la respiración la serenara. Lo había hecho. Había recuperado el control. Se había recuperado a sí misma.

Y quizá por eso había aceptado con tanta facilidad quedar con Jasper. ¿De qué otra manera explicarlo?

Una sonrisa le tironeó de los labios. De verdad había dicho que sí con demasiada rapidez. Como si algo dentro de ella la empujara hacia él, como si el día no hubiera estado completo sin verlo.

Se miró en el retrovisor, se retocó el maquillaje, se acomodó unos mechones rebeldes y enderezó los hombros.

Había llegado pronto.

Nina aparcó cerca del restaurante, pasó frente al escaparate de la floristería y entró. El lugar estaba exactamente igual. Hacía años solía venir con frecuencia.

El encargado la reconoció, la saludó por su nombre y ella pidió una mesa junto a la ventana.

Ojeó la carta sin interés. No tenía hambre. Los nervios de la reunión seguían zumbándole por dentro. Pero necesitaba relajarse. Y comer. O al menos fingir que lo hacía.

Al fin y al cabo, había aceptado aquella cena.

—Ensalada de atún marcado y té verde, por favor —pidió sin levantar la vista.

Nina se recostó en la silla, alisó la tela del pantalón sobre la rodilla y sacó el móvil.

Jasper no había escrito.

—¿Nina? ¿Eres tú? —una voz conocida irrumpió de pronto en sus pensamientos—. No me lo puedo creer. Qué casualidad.

Giró la cabeza despacio.

Margo.

Una de esas mujeres que se metían en todas partes, siempre al tanto de la vida de los demás, sobre todo cuando no era asunto suyo.

—Hola —dijo Nina con un leve asentimiento, guardando el teléfono—. Desde luego, no me lo esperaba.

Se conocían desde hacía años. Nunca habían sido amigas íntimas, pero siempre habían sabido qué ocurría en la vida de la otra.

—Estoy sinceramente sorprendida —dijo Margo, sentándose ya en la silla frente a ella sin pedir permiso. Su mirada recorrió el rostro de Nina, su figura—. Estaba convencida de que te habías ido del país. Ya sabes… después de todo.

—¿Después de qué exactamente? —La voz de Nina se mantuvo serena, aunque un filo frío la atravesó. Su divorcio de Frank se había convertido en un espectáculo público, y seguía enfureciéndola—. Como ves, estoy bien.

—Sí, eso salta a la vista. Por cierto, estás espectacular. Como si todo aquello te hubiera hecho más fuerte. —Margo se inclinó hacia ella, con los ojos brillantes de curiosidad—. Pero dime la verdad… ¿cómo lo superaste? Después de lo que ese cabrón de Garth te hizo…

Los dedos de Nina se quedaron inmóviles sobre el mantel. Alzó la mirada hacia Margo.

El silencio se alargó.

No estaba temblando de miedo.

Ni de dolor.

Temblaba porque, por un instante, había olvidado que el pasado siempre estaba cerca. Al acecho.

Bastó la voz de una desconocida y regresó como una bofetada en la cara.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Nina con sequedad, dando un sorbo al agua.

La sonrisa de Margo se ensanchó apenas un poco: se notaba que había tocado un nervio.

—Vamos, no te hagas la tonta —se rio, como si Nina estuviera fingiendo—. Aquella historia. Dios, todo el mundo hablaba de eso en su momento. Es solo que… esas cosas se olvidan con el tiempo. Pero lo recordé hace poco y pensé: vaya, pasaste por un infierno de verdad. Y nunca dijiste nada. Te lo guardaste todo.

Nina se irguió. Entrelazó las manos sobre el regazo. La miró de frente.

—Lo siento, Margo, pero no he venido aquí a comentar las especulaciones de los demás —dijo con calma, con frialdad—. Y quizá deberías tener más cuidado con lo que repites de esos sitios de cotilleo barato. Ese tipo de cosas pueden meterte en problemas.

Margo parpadeó. Se quedó rígida. Luego forzó una sonrisa tensa.

—Claro, perdona. Yo solo… entonces ¿no es verdad? —se rio, pero Nina lo vio con claridad: no se lo creyó ni por un segundo—. Te

estás recuperando muy bien después del divorcio.

—Gracias —respondió Nina con neutralidad—. Pero prefiero no remover todo eso otra vez. Ya se han puesto demasiadas palabras en mi boca. Ahora prefiero hablar por mí misma.

—Lo entiendo —asintió Margo—. Supongo que he soltado todo eso en el peor momento.

—No pasa nada —Nina suavizó un poco la sonrisa—. No eres la primera. Simplemente no es un tema que trate durante una cena.

—Sí, ha sido incómodo —se rio Margo de nuevo, apartando la mirada—. Pero de verdad estás impresionante. Como una mujer que vuelve a saber lo que quiere.

En ese momento, una voz conocida interrumpió la escena.

—Perdón por llegar tarde. Hubo un accidente y el tráfico estaba completamente colapsado.

Jasper estaba junto a la mesa: alto, sereno, con una chaqueta oscura. El pelo ligeramente revuelto, las llaves y el móvil en la mano. Lanzó a Margo una mirada breve y evaluadora, claramente tratando de entender qué hacía allí.

—Buenas noches —dijo con educación.

Margo se quedó paralizada. La sonrisa se le borró del rostro de un plumazo. Miró a Jasper, luego a Nina, y su expresión fue cambiando a medida que la comprensión se abría paso lentamente.

—¿Vosotros… estáis juntos? —No era exactamente una pregunta; más bien un intento de dar sentido a lo que veía.

Jasper se sentó junto a Nina, y ella sintió de pronto un destello cálido en el pecho. La situación era absurda. Ver cómo el rostro de Margo pasaba de la confusión a la vergüenza y luego a la incredulidad resultaba extrañamente satisfactorio.

—Nos… cruzamos bastante —dijo Jasper con calma.

Margo parpadeó de nuevo. La comprensión llegó a trompicones. Se le encendieron las mejillas. En su cabeza, suposiciones, rumores y teorías a medio hacer se derrumbaron de golpe.

Forzó una sonrisa fina.

—Bueno… entonces no os interrumpo —murmuró—. Que paséis buena noche, Nina.

—Igualmente, Margo —respondió Nina con una calidez tan sincera que estuvo a punto de reír. La incomodidad de Margo era dolorosamente evidente.

Se marchó.

Jasper la siguió con la mirada y luego preguntó:

—¿La conozco? Me ha mirado como si le resultara familiar.

—No lo creo —se encogió de hombros Nina.

Dio otro sorbo al té y soltó una risa suave. La tensión que había arrastrado toda la tarde se disipó de repente. No había planeado nada. Solo había venido a cenar. Y, sin embargo, simplemente sentándose allí con Jasper, había borrado montones de basura que le habían arrojado encima.

Que pensaran lo que quisieran. Que creyeran que todo había sido la venganza de Frank, una campaña sucia de un exmarido furioso porque su mujer lo había dejado por otro hombre. Uno más fuerte. Uno mejor.

Jasper se inclinó un poco hacia ella, estudiándole el rostro.

—¿Qué? —preguntó Nina.

Él negó con la cabeza.

—Nada. Es solo que… hoy te veo distinta.

La cena resultó inesperadamente fácil. Incluso… agradable.

Y Nina se sorprendió dándose cuenta de que, de verdad, le interesaba escuchar lo que él tenía que decir.

Él hablaba de cosas cotidianas: de cómo Lynn había rescatado una vez a un cachorro de un camión de la basura, de cómo un nuevo paciente de la clínica había confundido un ictus con un nervio pinzado. Historias sencillas. Nada extraordinario. Y, aun así, Nina se descubrió sonriendo.

Sonriendo de verdad.

Y eso la asustó más que cualquier otra cosa.

No se dio cuenta de cómo pasaba el tiempo. En algún punto entre su segunda taza de té y el postre, comprendió de pronto que no quería que la velada terminara.

La idea la sobresaltó… y algo encajó dentro de su mente.

Jasper Garth se dividió en dos figuras distintas.

Una era el hombre de su pasado, el que acudía a ella en las pesadillas.

Y la otra era este hombre sentado frente a ella ahora. Sonriente. Adulto. Inteligente. Atento. Interesante. Un hombre al que empezaba a ver de otra manera.

Poco a poco, en silencio, estaba desplazando al otro.

Sin esfuerzo. Sin violencia.

Solo por existir.

Alzó la taza, dio un sorbo y volvió a sobresaltarse.

¿Qué significaba aquello?

¿Que estaba lista para perdonar?

¿O que simplemente estaba agotada de cargar con todo durante tantos años?

—Gracias —dijo, alzando la mirada hacia él y echando un vistazo al reloj, fingiendo que tenía algún compromiso urgente. Como si a las once de la noche pudiera tener planes inaplazables.

Como era de esperar, Jasper ni siquiera la dejó acercarse a la cuenta.

—Invito yo —dijo con calma, sacando la tarjeta—. Te he invitado yo.

Ella no discutió.

Esa noche quería dejar la armadura a un lado. Solo un rato.

Salieron al exterior. El aire era templado, casi primaveral. La calle estaba tranquila, en calma.

Jasper caminaba a su lado, con las manos en los bolsillos, la expresión distante, pensativa. Su coche estaba a solo unos pasos… pero ella no quería marcharse. Algo la retenía, algo fino y casi invisible.

Se detuvo y se volvió hacia él.

Él también se detuvo, mirándola con una expresión indescifrable.

—Entonces, ¿por qué me pediste realmente que quedáramos? —preguntó, manteniendo la voz firme—. No era solo por cenar acompañados. Querías hablar de algo, ¿verdad?

Esa era la sensación. Y, sin embargo, no había sacado ninguno de los temas evidentes.

Jasper la miró durante un largo instante, sin la distancia habitual. Como si buscara permiso en sus ojos para ser sincero.

Abrió la boca para responder… y no tuvo ocasión.

Un chico en un patinete eléctrico pasó de pronto a toda velocidad junto a ellos.

Nina apenas registró lo que ocurría; solo sintió un brazo fuerte rodeándole la cintura y tirando de ella hacia atrás.

El mundo se inclinó. El suelo desapareció bajo sus pies. Chocó contra Jasper mientras el patinete pasaba rozándolos, a escasos centímetros.

Tardó un segundo en darse cuenta de que el idiota había bajado por la acera sin mirar.

Quedó apretada contra el pecho de Jasper. El corazón le latía con fuerza. La respiración se le desacompasó.

Y él no la soltó.

Ni siquiera un instante después.

Su mano seguía en su cintura, ardiente, desorientadora.

La adrenalina fue disipándose poco a poco, pero por dentro ella seguía vibrando como un alambre tenso. El pecho de él subía y bajaba con respiraciones marcadas contra el suyo. No la soltaba.

Y ella no se movía porque no quería que lo hiciera.

Él la miró con una expresión intensa, oscura. Sus ojos recorrieron sus mejillas encendidas, descendieron hasta sus labios y se detuvieron allí.

Ella lo vio quedarse rígido, como si estuviera luchando consigo mismo.

Y entonces su olor inundó sus sentidos, la rodeó, se le metió dentro.

Nina pasó la lengua por los labios de forma instintiva.

El calor le estalló por dentro, súbito y feroz. Los dedos de él se tensaron casi imperceptiblemente en su cintura.

Y en ese instante, algo entre ellos cambió. La tensión que llevaba tanto tiempo acumulándose por fin se rompió.

No supo quién se inclinó primero. Sus labios se encontraron con brusquedad, como un chispazo. Inseguro. A medio aliento. Y al instante salvaje, eléctrico, irreal.

El mundo desapareció. No había calle. Ni coches. Ni farolas. Solo sus labios sobre los de ella. Suaves. Cálidos. Hambrientos.

Nina se aferró a la solapa de su chaqueta, como si de otro modo no pudiera mantenerse en pie. Jasper se inclinó más, la mano libre deslizándose por su espalda, atrayéndola con más fuerza, como si temiera que pudiera desvanecerse.

Y fue suficiente.

Ardía. Nina se lanzó hacia él, sin aliento, como si no hubiera suficiente aire, como si todo el oxígeno del mundo viviera ahora en sus labios, en su cuerpo, en esa cercanía imposible.

Todo dentro de ella estaba en llamas. Aquí y ahora ya no recordaba quién era… ni quién había sido él.

Y entonces él se apartó.

Tan bruscamente que al principio ni siquiera registró la distancia. Dos pasos completos entre ambos.

Jasper respiraba con dificultad, con los ojos fuera de sí. En ellos vio algo que nunca antes había visto: miedo, furia, culpa.

—Maldita sea… —susurró, pasándose una mano por el pelo—. Lo siento. Lo siento mucho. No debería haber hecho eso.

Nina ni siquiera tuvo tiempo de exhalar.

Él dio un paso atrás. Luego otro.

—No volveré a acercarme a ti —dijo con voz ronca—. Te lo juro, Nina.

Y sin darle la oportunidad de decir una sola palabra, se dio la vuelta y se marchó.

No, huyó.

Su coche seguía aparcado cerca del restaurante, pero él se alejó por la acera en dirección contraria.

Nina se quedó donde estaba, aturdida, desorientada. Los labios le ardían. El corazón le golpeaba con violencia contra las costillas.

No entendía lo que sentía. No entendía por qué no lo había apartado. Por qué no le había dado una bofetada.

Y por qué, en lugar de miedo o repulsión, lo que sentía era… deseo.

Necesitaba ver a un terapeuta.

No, mejor aún, a un psiquiatra, porque existía una posibilidad muy real de que hubiera perdido la razón.

Más tarde, yacía en la oscuridad, mirando el techo sin parpadear. La ventana estaba abierta, el aire nocturno entraba en la habitación. Sus pensamientos se negaban a calmarse.

Los dedos se le deslizaron hasta los labios. Sentían el escozor de su contacto. Nina los rozó con la yema.

Aquel beso se había incrustado bajo su piel. Se había grabado dentro de ella.

Jasper.

Su nombre daba vueltas en su cabeza como un disco rayado. No sabía qué deseaba más en aquel momento: que se hubiera apartado… o que no la hubiera soltado nunca.

Estaba mal.

Todo estaba mal. La cena. La conversación. Su risa. Los roces. Y el beso.

Había pasado por demasiado. Años luchando por olvidar. Por enterrar todo lo relacionado con aquellos días, con aquella noche. Había construido muros a su alrededor durante años. No dejó que nadie se acercara. Nadie.

Y ahora…

El hombre cuyo nombre antes le provocaba temblores, miedo, rabia, desesperación había aparecido justo cuando más necesitaba apoyo.

¿Por qué él?

¿Por qué había sido él quien se sentía tan cerca cuando ella estaba en su momento más vulnerable?

La pregunta no la dejaba en paz.

Y, aun así, notó algo más.

No sentía pánico. Ninguna urgencia por buscar pastillas, por adormecerse con sedantes. Al contrario: había dentro de ella una extraña lucidez. Casi claridad.

La pantalla de su móvil se iluminó de repente, arrancándola de sus pensamientos. La luz brillante le escoció en los ojos.

Un mensaje.

Jasper: *¿Puedo pasar por tu casa? Ahora. Quiero hablar… de lo que pasó. De verdad lo siento.*

Nina se quedó inmóvil. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Los dedos le temblaban, no de miedo, sino porque no sabía qué quería responder.

¿Quería que viniera?

¿Quería verlo en ese momento?

Antes de que pudiera decidirse, apareció otro mensaje.

Jasper: *Olvídalo. Es una idea terrible. Lo último que querrías es que apareciera en tu casa a mitad de la noche.*

Su dedo quedó suspendido sobre el teclado. El pecho se le cerró.

No pensó. Simplemente escribió: *Ven. Antes de que cambie de opinión.* Y lo envió.

Nina saltó de la cama. Tenía el pelo revuelto y llevaba un camisón de algodón: cómodo, pero totalmente inadecuado para una conversación nocturna en el jardín con un hombre sobre el que no sabía qué sentía. El mismo hombre que la había besado hacía solo unas horas y luego había huido como si temiera sus propios actos.

¿Qué estaba haciendo? Había decidido no invitarlo a entrar. Que la conversación sería breve, contenida, sin exceso de emociones. Delante del equipo de seguridad: más seguro. Más racional. Más correcto. Pero sus manos ya estaban cogiendo lo primero que encontraban: unos vaqueros oscuros, un jersey negro de cuello alto y manga larga. En el baño se lavó la cara rápidamente, se peinó, se echó un poco de perfume en el cuello. Maldición. No pensaba seducirlo. Pero lo hizo de todos modos, como si existiera la posibilidad de que volviera a tocarla. No sabía por qué quería verse atractiva ante sus ojos. Todos sabían cómo había terminado la última vez que llevó un vestido bonito y se sintió tan alterada como ahora.

Nina se acercó a la ventana y vio los faros. Había llegado. La excitación y la ansiedad se le mezclaron por dentro. ¿Qué hacer? ¿Cómo comportarse? ¿Fingir que no había pasado nada?

Caminó hacia la puerta y vio en la pantalla del panel que Jasper se acercaba a la entrada. ¿La seguridad estaba siendo demasiado descuidada, dejándolo pasar así?

Nina se acomodó el cuello alto con nerviosismo, respiró hondo e intentó adoptar una expresión neutra. Abrió la puerta y él se quedó inmóvil en los escalones, encontrándose con su mirada.

Se miraron, incapaces de pronunciar una sola palabra. Ella mantuvo la mano en el pomo, parpadeando varias veces. Él abrió la boca y la cerró de inmediato, como si ni siquiera él supiera por qué había venido.

—Lo siento —acabó diciendo en un suspiro, pasándose la mano por la nuca—. Yo… todas las palabras que había preparado se me han borrado en cuanto te he visto.

Frunció el ceño, apartó la mirada y luego volvió a mirarla. Estaba tenso, al límite. A Nina le resultaba difícil leer sus emociones. Difícil entender qué estaba pensando. No entendía bien a los hombres. Primero tenía que entenderse a sí misma.

Estaba allí delante de ella: alto, desorientado, vulnerable de una forma poco habitual en él. Y algo dentro de ella respondió a eso. No miedo, no ansiedad. Algo distinto. Desconocido. Doloroso.

Y de pronto se sintió asfixiada por las medias verdades, las pausas, las frases medidas. Dio un paso al frente, acortando la distancia con valentía.

—¿Te gusto, Jasper? —preguntó directamente, sorprendida por su propia franqueza—. Como mujer. Quiero saberlo.

Él se estremeció. La miró como si acabara de verbalizar su mayor secreto. O como si no creyera que ella lo hubiera dicho en voz alta. Ella tampoco lo creía: ni sus palabras ni las conclusiones a las que había llegado. ¿Era posible? ¿Podía serlo?

—¿Saldrías conmigo? —preguntó él, esquivando la respuesta—. Este sábado. Paso a recogerte.

Luego dio un paso atrás, como si buscara aumentar la distancia. Como si la cercanía de ella lo afectara, dificultándole controlar sus pensamientos y sus actos.

Y huyó, tan inesperadamente como había sonado su propuesta.

Nina se quedó atónita en el porche, dándose cuenta de que sonreía mientras lo veía marcharse. Volvió al interior, cerró la puerta y corrió hacia el móvil. Las manos le temblaban por la intensidad de aquel breve encuentro nocturno.

Un poco cobarde por salir corriendo sin escuchar mi respuesta, ¿no? , le escribió, dejándose caer en la cama.

¿Qué demonios estaba pasando?

CAPÍTULO 58

—Cuando te invité a salir, esto no es exactamente lo que tenía en mente —murmuró Jasper, ajustándose unos guantes de trabajo en las manos.

Nina estaba a su lado, luchando con los nudos de una bolsa de basura enredada. El agua del océano le lamía las zapatillas, el viento jugueteaba con el bajo de su falda larga y el sol parecía decidido a freírlos antes siquiera de que dieran las diez de la mañana.

—Perdón —exhaló por fin, logrando deshacer el nudo—. A Lynn se le ocurrió de repente unirse a la limpieza de voluntarios. No podía decirle que no. Entiendes lo que eso significa para mí, ¿verdad?

Él le lanzó una mirada rápida. No dijo nada. Se agachó, recogió una botella de plástico, la lanzó a la bolsa y solo entonces respondió:

—Lo entiendo.

Nina sabía que era verdad. Aun así, sentía la necesidad de decirlo en voz alta, de asegurarse de que él supiera lo importante que era para ella estar cerca de Lynn.

Lynn estaba algo más adelante, con una camiseta naranja chillona de voluntaria, un cubo en una mano y una pinza recogebasuras en la otra. Energética, alegre, radiante. Nina dudaba que fuera consciente de lo significativo que era para ella aquella invitación.

—Es curioso que no me dijera que tú también vendrías —añadió Nina en voz más baja, observando a Jasper recoger basura entre las rocas.

Él se incorporó y se secó la frente con el dorso de la mano.

—Eso es muy propio de ella.

Jasper la miró. Demasiado abiertamente. Fue Nina quien apartó la vista primero.

Cada vez que él la miraba así, algo se le removía por dentro. Jasper recogió un par de botellas más y las arrojó a la bolsa.

Nina le lanzó otra mirada furtiva. Era realmente atractivo. Especialmente hoy. Con una camiseta gris sencilla, el pelo un poco revuelto, los guantes puestos, el sol cayéndole encima. ¿Quién habría dicho que el trabajo manual podía resultar tan…

condenadamente sexy? ¿Y por qué, por Dios, la atraía como un imán?

Bajó la mirada, como si así pudiera acallar los pensamientos que le cruzaban la cabeza. No lo consiguió.

Él también estaba tenso. Lo sentía.

De vez en cuando, su mirada la rozaba —rápida, de soslayo—. Pero ella lo notaba. Y entonces él fingía que no pasaba nada. Ambos fingían. Ninguno sabía ya qué se suponía que debían hacer.

Nina se giró para que no viera cómo le temblaban los dedos al retorcer el cuello de la bolsa de basura.

—Desde aquella noche —dijo él de pronto— no he sabido cómo comportarme. Pero, siendo sincero… solo quería estar cerca de ti, Nina.

Ella guardó silencio. No había nada que pudiera decir. Todo lo que sentía estaba demasiado enredado para caber en una frase; quizá incluso en una sola página.

Él dio un paso hacia ella y se detuvo delante. Nina alzó la cabeza para encontrarse con sus ojos.

—Hagamos un trato —dijo en voz baja—. No le demos demasiadas vueltas. Sin grandes expectativas, sin diseccionar la situación. Y luego… veremos adónde nos lleva.

Nina asintió. Tenía razón. No necesitaban apresurarse. Ni complicarlo todo. Solo dejarse llevar, disfrutar del día y respirar.

Volvió a mirar a Lynn. La chica reía con otro voluntario, el pelo danzando en la brisa salada. Feliz. Y por primera vez en muchísimo tiempo, Nina se sintió casi feliz también.

No sabía cuánto duraría esa sensación. Pero era real.

Delante de ella, ambos se comportaban con absoluta normalidad. Fingían que no había pasado nada entre ellos. Fingían que no había habido un beso, ni una chispa, ni esa atracción dolorosa cada vez que se miraban.

Eran actores excelentes. Casi impecables.

Pero cada vez que sus manos se rozaban —al pasarse una bolsa, al estirarse para coger la pinza— algo se encendía dentro de Nina.

Y él… él la miraba como si pudiera besarla de nuevo en cualquier momento.

Lynn se acercó corriendo y les tendió otra bolsa de basura.

Por fin terminaron su tramo de playa. El viento refrescó un poco. Nina sentía la ropa pegada a la piel, el pelo irremediablemente enredado, los brazos pesados por el esfuerzo. Jasper caminaba a su lado en silencio, con los guantes arrugados en una mano y una bolsa vacía en la otra.

—Una hora más de esto y mis piernas se habrían puesto en huelga —bromeó ella, apartándose un mechón de pelo de la cara.

—La próxima vez, dile que no a sus ideas brillantes. Lynn siempre tuvo… métodos poco convencionales de divertirse —dijo él, y su mano le rozó la espalda con ligereza.

El roce le recorrió el cuerpo como una llamarada.

Llegaron al coche de él. Jasper abrió el maletero, sacó unas zapatillas limpias y empezó a cambiarse. Nina se apoyó en la puerta de su propio coche, intentando recuperar el aliento. Un minuto después apareció Lynn: sonrojada, radiante.

—Tienes demasiada energía para alguien que lleva despierta desde las seis —dijo Jasper mientras terminaba de atarse los cordones—. La próxima vez puedes venir a estas cosas sin mí.

Lynn le dedicó una sonrisa ladina, con los ojos brillantes.

—El trabajo físico es una forma estupenda de despejar la cabeza, encontrar equilibrio y relajarse antes de soltar noticias importantes.

—Yo ya estoy relajado. Y Nina probablemente también —añadió, lanzándole a Nina una mirada rápida.

—Entonces supongo que debería contaros algo maravilloso. Vais a ser abuelos.

El silencio cayó con tanta fuerza que incluso las gaviotas parecieron quedarse suspendidas en el aire. Nina alzó la cabeza de golpe; miró a Jasper, y él miró a Lynn.

—Perdona… ¿cómo dices? —preguntó, parpadeando.

—Estoy embarazada, papá —dijo ella, sonriendo, aunque Nina percibió el nerviosismo bajo esa sonrisa.

Jasper la miró, atónito. Luego miró a Nina. Y volvió a mirar a Lynn.

—¿Así que por eso has traído a Nina aquí? ¿Pensabas que no te estrangularía si me dabas esta noticia sin testigos? —La voz de

Jasper era puro hielo mientras clavaba los ojos en su hija—. ¿Tienes idea de lo que estás haciendo? ¿Y la residencia? ¿Tu carrera como cirujana?

Lynn se encogió de hombros y dio un paso atrás, como si incluso un metro de distancia pudiera salvarla de la tormenta que se avecinaba. Nina se quedó a su lado, sin saber si tenía derecho a decir nada. Todo parecía demasiado repentino, demasiado crudo.

—¿Es…? —Jasper tomó aire con brusquedad—. ¿Es de Nolan?

Lynn puso los ojos en blanco.

—No, papá, es del repartidor de pizzas. Sí, es de Nolan. Y soy adulta. Sé cómo funcionan los anticonceptivos. A veces… las cosas no salen según lo previsto.

Nina vio cómo los nudillos de Jasper se ponían blancos. Apartó la mirada, como si intentara tragarse las ganas de maldecir al mundo entero, Nolan incluido.

—Voy a matarlo —susurró.

—Un poco tarde para eso —respondió Lynn con calma—. Me gustaría convertirme en esposa, no en viuda.

La risa de Nina estalló antes de que pudiera detenerla. Jasper le lanzó una mirada afilada —primero cortante como una cuchilla, luego debilitándose hasta convertirse en otra cosa—. Confusión. Vulnerabilidad.

—¿Qué tiene de gracioso? —exigió, aún conmocionado—. Estamos hablando de cosas serias. Todavía no he asimilado que mi mejor amigo se acueste con mi hija, y ahora esto… —señaló a Lynn con un dedo—.

Parecía furioso, pero Nina sabía que se le pasaría pronto. El amor que sentía por Lynn siempre superaba a su mal genio.

—Perdón, es que… —consiguió decir Nina entre respiraciones— hace poco estaba pensando en tener otro hijo… y supongo que, en lugar de eso, voy a acabar teniendo un nieto.

Lynn resopló; los labios de Jasper se curvaron apenas. La tensión se aflojó un poco.

—Sabía que no dejarías que papá me despedazara —dijo Lynn.

Nina la miró de verdad. Y vio lo frágil que era la chica bajo su valentía. La chica que nunca había tenido el amor de una madre

estaba a punto de convertirse en madre ella misma. Tan joven y, aun así, ya tan fuerte.

La revelación atravesó a Nina con tal intensidad que los ojos se le llenaron de lágrimas. Intentó parpadeándolas, pero no pudo.

—Perdón… —susurró, pasándose las manos por las mejillas.

Lynn la miró. Nina le devolvió la mirada. Y de pronto Lynn sorbió por la nariz y, al segundo siguiente, ambas rompieron a llorar: fuerte, desordenado, imparable.

Nina dio un paso adelante, pero Lynn ya se movía con rapidez, impulsiva, y la rodeó con los brazos.

El suelo pareció desaparecer bajo los pies de Nina. Sus brazos se cerraron alrededor de Lynn por puro instinto, temblorosos.

Hundió el rostro en el pelo de Lynn, respirándola: el olor de su hija. Crecida. Desconocida. Y, de algún modo, todavía suya.

Lynn la abrazó con fuerza, como si intentara recuperar todos los años perdidos.

Nina no recordaba la última vez que había llorado así: abiertamente, sin defensa, sin vergüenza.

—¿Qué os pasa a las dos…? —murmuró Jasper, impotente.

Lynn rio entre lágrimas, se apartó un poco pero siguió sujetando la mano de Nina.

—Todo está bien, papá —dijo, secándose las mejillas—. Son solo las hormonas. Tendrás que acostumbrarte a ellas.

—Para empezar —dijo Jasper—, quiero ver al padre de ese niño y escuchar cuáles son sus planes. Reservaré una mesa en algún sitio; tú llámalo. Y estás demasiado pálida, Lynn. ¿Cómo te encuentras? No deberías haberte exigido tanto hoy.

Lynn resopló.

—Ni se te ocurra empezar a darme lecciones sobre vitaminas prenatales. Recordatorio: tu especialidad es la cirugía cardiotorácica, no la obstetricia.

Los tres rieron. Exhaustos. Magullados. Un poco rotos. Pero juntos.

Más tarde, en el restaurante, se sentaron alrededor de una mesa grande, aunque el ambiente parecía más propio de un funeral.

A un lado, Nina y Jasper. Al otro, Lynn y Nolan. El silencio pesaba como una losa sobre los hombros de todos.

Nina miró a Jasper de reojo. Estaba completamente inmóvil, como tallado en piedra. Los labios tensos. Las manos apretadas bajo la mesa. Su mirada helada, clavada en Nolan. Si Jasper hubiera tenido el poder de incinerar a alguien con el pensamiento, Nolan se habría convertido en cenizas en el acto.

Lynn se removía nerviosa en la silla. Pero cada vez que Nolan le tocaba la mano, algo suave cruzaba su rostro: calidez, fragilidad. Ternura mezclada con vergüenza.

Lynn suspiraba una y otra vez; no lograba llevarse ni un solo bocado a la boca. Estaba allí solo de cuerpo presente; nadie parecía tener intención real de pedir su opinión.

De pronto, Nolan se aclaró la garganta, intentando romper la tensión.

—La verdad, no esperaba que mi suegro y mi suegra fueran apenas mayores que yo…

Se rio. Lynn le apretó la mano bajo la mesa en una advertencia inequívoca.

La broma cayó como un ladrillo.

Jasper giró la cabeza despacio. El rostro permanecía inmóvil, de piedra, pero los ojos…

—Yo no esperaba —dijo en voz baja— que alguien de tu edad olvidara cómo funcionan los preservativos.

La cabeza de Lynn se alzó de golpe; las mejillas se le encendieron.

—¡Papá, lo prometiste!

Nina sintió cómo el aire entre ellos se tensaba como un cable a punto de romperse. El instinto le gritó que interviniera, pero no tuvo ocasión.

—En fin —continuó Nolan, incorporándose—, Lynn y yo vamos a casarnos. La boda será dentro de dos meses. Espero que lo entiendas, Jasper. Los dos la queremos más que a nada, y los dos queremos lo mejor para ella, así que no veo motivo para que estemos a la gresca.

—Curioso —murmuró Jasper—, porque no veo ningún anillo en el dedo de mi hija.

—Lo tengo. Me lo quité esta mañana para que no lo vieras demasiado pronto —dijo Lynn con una sonrisa tímida mientras rebuscaba en el bolso.

Tras unos segundos, sacó la caja del anillo, la abrió y volvió a colocarlo donde correspondía: en el dedo anular de la mano izquierda.

—¿No es precioso? —Los ojos le brillaban de felicidad mientras giraba la mano hacia Nina, mostrándole orgullosa el diamante.

—Es impresionante. Nolan tiene buen gusto. En joyas… y en mucho más —dijo Nina, dando un sorbo de agua para aliviar la sequedad de la garganta.

El resto del almuerzo transcurrió entre frases cortadas y esfuerzos tibios por mantener una conversación.

Luego sonó el móvil de Nolan. Se disculpó, dijo que tenía que irse corriendo al trabajo, y Lynn se marchó con él.

Al final, Nina y Jasper se quedaron solos frente a platos intactos.

—¿Estás enfadado? —preguntó ella, observando por la ventana cómo Nolan le abría la puerta del coche a Lynn.

Jasper soltó un resoplido que podría haber sido una risa.

—Estoy… intentando soltar.

Ella esbozó una sonrisa leve. Lo entendía mejor de lo que él imaginaba.

Él espolvoreó sal sobre la pasta y dijo:

—No creo que vaya a ser un mal marido.

Las cejas de Nina se alzaron.

—¿De verdad?

—Sí. —Exhaló—. Nolan es un tipo sólido. Testarudo. Fiable. Cuadriculado con la gente. De verdad la quiere. Es evidente. Y Lynn… con él es distinta.

Hizo una pausa y cogió una servilleta.

—Es solo que… él lo sabía. Desde el principio, sabía quién era ella para mí. La vio crecer. Se suponía que debía verla como a una hermana. No como a una mujer por la que… —la voz le falló—, por la que te duele el pecho.

Nina guardó silencio. En su voz ya no había ira, solo dolor. Y celos. Un sentimiento que ella comprendía demasiado bien.

—No siempre podemos controlar lo que sentimos —dijo en voz baja, removiendo el hielo de su bebida. Casi se había derretido, pero el sabor seguía fresco—. A veces los sentimientos nos controlan a nosotros.

Jasper se quedó inmóvil. Luego se volvió hacia ella.

Algo cambió en sus ojos, despacio, de forma deliberada. La mirada descendió a sus labios, se detuvo allí y volvió a subir.

El aire se espesó.

Esa misma tensión —líquida, eléctrica, hambrienta— volvió a surgir entre ellos.

Él se inclinó. Se detuvo a apenas unos milímetros de su boca.

—¿Puedo? —susurró. Su aliento le rozó la piel.

Esperó. Paciente. Sin prisas. No exigía: preguntaba.

Ella no respondió con palabras.

Cerró por sí misma el último centímetro, rozando sus labios con los de él, despacio, con suavidad, pero con el mismo anhelo que había visto en sus ojos instantes antes.

El beso prendió al instante, como una chispa en hierba seca.

Él la atrajo hacia sí, deslizó una mano hasta la nuca, la otra rodeándole la cintura. La sostuvo con fuerza, como si temiera perderla.

Y ella… no quería que la soltara.

Dejó de importarle que estuvieran en un restaurante. Que alguien pudiera verlos. Nada de eso importaba.

Por primera vez en años, todo parecía encajar.

Exactamente como debía.

—Ahora sí —murmuró Jasper contra sus labios, apartándose apenas—, esto se parece de verdad a una cita.

CAPÍTULO 59

Nina estaba de pie en la azotea de la clínica, dejando que la brisa fresca de la noche le acariciara el rostro. Una luna llena, redonda, colgaba sobre la ciudad, tan brillante e irreal que parecía que pudiera estirar la mano y tocarla.

Estaba esperando a Jasper. Seguía en quirófano. Otra vez. Y, como tantas otras, hasta bien entrada la noche. Ya había perdido la cuenta de cuántas veces se habían encontrado así: ella subía a la azotea mientras él aún estaba operando. Y, sin embargo, allí se sentía tranquila.

Tal vez porque sabía que en cuanto terminara, subiría.

La puerta se abrió con un leve clic. Nina sonrió. Reconocería el sonido de sus pasos entre miles.

—He terminado por hoy —dijo Jasper en voz baja al acercarse.

Ella se volvió hacia él.

—Son las diez. Ya era hora.

Parecía agotado, todavía con el pijama quirúrgico de la clínica.

Nina cogió el segundo vaso que había dejado sobre el borde del muro.

—Te he traído uno a ti también. El café de aquí es horrible, pero… no es que tengamos muchas opciones.

Jasper tomó el vaso; sus dedos rozaron los de ella apenas un instante.

—Gracias —dijo, con la voz grave y áspera—. Eres demasiado buena conmigo.

Durante un momento se quedaron mirándose. Ninguno se movió.

Luego él dio un paso hacia ella. Despacio. Casi con inseguridad. A la luz de la luna, sus ojos parecían más oscuros, y cuando volvió a hablar, el tono se le suavizó.

—Sabes… cada vez que abro esa puerta, tengo un poco de miedo de que no estés aquí.

Ella sonrió de nuevo. Aquellas veladas extrañas en la azotea se habían convertido en una costumbre, casi en un ritual. Desde hacía un mes se veían allí casi todas las noches. A veces traían comida

para llevar, otras solo té o café. El horario de Jasper era brutal, y la semana siguiente se marcharía tres días a un congreso.

—Es precioso aquí —dijo ella—, pero deberíamos empezar a pensar en otros sitios para las citas. El personal está empezando a darse cuenta.

Jasper soltó una risa breve y luego se inclinó para besarla: un roce rápido y suave de labios, como si probara su sabor.

Cuando se apartó, ella seguía con los ojos cerrados, sin estar segura siquiera de si respiraba.

Su relación no avanzaba a toda velocidad; ninguno de los dos sabía muy bien cómo moverse en aquello. Ambos eran cautelosos. Ambos estaban heridos. Ambos temían lo que sus pasados aún podían reclamarles.

—Perdón —murmuró él—. Es que… no he podido evitar besarte.

Ella abrió los ojos.

—¿Es una tontería si digo que yo también lo quería?

Jasper negó con la cabeza. Una expresión cálida, tímida, suavizó su rostro. Jasper Garth, tímido. Quién lo habría dicho.

—Entonces no me disculpo.

Dio un sorbo al café, hizo una mueca y sonrió de lado.

—Sigue siendo horrible.

Nina se giró para que no viera su sonrisa. Luego, reuniendo valor, preguntó:

—Jasper… ¿esto es real? Todo lo que está pasando entre nosotros.

Él la miró con serenidad. Después alargó la mano y le levantó el mentón para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Es real, Nina. Tú eres mi realidad. Un poco caótica, quizá… pero real.

Y volvió a besarla, esta vez más despacio, más profundo, con sabor a mal café y a esperanza. Su mano se deslizó hasta la nuca de ella, los dedos rozándole la piel. Nina oía su respiración, firme, profunda, como si aún no terminara de creerse que aquello estuviera ocurriendo.

—¡Ah! ¡Aquí estabais!

Los dos se separaron de golpe, como adolescentes pillados rompiendo el toque de queda. Nina casi derramó el café. Jasper se volvió bruscamente.

—¿Lynn…? —parpadeó—. ¿Cómo…? ¿Cómo sabías que estábamos aquí arriba?

Lynn resopló, poniendo los ojos en blanco mientras se acercaba.

—Papá, en serio. Toda la clínica sabe dónde encontrarte cada noche.

El calor le subió a las mejillas a Nina. Jasper la miró, luego volvió a mirar a su hija.

—¿Así que todos… lo sabían? —preguntó, incrédulo.

—Claro —respondió ella encogiéndose de hombros—. Está prácticamente en el horario. Si no estás en la sala de residentes, estás en la azotea. No es física cuántica.

Jasper se tapó la cara con una mano.

—Perfecto. Absolutamente perfecto.

Lynn soltó una risita y se apartó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No te preocupes. Todo el mundo se alegra por vosotros. Bueno… casi todo el mundo. La señora Collins, abajo, aún no ha renunciado a casarte con su hija.

Jasper y Nina intercambiaron una mirada. Él sonrió de lado; ella bajó la cabeza para ocultar el rubor.

Jasper se aclaró la garganta.

—Entonces… ¿qué necesitabas?

—¡Ah! Cierto. —Lynn se dio un golpecito en la frente—. Nolan acaba de llamar. Tiene algo urgente en el trabajo y no puede venir a recogerme. Hoy estoy sin coche. ¿Puedes llevarme a casa?

Jasper asintió.

—Claro. Nos vemos abajo en diez minutos.

Lynn sonrió y desapareció por la puerta.

Jasper se volvió hacia Nina, con la voz más suave.

—Vamos. Me cambio y te acompaño a la salida.

Bajaron juntos. En la segunda planta él entró en la sala de adjuntos para cambiarse; ella esperó en el pasillo silencioso, apoyada en la pared.

Observó las sillas vacías, la calma del lugar, y sintió —por primera vez en años— una sensación de asentamiento. De estar en tierra firme. Viva.

Unos minutos después, Jasper regresó con vaqueros y una camiseta gris, increíblemente atractivo en su sencillez. Caminaron juntos hacia la entrada.

Lynn ya estaba allí, mirando el móvil. Al verlos, levantó la vista y sonrió.

Nina miró a Lynn, luego a Jasper… y algo cálido floreció en su pecho. Paz. Cariño. Felicidad. Era equilibrio, como si por fin estuviera exactamente donde debía estar.

Lynn guardó el móvil en el bolsillo y dijo con naturalidad, con ese brillo inconfundible de quien es profundamente feliz:

—Por cierto, hoy nos han hecho la ecografía. Vamos a tener una niña.

Jasper estrechó a su hija en un abrazo fuerte y luego se volvió hacia Nina para guiñarle un ojo.

Y en ese instante, Nina lo comprendió:

todo lo que había sobrevivido —cada herida, cada miedo— la había conducido hasta allí. Hasta ellos. Hasta sí misma. Hasta una vida que una vez había temido… y que ahora, por fin, sentía como un lugar seguro.

EPÍLOGO

Lynn prácticamente corría por el pasillo del centro comercial, mirando por encima del hombro.

—Nina, ¿puedes darte prisa, por favor? ¡La boda es mañana y todavía no tengo las malditas medias blancas!

Nina apartó la vista del móvil, haciendo una mueca al notar cómo le palpitaban los pies dentro de los tacones.

—Un segundo —dijo—. Le estoy contestando a Daphne.

Lynn puso los ojos en blanco y Nina, intentando no cojear, la alcanzó. Malditos tacones. ¿Quién la había obligado a arreglarse como si fuera a desfilar por una pasarela?

Ah, sí… su propio y estúpido deseo de verse mejor de lo que se sentía. Y Jasper pasaría luego a recogerlas.

Eso significaba vestido, maquillaje, tacones y ese nerviosismo revoloteando en el pecho… todo completamente culpa de él.

El caos previo a la boda estaba volviendo loca a Lynn. Subía y bajaba plantas, perdiendo y reencontrando la lista de la compra una y otra vez.

Y a Nina le encantaba todo aquello.

El ajetreo, las risas, las discusiones: la vida no era perfecta, pero era real. Lynn no la llamaba «mamá», y Nina no esperaba que lo hiciera. Pero se habían vuelto muy cercanas. Casi como amigas: discutiendo, riendo hasta llorar, compartiendo secretos.

—Necesito ir al baño —dijo Lynn cuando por fin encontraron la boutique de lencería.

—Vamos. Volvemos después —sonrió Nina.

Lynn embarazada seguía siendo tan exigente como siempre, pero Nolan la trataba con una adoración y una ternura casi ridículas. Incluso Jasper parecía haber hecho las paces con todo… y con Nolan, aunque jamás lo admitiría y aún le lanzara miradas asesinas de vez en cuando.

El móvil de Nina vibró de nuevo. Un mensaje de Jasper:

«Estoy en el aparcamiento. ¿Dónde quedamos?»

Ella tecleó rápido:

«Boutique " Silk" . Tercera planta. Estamos allí en cinco.»

Envió el mensaje y miró alrededor: Lynn ya se dirigía a los aseos. Nina se apresuró tras ella pero, al pasar junto a un escaparate, se vio reflejada. Un poco despeinada, un poco cansada… pero, en general, no estaba mal.

Los pies se le estaban muriendo dentro de los tacones, pero por dentro sentía una tibia anticipación al pensar en verlo.

El móvil se iluminó otra vez. Un mensaje de Daphne: una foto de la playa, sol y océano detrás, Daphne y sus amigas en bañador con la palabra *Queens* .

Su niña…

Un peso se deslizó fuera del pecho de Nina. Durante tanto tiempo se había culpado de que Daphne tuviera que irse del país, cambiar de universidad, construir una nueva vida por todo lo ocurrido con Frank. Pero ahora, por primera vez en años, Nina sintió algo parecido al alivio.

Parecía que Daphne estaba realmente bien. Y Nina, por fin, podía respirar.

—¡Nina! —llamó Lynn—. ¿Vienes?

—¡Sí, voy! —respondió distraída, aún mirando el móvil… y se dio de bruces con un cartel amarillo brillante de «Cuidado: suelo mojado».

—Perdón —empezó a decir, alzando la vista… y se quedó helada.

Vivian estaba frente a ella.

Con uniforme de limpieza, el logotipo del centro comercial en el pecho. Guantes de goma. Una fregona en la mano. Un cubo a sus pies. El rostro demacrado, cansado.

Se miraron durante uno, dos segundos.

Verla así impactó a Nina. Pero, en realidad… ¿qué otra cosa esperaba Vivian de la vida? Hasta donde Nina sabía, nunca había terminado la universidad. Había iniciado una aventura con Frank Osborne, había tirado su vida por la borda, vivido del dinero de Nina, aferrándose a todo lo que no era suyo… y cuando todo se vino abajo, ella cayó con ello.

Nina no sentía pena por ella. Ni un poco.

Vivian y Frank se habían ganado todo lo que les había pasado.

Él no vería la libertad en mucho tiempo, y ella… nunca recuperaría la vida que creía merecer.

Nina apartó la mirada sin decir palabra. Vio el reconocimiento —y luego el odio— en los ojos de Vivian, pero pasó a su lado como si no fuera nadie.

Aun así, ¡qué bien había hecho en ponerse aquellos malditos tacones hoy y verse absolutamente espectacular!

—¡Nina! —volvió a llamar Lynn—. ¡Papá ya está aquí!

—¡Voy! —respondió Nina, sintiendo cómo algo se expandía dentro de ella: ligero, sereno, liberador.

Sonrió y siguió a su hija.

En la tercera planta, Jasper la esperaba: tranquilo, informal y, de algún modo, aún… suyo. Su mirada pasó de Lynn a Nina. Sonrió y tomó la mano de Nina. Se entendían sin hablar. Todavía la asombraba.

Lynn caminó unos pasos por delante, riendo por algo que Nolan decía al teléfono. Nina la observó, observó a Jasper… y de pronto comprendió que aquel instante sencillo lo contenía todo.

Calidez.

Sentido.

Vida.

Y amor.

Apretó un poco más su mano y no la soltó.

A veces la felicidad no llegaba con ruido ni fanfarrias. Se abría paso a través del dolor y la humillación, a través de pruebas que una vez te hicieron pensar que nunca volverías a levantarte. No llegaba cuando la esperabas, sino cuando por fin dejabas de hacerlo. Simplemente te tomaba de la mano y se quedaba.

La Nina Osborne de diecinueve años nunca habría creído que su camino la llevaría hasta allí. Jamás habría aceptado que su final feliz estaría junto a Jasper Garth, el mismo hombre del que se enamoró a primera vista, el que una vez dejó cicatrices profundas en su cuerpo y en su alma. Nunca habría creído que él pudiera convertirse en un hombre tierno, atento, amoroso para ella… o en el padre de su hija.

Y que, a su lado, ella sería verdadera, inconfundiblemente feliz.

Queridos lectores:

Muchas gracias por acompañar a estos personajes hasta el final. Su historia no fue fácil, pero sí cálida, viva, llena de dolor, de esperanza y, por supuesto, de amor.

Para un autor, no hay mayor felicidad que saber que una historia escrita desde el corazón ha llegado al vuestro.

Vuestra, Sarah Noem